EDICIÓN DE
JOSÉ A. TAPIA

PAUL MATTICK

CRISIS ECONÓMICA Y TEORÍAS DE LA CRISIS

UN ENSAYO SOBRE MARX Y LA «CIENCIA ECONÓMICA»



Paul Mattick

CRISIS ECONÓMICA Y TEORÍAS DE LA CRISIS

colección CLAVES PARA COMPRENDER
LA ECONOMÍA
director DIEGO GUERRERO

Calle del Gobernador, 18
28014 Madrid
Tel.: 91 429 6882
Fax: 91 429 7507
WWW.MAIAEDICIONES.COM

diseño SABÁTICA
producción GUADALUPE GISBERT

ISBN 978-84-92724-54-3
IBIC KCX
depósito legal M-945-2014

preimpresión MARCO L. MALIBRÁN
impresión GRÁFICAS VARONA, S.A.

Paul Mattick

CRISIS ECONÓMICA Y TEORÍAS DE LA CRISIS

UN ENSAYO SOBRE MARX Y LA «CIENCIA ECONÓMICA»

Edición de
JOSÉ A. TAPIA



INTRODUCCIÓN

por José A. Tapia

En *Crisis económica y teorías de la crisis* Paul Mattick presenta una revisión general de las teorías que en los dos últimos siglos se han propuesto para explicar las crisis económicas. La perspectiva general de la que parte Mattick es la teoría de Marx.

Quien esté interesado en los temas económicos quizá habrá hallado comentarios diversos sobre las ideas económicas de Marx. Entre los economistas de profesión no faltan los que conocen la obra de Marx y algunos de ellos incluso la admiran, pero la gran mayoría o no saben nada de ella o, si saben algo, opinan que no sirve para nada o, quizás, si se trata de economistas de mente abierta, digan que siendo interesante en ciertos aspectos, es profundamente equivocada en general. La visión predominante en la economía académica, alias economía burguesa –más adelante se verá por qué es adecuado este adjetivo– es que el capitalismo o «sistema de libre mercado» es estable y tiende por sí mismo –versión «de derechas»– o debidamente regulado –versión «de izquierdas»– a producir «la riqueza y el crecimiento económico que nos benefician a todos». Marx consideraba en cambio que el sistema económico que él llamaba economía del capital o modo de producción capitalista se desarrolla pasando por crisis que destruyen riqueza y dejan a millones de personas en la calle, desempleadas, sin la fuente

básica de ingreso, y por tanto de sustento, en nuestra sociedad, el trabajo asalariado. Por otra parte, entre crisis y crisis, la evolución «normal» del sistema mantiene y genera una distribución de la riqueza cada vez más desigual, basada en la explotación de los asalariados. De hecho, para Marx el sistema económico actual es pese a las apariencias una nueva variante de los modos de producción basados en el dominio y la explotación de una clase social sobre otra. De la misma manera que en el feudalismo la nobleza dominaba y explotaba a los siervos, en el capitalismo la burguesía, la clase poseedora del capital, domina y explota a los asalariados. De su análisis de la evolución histórica en general y del modo de producción capitalista en particular, Marx concluía que esa forma de organizar la producción, basada en una división de la sociedad entre quienes poseen los medios de producción y quienes han de trabajar por un salario por no poseerlos, lleva en su seno las fuerzas que harán que desaparezca, siendo sustituida por una organización cooperativa, socialista, que acabará con la división de la sociedad en clases sociales.

Según una metáfora muy a menudo citada, el capitalismo genera en su seno sus propios enterradores. Pero una vez enterrado el cadáver, los sepultureros dispondrían de un enorme campo fértil, de una Tierra fecundada por decenas de siglos de ciencia y civilización en la que podrán crear una nueva sociedad igualitaria, fecunda y abundante. En la visión de Marx la función histórica del capitalismo es desarrollar las fuerzas productivas, crear las condiciones para que con una planificación consciente e igualitaria de la actividad económica los seres humanos en conjunto puedan salir de la miseria y el atraso secular para vivir en condiciones de plenitud en

las que cada ser humano pueda desarrollarse física y espiritualmente. Esa visión optimista de un capitalismo explotador y decadente, pero preñado de un futuro socialista en el que una asociación universal de productores gestionará la vida social en condiciones de abundancia material, está relativamente implícita en las obras de Marx y Engels, pero se hizo mucho más explícita durante el siglo XX con la coagulación de las ideas de estos y otros autores en una doctrina que recibió denominaciones diversas en sus distintas variantes –marxismo-leninismo, trotskismo, maoísmo...– que se organizaban en partidos que se combatían entre sí con saña y que se autodefinían según «el líder del proletariado» (por lo general, el secretario general del partido) que se considerara especialmente relevante en las circunstancias presentes por haber sido capaz de interpretar y actualizar certeramente la doctrina de los fundadores del socialismo científico.

Ese proceso tuvo mucho que ver con la revolución rusa, que un cuarto de siglo tras la muerte de Marx abrió supuestamente las puertas a la formación de esa «asociación de productores» socialista. Pero a la revolución rusa siguió el estalinismo, que liquidó a miles de revolucionarios y a millones de rusos y que sumió además en una tiranía por varias décadas no solo a Rusia sino a los países que cayeron en su órbita. Para hacer corta una historia larga podría decirse que durante el siglo XX las supuestas revoluciones socialistas que tuvieron lugar en diversos países atrasados lo que produjeron fueron básicamente sociedades que en lo económico, en lo político y en lo social estaban más atrasadas que el capitalismo occidental y que evolucionaron pareciéndose cada vez más en lo económico al capitalismo «típico», con sus elementos de

socialismo, de igualitarismo, progresivamente relegados a mero adorno. Tras la conversión súbita del «comunismo» de la Unión Soviética y de los países de Europa del Este al capitalismo tradicional «de modelo occidental», es difícil dudar que lo que queda de todo aquello en los países que se siguen autodenominando socialistas, de los que China es el ejemplo más importante, es un sistema capitalista en el que la explotación de la gran masa de asalariados está asentada en una dictadura férrea del partido comunista, que es el partido de los empresarios y los ricos en general. En el fondo, el enorme desarrollo económico de China en las dos últimas décadas tendría muchas analogías con el que tuvo lugar por ejemplo en la España franquista o en el Chile de Pinochet.

Los movimientos anticapitalistas que surgieron a mediados del siglo XIX dieron una enorme importancia a la ciencia, que sería una de las fuerzas productivas básicas. En ello se fundamentó en gran parte el optimismo histórico de los movimientos anarquistas, socialistas y comunistas de la primera mitad del siglo XX. Pero como conocimiento de la realidad, la ciencia puede ocuparse de la naturaleza o de la sociedad humana y, obviamente, dada la presente división de la sociedad en clases sociales de intereses contrapuestos, el capitalismo no puede estar muy interesado en el desarrollo de la ciencia social, a menos que sea una «ciencia» que encubra ese aspecto de la sociedad. Marx siempre pensó que con sus trabajos de crítica a los economistas anteriores y de su época estaba contribuyendo al desarrollo del conocimiento en un campo particular de la ciencia social. En cualquier caso, de la misma manera que bajo el estalinismo la supuesta ciencia social marxista usó los textos de Marx y Engels como verdades reveladas, cuya repetición

y exégesis en el fondo servía para ocultar una realidad de tiranía y explotación, en el capitalismo de occidente las ciencias sociales se desarrollaron escasamente y con una variedad de orientaciones teóricas, de las que prácticamente ninguna cuestiona la dominación económica, política e ideológica del capital. Mucho mayor fue el desarrollo de la ciencia natural pura y aplicada, cuyas diversas ramas no solo originaban a menudo descubrimientos e invenciones útiles que daban ocasión de obtener beneficios extraordinarios a las empresas capitalistas, sino que dotaron de una enorme capacidad a las clases dominantes para defender su poder y manipular a los ciudadanos. Fue el desarrollo de la ciencia y la tecnología el que dio origen a la electricidad, a los medios de transporte que han hecho al mundo cada vez más pequeño, a la moderna medicina capaz de curar, prevenir o incluso erradicar enfermedades antes incurables o mortales, a la moderna agricultura que permitió a la población mundial crecer hasta los 7000 millones de personas que hoy vivimos en la Tierra. Pero fue ese mismo desarrollo científico el que generó medios eficacísimos para el control social, el que puso a disposición de la publicidad comercial fuerzas enormes para manejar las preferencias y los deseos de los individuos y el que hizo posible la creación de armas que dejaron obsoletas todas las nociones previas sobre la guerra y liquidaron a muchas decenas de millones de personas en diversos conflictos locales y en dos guerras mundiales. Las grandes potencias se implicaron a fondo en la aplicación de la ciencia a fines militares. Se creó así un enorme arsenal atómico y el escenario de la guerra fría en el que fueron varias las ocasiones en las que la pugna entre la URSS y su «campo socialista» y el occidente capitalista encabe-

zado por Estados Unidos estuvo a punto de mandar la humanidad entera al cementerio.

Es inverosímil que Marx pensara alguna vez que el desarrollo de una fuerza productiva, la ciencia en concreto, podría crear medios para que la humanidad se destruyera a sí misma. Mucho menos creíble parece incluso que hubiera podido prever que el mismo desarrollo de la producción capitalista pusiera las bases no para un futuro de plenitud más allá del capitalismo, sino para un hundimiento de la civilización y un futuro de miseria. Es cierto que en algunas obras de Marx y sobre todo de Engels hay atisbos que indican su comprensión de que el capitalismo no solo estaba promoviendo el desarrollo de fuerzas productivas sino también el de fuerzas destructivas. Y es cierto también que, ya en la época de la primera guerra mundial, marxistas como Rosa Luxemburg y quienes como ella se opusieron a la carnicería iniciada por las burguesías de los países «civilizados» plantearon la idea de «socialismo o barbarie», que básicamente reflejaba el convencimiento de que la permanencia del capitalismo implicaba la del imperialismo, de forma que el surgimiento continuo de guerras solo podría evitarse acabando con el capitalismo mismo. Pero solo cuando ya estaba muy avanzado el pasado siglo comenzó a hacerse evidente que el progreso que prometían los economistas era completamente imposible en el marco de un planeta limitado y que la continuación del crecimiento económico dejaría en herencia a las generaciones venideras un planeta empobrecido y lleno de basura[1]. Y solo en las

1 En el desarrollo teórico que hizo llegar a esa conclusión fue clave un economista rumano, Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994),

últimas décadas del siglo XX se demostró que un producto residual especial de las actividades económicas, una «basura» que ni se ve ni se huele, el dióxido de carbono, CO_2, está alterando una de las condiciones básicas para la vida humana en la Tierra, la estabilidad del clima y la temperatura media, de la que depende el nivel del mar y, por tanto, la extensión de la tierra habitable[2]. Cuanto más se prolonga el capitalismo, más se deterioran las bases para la vida humana y más difícil se hace un futuro en el que los seres humanos puedan compartir la abundancia, no la escasez.

LA «CIENCIA ECONÓMICA»

Aunque la terquedad humana es sorprendente y no en vano se compara a veces con la de las bestias de carga, los seres humanos somos también capaces de aprender y cuando la realidad niega persistentemente lo que pensamos sobre ella, antes o después las ideas se desechan y se

que rompió drásticamente con la «ciencia económica» en ese terreno. El libro de Oscar Carpintero *La bioeconomía de Georgescu-Roegen* (Barcelona, Montesinos, 2006) es una introducción breve pero completa a sus ideas. El geofísico Marion King Hubert (1903-1989) llegó a algunas conclusiones similares por otros caminos; véase su «Exponential growth as a transient phenomenon in human history», en M. A. Strom, comp., *Societal Issues, Scientific Viewpoints*, Nueva York, American Institute of Physics, 1987, pp. 75-84.

2 La conclusión básica de los informes del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático, respaldado por la Organización Meteorológica Mundial, diversas academias nacionales de ciencias, etc. es que el clima está cambiando, fundamentalmente por las emisiones de CO_2.

desarrollan otras. Todavía millones de seres humanos creen en los vampiros, en la santísima trinidad o en las cataplasmas de ajo o las sangrías para curar esto o aquello, pero para la humanidad en conjunto esas ideas ya han pasado a la historia, junto con otras muchas como la superioridad del hombre blanco sobre las demás razas, o la de los varones sobre las mujeres. Sin embargo, toda una profesión sigue promoviendo absurdos tales como que los mercados armonizan las necesidades de productores y consumidores en la sociedad; que los salarios que se ganan corresponden a lo que contribuye cada uno a la producción social de cosas útiles; que el fin de nuestro sistema económico de mercado y lo que lo hace funcionar es la producción de los bienes y servicios que demanda la sociedad; y que todas esas cosas hacen que la economía sea como un organismo en el que las partes sirven al todo armónicamente, de tal forma que los individuos que la forman hallan la mejor satisfacción posible de sus necesidades y deseos, dada la innegable escasez de muchas cosas y la imposibilidad de satisfacer las fantasías de todos. Esos son los mensajes clave de lo que se enseña en las facultades de ciencias económicas y empresariales y en las escuelas de negocios y comercio. Mensajes que, por supuesto, son continuamente glosados, reelaborados, desarrollados y repetidos por los políticos y los «líderes de opinión» en los medios de comunicación controlados por quienes tienen el poder económico y disfrutan de la hegemonía social. Las ideas usuales defendidas por la profesión económica dan por supuesto que el capitalismo, es decir, el poder del capital o de la burguesía, es el estado «natural» de la sociedad y la mejor forma de organizar la producción para promover «el bien común». Los lazos de la profesión económica

con las instituciones de poder de la burguesía –mediante la inserción de los economistas en los niveles medios y altos de las administraciones y los gobiernos, consejos de administración de empresas o bancos y fundaciones de investigación financiadas por las grandes fortunas– son además múltiples y evidentes[3]. Por ello es perfectamente legítimo hablar de «ciencia económica» (entre comillas, porque no es tal ciencia) o de economía burguesa para designar las actividades y el núcleo doctrinal de la profesión[4].

Como muchos autores conservadores consideran a John Maynard Keynes un radical de izquierdas y como las ideas de Keynes a menudo son presentadas como una crítica o una ruptura radical con el pensamiento económico tradicional, hay quienes piensan que la escuela keynesiana debería ser excluida del cajón de la economía burguesa. Sin embargo, Keynes explicitó en una ocasión

3 Por si hace falta aclararlo, se está hablando aquí de la profesión en general, lo que no impide que entre los economistas individuales haya más de unos cuantos que tienen ideas críticas sobre la profesión «a la que pertenecen».

4 Por supuesto, eso no significa que haya una ciencia económica proletaria o antiburguesa, de la misma forma que no existe una física o una biología «proletaria». En el terreno científico hay hechos y juicios sobre los hechos, que independientemente de quien los emita o a quienes perjudiquen o favorezcan, son verdaderos o falsos. Pero hablar de economía burguesa o ponerle comillas a «ciencia económica» sí implica concluir que el desarrollo del conocimiento en temas económicos tendrá que venir fundamentalmente de fuentes distintas a las de las instituciones de la profesión económica, con sus facultades de economía, escuelas de administración de empresas, revistas «científicas» especializadas, fundaciones financiadas por el capital, etc., etc. Obviamente, el grueso de la profesión económica discrepará fuertemente de esta idea.

que el principal objetivo de las reformas que propugnaba era precisamente salvar al capitalismo de la revolución y con plena conciencia tomó partido diciendo que podía estar influido «por lo que me parece justicia y buen sentido, pero la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada»[5]. Por esta conexión explícita del keynesianismo con los intereses de las clases dominantes ya sería perfectamente legítimo meterlo en el cajón de la economía burguesa. Pero además, como revela claramente el capítulo 4 de este libro, la teoría keynesiana se ha revelado como una doctrina económica que teniendo como fin básico apuntalar el sistema capitalista, ni explica propiamente la realidad económica ni proporciona herramientas eficaces para controlarla. Dado que esas características –explicar apropiadamente los fenómenos y así permitir que se influya en su desenvolvimiento– son fundamentales para que una teoría pueda considerarse científica, es perfectamente legítimo ponerle comillas a la «ciencia económica» keynesiana. Es ilustrativo a estos efectos que la reciente debacle de la economía académica provocada por la crisis financiera mundial hizo que muchos economistas sintieran la necesidad de promover visiones económicas «alternativas». Pero eso mismo fue sentido por George Soros, que habiendo hecho su fortuna en la especulación bursátil y estando probablemente entre las cincuenta personas más ricas del mundo, no ha dudado en impulsar la creación de un Instituto para el Nuevo Pensamiento Económico (INET), al que se ha comprometido a financiar con 5 millones de dólares anuales

5 J. M. Keynes, *Ensayos de persuasión* (trad. J. Pascual), Barcelona, Crítica, 1988, p. 300.

durante los próximos diez años. En las conferencias organizadas por el INET han participado galardonados con el Nobel de economía como Joseph Stiglitz y Amartya Sen, así como otros economistas famosos, muchos de ellos fervorosos keynesianos como James Galbraith, Robert Skidelsky y Steve Keen.

Cada crisis económica implica un empujón que hace que se tambalee el sistema de ficción que se enseña en las facultades de economía y escuelas de comercio y administración de empresas, según el cual nuestro sistema económico, que, por supuesto, dicen, está basado en los principios de la naturaleza humana, es el único racional y eficiente. Cuando los desempleados se cuentan por decenas de millones mueven a risa quienes dicen que la economía funciona bien «si no se interfiere con el mercado». La miseria y la desesperanza que crean las crisis llevan a menudo a la indignación y a la lucha. Aunque vivir de rodillas o arrastrándose de vez en cuando –¿qué es si no, entonces, el trabajo asalariado?–, es a menudo la única alternativa posible, pese a las proclamas heroicas, a veces se dan condiciones para alzarse y vivir de pie, o al menos intentarlo. Por lo que se sabe de él, Paul Mattick fue uno de esos seres humanos excepcionales que desde joven optó por intentar vivir de pie frente a la opresión, y por el estudio frente a la ignorancia y la supercheria, de izquierdas o de derechas.

Paul Mattick, crítico de la economía burguesa

Paul Mattick fue un raro ejemplar de intelectual autodidacta de extracción trabajadora. Nacido en la Pomerania alemana (ahora polaca) en 1904, comenzó su vida laboral

como aprendiz en la compañía Siemens, en Berlín, donde fue miembro de organizaciones juveniles socialistas y delegado en el consejo obrero de su fábrica. Tras participar en la fundación del Partido Comunista Obrero de Alemania, en 1926 emigró a Estados Unidos, donde trabajó en la industria automovilística, estuvo desempleado durante largas temporadas, se casó dos veces, tuvo dos hijos, colaboró con los Industrial Workers of the World –una organización sindical de marcado carácter anticapitalista e internacionalista que también funcionaba en el Canadá y en Australia– y mantuvo relaciones con grupos minoritarios, «consejistas», que en diversos países defendían la idea de los consejos de fábrica y la democracia de los trabajadores como fundamento de una revolución y una sociedad socialista. Murió en Massachussets en 1981.

Se ha dicho que Mattick fue uno de los teóricos económicos más clarividentes del periodo posterior a la segunda guerra mundial y que gracias a esfuerzos aislados como los suyos se mantuvo en alguna medida la tradición económica marxista en Estados Unidos tras la segunda guerra mundial[6]. Según el ecosocialista James O'Connor, puntos fuertes reconocidos de Mattick son su conocimiento enciclopédico de la historia de las teorías de la crisis y su defensa rigurosa de la teoría económica de Marx[7]. La dinámica de ciclos de prosperidad y crisis

6 Son opiniones de Fred Moseley, en su entrada sobre Paul Mattick en *Business cycles and depressions — An encyclopedia*, comp. D. Glasner (Nueva York, Garland, 1997, pp. 432-433) y de John Weeks en *Capital and exploitation* (Princeton: Princeton University Press, 1981, p. ix).

del capitalismo, la posición de la teoría de Marx frente a la «ciencia económica», la relación entre organizaciones de los trabajadores y movimientos espontáneos de los asalariados y la historia del marxismo son los temas principales en la obra de Mattick. Por el volumen y la calidad de su bibliografía, que pasa de 500 artículos y libros, habría que calificar a Mattick como científico social destacado, a pesar de su nula formación académica[8].

En sus años berlineses el jóven Mattick conoció de primera mano la práctica oportunista de la socialdemocracia alemana, el SPD, que apoyado en un grueso grupo parlamentario, sindicatos de gran implantación y docenas de periódicos y organizaciones de base proseguia su acción política buscando acceder pacíficamente al gobierno e implantar el socialismo. El SPD había denunciado el belicismo de la burguesía y en los congresos de la Segunda Internacional había aprobado con los demás partidos socialdemócratas resoluciones que llamaban a la huelga general en caso de que las clases capitalistas dominantes desencadenaran la guerra. Cuando llegó la hora de la verdad, en 1914, el grueso del partido apoyó vergonzosamente la guerra imperialista y apenas cuatro años después sus líderes estuvieron prestos a traicionar desde el gobierno la revolución que la guerra desencadenó. Mattick veía en estrategias reformistas como las de la socialdemocracia no solo la tendencia de los aparatos

7 J. O'Connor, *The meaning of crisis — A theoretical introduction*, Nueva York, Basil Blackwell, 1987, pp. 50, 57 y 68.

8 No debe confundírsele con Paul Mattick hijo, que vive actualmente en Nueva York, es el autor de *Business as usual—The economic crisis and the failure of capitalism* (Londres, Reaktion Books, 2011) y ha traducido y editado diversas obras de su padre.

sindicales y partidistas a mantener las prebendas que les otorga la sociedad capitalista, sino también el reflejo de la ideología predominante entre los asalariados, que en épocas de prosperidad se acomodan ideológicamente a la sociedad burguesa.

Frente a la izquierda socialdemócrata de la que surgieron los partidos comunistas en la década de 1920, Mattick fue un duro crítico de la teoría de Kautsky, luego reexpuesta por Lenin, según la cual la consciencia revolucionaria ha de serle «inyectada» a los trabajadores por la intelectualidad progresista burguesa. Por lo demás, ya en los años treinta Mattick consideraba a la URSS como una nueva forma de capitalismo en la que la burocracia estatal había asumido las funciones de la clase burguesa occidental. Como Karl Korsch y Anton Pannekoek, Mattick subrayó una y otra vez en sus obras que la esencia del socialismo es la organización autónoma de la producción por los trabajadores mismos.

Mattick analizó la relación entre las teorías económicas keynesianas y la teoría de Marx en muchos de sus escritos[9]. En una época en la que muchos economistas de izquierda buscaban en la imbricación de las ideas de Keynes y de Marx una complementariedad que permitiera entender mejor el funcionamiento de la economía capitalista y proporcionara instrumentos de política económica para combatir las crisis y el desempleo, Mattick, que compartía gran parte de los planteamientos económicos del polaco Henryk Grossmann, señaló la esencial incompatibilidad entre ambas teorías. Para

9 Especialmente en su libro *Marx y Keynes: Límites de la economía mixta* (trad. A. M. Palos), México, DF, Era, 1975.

Marx el capitalismo es una sociedad preñada de contradicciones que han de llevar a crisis sucesivas y a la miseria social, por lo que la única actitud progresiva ante ella es criticarla y buscar los medios para trascenderla. Keynes considera en cambio que el problema del capitalismo es simplemente hallar los medios para que la demanda efectiva sea suficiente para reducir el desempleo a niveles «tolerables», dicho en positivo, para conseguir «pleno empleo».

Las crisis de Marx y «el ciclo» de los economistas

Marx escribió que la ciencia sería superflua si la forma en que se manifiestan las cosas coincidiera directamente con su esencia[10]. La idea no parece ni mucho menos obvia, puesto que a menudo no es fácil distinguir qué es apariencia y qué es esencia. Las ciencias experimentales solo pueden indagar «las apariencias» aunque usen procedimientos especiales (aceleradores de partículas, telescopios, cultivos microbiológicos, simulaciones matemáticas...) que por lo general no son concebibles como medios de investigar esencia alguna. Por otra parte, en la idea de «la esencia» de las cosas puede esconderse un profundo oscurantismo, como cuando se dice que en esencia, en la hostia consagrada está el cuerpo de Cristo, aunque en apariencia sea solo un trozo de pan. Lo que es indiscutible es que las disciplinas científicas elaboran teorías para explicar la realidad observable. Claro que

10 *El Capital,* tomo III (trad. W. Roces), México, FCE, 1990, cap. XLVIII, p. 757. Véase p. 161 del presente volumen.

muchos conceptos de la ciencia natural tales como gravedad, agujero negro, orogénesis o evolución de las especies no son directamente observables ni aparentes y, de hecho, el conocimiento racional a menudo implica simplemente desechar por ilusorias las ideas que son mera apariencia falsa de la realidad. El lápiz no se dobla al meterlo en el agua, aunque lo parezca, y el día no es causa de la noche, aunque esta siga inevitablemente a aquel. La «esencia» de las cosas de la que habla Marx son sus conexiones internas, las fuerzas y las relaciones entre ellas que nos permiten entenderlas y a partir de ese entendimiento de la realidad, modificarla. Quizá el economista Henryk Grossman –uno de los pocos marxistas que contribuyó significativamente a desarrollar el conocimiento económico– lo expresó mejor cuando dijo que la ciencia trata de abarcar la masa compleja de los fenómenos de la realidad «bajo leyes generales que expresan la verdadera naturaleza de las cosas»[11].

Las crisis económicas a menudo son obvias en el capitalismo, o al menos se hacen sentir como tales cuando se generalizan las dificultades comerciales, las quiebras de empresas y los despidos de trabajadores. Quienes se han ocupado de las crisis las han teorizado como fenómenos que se repiten cada cierto tiempo en el contexto de un «ciclo» que ha recibido muchas denominaciones –ciclo de negocios, ciclo económico, industrial, comercial–, pero que se caracteriza fundamentalmente por tener una fase de expansión a la que sigue una

11 H. Grossmann, «Schumpeter's Business cycles» (reseña bibliográfica), *Studies in Philosophie and Social Science*, Vol. 9, No. 1, pp. 181-189, 1941.

de contracción o crisis. Por todo ello parece perfectamente lógico que desde un punto de vista meramente científico Mattick diga que una teoría para explicar el ciclo debería «sacar a la luz las leyes de movimiento del capital y explicar el fenómeno de las crisis» (p. 104) y no simplemente explicar las irregularidades pasajeras.

Las afirmaciones sobre las crisis están muy esparcidas en las obras económicas de Marx que, lamentablemente, nunca dio una definición formal del fenómeno. Rosa Luxemburg, que sin duda había estudiado a fondo a Marx, decía que para exponer «en su verdadero aspecto» cómo el sistema capitalista se reproduce a sí mismo «tenemos que prescindir (...) de las alternativas periódicas de prosperidad y de crisis»[12]. La idea parece un tanto discutible, casi como teorizar sobre los estados de la materia sin hablar de sólidos, líquidos y gases. En cualquier caso, es evidente que Marx consideraba las crisis como fenómenos consustanciales al modo de producción capitalista que evoluciona a través de un «ciclo industrial» o «ciclo de crisis», en el que las crisis se alternan con periodos de acumulación del capital. Marx hizo algunas consideraciones teóricas intentando explicar el dato curioso de que en la Gran Bretaña de su tiempo las crisis parecían ser periódicas, cada diez años. A juicio de Mattick (p. 173), que en esto como en tantas otras cosas en las que discrepa de Marx parece cargado de razón, las consideraciones de Marx sobre por qué el ciclo de crisis sería decenal son un tanto especulativas, y muy poco convincentes.

12 Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Edicions Internacionais Sedov (no consta trad. ni lugar de ed.), disponible en Internet. p. 6.

Ya a finales del siglo XIX los economistas habían comenzado a mencionar cada vez menos las «crisis» y en los círculos económicos se hacía mención de los «ciclos comerciales», los «ciclos de negocios» o «la coyuntura» (*trade cycle, business cycle, Konjunktur*), términos que tienen menor carga emotiva que «crisis» o que «depresión», vocablos estos que, a su vez, fueron más y más desplazados por «recesión», «coyuntura a la baja», «contracción» u otros términos más o menos neutros que produjo la jerga económica. En cualquier caso, bajo una multiplicidad terminológica se imponía la necesidad de nombrar la realidad bipolar del capitalismo, oscilante entre periodos de expansión y periodos de estancamiento o franca contracción.

En una carta a Bebel de enero de 1884, Engels comentaba que en Inglaterra el ciclo industrial de diez años parecía roto desde que en 1870 la competencia norteamericana y alemana había comenzado a poner fin al monopolio inglés en el mercado mundial. Desde 1868 en Inglaterra había prevalecido «una depresión en los negocios de las principales ramas de la industria» y «ahora parece que aquí y en Norteamérica estamos *en vísperas de una nueva crisis*, que no ha sido precedida (...) por un periodo de prosperidad»[13].

Esta cita presenta la idea de Engels según la cual el ciclo decenal quizá habría pasado a la historia, pero es también interesante porque Engels escribe en 1884, exactamente en medio de lo que algunos historiadores económicos denominan como «la Gran Depresión de

13 C. Marx y F. Engels, *Correspondencia* (ed. R. González), Buenos Aires, Cartago, 1987, p. 340

1873-1896»[14]. Sin embargo, Engels no dice de ninguna manera que Inglaterra esté pasando por una crisis, lo que dice es que la crisis parece estar a punto de desencadenarse.

En los años en torno al final del siglo XIX y primeras décadas del XX hubo autores que emprendieron un estudio empírico de ese ciclo, de esas alternancias de la economía entre periodos de prosperidad y periodos de depresión más o menos abierta. El economista ruso Mikhail Tugan-Baranowsky estudió las crisis industriales in Inglaterra, el estadounidense Wesley C. Mitchell recopiló una enorme colección de estadísticas sobre los ciclos comerciales en los años 1890-1910 en varios países y la socióloga Dorothy S. Thomas investigó cómo cambian a través de las fases del ciclo fenómenos tales como las migraciones, los nacimientos, las defunciones y los matrimonios[15].

De Tugan-Baranowsky se ocupa el ensayo de Mattick, que en cambio pasa de largo sobre Wesley Mitchell, cuyo libro publicado hace ahora un siglo no solo aportaba una enorme masa de datos sobre las variables económicas durante las distintas fases de los ciclos, sino que incluía también importantes consideraciones sobre las distintas teorías explicativas del ciclo. Para

14 S. Pollard, «Depressions», *The New Palgrave: A dictionary of economics*, comp. por J. Eatwell et al., Nueva York, Macmillan, 1998, Vol. 1, pp. 809-812.

15 M. Tougan-Baranowski, *Las crisis industriales en Inglaterra* (trad. J. Moreno Barutell), Madrid, La España Moderna, 1912; W. C. Mitchell, *Business cycles*, Berkeley, University of California Press, 1913; D. S. Thomas, *Social aspects of the business cycle*, Nueva York, Dutton, 1925.

Mitchell los ciclos comerciales hacen su aparición en la historia cuando la organización de la producción y la distribución de bienes llegan a depender sobre todo de la actividad de las empresas comerciales, o sea, lucrativas. Esta organización económica fue desarrollada poco a poco, por sucesivas generaciones movidas por el ánimo de ganar cada vez un poco más, pero

> la complicada maquinaria de la economía nunca estuvo enteramente bajo el control de quienes la inventaron, el sistema no está del todo controlado por los hombres de negocios y empresarios y así, de forma recurrente, la maquinaria financiera inflige serios daños (...) Como no se sabe evitar que los costos se coman las ganancias, que haya estrecheces en la disponibilidad de dinero, que se interrumpa la fabricación de equipos industriales, que se descontrole la capitalización bursátil de las empresas comerciales y que haya expansiones y contracciones espasmódicas del crédito, como nuestro conocimiento teórico y nuestra habilidad práctica son deficientes con respecto a todo esto, no podemos mantener la prosperidad más que unos pocos años cada vez[16].

Mitchell, cuyas ideas debían mucho a Thorstein Veblen –a quien Mattick menciona en su discusión de la escuela institucionalista– hizo mucho por aclarar los problemas conceptuales relacionados con el tema de los ciclos comerciales. Así, por ejemplo, en 1926 propuso una definición del ciclo y aclaró que en la literatura económica unos autores consideraban que el ciclo tiene bási-

16 Mitchell, *Business cycles*, p. 585.

camente dos fases –prosperidad y depresión–, otros tres –prosperidad, crisis y depresión–, otros cuatro –prosperidad, crisis, depresión y recuperación– e incluso otros incluían más fases. Mitchell aclaró también que investigadores como Aftalion usaban el término «crisis» indicando simplemente el tránsito de la fase de prosperidad a la de depresión, mientras que otros como Bounatian lo utilizaban con un sentido que implica trastornos graves de la vida económica, con gran número de empresas dando pérdidas o yendo a la quiebra. En la transición de la prosperidad a la depresión eso ocurre a menudo, pero no siempre, decía Mitchell, que concluía entonces que el término «crisis» no es bueno para indicar una de las fases del ciclo. En caso de usarlo recomendaba darle el significado neutro de Aftalion[17].

En 1946 Mitchell, en un libro escrito con A. F. Burns, propuso una definición formal de ciclo comercial. La definición cambiaba ligeramente –«a la luz de la experiencia dada por el uso»– la propuesta veinte años antes.

> Los ciclos comerciales son un tipo de fluctuación encontrado en la actividad económica agregada de las naciones que organizan su trabajo principalmente en empresas lucrativas: un ciclo consiste en expansiones que ocurren aproximadamente al mismo tiempo en muchas actividades económicas y son seguidas por recesiones, contracciones y recuperaciones igualmente generales que confluyen en la fase de expansión del ciclo siguiente;

17 W. C. Mitchell, *Business cycles — The problem and its setting*, Nueva York, NBER, 1927, pp. 378-382.

en duración, los ciclos comerciales varían de más de un año a diez o doce años y no son divisibles en ciclos más cortos de similares características[18].

El mismo A. F. Burns explicó en su introducción a la obra póstuma de Mitchell que los ciclos comerciales

> no son simplemente fluctuaciones en la actividad económica agregada. La característica fundamental que los distingue de las convulsiones comerciales de los siglos anteriores o de la variación estacional y otras fluctuaciones a corto plazo de nuestra época es que las fluctuaciones de los ciclos comerciales se difunden ampliamente en toda la economía: en la industria, en las relaciones comerciales y en los entresijos de las finanzas. La economía del mundo occidental es un sistema integrado por elementos estrechamente interrelacionados. Quien quiera entender los ciclos comerciales debe entender el funcionamiento de un sistema económico que está básicamente organizado como una red de empresas individuales, cada una de las cuales intenta conseguir ganancias. El problema de por qué ocurren los ciclos comerciales es así inseparable del problema de cómo funciona una economía capitalista[19].

Las investigaciones empíricas de Mitchell, continuadas en alguna medida por A. F. Burns, fueron probablemente el punto más alto de la economía burguesa

18 A. F. Burns y W. C. Mitchell, *Measuring business cycles*, Nueva York, NBER, 1946, p. 3.

19 W. C. Mitchell, *What happens during business cycles*, Nueva York, NBER, 1951, p. vii.

en su consideración de las crisis. Fruto de la labor de Mitchell fue la creación del Nacional Bureau of Economic Research (NBER), organismo no gubernamental para promover la investigación económica empírica que tomó a su cargo la tarea de establecer una cronología de los ciclos. Según la cronología completa del NBER, que abarca desde 1850 hasta el presente, en la economía de Estados Unidos en promedio las contracciones duraron 16 meses, las expansiones 59, de forma que cada ciclo completo promediaría seis o siete años. Desde el final de la primera guerra mundial el NBER identifica transiciones de la fase de prosperidad a la de recesión –o sea, crisis en el sentido de Aftalion y Mitchell– en 1920, 1923, 1926, 1929, 1937, 1945, 1948, 1953, 1957, 1960, 1969, 1973, 1980, 1981, 1990, 2001 y 2007. Como puede verse, «el ciclo» es muy irregular y puede pasar a veces una década o más entre una recesión y la siguiente, mientras que otras veces hay recesiones separadas por muy pocos años.

En el campo marxista, muerto Engels en 1895, pronto comenzaron las disensiones teóricas sobre múltiples aspectos de la teoría de Marx y las consecuencias políticas derivadas. De su estudio de los tomos II y III de *El Capital* –editados poco antes por Engels a partir del caos de manuscritos dejados a su muerte por Marx– Rosa Luxemburg concluyó que en muchos aspectos los llamados esquemas de reproducción del Tomo II son incoherentes con el resto de la teoría de Marx, lo cual parece evidente si se estudia el asunto; concluyó también que el capitalismo necesita mercados no capitalistas para desarrollarse, lo que parece un puro disparate. Esas ideas de Rosa Luxemburg dieron lugar a polémica durante muchos años.

Mientras entre los marxistas se sucedían las discusiones sobre cómo entender la dinámica del capitalismo y las crisis, el capitalismo seguía su propio curso. Tras la carnicería de la primera guerra mundial, de la que se derivó también el asesinato de Rosa Luxemburg con la anuencia de sus antiguos compañeros del SPD, vino el periodo de entreguerras con un crecimiento económico relativamente lento en muchos países, el caos de la hiperinflación en Alemania y el *boom* de los rugientes años veinte en Estados Unidos. Pero fue allí donde en 1929 el sistema entró otra vez en crisis abierta. El capital se hundía, quebraban a cientos por semana las empresas y los bancos y el desempleo ascendía a decenas de millones. Y en muchos otros países pasaba lo mismo. Aunque a mediados de la década de 1930 en Alemania el programa armamentista de Hitler redujo el desempleo rápidamente y en Estados Unidos hubo una tímida recuperación, en 1938 la economía estadounidense volvió a desplomarse. Como otros muchos millones, Mattick estuvo sin trabajo en esos años en los que Keynes escribió su *Teoría General*, que muchos interpretaron como una crítica radical a lo que entonces se consideraba ortodoxia económica.

El desempleo masivo solo se resolvió cuando se inició la segunda guerra mundial. Cuando acabó la guerra la incorporación de varios países al «campo socialista» europeo y el triunfo de la revolución en China pusieron a una parte considerable de la economía mundial fuera del mercado capitalista. A pesar de ello y a pesar de que pronto comenzó la descolonización en África y Asia, el capitalismo occidental tuvo tres décadas de inesperada prosperidad (lo que, dicho sea de paso, parece un dato más que «no casa» con la idea de Rosa Luxemburg de que

el capitalismo necesita mercados en países atrasados). Seguían dándose de vez en cuando lo que los economistas académicos habían definido como recesiones y algunos marxistas como Perlo o Bettelheim definían como crisis, pero en general eran periodos en los que la actividad económica solo sufría un decaimiento relativo en intensidad y duración[20]. De hecho, para algunos economistas la idea del «ciclo comercial» había quedado obsoleta y decían que probablemente las oscilaciones entre prosperidad y depresión habían pasado a la historia, ya que ahora la teoría económica contaba con medios para evitarlas. Se propuso también sustituir el concepto de ciclo comercial por el de ciclo de crecimiento (*growth cycle*) en el que lo que alternarían no serían periodos de prosperidad con periodos de depresión o crisis, sino periodos de crecimiento acelerado con periodos de crecimiento menos intenso. Tanto la idea de que el ciclo comercial estaba obsoleto, como la idea de sustituirlo por el concepto de ciclos de crecimiento eran formas de sugerir que se había acabado con las crisis del capitalismo.

Mientras tanto, diversos economistas con simpatías de izquierda, algunos de los cuales se decían marxistas y entre los que probablemente los más destacados fueron Michał Kalecki, Joan Robinson, John K. Galbraith, Paul Baran, Paul M. Sweezy y Ernest Mandel, habían desarrollado críticas a la teoría económica que en gran parte eran comunes a la crítica de Keynes, aunque

20 V. Perlo, *The unstable economy – Booms and recessions in the United States since 1945*, Nueva York, International Publishers, 1973; C. Bettelheim, «Comentario a las tesis de Tsuru», en S. Tsuru, comp., *¿Adónde va el capitalismo? Un symposium internacional* (trad. M. Capdevila), Barcelona, Oikos-Tau, 1965, pp. 83-92.

incorporaban elementos de Marx. O más bien del marxismo, por ejemplo la idea de la socialdemocracia de una necesidad de planificación económica estatal que de ninguna forma se ponía en conexión con la autogestión de la producción por los productores. Entre algunos de esos autores, particularmente Ernest Mandel, encontró especial acogida la teoría de las ondas largas de Kondratiev.

En la teoría de las crisis de Marx un elemento clave, muy discutido, es la caída tendencial de la tasa de ganancia. Un aspecto particularmente controvertido es si esa tendencia obraría a largo plazo o a corto plazo. Según los conceptos de Marx el aumento de la composición orgánica del capital hace que la tasa de ganancia disminuya, mientras que el aumento de la tasa de plusvalía hace que aumente. Como el desarrollo tecnológico incrementa tanto la tasa de plusvalía como la composición orgánica del capital, la evolución de la tasa de ganancia está determinada por la relación entre el aumento de estas dos variables[21]. Hay razones para pensar que la tasa de plusvalía, que solo puede aumentar dentro de ciertos límites,

21 Siendo *c* el valor del capital constante (materias primas y medios de producción), *v* el capital variable (el valor de la masa salarial) y *p* la plusvalía o ganancia, la tasa de plusvalía o tasa de explotación *E* es la razón plusvalía a capital variable, o sea, $E = p/v$, mientras que la razón capital constante a capital variable, $W = c/v$, es la composición orgánica del capital. La tasa de ganancia o rentabilidad *r* es la plusvalía en relación al capital total adelantado, $r = p / (c + v)$. Es fácil demostrar —dividiendo por *v* el numerador y el denominador de la fracción $p / (c + v)$— que $r = E / (W + 1)$. De esto se deduce que si tanto *E* como *W* aumentan igualmente (por ejemplo un 5% anual), la tasa de ganancia *r* aumentará, mientras que *r* disminuirá si *W* aumenta más rápido que *E*.

tiene que crecer más lentamente que la composición orgánica del capital. A la larga eso tenderá a hacer disminuir la tasa de ganancia. De todas formas, establecer esa tendencia general a largo plazo no resuelve la evolución a corto plazo. En las crisis hay destrucción de capital, tanto en términos físicos (mercancías perecederas que se arruinan, máquinas e instalaciones que quedan largos periodos en desuso y pueden quedar inservibles) como de valor y los salarios también se reducen en las crisis como consecuencia del desempleo[22]. Ambas cosas han de contribuir a que aumente la tasa de ganancia, lo que lleva al inicio de una nueva fase de expansión del capital. Para que el descenso de la tasa de ganancia que lleva a la crisis y su aumento posterior que lleva a la recuperación sean compatibles con una tendencia descendente de la tasa a largo plazo tendría que haber algún mecanismo que haga que tras cada crisis la rentabilidad no se recupere hasta niveles iguales o mayores a los que tuvo antes de la crisis.

Ernest Mandel, Anwar Shaikh, Howard Sherman y otros autores marxistas vieron en las ondas largas de Kondratiev el elemento articulador que podría poner en un mismo modelo la dinámica a corto y a largo plazo. La tendencia de la tasa de ganancia a caer sería para estos autores un fenómeno a largo plazo. Según la teoría de las ondas largas de Kondratiev en el capitalismo hay ondas largas que tienen una periodicidad de 50 a 60 años. El ciclo de crisis sería precisamente el de estas ondas largas, mientras que lo que habría entre medias, dentro de cada una de estas ondas largas, serían ciclos

22 O sea, aumentaría *E* al disminuir *v* en relación a *p* y disminuiría *W* al devaluarse el capital constante *c* más que los salarios *v*.

comerciales que implicarían recesiones, o sea periodos de decaimiento económico *que no serían crisis en el sentido de Marx.*

Resultó entonces que diversos autores que se definían como marxistas, aceptaban que las crisis eran un fenómeno que se daría cada varias décadas. En cierta forma esto implica una aceptación al menos parcial de la idea según la cual por las razones que fuere el capitalismo habría sido capaz de librarse de las crisis. No parece fácil mantener que las crisis son un fenómeno intrínseco de la economía capitalista si acontecen una vez cada medio siglo.

Si la teoría de las ondas largas tiene algún sustento empírico, debe ser como la teoría de la supuesta conexión de las crisis económicas con las manchas solares, tan difícil de ver que casi nadie se la cree. Aceptada por muy pocos economistas académicos, la teoría de las ondas largas tiene detractores y seguidores entre los marxistas. Como se muestra en este libro, Mattick no simpatizaba con ella. Pero Mattick plantea sin embargo la hipótesis de que una crisis más o menos prolongada o permanente del capitalismo sería posible (p. 250). Mattick no es muy explícito en concretar qué tan larga tendría que ser una crisis para considerarla permanente y no queda claro tampoco qué razones ve Mattick para afirmar esa posibilidad que Marx parece rechazar bastante de plano, por ejemplo describiendo las crisis como «erupciones violentas», «soluciones violentas puramente momentáneas de las contradicciones existentes»[23].

23 *El Capital*, tomo III, ed. cit., cap. XV, p. 247. Véase también p. 245 en este volumen.

Obviamente, más importante que lo que escribiera Marx aquí o allá es su teoría general de la crisis en la que esta se convierte en palanca y punto de apoyo para un relanzamiento de la acumulación del capital. Mattick explica de manera brillante cómo en la teoría de Marx –y en la realidad– lo que prima en el capitalismo es el desequilibrio, el dinamismo de la producción y la circulación en el que las fases de acumulación del capital se caracterizan por una demanda que excede la oferta, lo que da lugar a una oferta que sobrepasa a la demanda en cuanto la plusvalía producida se hace insuficiente, la acumulación se ralentiza y no se puede valorizar todo el capital existente. Es entonces cuando se desencadena la crisis, que hace que la tasa de ganancia se desmorone, que haya quiebras frecuentes que no son otra cosa que manifestaciones de destrucción de capital, a la vez que se dispara el desempleo y comienza un proceso más o menos rápido de caída de los salarios. El proceso se alimenta a sí mismo y solo se frena cuando la crisis «toca fondo», lo que significa que se detiene la caída de la tasa de ganancia y que luego esa tasa comienza a subir, provocando el aflujo de capital-dinero que acude presuroso a las buenas perspectivas de negocio dadas por la abundancia de medios de producción a precio de liquidación y desempleados dispuestos a trabajar por salarios mucho más bajos. Esa afluencia de capital dinero que se invierte en procesos productivos relanza el proceso de acumulación, contribuyendo así a que aumente la tasa de ganancia. Se abre así paso una nueva fase de expansión que más bien pronto que tarde desembocará en otra crisis.

Como bien dice Mattick, durante los periodos «normales» que a veces Marx denomina de «equilibrio» (periodos de acumulación de capital, o crecimiento, o

prosperidad en la jerga económica habitual), el capitalismo no puede caracterizarse de ninguna forma mediante la idea de equilibrio de la economía burguesa. Ahora bien, en los periodos de crisis esa idea es si cabe todavía menos apropiada, ya que lo que caracteriza esos periodos es que las variables económicas están en cambio permanente. Es precisamente la volatilidad económica –bancos o empresas comerciales que quiebran, precios o tipos de interés o de cambio que suben o bajan bruscamente en horas o días– lo que caracteriza las crisis. Para que la crisis se convirtiera en algo más o menos permanente haría falta algún tipo de estabilidad de los procesos económicos, pero esa estabilidad parece descartada por la naturaleza misma del fenómeno.

¿Cómo se sale de las crisis?

Una teoría de la crisis ha de dar cuenta de por qué se producen las crisis, lo que es para Mattick relativamente fácil, pero ha de explicar también por qué se sale de ellas, cosa a su juicio (p. 166) mucho más difícil. En lo que Engels incluyó como capítulo XV del tomo III de *El Capital* hay ideas importantes para entender cómo surgen las crisis y también cómo se resuelven. La crisis comienza cuando se llega a una sobreproducción absoluta de capital en la que no hay plusvalía suficiente para valorizar todo el capital existente. La finalidad de la producción capitalista es valorizar el capital mediante la apropiación de plustrabajo. Cuando se llega a un punto en el que el capital incrementado, $C + \Delta C$, solo produce la misma masa o incluso una masa menor de plusvalía de la que producía el capital original C, ha

tenido lugar una sobreproducción absoluta de capital y sobreviene «una caída intensa y repentina de la tasa general de ganancia». En la crisis parte del capital se halla total o parcialmente inactivo, mientras que otra parte se valoriza a una rentabilidad más baja. El intento de cada capital individual por no verse devaluado generará pugnas intensas entre los capitales, que –dice Marx– no dudarán incluso en incurrir en pérdidas momentáneas para desplazar o eliminar a otros capitales. Cuando ya no se trata de dividir ganancias sino de dividir pérdidas, cada capitalista «trata de reducir en lo posible su participación en las mismas, y de endosársela a los demás. La pérdida es inevitable para la clase. Pero la cantidad que de ella ha de corresponderle a cada cual, en qué medida ha de participar en ella, se torna entonces cuestión de poder y de astucia (...) Se hace sentir entonces el antagonismo entre el interés de cada capitalista individual y el de la clase de los capitalistas». El arreglo de esos conflictos y el restablecimiento de las condiciones correspondientes a una situación «sana» de la producción capitalista, implica «aniquilar una parte del capital por el monto de valor de todo el capital adicional ΔC, o al menos una porción de ese monto», liquidación que no se repartirá de ninguna manera uniforme entre los distintos capitales particulares, sino que los afectará de forma muy desigual y diversa. La destrucción principal y más aguda será la que tiene relación con los valores de capital, por ejemplo títulos de deuda que se desvalorizan de inmediato. Una parte de las mercancías que se encuentran en el mercado se venderán a precios ruinosos, lo que implica una enorme desvalorización del capital que representan. La perturbación de las relaciones de precios y el estancamiento

«paralizan la función del dinero como medio de pago», lo que hace que se interrumpan las cadenas de pagos en múltiples puntos, que el sistema crediticio se bloquee, que haya ulteriores desvalorizaciones súbitas y que todo el proceso de reproducción quede drásticamente reducido.

Wesley Mitchell describió también diversos mecanismos que explican la transición desde la crisis a la recuperación. En muchos casos, Mitchell se refiere a procesos que Marx llamaría de devaluación o destrucción de capital y que contribuyen a que se recuperen las ganancias empresariales. Por ejemplo, en la crisis las rentas cargadas por el uso comercial o industrial de edificios, terrenos o instalaciones caen rápidamente, sobre todo cuando las empresas que pagaban esas rentas quiebran y los edificios o instalaciones quedan por un tiempo vacíos, inutilizados como capital, hasta que son alquilados de nuevo, generalmente por rentas considerablemente menores que permiten un aumento de la rentabilidad industrial. Mitchell apunta también a procesos que, en la terminología de Marx, aumentarían la tasa de plusvalía. Por ejemplo, en la crisis las empresas eliminan las horas extraordinarias y en promedio la jornada laboral tiende por tanto a reducirse. Ello no solo reduce el salario medio por hora sino que aumenta la productividad física al reducir el cansancio producido por una jornada de trabajo prolongada. Además, «cuando se reduce el volumen de mano de obra empleada aumenta su calidad por eliminación de los obreros menos eficientes. Más importante es sin embargo que el miedo al despido, en circunstancias en las que miles buscan trabajo en vano, hace que cada trabajador que mantiene su empleo esté predispuesto a dar de sí todo lo posible, manteniendo cualquier ritmo de trabajo que se le pida, incluso a costa de un esfuerzo excesivo para su resistencia»[24].

El modelo de la teoría de Marx: la economía mundial

El modelo de capitalismo de Marx es una economía capitalista pura extendida a todo el mercado mundial. Tal cosa no existía en vida de Marx ni existe hoy, aunque la economía actual se parece mucho más al modelo marxiano. Hoy siguen existiendo barreras para el movimiento de los trabajadores y tarifas aduaneras para diversas mercancías, pero el capital dinero puede moverse casi sin limitación de unos países a otros y la producción no capitalista ha quedado reducida a zonas de África y pequeñas bolsas en otros continentes. Por otra parte, si desde muchos puntos de vista las crisis económicas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX podían considerarse crisis de las economías nacionales, aunque algunas como la Gran Depresión afectaran de forma más general a todo el mundo capitalista, desde cualquier punto de vista que se analice, la crisis que comenzó a finales del 2007 ha de considerarse una crisis de la economía mundial, ya que la debacle financiera se extendió a todo el mundo y en todos los países el crecimiento económico se redujo significativamente (haciéndose negativo en muchos), con el consiguiente aumento del desempleo. Los organismos financieros internacionales dieron por finalizada la crisis en el

24 Mitchell, *Business cycles*, pp. 562-565.

2009, pero ahora, a finales de 2013, todo indica que la economía mundial está en una situación muy incierta y en cualquier momento podría ir otra vez hacia el barranco.

Yendo hacia atrás en el tiempo, en los años en torno al cambio de siglo hubo crisis importantes en Asia, en Rusia y en varios países latinoamericanos; en Norteamérica y Europa también hubo recesiones. Una década antes, en torno a 1990, el hundimiento de las economías planificadas de la URSS y los países de Europa oriental coincidió con recesiones en muchos países occidentales. Siguiendo hacia atrás, tenemos las recesiones generalizadas de la primera mitad de los años ochenta y yendo hasta la época en la que se publicó el libro de Mattick llegamos a mediados de la década de 1970, cuando la economía mundial sufrió la primera recesión grave desde la segunda guerra mundial. Considerando todo ello en conjunto, no parece ni mucho menos injustificado decir que en los últimos cuarenta años la economía mundial ha pasado por crisis a mediados de los setenta, comienzos de los ochenta, comienzos de los noventa, en torno al final de siglo y a partir del 2007. Quien piense que no hay datos sólidos para que sea lícito denominar «crisis de la economía mundial» a estas cinco ocasiones puede encontrar un dato importante en ese sentido en un lugar curioso: las estimaciones de las emisiones mundiales de CO_2 y las medidas de las concentraciones atmosféricas de ese gas que, como se sabe, se produce prácticamente en todas las actividades económicas. Las series de emisiones mundiales y de concentraciones atmosféricas de CO_2 muestran claramente niveles en ascenso desde mediados del siglo pasado, pero esas series revelan también que la tendencia ascendente, prácticamente rectilínea

(«lineal» es el término técnico) de las emisiones se quiebra precisamente al comienzo de cada una de las crisis mencionadas: en 1975, 1980, 1992, 1998 y 2008. Que, de hecho, la economía mundial en su conjunto se recuperó momentáneamente tras la crisis del 2008 parece probarlo claramente el que las emisiones de CO_2 que se estancaron durante el 2009, fueron seguidas por una rápida recuperación en el 2010[25].

Lo dicho sugiere que considerando la economía mundial en su conjunto, desde los años setenta ha habido una crisis más o menos una vez por década. Sin embargo muchos autores marxistas o poskeynesianos que cuando hablan suelen referirse a economías nacionales particulares, por ejemplo la de Estados Unidos, hablan de «las cuatro crisis de los últimos cien años», que habrían sido una a finales del siglo XIX, la Gran Depresión de los años treinta, la crisis de mediados de los setenta a comienzos de los ochenta y la que comenzó a finales del 2007. En esta visión, las crisis dejan de ser «erupciones violentas» que restablecen *momentáneamente* la continuidad de la acumulación del capital y se

25 G. P. Peters et al., «Rapid growth in CO_2 emissions after the 2008–2009 global financial crisis», *Nature Climate Change*, Vol. 2, No. 1, pp. 2-4, 2012; J. A. Tapia, E. Ionides y O. Carpintero, «Climate change and the world economy: Short-run determinants of atmospheric CO_2», *Environmental Science & Policy*, Vol. 21, pp. 50–62, 2012. Las estimaciones de emisiones anuales mundiales de CO_2 (en millones de toneladas) para los ocho años desde el 2003 al 2010 son las siguientes: 27,1, 28,5, 29,7, 30,6, 31,3, 32,1, 32,1 y 33,5. Nótese cómo el efecto de la Gran Recesión es hacer que el aumento anual promedio, aproximadamente un millón de toneladas, se reduzca a cero entre el 2008 y el 2009.

convierten en periodos de muchos años o varias décadas incluso. La supuesta Gran Depresión de finales del siglo XIX habría durado más de una década, la otra Gran Depresión se habría extendido desde 1929 hasta el comienzo o quizás hasta el final de la segunda guerra mundial, la crisis «de los setenta-ochenta» habría durado también una década o más[26]. Esa noción de crisis es muy distinta de la Marx y todo parece indicar que implica un uso muy laxo del concepto.

Teoría y datos empíricos

En algunos artículos escritos en la década de la Gran Depresión Mattick hizo un uso relativamente abundante de estadísticas económicas. Sin embargo, el Mattick tardío parece escéptico en cuanto a la posibilidad de utilizar estadísticas económicas –que son prácticamente los únicos datos empíricos posibles al hablar de la economía– para hacer un análisis concreto de la economía capitalista en el contexto de la teoría de Marx. En la presente obra Mattick afirma (p. 172) que como la causa última de las crisis es la escasez de plusvalía, que aparece en el mercado mundial trasfigurada como exceso de mercancías

26 Anwar Shaikh es probablemente el represente más típico de la visión en la que las crisis marcan aproximadamente cada medio siglo las sucesivas ondas largas. En su artículo sobre «la primera Gran Depresión del siglo XX» («The first Great Depression of the 21st century», *Socialist Register*, vol. 47, 2011, pp. 44-63) las crisis previas que nombra Shaikh son las de 1847, la primera «Gran Depresión» de 1873-1896 y la segunda de 1929-1939 y la «Gran Estanflación» de 1967-1982.

invendibles, «las condiciones que llevan a la crisis o que posibilitan su superación son tan complejas que no es posible investigarlas empíricamente».

En principio, esa posición «antiempírica» de Mattick parece excesiva. Es obvio que muchas estadísticas económicas son números «blandos», calculados partiendo de supuestos a menudo discutibles y a veces completamente rechazables[27]. Por ello hay que usarlas de forma crítica. Pero el mismo Mattick las usa cuando nos dice, por ejemplo (p. 294 en este volumen), que en Estados Unidos la producción aumentó entre los años 1946 y 1970 en términos reales un 139% y en términos nominales un 368%.

Por otra parte, siguiendo una idea muy poco desarrollada en pasajes de *El Capital* y *Teorías sobre la plusvalía,* Mattick parece aceptar que hay dos tipos de crisis, debidas unas a la caída de la tasa de ganancia, otras a desproporciones en la producción y la circulación, relacionadas con la anarquía de la producción capitalista (p. 219). En estas crisis de desproporcionalidad habría una distribución anómala del capital entre las distintas ramas de la producción y podrían resolverse por sí mismas, simplemente mediante redistribución de la plusvalía, sin producción de plusvalía adicional. En cambio, las crisis resultantes de la caída de la tasa de ganancia «no pueden superarse por sí mismas, tienen que ser contrarrestadas por la adaptación de la produc-

27 No pocas veces los economistas hablan de «supuestos heroicos» cuando para simplificar el análisis de un problema ignoran aspectos fundamentales del mismo, o dan por ciertas hipótesis que atentan contra el sentido común.

ción de plusvalía a las necesidades de valorización de una estructura de capital modificada; es decir, solo pueden superarse por el incremento de la explotación».

Esta diferenciación entre dos tipos de crisis no parece muy provechosa. En principio, lo que los datos estadísticos muestran en todas las crisis –entendidas en el sentido de Aftalion que recomendaba Mitchell y que parece completamente coherente con el núcleo de la teoría de Marx– es una caída de la inversión –una interrupción de la acumulación en términos marxianos–, es decir, de la conversión de capital-dinero en capital industrial, generalmente precedida varios trimestres antes por una disminución de las ganancias empresariales. Esto parece indicar claramente que la caída de la tasa media de ganancia desencadena la ruptura del proceso de valorización, siendo un eslabón fundamental la disminución subsiguiente de la inversión, que reduce la demanda y las ganancias de las empresas y hace que la actividad económica se desplome[28]. A partir de entonces los procesos que han de obrar son fundamentalmente dos, la liquidación de capital y la reducción de los salarios. Ambos contribuyen a que finalmente se recupere la tasa de ganancia y vuelva a movilizarse el capital-dinero hacia las inversiones productivas. Ambos aspectos actúan en todas las

28 He intentado mostrar lo anterior con datos concretos en los artículos «Statistical evidence of falling profits as cause of recession: A short note» (*Review of Radical Political Economics*, 2012, Vol. 44, No. 4, pp. 484-493) y «Does investment call the tune? Empirical evidence and endogenous theories of the business cycle», *Research in Political Economy*, Vol. 28, 2013, pp. 229-259*)*.

crisis, aunque probablemente en cada crisis concreta el peso relativo de cada uno es distinto.

Es interesante que el economista holandés Jan Tinbergen demostró en estudios para la Sociedad de Naciones que la rentabilidad de las empresas es la variable principal que determina el volumen de inversión en la economía en conjunto y con ello si prosigue la fase de auge o si se pasa a la contracción. Tanto Keynes como Milton Friedman rechazaron sus conclusiones, que no se ajustaban a su visión de las crisis[29]. Entre los economistas es habitual la reticencia a usar los datos empíricos «sin el auxilio de la teoría», de tal forma que incluso cuando los datos de la realidad se dan de bofetadas con su teoría, ellos los interpretan de tal forma que la teoría queda indemne[30]. No pocos marxistas tienen una actitud similar. Las estadísticas económicas existentes para muchos países desde finales del siglo XIX han aportado una enorme información sobre los aspectos estadísticos del «ciclo» y tal como explicó Henryk Grossmann, por ejemplo los estudios de Wesley Mitchell y Jean Lescure ya ponían claramente de manifiesto la consistencia de la teoría de la crisis de Marx con los datos empíricos[31].

29 M. S. Morgan, *The history of econometric ideas*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991, cap. 4.

30 Un ejemplo típico de esa actitud es el comentario de M. Perlman en «What to teach to undergraduates», de G. Routh, en *Economics in disarray*, comp. P. Wiles, G. Routh, Oxford, Basil Blackwell, 1984.

31 H. Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista—Una teoría de la crisis* (trad. J. Tula, J. Behrend, I. del Carril, J. Aricó). México, Siglo XXI, 1979, pp. 84 y 342. En esta última página la traducción dice «coyuntura» cuando claramente debería decir por ejemplo «expansión», o «coyuntura alcista».

Tasa de ganancia y crédito

Marx analiza el valor de la producción en una rotación del capital como suma de capital constante, capital variable y plusvalía, es decir $c + v + p$, y partiendo de esa formulación define la tasa de tasa de ganancia $r = p / (c + v)$. Engels aclaró que la plusvalía a tener en cuenta para determinar la tasa de ganancia, que en general se calcula como tasa anual, no es p sino $p \times n$, es decir, el producto de la plusvalía producida en un periodo de rotación por el número n de rotaciones en un año[32]. Lo anterior tiene importancia porque hace depender la tasa de ganancia no solo de cuánta plusvalía se produce en una rotación (p) y cuánto capital está implicado en el proceso de producción ($c + v$), sino también de cuán rápidamente se produce esa ganancia. Como el crédito puede facilitar las transacciones y aumentar la velocidad de rotación (n), puede aumentar la tasa media de ganancia. Igualmente, cuando el crédito se dificulta por condiciones de crisis, el efecto es reducir la tasa media de ganancia. Estos aspectos no se tienen en cuenta en el análisis de Mattick, que se enfoca a la masa de capital existente y la masa de ganancia. Pero mientras la primera es un fondo, es decir, ha de estar definida en un momento dado, la segunda es un flujo, es decir, una cantidad que solo tiene sentido medida para un determinado periodo temporal. Mattick

32 *El Capital*, tomo III, cap. IV, ed. cit., p. 87. Todo el capítulo IV del tomo III de *El Capital* que explica la influencia de la velocidad de rotación del capital en la tasa de ganancia fue escrito por Engels, que advierte en el prólogo a dicho tomo que en el manuscrito de Marx, de ese capítulo solo estaba escrito el título.

dice (p. 294) que el crédito puede llevar la producción «más allá de donde habría llegado por sí sola, sin alterar ni la productividad del trabajo ni la producción de plusvalía, que evolucionan independientemente de la expansión del crédito». Pero si la misma masa de plusvalía puede producirse en menos tiempo, la tasa de ganancia aumenta. Desde ese punto de vista la idea de que el crédito no puede aumentar la tasa de ganancia no parece correcta. Puede aumentarla en la medida que aumente la velocidad de rotación del capital. La contrapartida es que puede disminuirla y así los trastornos de los mecanismos de crédito en los periodos de crisis hacen igualmente que la tasa de ganancia caiga más rápidamente. Este es un mecanismo más que hace que la tasa de ganancia sea una variable inestable, de cuya inestabilidad depende la inestabilidad de la economía capitalista.

El crédito que acelera la acumulación del capital en las épocas de bonanza se convierte en una bomba que estalla en el momento más inoportuno, cuando en los comienzos de una crisis comienza a haber tensiones por escasez de las ganancias. Esto que ya fue comentado por Marx en muchas partes del tomo III de *El capital*, tuvo una clara expresión en la crisis que en el 2008 estuvo a punto de echar abajo el sistema financiero mundial. La intervención de los gobiernos frenó la caída de los grandes bancos, pero dado que en su mayor parte las deudas no se cancelaron y enormes masas de capital ficticio siguen estando respaldadas actualmente por promesas de pago futuro muy dudosas de gobiernos, empresas, o individuos, el problema no está ni mucho menos resuelto. De hecho, el enorme aumento de los precios de los metales preciosos en los últimos años y el aflujo continuo de dinero para adquirir deuda pública

de Estados Unidos –que apenas paga interés– indica que una rentabilidad baja en la economía mundial empuja al capital a buscar acomodo en nichos que rinden poco o nada, pero que parecen seguros.

El capítulo final del libro sobre la economía mixta quizá traiga a la mente de los lectores informados sobre las controversias económicas actuales las propuestas de algunos poskeynesianos como L. Randall Wray, James Galbraith y otros defensores de la «teoría monetaria moderna», según los cuales como el dinero es supuestamente una criatura del Estado, los gobiernos pueden gastar a su antojo para estimular la economía sin problemas a largo plazo. Lamentablemente para las pretensiones de esos autores, no es así, el dinero refleja relaciones de valor, y este depende de la economía real subyacente, del trabajo de los seres humanos. Es por eso por lo que los billetes de banco tienen poder adquisitivo. Cuando ese fundamento se pierde, los billetes se convierten en meros trozos de papel devaluados[33].

Cuando Mattick escribió su ensayo sobre las crisis, hace casi medio siglo, la economía keynesiana podía considerarse todavía hegemónica, aunque estaba comenzando a sufrir fuertes embates del monetarismo de Friedman y otras tendencias antikeynesianas. Desde entonces las cosas han cambiado mucho. En muchos países las ideas de Keynes y de los poskeynesianos fueron marginalizadas en la profesión, que quedó bajo la hegemonía de los economistas neoclásicos que rechazan a Keynes

33 He tratado estos y otros aspectos de la crisis que comenzó la pasada década en el libro *La Gran Recession y el capitalismo del siglo XXI* (Madrid, Catarata, 2011), del que es coautor Rolando Astarita.

en bloque. En segundo término quedaron los neokeynesianos tipo Larry Summers, Joseph Stiglitz, Paul Krugman o Jeffrey Sachs, que difieren en el grado que aceptan las ideas clave de Keynes. En el momento actual en que la economía europea está entrando en recesión y en el resto del mundo la actividad económica parece ir también hacia la crisis, algunos neokeynesianos recomiendan grabar fuertemente con impuestos a los ricos y estimular la economía mediante gasto público, mientras que otros, más circunspectos, se muestran preocupados por el volumen alcanzado por las deudas nacionales. En esto comparten la preocupación del grueso de la profesión, economistas «conservadores» que proponen políticas de austeridad.

Dice Mattick (p. 274) que en la producción capitalista

> La ampliación del sistema crediticio puede ser un factor retardante de la crisis, pero una vez que la crisis se inicia se convierte en un elemento de agudización de la crisis, por el mayor volumen de capital que ha de desvalorizarse; aunque a la postre, esa desvalorización resulta útil para que se supere la crisis.

Las crisis del siglo XIX se desarrollaban «libremente», explica Mattick (p. 276), de tal forma que una parte del capital social resultaba destruida por la crisis y contribuía así a preservar la rentabilidad del capital restante, con lo que

> tras un período más o menos largo de dificultades se abriría paso una situación en la que el capital, con una estructura transformada y una tasa de explotación mayor,

podría recomenzar la acumulación, yendo más allá del nivel alcanzado antes de la crisis. Pero en las condiciones actuales este «saneamiento curativo» es socialmente demasiado arriesgado y hace necesaria la intervención estatal para prevenir las perturbaciones sociales.

La debacle financiera del 2008 fue sin duda el acontecimiento económico más importante de los tiempos recientes. La intervención masiva de los gobiernos para salvar a los bancos, compañías de seguros y algunas grandes empresas industriales es un fenómeno con pocos precedentes (aunque algo similar puede haber ocurrido, a mucha menor escala, en Japón durante la década de 1990). Aunque el keynesianismo fue en gran medida desplazado de la economía académica por escuelas que confían casi ciegamente en los automatismos del mercado, a la postre algunas de sus lecciones básicas se aplicaron cuando irrumpió la crisis. Quizá el empeño de los gobiernos por evitar las quiebras financieras en el 2008 evitó una depresión mucho más profunda a corto plazo, pero lo que parece cada vez más cierto, vista la evolución reciente de la economía mundial y la zona euro en particular es que, en gran parte, los problemas simplemente se postergaron. Desde entonces, prácticamente en todo el mundo los salarios reales han sufrido serios recortes. No parece sin embargo que ello haya sido suficiente para que se recupere la rentabilidad y se relance la acumulación. Todo parece indicar que antes o después, la eliminación de cantidades significativas de capital es necesaria, si es que el proceso de acumulación del capital ha de recuperarse.

Sobre la presente edición

Las obras de Mattick –que publicaba originalmente en alemán y en inglés– han sido traducidas a muchos idiomas. Excepto su obra póstuma y algún otro libro, las contribuciones principales de Mattick se han publicado en castellano. Desgraciadamente, en muchos casos las versiones españolas son traducciones o retraducciones –del italiano, del francés, del portugués– que distan mucho de ser buenas. En un caso Mattick fue traducido al castellano a partir de una traducción previa al italiano y por una traductora especializada en temas astrológicos y de esoterismo que, por decirlo con buenas palabras, en su traducción demuestra no entender muy bien los conceptos usados por nuestro autor. En esto Mattick comparte el destino de Karl Marx, de Henryk Grossmann y de Rosa Luxemburg, cuyos textos a menudo nos han llegado a través de traducciones que perjudican seriamente el texto original[34]. Por cierto que sería interesante indagar sociológicamente si el que ciertos textos sean confusos, bien porque lo es el original, bien porque nos llegan a través de una tradición y una traducción que los hace confusos –piénsese, por ejemplo, en las diversas versiones de la Biblia– contribuye a reforzar su carácter de textos canónicos para determinados grupos, políticos o religiosos. El que un texto sea oscuro y confuso y los miembros de la secta no lo entiendan puede contribuir, aunque solo temporal-

34 Véase por ejemplo la «Advertencia del traductor» de Pedro Scaron al comienzo del Volumen I de *El Capital* en la ed. de Siglo XXI, México, D.F., 1975, pp. vii a xli.

mente, claro, al sostenimiento de la institución. Con lo que no se entiende, no se puede discrepar. Como dijo una vez Ernesto Sabato, es verdad que lo profundo es a menudo oscuro, pero muchos invierten la idea y piensan que todo lo oscuro es profundo[35]. Claro está que una idea clave de la racionalidad moderna y de cualquier visión del mundo que realmente sea progresista es que la ciencia y el conocimiento humano se basan en el estudio de la realidad y en el razonamiento sobre ella, no en el respeto a autoridades o a tradiciones «reveladas».

La obra de Mattick que se presenta aquí subtitulada como *Un ensayo sobre Marx y la «ciencia económica»* se publicó originalmente en alemán, con el título *Krisen und Krisentheorien* (Frankfurt, Fischer-Taschenbuch, 1974). Siguieron versiones en castellano (*Crisis y teoría de la crisis*, trad. G. Muñoz, Barcelona, Península, 1977) y en inglés (*Economic crisis and crisis theory*, trad. P. Mattick hijo, White Plains, NY, Sharpe, 1981). Para redactar la presente versión se ha contado con esas versiones y con la colaboración de Paul Mattick hijo, que amablemente ayudó a aclarar el significado de algunos pasajes de interpretación difícil. La obra se tradujo también al francés (*Crises et theories des crises*, París, Champ Libre, 1974) y al italiano (*Crisi e teorie della crisi*, Bari, Dedalo, 1979).

Un cotejo de la presente versión con la versión en castellano de 1977 no solo revelaría muchas diferencias de estilo y terminología sino también muchos cambios

35 Véase «Prestigio de la oscuridad» y «Sobre la claridad de expresión», en *Hombres y engranajes – Heterodoxia*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 148-149 y 121.

de sentido importantes. Por ejemplo, en un lugar (p. 169) la anterior traducción dice así: «El elemento decisivo de la producción capitalista es la plusvalía. Por la tendencia al descenso de la tasa de beneficio puede hacerse muy pequeña, pero no muy grande. No es éste el caso de la sociedad en su conjunto, sino el de cada capital individualmente». Lo que habría de decir (véase en la presente traducción, p. 242) es que la plusvalía nunca es excesiva, ni para el capital social ni para los capitales individuales.

En un lugar en el que se cita una idea clave de *El Capital* referente a la ley del valor, la anterior traducción (p. 171) dice lo siguiente: «Para Marx lo que dominaba la economía no eran tendencias al equilibrio, sino la ley del valor, que se impone "como la ley de los graves cuando uno se pone la casa en la cabeza"». En la presente versión lo que dice el pasaje correspondiente (p. 245) es que, para Marx, «lo que domina la economía no son las tendencias al equilibrio, sino la ley del valor, que se impone "al modo como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima"». Según la vieja traducción, Otto Bauer derivaba de la falta de acumulación del capital «una cierta flexión» de la tasa de plusvalía (p. 143), cuando lo que Bauer quería decir es que la tasa de plusvalía aumenta (p. 213 de la presente versión). La vieja traducción atribuye a Henryk Grossmann la idea de que los esquemas de reproducción de Marx no pueden dar cuenta del proceso de acumulación «según los valores y los valores de cambio» (p. 149), cuando lo que debe decir (p. 220 de este volumen) es que, según Grossmann, esos esquemas no pueden representar el proceso real de acumulación en lo que se refiere a valores y *valores de uso.*

En esta edición se ofrecen en su versión castellana –cuando existe y excepto en contados casos en que ha sido imposible consultarla– las referencias citadas por Mattick. Las muchas referencias a los tres tomos de *El Capital*, a las *Teorías sobre la plusvalía* y a los *Grundrisse* de Marx que en la versión de Gustau Muñoz a menudo remiten sin más especificación a tomos diversos de las obras de Marx y Engels en alemán (MEW, por *Marx-Engels Werke*), se dan aquí según las versiones de esas obras publicadas por Fondo de Cultura Económica (FCE) en traducciones de Wenceslao Roces[36]. De *Das Kapital* y los *Grundrisse* existen otras traducciones al castellano y la versión de *El Capital* de Pedro Scaron publicada por la editorial Siglo XXI es probablemente mejor que la de W. Roces, publicada por FCE, llena de erratas y frases incorrectamente traducidas. Solo por razones de disponibilidad usamos aquí la versión de Roces para dar la página de todas las citas de *El Capital* y *Teorías sobre la plusvalía*. De todas formas, el lector ha de estar advertido de que, aunque en la presente edición se cite la página de la obra que sea, en muchos casos se ha modificado la traducción ligeramente y, en algunos, sustancialmente. Esto es particularmente aplicable a todas las citas de los *Grundrise*, en las que las páginas que se dan corresponden a la traducción de W. Roces, pero la traducción se ha modificado teniendo en cuenta las versiones castellanas de Pedro Scaron (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política–Grundrisse 1857-1858*, Madrid, Siglo XXI, 1972) y J. Pérez Royo (*Líneas fundamentales de la crítica de la economía política: Grundrisse*, Barcelona, Crítica, 1977) y la versión inglesa de Martin Nicolaus (*Grundrisse*, Londres, Penguin, 1973, p. 230). En contadas ocasiones en las notas al pie se ha añadido entre paréntesis «J. A. T.» para indicar que al texto de Mattick se ha añadido algún texto aclaratorio (más allá de las indicaciones simplemente bibliográficas).

36 Para abreviar las referencias bibliográficas de estas obras que se citan muchas veces usamos por ejemplo *El Capital*, III, para indicar el tomo III de *El Capital*. De forma similar, *Teorías sobre la plusvalía, II*, indicaría el tomo II de esa obra, siempre en las traducciones de W. Roces editadas por FCE.

Conviene finalmente explicar que en la traducción del texto de Mattick y de todas las citas incluidas en él se usa «ganancia» para lo que en alemán y en inglés se denomina *profit*. En castellano son frecuentes con el mismo significado términos como «beneficio» o «utilidades» que en general en esta edición se han evitado. «Tasa de ganancia» indica la relación entre la ganancia obtenida y el capital adelantado, que en la contabilidad empresarial y financiera es «rentabilidad» o «rendimiento», término este que a veces se usa también para indicar la ganancia misma. Se han eliminado sistemáticamente de las traducciones las expresiones «cuota de plusvalía» y «cuota de ganancia» sustituyéndolas respectivamente por «tasa de plusvalía» y «tasa de ganancia». La «concurrencia» de la que habla Roces ha sido sistemáticamente sustituida por «competencia». Aunque «plusvalor» parece en abstracto mejor traducción que «plusvalía» para el término *Mehrwert* que usa Marx, en aras de evitar la confusión de los lectores que estén familiarizados con el término «plusvalía» muy habitual en las traducciones de Marx al castellano, se ha optado por mantenerlo. «Teoría laboral del valor» y «teoría del valor-trabajo» se usan como sinónimos.

Este ensayo de Mattick, sin duda uno de los autores claves del llamado comunismo consejista, ha sido considerado «una obra fundamental» de esa corriente, al mismo nivel, por ejemplo, que *Los consejos obreros* de Anton Pannekoek. Y ciertamemnte, sin reservas, hay que afirmar que este ensayo de Mattick, al igual que las obras de Pannekoek, de Marx, de Rosa Luxemburg, de Henryk Grossmann y de tantos otros, son lecturas muy recomendables para quienes quieran entender cómo funciona nuestra sociedad[37]. Quienes pertenezcan a la clase cada vez más extensa de personas que no creen o tienen serias dudas de que el futuro de la humanidad sea el capitalismo, encontrarán en este ensayo muchos argumentos para aclarar sus propias ideas sobre el asunto. La existencia de Internet ha puesto «al alcance de la mano» una enorme masa de información, y son cada vez más accesibles los textos de autores como los citados. Lo único que hace falta pues es ponerlos en un soporte electrónico o de papel y tener el tiempo y la voluntad de leerlos y asimilarlos con espíritu crítico, sin pretender que todo esté claro desde el principio. El conocimiento progresa poco a poco, tanto más cuando se trata de terrenos tan pantanosos y llenos de broza como el de la economía. Obras como esta de Mattick que el lector

37 Quienes quieran profundizar en la temática de este libro encontrarán interesante la crítica de Anton Pannekoek al libro de Henryk Grossman y la respuesta de Paul Mattick reivindicando el libro de Grossman contra las críticas infundadas de Pannekoek, todo lo cual puede hallarse (lamentablemente, en una traducción muy mediocre) en la recopilación de escritos de Pannekoek, Korsch y Mattick titulada *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* (México, DF, Pasado y Presente, 1978).

tiene en sus manos pueden contribuir mucho a abrir camino en esa espesura.

CRISIS ECONÓMICA Y TEORÍAS DE LA CRISIS

PAUL MATTICK

PREFACIO A LA TRADUCCIÓN INGLESA

Hace apenas unos años la economía keynesiana parecía aportar medios no solo para superar las crisis económicas, sino para evitarlas. Eso ya no es cierto. La actualidad es un mundo poskeynesiano en el que ni la tendencia al equilibrio de oferta y demanda, ni las intervenciones keynesianas en los procesos económicos son capaces de impedir el continuo deterioro de la economía expresado en una inflación creciente y un desempleo en aumento. Para muchos esta nueva situación, sobrevenida tras el periodo de prosperidad de las décadas de posguerra en las naciones capitalistas avanzadas, ha sido una desagradable sorpresa que ha provocado un interés renovado en el problema de las crisis del capitalismo. Aunque esas crisis fueron básicamente ignoradas por los economistas burgueses hasta 1929, siempre estuvieron presentes a lo largo del desarrollo del capitalismo como elemento clave «regulador» de la acumulación de capital. Por ello tiene interés examinar el fenómeno de los ciclos de crisis en lo que se refiere por una parte a cómo se han manifestado históricamente y, por otra, en lo que respecta a las respuestas que han generado en la teoría económica.

En lo que se refiere a la economía burguesa, no hay mucho que decir, ya que su teoría del equilibrio general no da cabida a dinámica alguna en la que haya procesos que desequilibran la expansión del capital. La acumulación aparece entonces relacionada con «el ahorro», o como fenómeno de «crecimiento» que ha de encontrar

una trayectoria de equilibrio que permita escapar del persistente «ciclo comercial». Que el fenómeno de los ciclos de expansión y crisis se tenga al menos en cuenta refleja el reconocimiento de que la mayoría si no todas las categorías de la teoría económica burguesa tienen poco que ver con la realidad del desarrollo del capitalismo a largo plazo, de la misma manera que tienen poco o nada que ver con las relaciones cotidianas de producción e intercambio del mercado capitalista. Hay una fuerte tendencia a mirar hacia la economía política clásica, o incluso hacia Marx, buscando un enfoque teórico más útil para solucionar los problemas del capital. En este sentido, es interesante que los temas que hoy día se plantean los economistas meramente repiten, aunque sea más superficialmente, las discusiones sobre el problema de las crisis que hubo en el campo marxista a finales del siglo XIX y comienzos del XX. En esas controversias también se discutió la posibilidad de una «trayectoria de equilibrio» que implicaría un desarrollo armónico, exento de crisis.

El que existan interpretaciones diferentes y contradictorias de la teoría de la crisis de Marx puede proporcionar algún consuelo a sus oponentes, pero lo que indica realmente es la infiltración de los conceptos de la economía burguesa en la doctrina marxiana, fenómeno que es el complemento teórico de la integración práctica del movimiento socialista en el sistema capitalista. Había y hay por ambas partes un empeño en reconciliar, al menos en alguna medida, el antagonismo histórico entre el marxismo y la teoría económica burguesa. La consecuencia es un creciente eclecticismo por ambas partes. Que la crisis del marxismo sigue en curso de agravarse lo muestra el capítulo sobre *El capitalismo tardío* de Ernest Mandel. Ahí se confrontan las ideas de Mandel con una versión «no diluida», por así decirlo, de la teoría de la crisis de Marx[1].

PAUL MATTICK, 1974

1 Por motivos de espacio, en la presente edición no se ha incluido el capítulo sobre Mandel al que Mattick hace referencia en este prefacio a la traducción inglesa. El capítulo en cuestión fue un añadido a esa traducción (J.A.T.).

Una época histórica importante nunca muere tan súbitamente como querrían creer sus herederos. Ni probablemente tampoco como habrían de esperar que lo hiciera, para así arremeter contra ella con todo el empuje requerido.

FRANZ MEHRING

1

LA ECONOMÍA BURGUESA

El desarrollo del capitalismo fue desde sus comienzos un proceso lleno de retrocesos. Había épocas de prosperidad y épocas de depresión y se buscaba una explicación de por qué ocurría así. Dado el carácter predominantemente agrícola de la producción social en los comienzos del capitalismo, todavía se podía responsabilizar a la Naturaleza de las épocas de penuria económica. Por otra parte, el crecimiento de la población enfrentado a la escasa productividad de la agricultura despertaba el temor de que la producción capitalista se enfrentaba con límites naturales que conducían hacia un estado estacionario de estancamiento social. La economía política burguesa se caracterizaba por un profundo pesimismo del que solo pudo desprenderse cuando se aceleró el desarrollo del capital.

A pesar de que en la economía clásica las relaciones sociales eran concebidas como relaciones naturales, ello no era obstáculo para que, mediante el análisis de la distribución del producto social, los economistas clásicos se dedicasen especialmente a considerar las relaciones sociales. El equilibrio entre intereses diversos quedaba preservado en la teoría clásica por medio del intercambio, que, por otra parte, al estar determinado por las cantidades de trabajo contenidas en las mercancías, resultaba así puesto en cuestión. En una consideración puramente formal de las relaciones de intercambio y bajo el supuesto de libre competencia, los intereses

individuales parecían coincidir del todo con los de la sociedad en su conjunto y la ley económica del intercambio de equivalentes parecía una ley justa. Pero el reconocimiento del reparto clasista del producto social en renta de la tierra, salario y ganancia implica que el proceso formal de intercambio no es una abstracción legítima de la realidad.

La teoría del valor-trabajo elaborada por los economistas clásicos consideraba la situación de la época y su ulterior desarrollo desde el punto de vista del capital y, con ello, desde el punto de vista de la acumulación capitalista. Con pocas excepciones, pero con diversos razonamientos, los economistas clásicos concluyeron que la acumulación del capital se enfrentaría con obstáculos a su desarrollo, expresión de lo cual sería la caída de la ganancia. Según David Ricardo la acumulación encontraría un límite inevitable en la productividad decreciente de la agricultura. Una diferencia creciente en cuanto a rendimientos industriales y agrícolas elevaría los costos salariales y haría descender la tasa de ganancia favoreciendo las rentas de la tierra. Esta teoría era evidentemente reflejo de las relaciones entre terratenientes y capitalistas que existían en la época de Ricardo y no tenía nada que ver con las tendencias de desarrollo inmanentes a la producción de valor. Según Marx, la incapacidad para explicar las leyes de desarrollo del capital a partir de la producción misma de capital fue lo que impulsó a Ricardo a abandonar la economía para refugiarse en la química orgánica[1].

1 *Grundrisse*, II, p. 157.

No obstante, Marx veía en el miedo de los economistas ingleses al descenso de la tasa de ganancia «una profunda comprensión de las condiciones en que se desenvuelve la producción capitalista». Lo que, por ejemplo, inquietaba a Ricardo era

> que la tasa de ganancia, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción (...) Se revela aquí de un modo puramente económico, es decir, desde el punto de vista burgués, dentro de los horizontes de la comprensión capitalista, desde el punto de vista de la producción capitalista misma, su limite, su relatividad, el hecho de que este modo de producción no es absoluto, sino puramente histórico, que es un modo de producción que corresponde a una cierta época limitada de desarrollo de las condiciones materiales de producción[2].

Al inferirse la tendencia al descenso de la ganancia primariamente del aumento de la competencia y (junto con el crecimiento demográfico) de la creciente renta de la tierra, no tardó mucho en verse también al salario enfrentado a las necesidades de ganancia para la acumulación. Por otra parte, la generalización del trabajo asalariado como institución social planteaba a quienes analizaban el valor en términos de tiempo de trabajo cuestiones relativas al origen de la ganancia. Esas cuestiones encontraban su contrapartida en la reivindicación, por parte de los productores, de la totalidad del producto de su trabajo.

2 *El Capital*, III, cap. XV, p. 256.

Al igual que la ganancia, el capital acumulado comenzó a entenderse también como volumen agregado de trabajo no pagado. Refutar la acusación de explotación capitalista exigía abandonar la teoría del valor-trabajo. Por otra parte, el problema de la acumulación podía olvidarse sin más, ya que los temores que había suscitado demostraron ser falsos. La acumulación no disminuyó, sino que se intensificó, y el capital estableció inequívocamente su dominio sobre la sociedad. El trabajo asalariado y el capital se convertían así en las principales clases antagónicas y determinaban la evolución subsiguiente de la economía burguesa.

Los economistas no tenían por qué ser forzosamente conscientes del carácter crecientemente apologético de su disciplina. Convencidos como estaban de que el sistema económico capitalista es el único posible, veían las críticas al mismo como distorsiones subjetivas e injustas de la realidad. La apología aparece entonces como pura objetividad, como conocimiento científico que no se ve afectado ni siquiera por las deficiencias demostrables del sistema. De todos modos, la generalización de la economía capitalista exige un planteamiento ahistórico así como la transformación de las categorías de la economía política en leyes generales del comportamiento humano comunes a todas las formas de sociedad.

Dado que el pasado solo puede ser conceptualizado a partir de los concentos del presente, la economía burguesa era para Marx también una clave para la comprensión de las formaciones sociales anteriores, «pero no, ni mucho menos, a la manera de los economistas, que mezclan y confunden todas las diferencias históricas y ven en todas las formas de sociedad la sociedad

burguesa»[3]. Hay categorías abstractas generales, que pueden encontrarse más o menos en todas las formas de sociedad, aunque presentan en cada sociedad particular un carácter correspondiente únicamente a esa sociedad. El dinero como medio de cambio y el dinero como capital expresan relaciones sociales diferentes y los medios de trabajo empleados en el pasado no pueden equipararse con el capital que se valoriza a sí mismo. La economía capitalista no puede entenderse a partir de las categorías generales abstractas de la conducta humana. Limitarse a ello solo puede obedecer a la ignorancia de las verdaderas relaciones sociales o al deseo de sustraerse a los problemas relacionados con ellas.

Según Marx, en la base de la teoría clásica del valor había una confusión de la producción en su sentido natural y en su sentido económico. Es por esto por lo que esa teoría tomaba como punto de partida el trabajo y concebía el capital como una cosa material, no como una relación social. Sin embargo, para desarrollar el concepto de capital «hay que partir no del trabajo, sino del valor y, más exactamente, del valor de cambio desarrollado ya en el movimiento de la circulación»[4]. Es en la diferencia entre valor de cambio y valor de uso de la fuerza de trabajo donde se basa la existencia y el desarrollo de la sociedad capitalista, que tiene como presupuesto que entre los medios de producción y los asalariados haya una separación. El trabajo en sí mismo carece de valor, pero la fuerza de trabajo en tanto que mercancía produce además de su propio valor una plusvalía

3 *Grundrisse*, I, p. 19.
4 *Grundrisse*, I, p. 148.

que se divide en las diferentes categorías económicas de la economía mercantil–el precio, la ganancia, el interés y la renta de la tierra– que, a la vez, esconden así su origen como partes integrantes de la plusvalía.

La crítica de la economía burguesa que hacía Marx era, por tanto, doble: por una parte, era la aplicación más consecuente de la teoría del valor-trabajo, al desarrollo capitalista, al que se analizaba a partir de esas categorías económicas fetichistas dadas; por otra parte, desenmascaraba esas categorías poniendo de manifiesto su carácter de relaciones de clase y de explotación peculiares del modo de producción capitalista. Marx pudo así lograr lo que los clásicos no habían podido, explicar las dificultades que iban creciendo con el capital por el antagonismo entre la producción de valores de uso y la de valores de cambio inherente al modo de producción capitalista. Marx consiguió así mostrar cómo los límites con que se enfrenta el capital proceden del capital mismo. Y dado que tras las categorías económicas se ocultan relaciones de clase, reales, las contradicciones económicas propias del capital son al mismo tiempo antagonismos reales que pueden superarse por vía revolucionaria.

La desatención al antagonismo de clase, propio del capitalismo, entre capital y trabajo, había permitido a la economía clásica autoconcebirse como ciencia libre de prejuicios. Pero sin caer tampoco en un puro positivismo, ya que tenía también un carácter normativo que le venía dado por su elaboración de propuestas encaminadas a resolver las miserias antiguas o de reciente aparición. Se pensaba que la armonía esperable de la economía de mercado era obstaculizada por la oposición procedente de la política monopolista y monetaria propia del mercantilismo. A la vez, sin embargo, empezaba a

ponerse en duda que la competencia universal fuese la panacea para todas las aflicciones de naturaleza económica. El evidente empobrecimiento de los trabajadores hizo que John Stuart Mill propusiera modificar los efectos económicos de la producción capitalista mediante una distribución más justa que habría de ser conseguida por vías políticas.

Para Marx, la relación entre producción y distribución viene dada por las relaciones de clase de la producción misma. De ahí, decía Marx, la simpleza de John Stuart Mill, que «considera eternas las relaciones burguesas de producción y las formas de distribución, en cambio, como históricas, con lo que demuestra que no ha entendido las unas ni las otras»[5]. Los elementos normativos de la economía clásica no expresaban sino una comprensión defectuosa de la sociedad burguesa.

En general, la economía política que surgió con el desarrollo del capitalismo venía a ser la representación idealizada desde el punto dé vista burgués de la producción de mercancías en la que el intercambio permite a los propietarios de los medios de producción obtener ganancias. La crítica práctica de la economía política materializada en la lucha de los asalariados por condiciones de vida mejores permanecía así en el mismo marco conceptual, pero desde el punto de vista de los obreros. La economía política era así lucha de clases entre capital y trabajo enmascarada bajo categorías económicas. Mientras la burguesía se atuvo a la teoría del valor-trabajo reconoció a su modo los datos objetivos, por más que pasase de largo calladamente ante la reali-

5 *Grundrisse*, II, p. 161.

dad de la explotación. Con el abandono de la teoría del valor-trabajo se privó a sí misma de la posibilidad de conocer objetivamente los hechos económicos y dejó en manos de la crítica marxiana la consideración científica de la sociedad burguesa.

De todas formas, sería erróneo suponer que el abandono burgués de la teoría del valor-trabajo se debió exclusivamente a la negación de la explotación. Porque, de entrada, la teoría del valor-trabajo nunca fue entendida en su verdadero sentido, esto es, en el sentido de la doble naturaleza de la fuerza de trabajo, como valor de uso y valor de cambio. Pero además, la teoría del valor-trabajo tampoco tenía ya interés práctico para la burguesía, interesada no en los valores basados en el tiempo de trabajo sino en los precios desvinculados de los valores y establecidos por la competencia. Esto no debería haber sido un obstáculo demasiado grande para que los economistas clásicos demostrasen la validez de la teoría del valor partiendo de su punto de vista de la sociedad en general. Y realmente hubo intentos en ese sentido, pero a la postre la solución de las dificultades del valor quedó reservada a Marx. La incapacidad de los economistas clásicos para resolver las dificultades de la teoría del valor-trabajo fue sin duda una de las causas de que se abandonara la ley del valor.

Sea como fuere, derivar la ganancia, el interés y la renta de la tierra de la ley del valor solo podía llevar a la idea de que además de su propio valor los obreros producen una plusvalía que se apropian las capas no productoras de la sociedad. La idea de que solo el trabajo produce valor cuestiona los ingresos que adoptan la forma de ganancias, intereses y rentas de la tierra y era necesario eliminarla para poder justificar esos ingresos.

Esto, además de necesario, no dejaba de ser plausible, puesto que en condiciones capitalistas los asalariados precisan de capital para producir en la misma medida en que este precisa de aquellos. Si la carencia de propiedades de los trabajadores es la premisa de la producción capitalista, la posesión de capital es la premisa de la existencia del proletariado. Dado que lo uno –el capital– es tan necesario como lo otro –el trabajo– y dado que se vive sobre la tierra, se puede hablar de tres factores – el capital, el trabajo y la tierra– que participan por igual y contribuyen a la producción. De la teoría del valor se pasó así en principio a una teoría del costo de producción determinado por esos tres factores de producción.

A pesar de ser incompatible con la ley del valor, la teoría del costo de producción era todavía relativamente «objetiva» (frente al valor basado en la evaluación subjetiva de los consumidores en las teorías marginalistas que siguieron) ya que en ella había diversas aportaciones a la producción social que configuraban su valor. En la teoría del costo de producción el valor de las mercancías resulta no solo del trabajo directo utilizado en su producción, sino también de las condiciones de producción sin las cuales ese trabajo no es posible. El interés, a menudo confundido con la ganancia, halló su explicación capitalista en la productividad del capital. La ganancia «pura» se atribuyó a la remuneración del empresario, cuya actividad aparentemente aporta todavía una parte adicional al ulterior valor social total. La teoría del costo de producción, sin embargo, no era satisfactoria ni desde el punto de vista teórico ni desde el punto de vista práctico. La consideración de la propiedad *per se* como fuente de valor no era muy plausible. Pero la identificación del precio de mercado de la fuerza

de trabajo con su valor permitía la ilusión de suponer que la ganancia obtenida en el mercado no tenía su origen en la explotación. Los problemas de la economía burguesa parecían desaparecer en cuanto se concentraba la atención en el mercado, obviando la producción. Al centrar la atención en el mercado se avanzaba hacia la transformación del concepto objetivo de valor en concepto subjetivo.

La idea plausible de que el valor de una mercancía depende de su utilidad para el comprador tampoco fue extraña a los clásicos. Ya Jean-Baptiste Say intentó derivar el valor directamente de la utilidad, llegando sin embargo a la conclusión de que la utilidad no podía medirse. Solo podía medirse por la cantidad de trabajo que cada cual está dispuesto a rendir para adquirir esta o aquella mercancía útil. También para Marx el valor de uso de las mercancías era condición previa para que tuviesen valor de cambio. Pero el capitalismo no se basa en el intercambio de productos del trabajo para satisfacer las necesidades individuales, sino en el intercambio de ciertos valores de uso, que funcionan como valores de cambio, por cantidades mayores de valor de cambio bajo la forma de dinero o de mercancía. Para que eso sea factible como intercambio de tiempos de trabajo equivalentes debe existir una mercancía cuyo valor de uso sea mayor que su valor de cambio en forma objetivamente medible, en decir, en valor. La mercancía fuerza de trabajo cumple esta condición. Ahora bien, si se deja de lado este hecho, el intercambio aparece realmente como un proceso efectivamente destinado a la satisfacción de las necesidades individuales y la valoración de las mercancías como algo dependiente de la multiplicidad de las inclinaciones subjetivas de los hombres.

Aislado de la producción, el problema del precio podía verse como un puro fenómeno de mercado. Si la oferta de mercancías supera su demanda, el precio desciende; si ocurre lo contrario, el precio sube. El movimiento de los precios, sin embargo, no puede explicar el precio mismo como si fuera una propiedad de los productos. Si se rechaza el concepto de valor objetivo hay que conservar de todos modos algún concepto de valor para no tener que decir que los precios están determinados por los precios. La «solución» se encontró mediante un salto de la economía a la psicología. La base de los precios, se afirmaba ahora, son las valoraciones individuales de los consumidores, que se expresan en la demanda. La escasez y la rareza en relación con la demanda explican las relaciones de precios. Esta teoría subjetiva del valor en forma de teoría de la utilidad marginal fue pronto patrimonio general de la economía burguesa. Con la teoría de la utilidad marginal el concepto mismo de economía política perdió sentido, siendo sustituido por la economía «pura», por la «ciencia económica». Desde un punto de vista metodológico, el marginalismo, la teoría de la utilidad marginal, no se distinguía de la economía clásica, pero el método dejó de aplicarse a los problemas de orden social para enfocarlo a la conducta de los individuos frente a los bienes a su alcance y las repercusiones de esa conducta sobre el proceso del intercambio. Naturalmente, la economía clásica se refería también al hombre aislado en tanto que *homo oeconomicus*, que se afana en competencia con otros hombres aislados por conseguir el máximo beneficio. Pero esa competencia se entendía como un proceso de igualación y ordenación tendente a adecuar la producción y la distribución a las necesidades sociales. El pro-

ceso se llevaba a cabo, ciertamente, a espaldas de los productores, como guiado por una mano invisible, pero no por eso dejaba de realizarse estableciendo así el nexo necesario entre el interés privado y el interés general. A su vez, a los marginalistas no podía pasárseles por la cabeza negar la existencia de la sociedad. Pero para ellos las relaciones sociales eran únicamente un medio para la realización de la «relación económica» entre el hombre individual y las cosas percibidas por él como útiles. Esa relación valdría igualmente para un individuo fuera de la sociedad o para cualquier individuo en cualquier sociedad, de modo que se tornaba superfluo estudiar la naturaleza de una sociedad determinada.

En la base de la teoría de la utilidad marginal estaba la aplicación a la economía del descubrimiento no demasiado arduo de que tanto de lo bueno como de lo malo se puede tener demasiado. En Alemania fue Hermann Heinrich Gossen quien defendió por primera vez este principio. De entrada no halló demasiado eco, pero luego fue ganando reconocimiento como consecuencia de la popularidad del concepto de utilidad marginal desarrollado autónomamente en Inglaterra por William Stanley Jevons. Al mismo tiempo fundaba Karl Menger la «escuela austríaca» de economía teórica basada sobre el concepto subjetivo del valor y a la que, entre otros, pertenecen Friedrich von Wieser y Eugen von Böhm-Bawerk[6]. A pesar de que las aportaciones de estos economistas se

6 W. S. Jevons, *The Theory of Political Economy*, 1871. En castellano *La teoría de la economía política* (tr. J. Pérez-Campanero y C. Rodríguez Braun), Madrid, Pirámide, 1998. K. Menger, *Grundsätze der Volkswirtschafslehre*, 1871. E. von Böhm-Bawerk, *Kapital und Kapitalzins*, 1884. En castellano, *Teoría positiva del capital* (ed. J. A. de Aguirre), Madrid, Aosta, 1998.

diferencian en detalle unas de otras, se les puede meter a todos en el mismo saco de cofundadores de la teoría de la utilidad marginal.

El punto de partida de esta teoría son las necesidades individuales. La valoración de esas necesidades es asunto de la conciencia humana y es por tanto subjetiva. El valor de cambio y el valor de uso, que toman en cuenta la escasez o la abundancia de un bien, son solamente formas distintas del fenómeno general del valor determinado por la conciencia. La necesidad de un bien determinado, no obstante, es limitada. El punto en el que en una escala de satisfacción individual el deseo de un bien resulta satisfecho determina su utilidad marginal y, con ella, su valor. Dado que las necesidades humanas son múltiples, cada individuo elige los diversos bienes de un modo tal que obtiene la máxima utilidad marginal. Como algunos goces momentáneos tienen consecuencias perjudiciales posteriores, el consumidor compara las satisfacciones del momento con las privaciones futuras para minimizar la desutilidad. En el mercado, el valor de las mercancías se mide según sus utilidades marginales, de forma que la maximización de la utilidad se alcanza cuando se igualan las utilidades marginales de todas las mercancías que se venden.

¿Quién ignora que la vida va acompañada de placer y de sacrificio y que cada individuo intenta reducir al máximo los sacrificios y aumentar las satisfacciones? Igual que las alegrías y las penas eran cuantificables para el filósofo utilitarista y reformador social Jeremy

Bentham, para Jevons era posible calcular el placer y el sacrificio y así resultaba posible concebir matemáticamente la economía y exponerla mediante el álgebra. Pero lo que no pudo conseguir Say, tampoco lo lograron Jevons y los marginalistas y los intentos de hacer medible la utilidad subjetiva fueron pronto abandonados. Se convino en que la utilidad podía compararse, pero no era posible medirla.

La apologética burguesa se impuso dos tareas. Por una parte parecía necesario hacer intervenir la obtención de ganancias, intereses y rentas de la tierra en la creación de valor; por otra parte, era conveniente apuntalar con elementos científico-naturales la autoridad de la «ciencia económica». Esto fue lo que impulsó la búsqueda de leyes económicas generales que fueran válidas en cualquier época y sociedad. Si podían probarse esas leyes, también quedaría justificada la sociedad establecida, con lo que se podría soslayar cualquier proyecto orientado a su transformación. La teoría subjetiva del valor parecía valer para ambas cosas. Podía ignorar las relaciones de intercambio peculiares del capitalismo y al mismo tiempo derivar la distribución del producto social, fuese cual fuese su configuración, de las necesidades mismas de los agentes que intercambian en el mercado.

Este intento contaba con el precedente de la idea de Nassau W. Senior que había propuesto que el interés y la ganancia hacen las veces de una remuneración dada al capitalista por el sacrificio que para él supone abstenerse de consumir, para así formar capital[7]. Así, el costo

7 N. W. Senior, *Outline of the Science of Political Economy*, 1836.

del capital puede equipararse al costo del trabajo, en el sentido del dolor que causa trabajar. Ambos supondrían sacrificio, falta de satisfacción derivada de la abstinencia. Se equiparan entonces las funciones del capital y el trabajo en la creación de valor y el intercambio en el mercado sirve para satisfacer las necesidades de quienes participan en él, quienes tienen que ganar en el intercambio, ya que cada cual, obviamente, valora más los bienes o servicios que obtiene que los que él da a cambio. El capitalista compra la fuerza de trabajo porque a él le interesa más que la suma de salarios que entrega a cambio; el asalariado vende su fuerza de trabajo porque para él representa menos que el salario que obtiene a cambio. De este modo, en el intercambio ganan los dos y la explotación desaparece del horizonte.

Dado que era imposible medir el valor subjetivo, pronto se renunció a la fundamentación psicológica de la utilidad marginal, sin que por ello se dejara completamente de lado la teoría misma. La «utilidad» dejó de referirse a las valoraciones subjetivas mismas para vincularla con sus manifestaciones, que se expresan en la demanda del mercado. La utilidad, se decía ahora, no se refiere a una determinada mercancía, sino al conjunto de mercancías entre las que el comprador está dispuesto a elegir. Las escalas de preferencias de los consumidores se representan gráficamente mediante las llamadas curvas de indiferencia. Se distingue entre magnitud absoluta (cardinal) de la utilidad y utilidad relativa (ordinal), que se manifiesta en las escalas de preferencias. El concepto de utilidad marginal se transformó en el de tasa marginal de sustitución, que indica el aumento de cantidad de una mercancía que compensa el descenso de cantidad de otra sin que varíe el nivel de satisfacción. La

máxima satisfacción puede definirse entonces por las tasas marginales de sustitución entre todos los pares de bienes. Dicho de otra forma, el consumidor distribuye su dinero de manera que todas las mercancías que adquiere le resultan igualmente gratificantes y así concluye satisfactoriamente su elección en el ámbito del mercado.

No todos los marginalistas estuvieron dispuestos a abandonar el concepto de utilidad cardinal y para otros el de utilidad ordinal no iba lo suficientemente lejos, porque seguía vinculado de alguna forma al valor subjetivo. Dado que la utilidad marginal solo puede manifestarse en el precio, estos prefirieron una teoría pura de precios alejada de cualquier problema relacionado con el valor. Pero el marginalismo topó con otro obstáculo, ya que tampoco era posible considerar el precio como determinado exclusivamente por la demanda, puesto que no se puede negar que hay producción e igual que hay precios de demanda, hay precios de oferta. Para resolver este problema se combinó la teoría subjetiva del valor con la teoría anterior de los costos de producción y de ese empeño surgió la llamada teoría neoclásica, cuyo exponente más importante fue Alfred Marshall[8].

Por supuesto, en el contexto de la teoría de Marshall los costos de producción siguen entendiéndose en términos subjetivos, como abstinencia por parte del capitalista y como sacrificio causado por el trabajo al

8 A. Marshall, *Principles of Economics*, 1890. El libro de Marshall tuvo muchas ediciones. La 8ª fue traducida al castellano como *Principios de economía* (trad. E. de Figueroa), Madrid, Aguilar, 1957.

trabajador. Al igual que la demanda está determinada por la utilidad marginal, detrás de la oferta se halla la propensión marginal a seguir trabajando o a demorar el consumo para formar capital. Marshall, de todos modos, sabía muy bien que esos factores «reales» determinantes de la oferta y la demanda no pueden observarse; el único punto de referencia para conocerlos son las relaciones de precios. Es el sistema monetario el que convierte las valoraciones subjetivas en precios en los que se reflejan las necesidades «reales» y las abstinencias. El valor subjetivo no susceptible de observación se convierte a través del precio en valor medible. La oferta y la demanda regulan los precios hacia el equilibrio de modo tal que, si no en un momento dado, a largo plazo la relación entre oferta y demanda determina el valor de las mercancías.

En otra variante de la teoría de la utilidad marginal la producción, requisito evidente de las relaciones de intercambio, se obvia. Para Leon Walras, fundador de la llamada escuela de Lausana, la economía en su conjunto no es sino una teoría del intercambio de mercancías y de formación de precios[9]. En la concepción walrasiana el valor se deriva de la escasez de los bienes en comparación con las necesidades existentes y la utilidad marginal explica las diversas intensidades con las que se perciben las necesidades. Pero igual que el individuo alcanza a través de sus elecciones en el mercado un equilibrio en cuanto a satisfacción de sus diversas necesidades, el intercambio social global tiende también a un «equili-

9 L. Walras, *Elements d'économie politique pure ou theorie de la richesse sociale*, Lausana, L. Corbaz, 1874.

brio general» en el que el valor total de los bienes y servicios demandados, la demanda agregada, se corresponde con el valor total de lo ofrecido, la oferta agregada.

Por supuesto que la idea de una tendencia al equilibrio de la oferta y la demanda que se alcanzaría a través del intercambio había sido fundamento de todas las teorías del mercado. Lo que Walras intentó fue justificar la validez de ese supuesto a la manera de las ciencias exactas. Para él, la utilidad marginal no solo era evidente, sino también susceptible de medida si se aplica el principio de sustitución al mercado de mercancías en su conjunto, en el que los precios están indisolublemente entrelazados unos con otros. Los precios son para Walras inversamente proporcionales a las cantidades de mercancías intercambiadas. Los costos de la producción estarían integrados por los salarios, los intereses y las rentas que entran en ella, que Walras entendía como pagos por servicios productivos equiparables. Todas las personas cambian sus servicios productivos por los bienes de consumo correspondientes. La «realidad» del valor subjetivo que se manifiesta en los precios de equilibrio se pone de relieve en el equilibrio de la economía y ese equilibrio demuestra por su parte el concepto del valor subjetivo. Como el valor y el equilibrio se condicionan mutuamente, la teoría del valor se reduce al equilibrio general y basta demostrar teóricamente su posibilidad para demostrar la validez de la teoría subjetiva del valor.

A pesar de que esta conclusión depende de un razonamiento circular, la perspectiva del equilibrio en la consideración de la economía –ya sea en su conjunto o en sectores o mercados particulares– siguió siendo uno de los métodos principales de la «ciencia económica» burguesa, en cuya visión todo, no solo la economía, tiende al equilibrio. Claro que el sistema walrasiano del equilibrio general expuesto como un sistema de ecuaciones simultáneas es solamente un modelo y no una representación de una situación real. Pero sus defensores lo presentaban como conocimiento científico argumentando que si bien la economía puede alejarse de la situación de equilibrio, siempre tiende a volver a ella. Dado el enmarañamiento y la complejidad de los procesos económicos, entrelazados de múltiples formas, la demostración teórica de la posibilidad de equilibrio solo podía lograrse por medios matemáticos a un nivel de abstracción tal que, aún teniendo su correspondencia en la teoría, había perdido ya todo contacto con la realidad.

Partiendo del supuesto de que en última instancia el valor de las mercancías lo determinan los consumidores, la distribución social de los ingresos queda fuera de consideración. Esta situación intentó remediarla John Bates Clark[10] aplicando el análisis marginal a los factores de producción. Igual que en el consumo hay una saturación de la satisfacción de la que se deduce la utilidad marginal, la aplicación continua de trabajo lleva a una disminución de la productividad hasta un punto marginal, que se manifiesta en el salario concreto. El equilibrio entre el salario y la productividad marginal puede sufrir perturbaciones, pero se restablece por sí mismo. Si la productividad marginal, por ejemplo, sobrepasa al salario, la demanda de trabajo aumenta, hasta que se restablece el equilibrio entre productividad marginal y salario. Si, por el contrario, el salario está por encima de la pro-

10 *The Distribution of Wealth*, Nueva York, Macmillan, 1899.

ductividad marginal, la demanda de trabajo disminuye hasta que se vuelve al equilibrio y se iguala la productividad marginal con el salario. Lo mismo que con el trabajo asalariado, esto ocurriría también, según Clark, con todos los demás factores de producción, de modo que en el equilibrio todos ellos participan en el reparto del ingreso social según su productividad marginal. Así no solo la oferta y la demanda sino también la distribución del producto social se explican a partir del principio de la utilidad (o la «desutilidad») marginal. Y como cada factor de la producción obtiene la parte del producto social que corresponde a su aportación particular a la producción social, la distribución dada no solo está económicamente condicionada, sino que es también justa.

La incorporación de la producción social a la teoría subjetiva del valor no le pareció adecuada a algunos de sus partidarios. Böhm-Bawerk mantenía que toda la producción sirve en último término al consumo[11]. No tenía entonces mucho sentido entrar al ámbito de la producción o hacer depender la distribución del ingreso de la productividad marginal de los factores de producción. La producción de capital es para Böhm-Bawerk una producción «indirecta» mediante «un rodeo», mientras que en la producción «directa» no se contaría con los medios de producción esenciales. De este modo, todo proceso de producción en el que se utilicen medios de producción es un proceso de producción capitalista, aunque se trate de una economía socialista. Para BöhmBawerk solo existen dos factores productivos, el trabajo y la tierra. El capital sería un concepto

11 Böhm-Bawerk, *Teoría positiva del capital*.

puramente teórico, no histórico. Todos los bienes existentes en un momento dado son medios de consumo, los bienes futuros, que son igualmente medios de consumo, aparecen como bienes de capital y como productos del trabajo. La ganancia, que para Böhm-Bawerk es equivalente al interés, no se deriva de la producción sino del cambio de bienes presentes por bienes futuros. La utilidad marginal determina la diferente valoración del presente y del futuro.

Para Böhm-Bawerk el interés no solo es inevitable sino justificado, ya que toda producción depende del ahorro de los capitalistas y tanto los asalariados como los terratenientes dependen del crédito de los capitalistas. Ni trabajadores ni terratenientes pueden vivir directamente de su producción, ya que esta requiere plazos de fabricación de duración diversa, por lo que, mientras producen, han de vivir de productos producidos en un período de tiempo anterior. Aquel que no está dispuesto o no quiere limitar su consumo y ahorrar, queda excluido del interés que se gana mediante la espera. A pesar de que el interés es la forma en que se paga o se colecta el ingreso correspondiente a los bienes de capital, no es producto ni del trabajo ni del capital, sino solamente un beneficio generado por el mero transcurrir del tiempo, algo así como una especie de maná, podríamos decir. El interés es tanto más un don celestial por ser instrumento del equilibrio y del progreso económico. Así el interés establece el equilibrio entre la producción actual y la producción futura mediante la regulación de las inversiones de capital, que se incrementan o se limitan en función de las necesidades de consumo existentes. Al incrementarse la producción indirecta con rodeos productivos aumenta la masa de bienes de consumo, con lo que

se reduce la necesidad de nuevos ahorros destinados a medios de producción adiciones. Así, el progreso social se manifiesta en una tasa de interés cada vez menor.

No vale la pena detenerse a considerar otros representantes de la teoría subjetiva del valor e incluso fue adecuado ignorarlos en la época de su esplendor. Marx ni siquiera se pronunció directamente sobre ellos[12]. Friedrich Engels consideró que las teorías del valor subjetivo no eran sino un mal chiste, a pesar de lo cual opinó que era perfectamente posible «construir un socialismo vulgar plausible fundado en la teoría del valor de uso y de la utilidad marginal de Jevons y Menger»[13] .

12 Que Marx conocía los planteamientos de la teoría subjetiva del valor se desprende de su estudio del economista inglés W. F. Loyd, estudio sobre el que ha llamado la atención W. Pieper en un comentario a una carta de Marx a Engels, 27-I-1851 (véase *Marx-Engels Werke*, vol. 27, p. 169). A pesar de que Lloyd ha caído en el olvido más aún que Gossen en Alemania, o que A. J. Etienne-Juvenal Dupuit en Francia, hay que considerarlo uno de los primeros representantes de la teoría subjetiva del valor (W. F. Lloyd, *A Lecture on the Notion of Value as Distinguishable not only from Utility, but also from Value in Exchange*, Londres, 1834). Por otra parte, en *El Capital* y en *Teorías sobre la plusvalía* Marx discutió extensamente la teoría subjetiva del valor de S. Baily (*A Critical Dissertation on the Nature, Measures and Causes of Value: chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers*, 1825). Igualmente discutió la teoría del valor de uso en las «Glosas marginales al Tratado de Economía Política de A. Wagner». En castellano, un fragmento de esas notas aparece como apéndice en la traducción de W. Roces de *El Capital*, I, México, DF, FCE, 1986, pp. 713-723.

13 *Marx-Engels Werke*, vol. 25, p. 17. En carta fechada 5-I-1888, Engels escribía a N. F. Danielson: «Ahora está de moda aquí, precisamente, la teoría de Stanley Jevons, según el cual el valor está

De hecho, una parte de la socialdemocracia reformista recurrió en su momento a la teoría de la utilidad marginal, alegando que la presunta desatención de Marx a la demanda y a su influencia en la formación de los precios le privó de la posibilidad de entender verdaderamente los problemas económicos. Mientras la teoría subjetiva del valor se extendía en el campo socialdemócrata, en el campo burgués empezó por perder credibilidad y fue luego abandonada por completo. El abandono del concepto psicológico del valor por parte de la burguesía misma hace superflua una crítica más extensa de esta teoría.

La superación de la teoría subjetiva del valor se consumó de dos formas diferentes. Por una parte, su refinamiento hasta extremos ridículos hizo que perdiera todo contacto aparente con la realidad. Por otra parte, por la renuncia abierta a explicar el precio a partir del valor. En relación con lo primero puede mencionarse a Joseph A. Schumpeter[14]. Para la escuela austriaca a la que Schumpeter pertenece el valor de los bienes de consumo acabados depende de su utilidad marginal y la utilidad marginal de las mercancías no acabadas, como las materias primas y las máquinas, depende de la utilidad marginal de las mercancías acabadas mediante un pro-

determinado por la *utilidad*, es decir, valor de cambio = valor de uso, y por otra parte por el volumen de la demanda (es decir, por los costos de producción), lo que no es sino una manera confusa de decir bajo cuerda que el valor está determinado por la oferta y la demanda» (*Marx-Engels Werke*, vol. 25, p. 8).

14 *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, 1908.

ceso de imputación. Desde el punto de vista de los consumidores, las materias primas, medios de producción y productos semiacabados no tienen utilidad directa sino solo indirecta. Esa utilidad indirecta se expresa imputándose en los precios de los bienes de consumo. El mismo análisis se aplica a la circulación de las mercancías, haciéndose una distinción entre bienes de primer orden y de segundo orden, que serían los que todavía no han entrado en el ámbito del consumo, cuya utilidad debe imputarse a la utilidad marginal de los bienes de consumo. Schumpeter concluía de esto que en una perspectiva teórica la oferta y la demanda son realmente lo mismo, de modo que por lo que hace a las relaciones de equilibrio puede considerarse que es suficiente considerar el lado de la demanda.

En el concepto de equilibrio de Schumpeter no solo son superfluos los precios de oferta, que pueden subsumirse como precios de demanda, sino que pueden omitirse las categorías de ganancia e interés, incluyéndolas bajo la categoría de salarios. Viendo la producción como intercambio, para Schumpeter no existía necesidad alguna de hablar de la utilidad o de su contrario. Schumpeter sustituyó el concepto psicológico de valor por una lógica electiva ya que el concepto subjetivo de valor no permitiría otra cosa que decir que cada cual, dados sus preferencias y su ingreso, se guía por los precios al adquirir bienes. Para Schumpeter no tiene interés investigar las causas que determinan las opciones del consumidor, simplemente se toman esas opciones como punto de partida del análisis económico. La lógica de la elección basta para la matemática del equilibrio que, a este nivel de abstracción, carece de cualquier relevancia real. Pero no por eso dejaba de ser la «teoría pura» un medio para el conocimiento de la realidad y de mantener con ella el mismo tipo de relación que tiene la mecánica teórica con el diseño y la construcción de maquinaria en la ingeniería industrial. En todo caso, para Schumpeter ocuparse de la «teoría pura» tiene valor en sí mismo, porque es de por sí interesante y satisfactorio para la curiosidad humana.

Gustav Cassel[15] se distinguió por sus intentos de eliminar la teoría de la utilidad marginal alegando que se basaba en un razonamiento circular. A pesar de que la teoría se propone explicar los precios, recurre a los precios para explicar la utilidad marginal. Las transacciones económicas se llevan a cabo en términos de cantidades medibles, dinero y precios. Como en opinión de Cassel el análisis de dichas transacciones no requiere otra cosa que el análisis de los precios, la ciencia económica no tiene necesidad de una teoría concreta del valor. Cassel tomaba como punto de partida la hipótesis de una escasez general determinante de las relaciones económicas. La tarea de la ciencia económica sería adaptar del mejor modo posible los diferentes deseos humanos a los medios insuficientes para satisfacerlos.

Derivar los precios de la escasez de los bienes no puede sino llevar a explicar unos precios a partir de otros, dejando abierta la cuestión de qué es lo que hay tras los precios. Pero para la «ciencia económica» burguesa no hay ninguna necesidad de plantear esa cuestión y por eso ha abandonado la teoría de la utilidad marginal inicial, aun cuando en caso de necesidad puede recurrir a ella afirmando que tras los precios están en última ins-

15 *Theoretische Nationalökonomie*, 1918.

tancia las valoraciones subjetivas de los consumidores. Porque se ha dicho incluso que la moderna teoría económica se convirtió en ciencia objetiva justamente por estar basada en la subjetividad. Según Ludwig von Mises[16] las necesidades de los seres humanos son observables en su conducta y no precisan investigación ulterior, hay que admitirlas tal como se presentan. Dado que la teoría de la utilidad marginal se redujo en último término a una limitación de la «ciencia económica» al ámbito de los mecanismos que hacen variar los precios, los diversos intentos de sustituir la teoría objetiva del valor por una utilidad marginal psicológicamente fundamentada han de considerarse un fracaso. Esos intentos no condujeron sino a excluir el problema del valor de la teoría económica burguesa.

A pesar de que la utilidad marginal fue abandonada, el análisis marginal siguió siendo patrimonio común de los economistas burgueses. Para Joan Robinson, esto prueba también que los conceptos metafísicos, «que hablando en rigor no son más que tonterías, han aportado su contribución a la ciencia»[17]. En tanto que método de análisis, el principio de análisis marginal no es sino la generalización de la renta diferencial de David Ricardo, que hace depender los precios de los productos agrícolas de los rendimientos de las tierras menos fértiles; *mutatis mutandis,* la ley ricardiana de los rendimientos decre-

16 *Nationalökonomie: Theorie des Handels und Wirtstenschaftens,* 1940. En castellano, *La acción humana: Tratado de economía* (trad. J. Reig Albiol), Madrid, Sopeo, 1968.

17 *Economic philosophy,* Chicago, Aldine, 1964, p. 69. En castellano, *Filosofía económica* (tr. J. Aguilar), Madrid, Gredos, 1966, p. 77.

cientes habría de ser válida también para la industria y para cualquier otra clase de actividad económica y determinaría los precios y sus modificaciones. Los individuos, de acuerdo con el principio de utilidad marginal y considerando los precios dados, determinan sus adquisiciones de manera tal que, dentro de los límites impuestos por sus ingresos, obtienen el máximo de satisfacción. Como este es un principio «racional» o «económico» universal, la dependencia recíproca de los precios produce una constelación general de precios que pone en consonancia la oferta y la demanda. Cuando la demanda agregada coincide con la oferta agregada, todos los precios son precios de equilibrio. O, dicho de otra manera, la aplicación del principio económico (o del principio marginal) lleva a la formación de precios que expresan un equilibrio general. De este modo, la «teoría pura» queda anclada en el omnicomprensivo principio marginal sobre el que está construida en todos sus detalles la teoría de los precios.

Que el consumidor distribuya sus gastos «optimizándolos» mediante el cálculo marginal en la vida cotidiana implicaría un esfuerzo baldío (dejando aparte la cuestión de si está o no capacitado para hacerlo). Tampoco en la conducta del empresario capitalista juega el cálculo marginal el papel que le atribuyen los economistas. Estos admiten, claro, que la teoría del análisis marginal no da imágenes exactas de las situaciones reales. Pero supuestamente serían modelos lo suficientemente cercanos a la realidad como para tener valor científico, además de validez práctica. El que los empresarios lleven a buen puerto sus negocios sin preocuparse para nada de los métodos de cálculo de la economía teórica no es un obstáculo para que los economistas vean en la

vida económica actual la confirmación de la validez de su teoría.

Por supuesto, esto requeriría que «se tradujesen las ideas de los hombres de negocios al lenguaje de los economistas y viceversa». Así se vería que la explicación teórica de una conducta «a menudo ha de incluir elementos de razonamiento que el mismo individuo actuante no realiza *conscientemente* (...) Construir un patrón para describir analíticamente un proceso no es lo mismo que el proceso real en la vida cotidiana; y no hemos de esperar encontrar en ella las estimaciones numéricas definidas que son parte del esquema de la ciencia»[18]. Aun admitiéndose que en la conducta de los consumidores y de los empresarios es posible encontrar también elementos «antieconómicos», tanto aquellos como estos deberían, en general, operar racionalmente, es decir, actuar de modo tal que obtuviesen con el mínimo costo el máximo beneficio. Los empresarios han de hallar relaciones proporcionadas entre la producción y la demanda, entre el capital invertido y los salarios a pagar y encontrar la combinación más económica de medios de producción y materias primas. Según el principio de la tasa de sustitución marginal eso significa llegar al punto en el que modificar alguno de los múltiples factores de producción no produce más ganancias y entonces el costo marginal coincide con la ganancia marginal.

En realidad esto no es tanto un problema de ciencia económica como de cómputo un poco más preciso

18 Fritz Machlup, «Marginal analysis and empirical research», *American Economic Review*, 1946, vol. 44, pp. 537-547.

de lo habitual de gastos e ingresos. Pero este método de cálculo se considera también el principio en el que se basan todos los fenómenos económicos, porque establece un denominador común para todas las relaciones de intercambio y elimina el defecto inherente a la teoría clásica del valor mediante la simple identificación de valor y precio. Los economistas clásicos tomaban como punto de partida de sus explicaciones un valor explicado en términos de tiempo de trabajo social, pero hablaban también de precios de mercado particulares. Para ellos el verdadero contenido de la economía política era cómo se reparte el producto social entre las clases y por ello se esforzaban por mostrar cómo los precios individuales están determinados por relaciones sociales de valor. Con el advenimiento del valor subjetivo y la «teoría pura de precios» todos los problemas económicos quedaron circunscritos al intercambio y los problemas que se planteaba la teoría clásica –como la relación entre valor y precio y la distribución de la producción social– se dejaron de lado. La actitud de los marginalistas con respecto a la distribución era la misma que habían adoptado los clásicos hacia la producción, es decir, se consideraba que la distribución, fuera cual fuese su resultado, estaba regulada por el sistema de precios. El problema de la distribución dejaba de constituir un objeto específico de la teoría económica. Se consideraba la distribución como una pieza más del problema de la formación general de los precios, ya que las diversas formas de ingreso se tratan como precios de los factores de producción. Todos los precios están en relación funcional unos con otros, con lo que la solución del problema general de los precios incluye la solución del problema de la distribución.

Todas las cuestiones relacionadas con la economía quedan así sometidas a un principio único que las explica. Este principio consiste en un cálculo que puede pasar por neutral frente a cualquier concepción económica. A los ojos de sus partidarios, el análisis marginal y la metodología del equilibrio subsiguiente dan por primera vez un carácter científico a la economía. Pero el objeto de este cálculo no es ni más ni menos que la vieja ilusión, heredada de los economistas clásicos, la posibilidad de un equilibrio entre oferta y demanda y de que los precios correspondientes se formen con arreglo a ese equilibrio. Sin embargo, esa matematización de la economía que el análisis marginal hizo posible determina un equilibrio en términos de un modelo estático. Pero como en la economía capitalista no hay situaciones estáticas, los modelos estáticos no pueden verificarse en la realidad y la exactitud matemática, que no se puede negar, «se refiere no al contenido del conocimiento económico, sino a la técnica de las operaciones matemáticas de cálculo»[19].

A diferencia de Marx, para quien la hipótesis de una situación estática (reproducción simple en su terminología) era solamente un instrumento metodológico

19 Henryk Grossman, *Marx, die klassische Nationalökonomie und das Problem der Dynamik*, 1969, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt a. M. 1969, p. 53. No hay ed. en castellano, pero sí hay dos en inglés: «Marx, Classical Political Economy and the Problem of Dynamics» (trad. P. Burgess), *Capital and Class* 1977, No. 2, pp. 32-55, 1977, No. 3, pp. 67-99 (disponible en www.marxists.org/archive/grossman/1941/dynamics.htm); «Marx, Classical Economics, and the Problem of Dynamics» (tr. P. Mattick hijo), *International Journal of Political Economy*, Vol. 36, No. 2, 2007, pp. 6–83.

para demostrar la necesaria dinámica del sistema capitalista, la economía burguesa utilizaba el modelo de un sistema económico estático para prestar respaldo «científico» a la hipótesis de una tendencia al equilibrio. El juego incesante con ese tipo de modelos de equilibrio llevó a los teóricos de la economía a convencerse de que este instrumento conceptual es la premisa de cualquier análisis económico, aun admitiendo que la economía real jamás se encuentra en equilibrio. Las perturbaciones solo podrían entenderse desde el punto de vista del equilibrio mismo. Igual que una máquina puede en un momento dado requerir una reparación, también el equilibrio del sistema económico puede ser perturbado por *shocks* internos o externos. En cualquier caso, solo el análisis del equilibrio permitiría investigar las causas de la perturbación y llevar al descubrimiento de los elementos conducentes al restablecimiento del equilibrio.

La idea del equilibrio de la oferta y la demanda que se establece en el mercado por medio de la competencia no ha dejado de ser tema principal de la economía burguesa desde los tiempos de Adam Smith y Jean-Baptiste Say. Ha habido muchos cambios en las sucesivas justificaciones de esta hipótesis que se han ido revelando ajenas a la realidad. La cuestión que se plantea la teoría neoclásica no es cómo funciona realmente el sistema de precios, sino cómo funcionaría si el mundo fuera tal como lo imaginan los economistas. La teoría necesita el principio del equilibrio, para que el sistema de precios aparezca como regulador de la economía, y el pegamento del sistema de precios para hacer pasar la realidad económica por racional y, por tanto, inatacable. Pero a lo que ha ido a parar todo esto fue a la «mano invisible» de Adam Smith expresada en fórmulas matemáticas y al

convencimiento de Say de que toda oferta comporta la aparición de una demanda equivalente.

La teoría neoclásica no solo quedó detenida al nivel de los primeros resultados de la ciencia económica burguesa, sino que retrocedió incluso, porque partir del principio del equilibrio hace imposible abordar la dinámica real del capital, el proceso de acumulación. La imagen congelada del equilibrio estático nada dice sobre el proceso de desarrollo. Pero como no es posible pasar por alto los cambios que experimenta la actividad económica, se considera que son evidentes y que no precisan mayores explicaciones. Dado que no se podía abandonar el equilibrio estático sin confesar la propia bancarrota teórica, los teóricos del mercado recurrieron a la «estática comparativa», es decir, a comparar un equilibrio inexistente presente con un equilibrio inexistente futuro, con el objeto de «analizar» las transformaciones económicas que ocurren. Como el equilibrio neoclásico excluye toda ganancia o cualquier otro excedente, la reproducción ampliada del sistema queda fuera de consideración. Como esa expansión del sistema tiene lugar de hecho, ha de caer fuera del campo de la economía teórica.

Bastante distinta era la actitud de los economistas clásicos que antes de que surgiera la teoría neoclásica se planteaban la problemática de la acumulación del capital, del aumento de la riqueza nacional. Sus teorías de la distribución partían de la necesidad de la acumulación e investigaban qué era lo que aceleraba o frenaba la acumulación. La economía de la ganancia era el requisito *sine qua non* de la acumulación. La búsqueda del lucro era, por tanto, un fenómeno que servía a la sociedad, ya que constituía una premisa para la mejora de las condiciones de vida por medio del crecimiento de la producción y de la productividad. Los problemas del mercado estaban subordinados a la acumulación y regulados por la ley de la oferta y la demanda. En condiciones de competencia generalizada el intercambio se consideraba un proceso regulador de la economía en el marco de un desarrollo social progresivo.

Pero esta economía autorregulada y por tanto exenta de crisis de la teoría clásica enfrentaba una terca realidad en la que la acumulación de capital, lejos de ser un proceso continuo, se veía interrumpida por profundas crisis que desde comienzos del siglo XIX se repetían periódicamente. ¿Cómo explicar estas crisis, que sin duda estaban en contradicción con la teoría económica dominante? Los clásicos, en particular Ricardo, se centraban en el problema de la acumulación del capital, pero compartían el convencimiento de Say de que la economía de mercado es un sistema de equilibrio en el que toda oferta encuentra una demanda equivalente[20]. En opinión de Say toda producción se realiza con la intención de consumir o de vender el producto para adquirir otras mercancías que sirvan para el consumo del productor. Como esto ocurre con todos los productores, la producción, consiguientemente, ha de coincidir con el consumo. Cuando todas las ofertas y demandas coinciden, el resultado social es el equilibrio. Este equilibrio puede verse temporalmente perturbado por la

20 Jean-Baptiste Say, *Traité d'économie politique*, 1803. En castellano *Tratado de economía política ó exposición de cómo se forman, se distribuyen, y se consumen las riquezas* (trad. J. A. Ponzoa), Madrid, Fuentenebro, 1838.

existencia de exceso de oferta de una determinada mercancía o demanda insuficiente de otra. Pero los movimientos de precios que se producen en estas situaciones conducen al restablecimiento del equilibrio. Al margen de este tipo de perturbaciones, no puede darse ningún exceso de producción general por la misma razón que la acumulación no puede exceder las necesidades sociales en cuanto a consumo.

De este modo, las teorías de la acumulación de los economistas clásicos se enlazaban con una consideración estática del equilibrio que les obligaba a buscar las perturbaciones del equilibrio del sistema fuera del sistema mismo. Para las crisis generales de sobreproducción la teoría clásica no tenía explicación alguna y ello llevó a J. C. L. Sismonde de Sismondi a rechazar la teoría clásica y luego a rechazar del todo el sistema de *laissez-faire*[21]. Para Sismondi era precisamente la libre competencia, que no se basaba en otra cosa que en los precios, la que en vez de conducir al equilibrio y al bienestar general, preparaba el terreno para la miseria de la sobreproducción. La anarquía de la producción capitalista, la pasión por el valor de cambio sin consideración de las necesidades sociales era lo que ocasionaba la existencia de una producción mayor que la demanda y las crisis periódicas. El subconsumo generado por la desigual distribución era la causa de la sobreproducción y del ansia de

21 J. C. L. Sismonde de Sismondi, *Nouveaux Principes d'Économie Politique*, 1819. No hay ed. en castellano, pero existe una selección de textos de Sismondi titulada *Sobreproducción y subconsumo* (ed. y trad. D. Guerrero), Madrid, Maia, 2011, que recoge algunas partes de esa obra.

mercados exteriores. Sismondi se convirtió así en el fundador de la teoría del subconsumo, en el que hoy todavía muchos creen ver la causa de las crisis capitalistas.

Entre muchos subconsumistas John A. Hobson destaca por haber aplicado la teoría de Sismondi al capitalismo desarrollado, poniéndola en relación con el imperialismo[22]. Desde su punto de vista, que anticipa el de Keynes, la demanda de bienes de consumo disminuye por la distribución desigual y la acumulación creciente de capital. Consiguientemente, cae también la tasa de expansión del capital. Como el consumo no puede ir parejo a la producción, se generan crisis periódicas, porque una parte de la ganancia acumulada ya no puede ser invertida productivamente y queda estéril. Solo la interrupción de la sobreproducción cuando sobreviene la depresión permite reanudar el proceso de expansión, pero esto llevará antes o después a que reaparezca la sobreproducción y el capital en desuso. La sobreproducción derivada del subconsumo explica también la necesidad de mercados exteriores característica del imperialismo, así como la lucha competitiva entre las potencias imperialistas. De todas formas, Hobson pensaba que todo eso puede paliarse mediante intervenciones reformistas del Estado en el mecanismo económico orientadas a estimular el consumo. En este sentido, Hobson quedó prisionero de la economía capitalista.

Si de lo que se trata es de aprehender la realidad económica hay que abandonar las teorías clásica y neoclásica. En el marco del mecanismo de mercado supues-

22 *The Industrial System*, Londres, Longmans, Green, & Co., 1909; J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, Nisbet, 1902.

tamente autorregulado los procesos económicos reales resultan incomprensibles; por ello, tanto Sismondi como Hobson se apartaron de la teoría del mercado. De la misma forma, considerar las crisis del capitalismo, igual que las condiciones sociales en general, implica apartarse de las concepciones económicas tradicionales y desarrollar teorías más conectadas con la realidad, lo que solo resulta posible de forma muy limitada si no se cuestionan las relaciones de propiedad capitalistas. Los intentos en ese sentido estuvieron condicionados no solo por la profunda contradicción entre la teoría dominante y la realidad, sino también por los efectos de la competencia capitalista sobre las posibilidades de desarrollo de los países atrasados. Esto da cuenta, por una parte, del empirismo de la escuela histórica y, por otra, de la visión evolutiva del institucionalismo, enfrentados ambos con las teorías desarrolladas por los economistas clásicos. En el proceso de acumulación capitalista, la ventaja de los que llegan primero supone un perjuicio para los que quedan atrás. Así, la libre competencia aparecía como un privilegio y un monopolio británico que dificultaba la industrialización de los países atrasados y que hacía insoportable la miseria de su época de desarrollo. En la lucha contra la competencia monopolista había que apartarse del principio de *laissezfaire* y con ello de las teorías de la economía clásica. No se trataba, como creía Rosa Luxemburg, de una «protesta de la sociedad burguesa contra el conocimiento de sus propias leyes»[23], sino del intento de alcanzar por medios

23 *Gesammelte Werke*, Vol. 1, Parte 1 (Berlin, Dietz, 1970), p. 731.

políticos un estadio de desarrollo para el que la ideología del *laissez-faire* fuera apropiada. Fue precisamente la confrontación en la lucha competitiva internacional lo que hizo que en los países económicamente débiles perdiera influencia la economía política inglesa, vigente hasta entonces, para dejar paso a una ideología acorde de intervencionismo estatal y políticas proteccionistas. Que la escuela económica histórica o historicista que floreció por algún tiempo en Alemania solo respondía a las necesidades particulares de países competitivamente débiles en la arena internacional era evidente en la contradicción implícita en su doctrina, que recomendaba en el marco nacional lo mismo que rechazaba en el marco internacional[24].

Claro que los representantes del historicismo se esforzaban en demostrar que la distribución del ingreso regulada exclusivamente por el mercado lleva al empobrecimiento de los trabajadores. Pero eso ponía en cuestión la existencia misma de la sociedad burguesa, temor que parecía confirmado por el ascenso de un movimiento obrero independiente. El remedio para la pauperización de la clase trabajadora era precisamente el desarrollo capitalista más rápido y más ordenado. De esta manera la escuela histórica combinaba una política económica de orientación nacionalista, con la política social conocida como *Katederersozialismus*, «socialismo de cátedra», cuya ideología se enfrentaba con las abstrac-

24 La escuela histórica o historicista alemana representada por ejemplo por Friedrich List (1789-1846) recomendaba la eliminación de todas las trabas al libre comercio en el mercado interior, mientras que defendía el proteccionismo de fronteras afuera (J.A.T.).

ciones de la teoría clásica, no para trascenderlas, sino tan solo para adaptarla por medio de la crítica histórica a los intereses nacionales particulares.

Para la escuela historicista el conocimiento económico va mucho más allá del entendimiento deductivamente establecido del mecanismo del mercado. Implica también el descubrimiento inductivo de aspectos históricos determinados de la totalidad social y de su desarrollo, incluyendo lo específico de la nación y lo extraeconómico. De este modo, solo una considerable investigación histórica permitiría pronunciarse acerca del contenido de la economía política. Pero este empeño no pasó del nivel de la investigación, ya que la progresiva homogeneización de las economías de occidente que acompañó el desarrollo del capitalismo desdibujó la diferenciación de las teorías económicas. La influencia de la escuela histórica se perdió, pero no así la exigencia de investigación libre de prejuicios de los fenómenos económicos empíricos. Esto finalmente se materializó en la investigación del «ciclo comercial», de «la coyuntura económica».

Aunque la economía seguía sufriendo crisis y oscilaciones cíclicas, la «ciencia económica» carecía de una teoría de las crisis como fenómeno inmanente al sistema capitalista y explicaba las fluctuaciones económicas por fenómenos externos al sistema. Jevons llegó a relacionarlas incluso con fenómenos naturales extraterrestres, «descubriendo» que las manchas solares que aparecen periódicamente coinciden con crisis económicas. Las manchas solares influirían sobre el clima y, consiguientemente, sobre los rendimientos de la agricultura, cuyo hundimiento conduciría a una crisis general. Sin duda, el clima influye sobre la economía, pero también han aparecido crisis después de buenas cosechas. La teoría

tuvo así muy escasa aceptación y nunca pudo establecerse una conexión cierta entre los cambios del clima y las manchas solares.

Schumpeter intentó por el contrario explicar el desarrollo resultante del ciclo coyuntural y el ciclo mismo a partir del propio sistema capitalista[25]. Conocedor de la obra de Marx, era consciente de que todo progreso esencial depende del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Esas fuerzas productivas innovadoras eran para él los empresarios particularmente emprendedores, cuya genialidad rompe los procesos económicos corrientes, monótonos y simplemente repetitivos. Schumpeter desarrolló una especie de teoría heroica de las fluctuaciones económicas e identificó en estas la dinámica del sistema capitalista.

A este fin necesitaba dos teorías distintas y dos tipos humanos psicológicamente diferentes. En el equilibrio general de la «teoría pura» no hay desarrollo. Pero también en el mundo real la mayoría de los individuos son demasiado indolentes y faltos de imaginación para oponerse a la rutina de la situación estática. Como ya se ha dicho, en el equilibrio no hay ganancia y cuando esta aparece indica la presencia de una perturbación del sistema, destinada sin embargo a ser superada por la acción de los movimientos de reacción que ella misma suscita. El problema que se planteaba era cómo puede surgir el desarrollo de una situación en la que el desarrollo es una anomalía.

25 Joseph A. Schumpeter, *Theorie der Wirtschaftlichen Entwicklung*, 1911. En castellano, *Teoría del desenvolvimiento económico* (trad. J. Prados Arrarte), México, DF, FCE, 1963.

Aquí Schumpeter tuvo la ventaja de no haber olvidado, como antiguo partidario de la escuela histórica, que la economía no tiene por qué limitarse a las abstracciones del equilibrio de oferta y demanda. Para comprender la dinámica del sistema capitalista había que contemplar a este también desde una perspectiva histórica y sociológica. Pero en el marco de la teoría económica, a lo único que había que atender era al mecanismo especial por el cual era posible dinamizar el modelo estático. El mecanismo estaba personificado en una clase de hombres que, atormentados o bendecidos por una inquietud creadora, rompían con su obstinada actividad el ciclo del equilibrio estático. Este tipo, el hombre de negocios innovador, siempre a la búsqueda de proyectos industriales, científicos, empresariales y organizativos que transforman cuantitativa y cualitativamente la productividad y la producción, destruye el equilibrio económico determinado por los consumidores de tal modo que solo resulta posible restablecerlo a un nivel superior. Este proceso espontáneo, aleatorio, pero siempre en marcha, tiene como resultado el ciclo de negocios, la alternancia coyuntural entre expansión y contracción en la que se manifiesta la dinámica de creación y destrucción del sistema capitalista. Para Schumpeter es ciertamente lamentable, pero inevitable, que las dificultades que conlleva la adaptación a las circunstancias cambiantes tengan costos y sean fuente de miseria. De todos modos, esos perjuicios, según Schumpeter, podrían paliarse mediante mejores previsiones económicas e intervenciones estatales. En cualquier caso, la dinámica inherente al sistema capitalista sería de mayor importancia que el problema del equilibrio económico que hasta entonces había ocupado casi exclusivamente la atención de la economía burguesa.

Aunque la teoría solo tenía alguna relevancia para el desarrollo del capitalismo en la imaginación de Schumpeter, sí que venía a ser una expresión de la considerable inquietud suscitada entre los teóricos burgueses por las oscilaciones coyunturales y por los períodos de crisis que se hacían más graves al compás de la acumulación del capital. La teoría del mecanismo autorregulado de los precios hacía que las crisis fueran un enigma. El intento de Schumpeter de explicarlas a partir de repetidas violaciones del equilibrio ocasionadas por una casta peculiar de personas no era una explicación, sino el reconocimiento de que las tendencias al equilibrio atribuidas al mercado no corresponden a la realidad. De eso ya se habían dado cuenta críticos anteriores del capitalismo como Sismondi y Hobson. Pero la simple constatación de que la armonía teórica entre oferta y demanda, entre producción y consumo, es refutada por la realidad solo es, a la postre, una descripción de situaciones evidentes. Por sí misma, nada dice acerca de las leyes de movimiento peculiares del capital.

Comprender las crisis era imposible a partir de la teoría económica dominante, pero tampoco era posible ignorarlas como si no existieran. Así se intentó confrontarlas por métodos empíricos. Esa vía ya había sido anticipada por el establecimiento de organismos privados que se dedicaban a la investigación de la coyuntura económica para aprovechar desde el punto de vista empresarial las oscilaciones coyunturales. Así apareció una rama particular de la «ciencia económica» que se ocupaba exclusivamente de la investigación del ciclo de negocios y que creció conforme surgieron más organizaciones privadas y estatales dedicadas a recoger datos de la coyuntura económica. La investigación de la coyuntura

se proponía exponer el curso de la economía tal como esta evoluciona en la realidad, «valiéndose de la "teoría pura" solo como teoría muy elemental»[26].

Esta concesión no demasiado generosa a la economía neoclásica ya era una exageración, puesto que la investigación del ciclo coyuntural solo es posible situándose en un punto de vista opuesto al de la teoría económica «elemental». Esa teoría se refiere únicamente a una situación de equilibrio estático en la que no se producen modificaciones en los datos. Pero ese equilibrio estacionario es justamente lo que está excluido de la teoría del ciclo, que de lo que trata es del cambio continuo de los procesos económicos y del estado de la economía. La «teoría económica elemental» admite desviaciones con respecto al equilibrio, pero se trata de desviaciones que conducen únicamente al restablecimiento más o menos inmediato del equilibrio. En la teoría del ciclo coyuntural no se trata de hallar irregularidades pasajeras, sino de sacar a la luz las leyes de movimiento del capital y explicar el fenómeno de las crisis. Lograr esos objetivos implicaría elaborar una teoría dinámica del desarrollo capitalista que trascienda las concepciones estáticas.

Es perfectamente comprensible que la teoría del desarrollo capitalista y de sus leyes de movimiento que Marx había elaborado muchos años antes fuese premeditadamente ignorada. Supuestamente, los métodos «carentes de prejuicios» de la escuela histórica le darían a la investigación del ciclo coyuntural la necesaria «objetividad» indispensable para conocer el curso real del

26 E. Wagemann, *Vierteljahrshefte zur Konjunkturforschung*, 1937, No. 3, p. 243.

acontecer económico. Mediante el uso de estadísticas y métodos matemáticos como los coeficientes de correlación, la investigación histórica de las condiciones de los mercados y de sus oscilaciones buscaba establecer el ritmo de la vida económica para determinar sus fuerzas motrices y sus conexiones internas. Claro que la investigación puramente histórica no puede dar de sí más que datos. Se establecen hechos que, antes o después, precisan explicación. Para llegar a esa explicación se hace necesaria una teoría que no solo describa el ciclo, sino que lo haga inteligible. Pero ninguna de las teorías aparentemente dinámicas del ciclo coyuntural investiga las causas de los movimientos cíclicos; por el contrario, esos movimientos constituyen el punto de partida y se toman como dados[27]. Esas teorías del ciclo no pasan así de ser

27 Esas teorías están representadas entre otros por C. Juglar, *Des crises commerciales et de leur retour periodique*, París, Guillaumin, 1889; T. Veblen, *The Theory of Business Enterprise*, Nueva York, Scribner, 1904; O. Karmin, *Zur Lehre von der Wirtschaftskrise*, Heidelberg, C. Winter, 1905; J. Lescure, *Des crises generales et periodiques de Surproduction*, París, 1907; M. Bouniatan, *Studien zur Theorie und Geschichte der Wirtschaftskrisen*, Munich, Reinhardt, 1908; W. C. Mitchell, *Business Cycles*, Berkeley, University of California Press, 1913; R. G. Hawtrey, *Good and Bad Trade—An Inquiry into the Causes of Trade Fluctuations*, Londres, Constable, 1913; W. Sombart, *Der Moderne Kapitalismus*, Leipzig, Duncker & Humblot,1917; E. H. Vogel, *Die Theorie der Volkswirtschaftlichen Entwicklungsprozesses und das Krisenproblem*, Viena, A. Hölder, 1917; A. Aftalion, *Les crises periodiques de Surproduction*, París, M. Rivière, 1913; P. Mombert, *Einführung in das Studium der Konjunktur*, Leipzig, Gloeckner, 1921; R. Liefman, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, Stuttgart: Deutsche Verlags Anstalt, 1922; J. Hobson, *The Economics of Unemployment*, 1922; S. Kuznets, *Cyclical Fluctuations*, 1926; A. Spiethoff,

exposiciones de la dinámica de la economía, sin exponer la naturaleza misma de esa dinámica.

La multiplicidad de los fenómenos económicos parecería indicar la existencia de múltiples causas de las fluctuaciones cíclicas y permite que se elaboren diferentes teorías que, a pesar de enfrentar los mismos hechos, pueden diferenciarse por el acento que ponen sobre uno u otro aspecto del proceso en su conjunto. Para esclarecer el ritmo de la economía se distinguía entre factores económicos y no económicos y entre factores endógenos y exógenos del ciclo, o se elegía una combinación de ambos. Las explicaciones particulares colocaban en un primer plano como elemento decisivo del movimiento general bien lo referente al dinero y el crédito, bien los factores técnicos, las imperfecciones del mercado, problemas de inversión o factores de tipo psicológico. Desde diversas perspectivas se buscaban las causas de la crisis y de la depresión en lo ocurrido durante la prosperidad pasada o se investigaban las circunstancias y mecanismos que harían posible el paso desde la situación de crisis a una nueva expansión.

La investigación del ciclo coyuntural no se proponía obtener simplemente una exposición metódica y más exacta de las oscilaciones coyunturales tal como se observan, sino descubrir posibilidades de intervención

«Krisen», en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, G. Fisher, 1925; A. Lowe, «Der gegenwärtige Stand der Konjunkturforschung in Deutschland», en *Festgabe für Lujo Brentano*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1925; G. Cassel, *Theoretische Nationalöeconomie*, 1918 [*Economía social teórica* (trad. M. Paredes), Madrid, Aguilar, 1960].

para paliar las situaciones de crisis y «normalizar» los procesos económicos para allanar el ciclo, eliminando las fluctuaciones abruptas. El diagnóstico coyuntural debería llevar a una predicción de la coyuntura económica facilitadora de la adaptación de la actividad económica a una tendencia dada del desarrollo económico. Por otra parte, se trataría de estabilizar a largo plazo la economía mediante una política coyuntural orientada a compensar el curso automático del ciclo. La teoría del ciclo coyuntural se veía a sí misma como ciencia aplicada cuyas predicciones, a pesar de ser abstractas, permitirían llegar por analogía a conclusiones que, en ciertas condiciones, tendrían importancia práctica.

Por supuesto que la teoría del ciclo coyuntural no cuestionaba el orden social establecido, limitándose desde un principio a la investigación de los fenómenos del mercado. La investigación del ciclo coyuntural, el ámbito de las diversas teorías del ciclo no era la naturaleza del capitalismo, sino sus apariencias. Según los teóricos del ciclo la complejidad de la economía de mercado desarrollada y el desconocimiento o la interpretación equivocada de las realidades económicas serían las causas del desarrollo desproporcionado que se manifiesta en los ciclos coyunturales. El consumo queda por detrás de la producción, la expansión del crédito conduce a un exceso de inversión y las ganancias disminuyen a causa de una expansión excesiva de la producción de forma que en un momento determinado, durante la crisis, se desencadena un movimiento opuesto en el que las inversiones se quedan por detrás del ahorro, los mercados saturados no hallan demanda solvente, el valor del capital se destruye, la producción decrece rápidamente y el desempleo se dispara. La crisis y el periodo de depresión

que se desarrolla a partir de ella acaban con los excesos del período de expansión hasta que se restablecen las proporciones económicas necesarias para posibilitar una nueva fase de prosperidad que, de todos modos, evolucionará hacia su punto culminante y abrirá paso a otra crisis.

Esto representaba una descripción exacta de los procesos económicos determinados por la tendencia del capitalismo a las crisis, pero no explica la tendencia misma. Los movimientos cíclicos aparecen como desviaciones de un curso general que sin esas desviaciones funcionaría perfectamente. En mente está el mecanismo de equilibrio de la «teoría pura», que, de todos modos, solo podría imponerse por el camino de las irregularidades, de forma que la proporcionalidad necesaria para el funcionamiento «normal» de la economía podría darse únicamente como resultado de los altibajos de la coyuntura. El ciclo coyuntural sería entonces la verdadera forma de las tendencias abstractas al equilibrio del mecanismo de mercado. Puede concluirse entonces que un conocimiento exacto de los factores responsables de esas desviaciones posibilitaría la adopción de medidas destinadas a paliar o a eliminar los aspectos negativos del ciclo.

Desde ese punto de vista la economía capitalista se caracteriza por tendencias estáticas y tendencias dinámicas, de las que las últimas condicionan las primeras. Entonces la «teoría pura», el enfoque del equilibrio estático habría de subordinarse a las teorías del ciclo, ya que sería aplicable solo a una situación que no aparece sino temporalmente y solo como fase de transición entre situaciones cambiantes; carecería por tanto de relevancia para determinar la situación real de la economía y la dirección de su movimiento. Sin embargo, aunque los partidarios de la teoría del equilibrio general defendían esa teoría como representación abstracta del sistema de precios sin correspondencia directa con los procesos económicos reales, le daban valor heurístico para estudiar las relaciones económicas. Desde su punto de vista, incluso los movimientos del ciclo coyuntural podrían entenderse como prueba de la tendencia real al equilibrio, ya que la desviación de una situación de equilibrio caracterizada como norma conduce en último extremo a un nuevo equilibrio. Sea cual fuere su causa, las desviaciones quedan anuladas por la acción de los mecanismos equilibradores del propio sistema, de manera que resulta imposible disputar a la teoría del equilibrio la primacía entre las teorías económicas.

Algunos teóricos burgueses de la economía llegaban sn embargo a negar la existencia de los ciclos coyunturales. Por ejemplo, Irving Fisher no encontraba motivo alguno para hablar de un ciclo coyuntural, ya que el contenido de este fenómeno no sería otro que registrar una actividad económica por encima o por debajo de la media[28]. El supuesto de que esos procesos tuviesen una periodicidad determinada y que como tal permitieran formular predicciones económicas era insostenible mientras la economía estuviese determinada por relaciones de precios cambiantes. Para Fisher era más importante mostrar cómo evolucionarían los procesos económicos si no hubiera desviaciones cíclicas, para captar así el carácter de esas perturbaciones y si fuera posible, contrarrestarlas. Así se llegó finalmente a una

28 I. Fisher, «Our unstable dollar and the so-called business cycle», *Journal of the American Statistical Association*, 1925, Vol. 20, p. 192.

división del trabajo en la «ciencia económica» que reservaba a los teóricos «puros» el enfoque del equilibrio, dejando a los economistas más proclives a lo empírico el campo del análisis coyuntural.

Obviando el hecho de que no hay investigación empírica que no parta de un punto de vista determinado, es digno de mención, como pudo comprobar W. C. Mitchell a partir de su propia experiencia, que incluso el mismo material fáctico puede ser interpretado y utilizado por dos observadores de maneras completamente distintas[29]. Por consiguiente, todos los análisis estadísticos han de considerarse con escepticismo, exigencia esta que a menudo se olvida, ya que las cifras y las tablas elaboradas adquieren, por el mero hecho de su publicación, una autoridad que en realidad no merecen. Oskar Mongenstern ha llamado la atención respecto de las estadísticos referentes a amplitud, dependencias recíprocas y conexiones históricas de los ciclos coyunturales, que serían completamente inciertas, aunque esta debilidad no suele percibirse[30]. Los datos aceptados no están exentos de errores y las conclusiones que se deducen de ellos son dudosas.

A pesar de las insuficiencias confesadas de las técnicas estadísticas y de las interpretaciones contrapuestas de los datos, los resultados de este tipo de investigación señalaban la existencia de movimientos cíclicos en la economía capitalista. Pero esto no suponía otra cosa que

29 W. C. Mitchell, *Business Cycles: The Problem and its Setting*, Nueva York, NBER, 1927, p. 364.

30 O. Mongenstern, *On the Accuracy of Economic Observations*, Princeton, Princeton University Press, 1963, p. 60.

la confirmación de lo que era evidente desde un punto de vista cualitativo. Los años de crisis de 1815, 1825, 1836, 1847, 1857 y 1866 sugerían la existencia de un ciclo decenal, aun cuando no fue posible esclarecer por qué el ciclo industrial seguía ese ritmo en concreto. Las crisis posteriores y el reexamen de los datos referentes a las crisis del pasado sugirieron una regularidad menos pronunciada de las situaciones de crisis, así como diferencias en su manifestación en distintos países. Claro que también pudo observarse que el fenómeno de las crisis adquiría con el transcurso del tiempo un carácter cada vez más internacional y uniforme. Los análisis estadísticos más finos de series temporales pusieron de manifiesto, por una parte, movimientos cíclicos más reducidos en cada una de las dos fases del ciclo coyuntural y, por otra, las llamadas «ondas largas», que incluyen ciclos más cortos. De este modo se establecía un vínculo entre las oscilaciones del ciclo comercial y el contexto más a largo plazo en el contexto del cual aquel ocurriría, es decir, la «onda larga» o «tendencia secular» cuya duración fue estimada unas veces en 25 años, otras veces en 50.

Todos estos casos representaban diferentes usos e interpretaciones de estadísticas de series temporales, que a lo sumo podrían llevar a predicciones probabilísticas. Pero la teoría de las «ondas largas» ha conservado su influencia fascinadora hasta hoy mismo[31]. Esa teoría

31 Parvus fue uno de los primeros en llamar la atención acerca de los períodos más largos de auge y de depresión que se sobrepondrían al ciclo de 7 a 10 años (*Die handelskrisis und die gewerkschaften*, Munich, Druck von M. Ernst, 1901). El economista holandés J. van Gelderen habló de un ciclo de 60 años (De Nieuwe Vid, 1913). De

por una parte permite a la burguesía hacer desaparecer las irrefutables leyes marxianas de la crisis entre las brumas de un misterioso movimiento ondulatorio de la vida económica que comprendería toda una época; por otra parte permitiría a los críticos del orden burgués mantener el carácter inevitable de las crisis a pesar de su periodicidad cambiante. Pero los datos estadísticos no ofrecen por sí mismos explicación alguna de las «ondas largas» y faltan hipótesis para interpretarlas.

A partir de esta desconcertante exposición de diversos tipos de «ciclos» y «ondas» tampoco pueden hacerse predicciones de la coyuntura a corto plazo ni definir estrategias de política económica a largo plazo, ya que cada ciclo tendría su propio carácter y, por tanto, reclamaría acciones apropiadas al mismo y por ello no previsibles de antemano. Aunque una «política económica adecuada a los ciclos» en un sentido amplio sería en la práctica imposible por los intereses privados dominantes en la sociedad, por medio de los denominados barómetros económicos se intentó dar a conocer a la opinión pública la situación general de la coyuntura económica en cada momento, con la esperanza de influir así

Wolff se sumó a él y a Parvus («Prosperitätsund Depressions perioden», *Der Labendige Marxismus*, 1924). La teoría de las ondas largas con una duración de unos 50 años del economista ruso N. D. Kondratieff (*Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Vol. 56, H. 3, 1926) tuvo un eco especial y Ernest Mandel ha adaptado esta teoría para su descripción de la situación económica actual (*Der Spätkapitalismus*, 1972). J. B. Shuman y D. Rosenau han basado sus pronósticos económicos sobre el futuro desarrollo de Estados Unidos hasta el año 1984 en las «ondas largas» de Kondratieff (*The Kondratieff Wave*, Nueva York, World Publ., 1972).

favorablemente sobre la evolución de la economía. Pero los decepcionantes resultados de esos intentos no tardaron en hacer que se les pusiera fin y el ciclo coyuntural o de negocios pasó a ser así uno de los campos de investigación de la historia económica.

Mientras tanto y sin relación alguna con la investigación de los ciclos se habían elaborado diversas teorías de las crisis capitalistas cuyos planteamientos claramente buscaban la confirmación de opiniones previas. Algunas de estas teorías partían del hipotético equilibrio para mostrar cómo era violado en la realidad. La expansión de la economía podría llevarse a cabo sin crisis, a condición de que todos sus elementos evolucionaran sincrónicamente, lo que, desgraciadamente, nunca ocurre. El mecanismo de equilibrio no actuaría inmediatamente, sino cuando las desviaciones de las proporciones necesarias rebasan ciertos límites. La demanda de mercancías, por ejemplo, no puede conocerse de antemano para poder determinar la producción. Así la producción sobrepasa a la demanda y acababa dando lugar a ganancias decrecientes que, por su parte, hacen que se detenga el proceso de expansión y desencadenan la crisis. El sistema de crédito intensifica este proceso, ya que los tipos de interés bajos estimulan las nuevas inversiones que a su vez influyen sobre el conjunto de la economía llevando la coyuntura a un punto en el que la expansión del crédito choca con las reservas bancarias y se interrumpe al fin. La elevación de los tipos de interés resultante de esta situación conduce a una deflación que afecta al conjunto de la economía, dando paso a un período de depresión. La disminución de la demanda con respecto a la producción y a la acumulación de capital se deriva bien subjetivamente, de la utilidad marginal decreciente

de los bienes de consumo en aumento, bien objetivamente, de las limitaciones al consumo de la población trabajadora determinadas por el sistema salarial.

Frente a esta visión, los representantes de la «teoría pura» que no solo partían de la perspectiva de equilibrio sino que permanecían en ella, insistían en que las situaciones de crisis no pueden atribuirse al sistema, sino a la arbitraria desatención de sus funciones reguladoras o la abierta violación de las mismas. Sostenían la validez absoluta de la ley de Say, de forma que resultaría evidente que cuanto más se consume, menos se puede invertir, y cuanto más se invierte, menos se puede consumir. En cualquier caso, el equilibrio entre la producción y el consumo queda en pie. Claro que equivocarse es humano y pueden producirse inversiones erróneas cuyos efectos negativos simplemente serán suprimidos cuando los empresarios se adapten a la situación modificada del mercado. No tiene sentido romperse la cabeza para explicar las crisis, ya que el mecanismo del mercado y los precios está ahí para hacer que desaparezca cualquier distorsión de la economía que pueda presentarse. Que esas distorsiones tengan efectos drásticos en una u otra fase del ciclo tendría menos que ver con el sistema que con la psicología de las personas. Aunque haya variaciones objetivas en las que se objetiva el movimiento del ciclo, eso no responde al interrogante de

> ¿por qué el movimiento al principio va en una dirección y luego revierte? ¿Por qué lleva a una relación incorrecta entre consumo y producción que se prolonga y no a un cambio permanente, de una vez por todas, en esta relación? Si no se quiere ser arbitrario, este asunto solo puede aclararse mediante una teoría «psicológica»[32].

La evolución de los procesos económicos solo puede considerarse dinámica «si tanto a partir de la abstracción teórica más extrema como en la realidad no hay una tendencia al establecimiento de un equilibrio estable»[33]. Cuando al elaborar una teoría se incluye el supuesto de una tendencia al equilibrio, tanto si acepta como si niega una tendencia a la crisis, se impide ya de partida que la teoría abra paso a alguna comprensión real de la dinámica del sistema capitalista. Las teorías de ese tipo han de estar continuamente en contradicción con la realidad, a pesar de los esfuerzos por evitarlo. La imposibilidad de comprender el desarrollo capitalista con los métodos de las teorías clásicas y neoclásicas condujo incluso en el campo burgués a que se plantearan duras críticas a esas teorías y a que hubiera intentos de aproximación al desarrollo del capitalismo por otras vías.

Para Smith y Ricardo la economía política se basaba en último término en la naturaleza humana, en particular en su propensión al intercambio, que distingue al hombre de los animales. La división del trabajo, las clases, el mercado y la acumulación del capital eran vistos como fenómenos naturales que ni admitían modifica-

32 L. A. Hahn, *Wirtschaftswissenschaft des gesunden Menschenverstandes*, Frankfurt a. M., Knapp, 1954, p. 157. Mattick cita aquí a L. Albert Hahn, un economista y banquero alemán que emigró a Estados Unidos en 1940. En 1949 apareció en inglés *The Economics of Illusion*, libro en el que Hahn atacó frontalmente al sistema keynesiano (J.A.T.).

33 Adolf Löwe, «Der Gegenwärtige Stand der Konjunktur forschung in Deutschland», *Festgabe für Lujo Brentano*, Leipzig, Duncker & Humbolt, 1925, p. 359.

ciones ni las necesitaban. Además la economía política que se desarrolló en Inglaterra adoptó las ideas de los fisiócratas franceses, en concreto la hipótesis de que por su propia naturaleza la economía funciona perfectamente y todo ha de funcionar bien en ella a condición de que no se perturbe el orden natural de las cosas. El *leitmotif* de los fisiócratas, el *laissez faire*, se convirtió en elemento moral de la teoría clásica. Ese principio moral fue más adelante sustituido, ya por Ricardo y después de él cada vez más, por concepciones tomadas de Malthus y Darwin, pero el modo de producción capitalista siguió pasando por un orden natural.

El darvinismo social mostró a la burguesía en el punto culminante de su consciencia. Ya no había que hacerse ilusiones acerca del carácter de la sociedad. La lucha de clases quedaba diluida en la lucha general por la existencia a la que evidentemente está ligado todo progreso. Para el darvinismo social cada ser humano se enfrenta a todos los demás y esa lucha competitiva no tiene nada que ver con las relaciones sociales del capitalismo sino que expresa la operación de leyes de la naturaleza tal como se expresan en la economía. Si una persona tiene más éxito que otra, no se debe a que las posibilidades sociales sean diferentes, sino a las capacidades personales de cada uno. Igual que puede ignorarse la división de la población en clases sociales, también se pueden ignorar las relaciones de producción en las que esa separación se pone de manifiesto.

Como teoría de la evolución el darvinismo implica el cambio continuo, aun cuando sea un cambio extremadamente lento, de la naturaleza, la sociedad y el género humano. En consecuencia, la sociedad establecida debe ser considerada como una fase transitoria y entonces no

puede entenderse por medio de la teoría estática de la teoría económica «pura» u ortodoxa. Según Thorstein Veblen, fundador del institucionalismo estadounidense, la desatención a lo evolutivo y el tratamiento de las relaciones sociales de forma aislada de todo, excepto de los aspectos económicos abstractos, impedían a la teoría ortodoxa cualquier comprensión real de los procesos socioeconómicos[34]. Las transformaciones de la sociedad se manifiestan, según Veblen, en las modificaciones que experimentan sus instituciones, entendiendo por estas los hábitos o costumbres de pensamiento y sentimiento de origen cultural que determinan el modo en que los hombres satisfacen sus necesidades vitales. El desarrollo cultural es un proceso lento pero incesante que conduce por acumulación de pequeñas variaciones a la formación de hábitos nuevos y con ello a la aparición de relaciones sociales diferentes.

El resultado actual de este proceso general de desarrollo y de la acumulación de experiencia sería según Veblen un conjunto dado de costumbres e instituciones que se expresa en el proceso de producción mecanizada y en el espíritu empresarial capitalista. Estas dos instituciones aparecieron simultáneamente, pero son contradictorias. Mientras la finalidad de la primera es la producción de bienes, la de la segunda es hacer dinero. La industria constituye la base de la moderna civilización, pero la civilización no está bajo el control de la industria sino de los empresarios. De esto resultan todos los absurdos de la economía y sus crisis.

34 T. Veblen, *The Theory of Business Enterprise*, Nueva York, Scribner, 1904.

El motivo lucrativo, la búsqueda de ganancias que rige sobre la economía determina tanto su expansión como su declive. La ganancia, el beneficio empresarial, resulta de la diferencia entre los precios de costo y los precios de mercado obtenidos. Sin embargo, el valor de una empresa no se estima en función de la ganancia realmente obtenida, sino en función de la ganancia futura esperada. El valor nominal del capital difiere del valor real del capital, pero es el primero el que determina las posibilidades de obtención de crédito de la empresa. La competencia fuerza a incrementar la productividad y a expandir las empresas y los créditos que estas obtienen, todo lo cual afecta su futura rentabilidad. Mientras el crédito siga fluyendo y la prosperidad estimulada por la expansión se mantenga, el valor creciente del capital no presenta problemas. En caso contrario, la divergencia entre el valor hinchado del capital y la ganancia real obtenida conduce a un proceso de liquidación y a la depresión que resulta del mismo.

De este modo, la prosperidad engendra por sí misma su final. La productividad y la producción aumentan a la vez que crecen las ganancias junto con el crédito y la inflación de precios asociada, hasta que la ampliación del crédito topa con sus propios límites y con los límites que impone la contracción de las ganancias. Cuando el capital disponible para préstamos empieza a escasear y los tipos de interés aumentan se modifica la relación hasta entonces vigente entre las ganancias esperadas y la inversión realizada sobre esta base, lo que fuerza una desvalorización del capital. A esto se añaden las causas de descenso de la rentabilidad derivadas del mismo ámbito de la producción, como son las alzas salariales, el descenso de la intensidad del trabajo y la creciente desorganización de las empresas derivada de la excitación de la coyuntura alcista.

La descripción vebleniana de la evolución del ciclo coyuntural tiene similitudes con las de otros, pero hace depender el desarrollo del ciclo de la contradicción existente entre *producción* y *producción capitalista*. Veblen comprende que las deplorables situaciones sociales y las crisis caracterizadas por sobreproducción y subconsumo se deben a que el propósito de la producción es la expansión del capital, no la satisfacción de las necesidades humanas. A diferencia de otros, Veblen no ve las crisis como dominadas por relaciones de equilibrio que se han desviado transitoriamente de la norma, sino como el estado normal de la sociedad capitalista una vez que esta alcanza una cierta madurez. De las crisis cíclicas del periodo anterior se evolucionaría a la crisis crónica del capitalismo desarrollado que únicamente podría eliminarse por la transformación del sistema social.

Dado que no existe el estado estacionario ni equilibrio económico alguno, para Veblen no es de esperar que el sistema capitalista siga desarrollándose mediante o a pesar de las oscilaciones coyunturales. El sistema como tal carece de mecanismos de equilibrio. La periodicidad de las crisis en el período de ascenso de la sociedad basada en el dinero y el crédito no tendría nada que ver con el sistema como tal y se debería muy posiblemente a circunstancias externas. La divergencia entre el capitalismo y la rentabilidad podría todavía controlarse temporalmente mediante medidas externas al sistema, como la inflación monetaria o el incremento y abaratamiento de la producción de oro y la inflación de precios consiguiente. Las crisis que aparecían periódicamente eran en su mayoría crisis del comercio, bastante diferen-

tes de las crisis de la sociedad industrial. Con el desarrollo de la sociedad industrial resulta imposible incluso paliar temporalmente la contradicción entre las exigencias del capital y la ganancia realmente obtenible. De ahí el estado de crisis crónica.

Según Veblen, es parte esencial de la producción mecanizada y de la productividad constantemente en ascenso que la acompaña que en condiciones de competencia los precios caen y la ganancia de un capital dado disminuye. El mantenimiento de la ganancia exige que se incrementen los capitales individuales. Así aparece una especie de carrera entre la expansión del capital y la tendencia al descenso de las ganancias, que, por supuesto, solo esta última puede ganar. La divergencia entre los valores de capital y las ganancias obtenibles primero se intenta atenuar mediante los acuerdos oligopólicos y los monopolios. Pero de la monopolización resulta la competencia monopolista y la reanudación de la carrera. Los precios que permiten ganancias requieren entonces un crecimiento extraordinario del consumo improductivo, de la producción de bienes rápidamente desechables que, sin embargo, choca también con barreras infranqueables. El resultado final es una situación que se puede definir como de crisis crónica. Veblen consideraba que esa crisis insuperable ya estaba presente y que, por lo tanto, un colapso social general solo podría evitarse sustituyendo el sistema económico basado en el dinero y el crédito por otro sistema de producción.

Ese nuevo sistema sería el sistema productivo ya existente sin sus degeneraciones capitalistas. Para Veblen el nuevo sistema resultaba anticipado por la creciente separación entre propiedad y gestión de las empresas y la consciencia, cada vez más extendida, de que la producción industrial puede progresar sin la presencia de las instituciones capitalistas parasitarias. El creciente sabotaje del desarrollo industrial por la crisis de la producción guiada por el lucro (junto con la creciente importancia de la técnica y de la producción mecanizada) acabaría con las costumbres anticuadas y permitiría que aparecieran otras costumbres mejor adaptadas a la producción industrial y al desarrollo social ulterior.

Conforme se convirtió en parte de la economía burguesa, el institucionalismo, a pesar de sus actitudes críticas, perdió gran parte de la coherencia que es posible encontrar en las obras de Veblen. Como Adam Smith, Veblen no puede a la postre sino atribuir la ruina del capital a los efectos de la competencia, pero sus antipatías se dirigían a todos los aspectos de la civilización capitalista. La crítica de sus seguidores provenía, por el contrario, más del miedo ante la amenaza de hundimiento de la sociedad capitalista que del deseo de nuevas relaciones sociales. Las actuaciones irresponsables de las «hienas de la ganancia» conducían a la desintegración de la sociedad. «El institucionalismo es una llamada a la acción, es un SOS para salvar un mundo que se hunde»[35]. La intervención consciente en los procesos económicos era necesaria para encontrar una salida de la miseria social en ascenso. La teoría ortodoxa no ofrecía ningún remedio para los problemas y conflictos sociales cada vez más graves. En esas condiciones, el institucionalismo quería prestar su ayuda por medio de una serie de medidas de reforma encaminadas al estableci-

35 J. A. Estey, «Ortodox Economic Theory: A Defense», *Journal of Political Economy*, Vol. 44, No. 6, 1936, pp. 791-802.

miento de una economía planificada que superase las miserias del capitalismo competitivo.

Teniendo solamente esto para ofrecer, el institucionalismo no pudo lograr ninguna influencia de consideración o duradera y quedó en mera curiosidad susceptible de servir, bajo otras formas, como justificación ideológica de las intervenciones estatales en situaciones concretas de crisis. Tuvo alguna influencia en diversos movimientos reformistas y, en particular, en la Sociedad Fabiana inglesa[36]. La teoría ortodoxa, subdividida en numerosas especialidades subordinadas a la «teoría pura», controlaba el campo de la economía teórica, que proporcionaba a un número creciente de académicos la posibilidad de vivir relativamente bien. La función puramente ideológica de la economía teórica se manifestaba asimismo en la multiplicación de las escuelas de comercio o de administración de empresas, que se dedicaban a los aspectos prácticos de la vida empresarial, ámbito este que no era objeto de consideración de la economía teórica.

En tanto que ideología apologética del capitalismo, la economía teórica, la «ciencia económica», se iba viendo cada vez más en apuros a causa de su irrelevancia manifiesta, progresivamente obvia, para entender los procesos económicos reales. Como no podía aproximarse a esa realidad sin negarse a sí misma, emprendió la ruta opuesta de la abstracción creciente, para poder sustraerse a cualquier confrontación con los hechos. En adelante su ámbito no iba a limitarse a la economía, sino que se ampliaría hasta

36 Sidney Webb y Beatrice Webb, *The Decay of Capitalist Civilisation*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1923.

alcanzar un principio racional aparentemente rector de toda actividad humana, orientado a adaptar los medios escasos a fines alternativos, para alcanzar el resultado óptimo. La ciencia económica se centraría así en un aspecto particular de la conducta humana,

> el impuesto por la influencia de la escasez. De esto se concluye, por consiguiente, que todo tipo de conducta humana cae dentro del campo de las generalizaciones económicas en la medida en que presenta ese aspecto. No decimos que la producción de patatas es una actividad económica y que no lo es la producción de filosofía. Más bien decimos que tiene un aspecto económico cualquier tipo de actividad en la medida en que supone la renuncia de otras cosas. La Ciencia Económica no tiene más límites que esos[37].

Esta extensión general de la «ciencia económica» a cada ámbito de investigación como principio racional fue, al mismo tiempo, su reducción a un procedimiento puramente analítico que impedía que la tal ciencia dijera nada sobre el sistema económico mismo. Las crisis económicas caían también fuera del ámbito de la ciencia económica y fue necesaria una crisis que afectó durante años a todo el planeta para acabar con esa falta de interés.

37 L. C. Robbins, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, 2a. ed. revisada, Londres, MacMillan, 1945, p. 17. En castellano, *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica* (trad. de D. Cosío), México, DF, FCE, 1944, disponible en www.eumed.net/cursecon/textos/robbins/index.htm.

2

LA TEORÍA DE LA CRISIS DE MARX

Para Marx era evidente el estancamiento en cuanto a contenido de la economía burguesa. La economía política clásica, decía Marx,

> aparece en un período en que aún no se ha desarrollado la lucha de clases. Es su último gran representante, Ricardo, quien por fin toma conscientemente como eje de sus investigaciones la contradicción de los intereses de clase, el antagonismo entre el salario y la ganancia y entre la ganancia y la renta del suelo, aunque viendo de forma simplista en este antagonismo una ley natural de la sociedad. Al llegar aquí, la ciencia burguesa de la economía tropieza con una barrera para ella infranqueable (...) La burguesía había conquistado el poder político en Francia y en Inglaterra. A partir de este momento, la lucha de clases comienza a revestir, práctica y teóricamente, formas cada vez más acusadas y más amenazadoras. Había sonado la campana funeral de la ciencia económica burguesa. Ya no se trataba de saber si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto para el capital, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética[1].

1 *El Capital*, I, Postfacio de Marx a la 2ª ed. alemana, pp. xviii-xix.

En la base de la crítica de Marx a la economía política está su teoría del valor y de la plusvalía. Metodológicamente Marx se diferencia de la economía clásica por su comprensión de la dialéctica social, que

> en la inteligencia y explicación positiva de lo que existente abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque, crítica y revolucionaria por esencia, concibe todas las formas actuales en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero y sin dejarse intimidar por nada[2].

De todos modos, a estas observaciones Marx hacía preceder la idea de que

> el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilar en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Solo después de coronada esta labor puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción *a priori*[3].

De sus obras se deduce que con el paso del tiempo, Marx se fue liberando de su inicial interpretación filosófica del desarrollo social. Es, por tanto, inadecuado considerar el método dialéctico formal como básico para comprender la realidad del capitalismo y suponer, con Lenin, que comprender realmente *El Capital* de Marx presupone comprender la lógica hegeliana[4]. Si para Hegel la filosofía era el tiempo formulado en ideas, para Marx la dialéctica era la expresión del desarrollo capitalista real que en la filosofía burguesa no podía encontrar más que un reflejo ideológico falso. No es que para Marx la filosofía hegeliana conduzca al conocimiento correcto del mundo capitalista; por el contrario, la compresión del capitalismo lleva a captar el «núcleo racional» de la filosofía hegeliana.

2 *El Capital*, I, Postfacio..., p. xxiv.
3 *El Capital*, I, Postfacio..., p. xxiii.

Es cierto que la filosofía hegeliana constituyó el punto de partida de Marx, pero ese punto de partida pronto quedó sumergido por el conocimiento de las relaciones capitalistas concretas de las que había surgido a su vez la dialéctica idealista. «Lo que solo parecía ser objeto de la filosofía, se convirtió en objeto de la ciencia económica; lo que en el análisis abstracto no parecía sino una sombra, debía aceptarse como real en la existencia externa»[5]. La investigación económica e histórica de Marx descubría la naturaleza dialéctica del desarrollo capitalista independientemente, al menos en principio, de la lógica hegeliana. La dialéctica ha de buscarse entonces en *El Capital* justamente porque es la ley de movimiento de la sociedad capitalista, lo cual legitima al método dialéctico como método para descubrir la verdad.

4 V. I. Lenin, *Cuadernos filosóficos* (trad. Edit. Progreso), Madrid, Ayuso, 1974, p. 168.
5 Otto Morf, *Geschichte und Dialektik in der politischen Ökonomie*, Viena, Europa Verlag, 1970, p. 64.

El proceso de producción y de desarrollo relativamente estacionario del feudalismo europeo se transformó por la dinámica inherente a las relaciones de producción capitalistas, en particular la unidad de los opuestos capital y trabajo, en un proceso de cambio social de una rapidez e impetuosidad sin precedentes y con consecuencias de alcance universal. Fue este proceso el que dio lugar a las teorías de la economía política, la revolución burguesa y su reflejo en la filosofía. Cada desarrollo revolucionario de la sociedad se basa en la creación de nuevas fuerzas productivas que requieren para su pleno despliegue y aprovechamiento unas relaciones de producción acordes con ellas. A su vez, las nuevas relaciones de producción generan nuevas fuerzas productivas, las cuales, a su vez, influyen sobre las relaciones de producción existentes. Lo que obstaculiza el desarrollo de estas fuerzas productivas, estando ligado a las viejas relaciones de producción, lleva mediante el conflicto entre clases sociales a las luchas políticas que transforman un orden social en otro. El proceso de desarrollo es así al mismo tiempo un proceso revolucionario que comprende, más o menos, todos los aspectos de la existencia social.

El modo de producción capitalista surgió con el desarrollo de la producción de mercancías en condiciones de propiedad privada y presupone la separación histórica de los productores por una parte y de los medios de producción por otra. La fuerza de trabajo se convirtió en una mercancía que forma la base de la economía de mercado. La producción capitalista es producción social solo en el sentido de que las mercancías no se producen para el autoconsumo, sino para su venta a otros consumidores. Este tipo de producción social debe satisfacer simultáneamente las necesidades de ganancia de los propietarios privados de capital. La división social del trabajo es también una división de clases. La producción social sirve a la sociedad solo en la medida en que puede ser provechosa para los propietarios del capital, es una producción social subordinada a los intereses privados. Por consiguiente, no puede ser producción social directamente, sino solo indirectamente y esto, además, solo cuando accidentalmente las necesidades del capital coinciden con las necesidades sociales.

El carácter social, en este sentido, de la producción capitalista se manifiesta en las relaciones de vendedores y compradores en el mercado. La producción llevada a cabo por empresas individuales debe adaptarse a las necesidades sociales tal como estas son definidas en el capitalismo. En la teoría económica burguesa el mercado es el mecanismo regulador de la relación que necesariamente ha de haber entre producción y consumo y la distribución proporcional del trabajo social que está en la base de esta relación. Esta perspectiva ignora la duplicidad de la producción en tanto que producción de mercancías y producción de ganancia. Como esta última se lleva a cabo mediante la producción de mercancías, queda comprendida en sus leyes. Esto es verdad, dado el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, pero no por ello deja de ser cierto que la producción de mercancías presupone la de ganancias y que es esta la que determina las relaciones de mercado y de precios. La simetría de oferta y demanda de la teoría económica burguesa excluye así la posibilidad de entender las relaciones de mercado reales y la dinámica del capital que estas hacen posible y que se derivan del ánimo de lucro.

Los límites de la teoría económica burguesa constituyen el punto de partida de la crítica de Marx. Las

relaciones económicas son, para Marx, la forma que adoptan las relaciones de clase bajo las condiciones de producción capitalista. El valor y el precio son igualmente categorías fetichistas para las relaciones reales de clase que están en su base. La teoría clásica del valor habla de valor de uso y de valor de cambio, Marx se plantea el problema de por qué existe el concepto mismo de valor. Su respuesta es que bajo las relaciones de propiedad capitalistas el proceso social de trabajo necesariamente ha de aparecer representado como relaciones de valor. Dado que en este sistema las relaciones de explotación clasista adoptan la forma de relaciones de intercambio (ya que los capitalistas compran fuerza de trabajo de los trabajadores), la división de la producción social en trabajo y plustrabajo ha de adoptar el carácter de relaciones de valor y aparecer como valor y plusvalía. Si la sociedad no fuese una sociedad de clases basada en el intercambio, no habría relaciones de intercambio entre los propietarios de las condiciones de producción y los obreros desposeídos y las relaciones sociales de producción no serían relaciones de valor.

Los economistas clásicos veían en las mercancías valor de uso y valor de cambio, pero no extendían ese doble carácter a la mercancía fuerza de trabajo. De ahí surgían sus dificultades en lo que respecta a la teoría del valor. El doble carácter como valor de uso y valor de cambio de la mercancía fuerza de trabajo fue el descubrimiento de Marx que le permitió comprender las relaciones de cambio reales sin abandonar la ley del valor. El intercambio de las mercancías sobre la base de las equivalencia de tiempo de trabajo no puede arrojar ninguna ganancia. El carácter doble de la mercancía fuerza de trabajo es lo que hace posible la ganancia. De acuerdo

con la ley del valor el comprador de la fuerza de trabajo paga el valor de cambio de esta, pero a la vez adquiere el valor de uso de esa fuerza de trabajo, que es capaz de producir un valor mayor que su propio valor de cambio. Esto equivale a decir que las relaciones de precio en el mercado solo pueden entenderse en referencia a las relaciones de valor sobre las que, como relaciones de producción, están basadas. La esencia del sistema gobernado por relaciones de valor no es el intercambio de equivalentes de tiempo de trabajo, sino la apropiación capitalista de plustrabajo no pagado. Tampoco los propietarios de capital intercambian entre ellos equivalentes de tiempo de trabajo. La ley del valor gobierna la economía capitalista solo en el sentido de que las fuerzas productivas sociales que existen en un momento dado ponen límites a la producción de plusvalía; y que la distribución de la plusvalía ha de adaptarse más o menos a las necesidades sociales para asegurar la existencia y el desarrollo del capital. Las relaciones de intercambio no pueden por tanto aparecer como relaciones de valor determinadas por el tiempo de trabajo, sino como relaciones de precio que se desvían de las relaciones de valor sin que esto niegue la regulación de la producción capitalista por la ley del valor.

La divergencia entre valor y precio impedía la utilización consecuente de la teoría del valor-trabajo por parte de los economistas clásicos, interesados sobre todo en la distribución. Afirmar la ley del valor exige aducir pruebas de que las relaciones de precio reales, a pesar de no coincidir con las relaciones de valor, dependen de estas. La determinación del precio a partir del valor no es observable en los precios de mercado, pero sí puede deducirse de los cambiantes precios de pro-

ducción, formados a partir de un precio de costo y una tasa de ganancia media. En la consciencia del capitalista, igual que en la realidad del mercado, no hay sino precios de mercancías. Para el empresario individual incluso la producción se plantea simplemente como un problema de compras y ventas. Se adquieren medios de producción, materias primas y fuerza de trabajo para producir mercancías que alcanzan un precio en el mercado que deja una ganancia de la que se puede vivir y que conserva y multiplica el capital invertido. Desde esta perspectiva el valor y la plusvalía no tienen sentido alguno, solo lo tienen los costos de producción expresados en precios y las ganancias conseguidas. Pero esta indiferencia compartida por todos los capitalistas no cambia nada la realidad de que tanto el costo de producción como la ganancia no son sino expresiones de cantidades de tiempo de trabajo determinadas, contenidas en las mercancías.

El tiempo de trabajo total insumido por la sociedad da lugar a un producto social global que se reparte en salarios y ganancias. Cuanto mayor sea la participación de los capitalistas en el producto social global, menor será la de los trabajadores, y viceversa. En realidad, sin embargo, ni la producción social ni la fuerza de trabajo global ni el capital global son magnitudes inmediatamente observables cuyas relaciones recíprocas puedan investigarse. El capital total se subdivide en muchos capitales diferentes que no se enfrentan a toda la clase trabajadora sino a grupos mayores o menores de asalariados. De la misma forma que los capitales difieren entre sí, también son distintas sus posibilidades de extraer plusvalía. La estructura, o «composición orgánica», de cada capital individual, es decir, la relación entre medios de producción («capital constante») y fuerza de trabajo utilizada («capital variable») difiere de unas industrias a otras. Según la teoría laboral del valor solo produce plusvalía el trabajo vivo. Sin embargo, como la ganancia es plusvalía medida en relación al capital total (es decir, la suma de capital constante y capital variable), en las industrias con una proporción de capital constante mayor (mayor composición orgánica) la ganancia habría de ser inferior a la de las industrias en las que esa proporción es menor. Sin embargo, esto no es en general cierto porque la competencia de los capitalistas entre sí, con los consumidores y la de los consumidores entre ellos hace que la ganancia real se transforme en ganancia social media que se carga sobre los costos de producción y que permite que cada capital participar de acuerdo con su magnitud proporcionalmente en la plusvalía social total.

La tasa de ganancia media se explica por la competencia, pero la competencia no dice nada sobre la magnitud de la tasa de ganancia en cada caso. Esa magnitud depende de la masa de ganancia desconocida, pero definida, que rinde el capital social global. Y como el valor total de las mercancías determina la plusvalía total y esta a su vez determina la ganancia media y por tanto la tasa de ganancia general, la ley del valor, en definitiva, regula los precios de producción.

Mientras que la creación de plusvalía por el plustrabajo tiene lugar en la producción, la realización de la ganancia se lleva a cabo en el mercado. La producción es regulada por la acumulación de capital y la realización del valor en el mercado, pero es el valor de uso de las mercancías el que determina la relación entre oferta y demanda y los precios que se derivan de ella y que dis-

tribuyen la plusvalía social total entre los diversos capitales. El aumento en la demanda de una mercancía determinada hace que se incremente su producción y del mismo modo la disminución de la demanda hace que se reduzca. Así fluye el capital de las industrias relativamente estancadas a las industrias en rápido desarrollo. Los cambios en la composición orgánica de los capitales individuales que se derivan de este proceso no reducen su capacidad para rendir ganancia. Por el contrario, las ganancias son mayores que en los capitales menos productivos. De todos modos, la ganancia extraordinaria obtenida en un sector de la economía a un nivel de precios dado por encima de la ganancia media, se pierde cuando afluye capital desde las industrias de baja ganancia. La búsqueda incesante de la ganancia extraordinaria es así lo que caracteriza la competencia capitalista y hace que, por medio de esta, se alcance una composición orgánica del capital social global más alta.

Las variaciones de las relaciones de valor y con ellas de los precios han de entenderse a partir del proceso de acumulación. El cambio en el nivel general de precios resulta de la acumulación capitalista, que se expresa en una creciente productividad del trabajo. La caída general de precios se observa al comparar un período de producción anterior con uno posterior. Cada mercancía contiene en sí misma menos tiempo de trabajo que contenía anteriormente. La disminución del valor de las mercancías individuales es compensada de sobra por el aumento de la cantidad de mercancías, de modo que la rentabilidad del capital se mantiene a pesar del descenso de los precios. Así, la evolución de los precios depende de la productividad cambiante del trabajo y, con ello, de

la ley del valor. Para el análisis de la expansión capitalista no se requiere, por consiguiente, ninguna teoría particular de los precios, ya que la evolución de los precios está comprendida en el análisis del valor.

En las relaciones de precios mediadas por la competencia se borran las determinaciones de valor de las mercancías individuales y de la ganancia de empresas determinadas, así como también el reparto del producto social en salarios y ganancias. Pero sea cual fuere ese reparto, lo que en cualquier caso puede repartirse son cantidades de mercancías que requieren un determinado tiempo de trabajo que se divide ante todo en producción de valor y producción de plusvalía. La distribución real que se expresa en precios tiene como premisa esa primera división en valor. Aunque oculta por el mercado, esta base es tan real como el mundo observable de los precios y las mercancías. A la luz de este último las relaciones de valor aparecen como una abstracción simplificadora de los complejos procesos del mercado, mientras que desde el punto de vista de las relaciones de producción básicas el mundo de las mercancías se revela como una imagen múltiple de esas relaciones. Las relaciones de producción básicas pueden entenderse prescindiendo del mercado, pero el mercado no puede entenderse sin referencia a esas relaciones de producción. Por consiguiente, es en las relaciones de producción en donde ha de basarse cualquier análisis científico del capital y esas relaciones son las que hacen inteligibles las posibilidades y los límites de los procesos del mercado.

La teoría laboral del valor o teoría del valor-trabajo, según la cual el valor está basado en el tiempo de trabajo, es abstracta con respecto al mercado y concreta con respecto a las relaciones de producción. Es una

construcción intelectual solo en el sentido de que los valores no se relacionan directamente con los fenómenos observables en el mercado, de manera que las relaciones de valor ocultas tras los precios solo pueden entenderse por vía intelectiva. La teoría pura del mercado de la economía burguesa es también, naturalmente, una abstracción, porque obvia las relaciones capitalistas de producción. Se ciega de este modo toda perspectiva de comprensión de la totalidad real y también de los procesos de mercado mismos. El análisis del valor, por el contrario, permite el paso de lo abstracto a lo concreto, dado que puede demostrar la subordinación de las relaciones de mercado a las relaciones de producción de la sociedad moderna haciendo así inteligible la economía capitalista en su devenir y en su conjunto.

El doble carácter de la producción en tanto que producción de mercancías y producción de ganancia excluye que la producción se adapte a las verdaderas necesidades sociales o que haya un equilibrio de la oferta y la demanda en el sentido de una igualación de la producción y el consumo. Según Marx la demanda está esencialmente condicionada

> por la relación de las diferentes clases entre sí y por su posición económica respectiva, es decir, en primer lugar por la relación de la plusvalía total con respecto al total de los salarios; y en segundo lugar por la relación de las diversas partes en que se divide la plusvalía (ganancia, interés, renta de la tierra, impuestos) entre sí; con lo que se demuestra una vez más cómo no puede explicarse absolutamente nada a partir de la relación entre la oferta y la demanda antes de que se haya establecido la base sobre la que se mueve esa relación[6].

Sin embargo, esa base, las relaciones de producción, se halla en perpetuo cambio por el intento permanente de aumentar la explotación que es estimulado por la competencia capitalista. Todo ello se expresa en relaciones de mercado cambiantes, de forma que el mercado se encuentra en un desequilibrio permanente, aunque ese desequilibrio puede ser más o menos agudo, con lo que puede parecer a veces que existen tendencias al equilibrio. Pero las leyes de movimiento del capitalismo excluyen cualquier clase de equilibrio incluso cuando la producción de mercancías y la de ganancias van en tándem, porque ese mismo desarrollo lleva a que surja una contradicción inmanente a él y que solo es posible superar por un desarrollo ulterior.

El mercado y la producción, no haría falta decirlo, constituyen una unidad y solo pueden separarse conceptualmente. No obstante, las relaciones de mercado están determinadas por las relaciones de producción. El precio de la fuerza de trabajo en general no puede caer por debajo de su valor, es decir, de sus costos de reproducción. No puede tampoco alcanzar nunca el punto en el que eliminaría la plusvalía capitalista, ya que eso amenazaría al mismo sistema. Lo que tiene lugar en el mercado está condicionado siempre, en cuanto a efectos, por las relaciones de producción y el movimiento aparentemente autónomo del mercado se realiza dentro de los marcos prefijados por esas relaciones. Por mucho que en un momento determinado las relaciones de precios puedan desviarse de las relaciones de valor a ellas subyacentes, la suma total de los valores de las mercancías no

6 *El Capital*, III, cap. X, p. 185.

puede tener más valor que el tiempo de trabajo insumido en la producción de aquellas. La suma total de los precios de las mercancías puede estar por debajo del valor global, ya que la equivalencia de valor y precio solo se da en el supuesto de que las mercancías producidas se vendan en su totalidad. Dicho de otra forma, puede haber más valor y plusvalía de la que se expresa a través de los precios de las mercancías, por ejemplo, cuando no se le puede dar salida a una parte de la producción que pierde de esa forma su valor. Sea como fuere, los precios totales realizados son iguales al valor total realizado. De este modo se justifica un análisis de la dinámica del capitalismo basado exclusivamente en las relaciones de valor.

Mientras que en el primer tomo de *El Capital* Marx investiga los fenómenos «que ofrece el proceso de producción capitalista considerado de por sí», en el tercer tomo de lo que se trata es de «descubrir y exponer las formas concretas que brotan del proceso de movimiento del capital, considerado como un todo». Las manifestaciones del capital, tal como las desarrolló Marx, «van acercándose, pues, gradualmente a la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la sociedad a través de la acción mutua de los diversos capitales, a través de la competencia, y tal como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de la producción»[7]. Pero este procedimiento gradual no menoscaba el conocimiento de la dinámica del capital que se deriva del análisis del proceso de producción. Estas leyes siguen siendo esenciales también para el capital

7 *El Capital*, III, cap. 1, p. 45.

«considerado como un todo», a pesar de que en esta perspectiva experimenten diversas modificaciones de forma. Las abstracciones del primer tomo de *El Capital* no son un procedimiento puramente metodológico destinado a facilitar una aproximación al impenetrable mundo de las mercancías, sino una representación del fundamento en el que se basa ese mundo y que como tal ha de ser expuesto para determinar la dinámica del sistema, de la que se derivan las múltiples conformaciones del capital.

El valor de la fuerza de trabajo se limita a sus costos de reproducción, el tiempo de trabajo excedente es la plusvalía. La productividad creciente del trabajo aumenta su valor de uso con respecto a su valor de cambio e incrementa, de este modo, la masa del capital que resulta de la plusvalía. La formación de capital aparece así como desarrollo de la productividad del trabajo. La masa de capital en aumento determina las necesarias cantidades de plusvalía que se requieren para la ulterior utilización o valorización del capital. No obstante este proceso reduce a la vez la fuerza de trabajo utilizada por cada capital individual y disminuye consiguientemente la cantidad relativa de plusvalía. Por supuesto, con una acumulación rápida la fuerza de trabajo utilizada aumenta en términos absolutos y solo disminuye relativamente, con respecto al capital en aumento. Pero también ese retroceso relativo, en conexión con las exigencias crecientes de valorización del capital en aumento, ha de conducir con el tiempo al descenso de la tasa de acumulación. Resulta entonces que la acumulación de capital está limitada por relaciones de valor definidas. Si hay suficiente plusvalía para que se valorice el capital ya existente, se asegura su desarrollo ulterior.

Si la plusvalía es insuficiente, el desarrollo rápido del capital se detiene.

La producción capitalista de mercancías es en realidad producción de capital. La producción de artículos útiles no es más que un medio para incrementar el capital y este proceso no tiene límites subjetivos. Para que se cumplan las condiciones de producción capitalista, un capital que se lanza a la producción como suma de dinero invertida ha de salir de la circulación como capital incrementado. La producción es así exclusivamente producción de plusvalía y está determinada por esta. La plusvalía es tiempo de trabajo no pagado y por tanto la producción de capital depende de la masa de tiempo de trabajo apropiada. Es así inherente a la esencia del capital incrementar la masa de la fuerza de trabajo no pagada. En un estadio dado de desarrollo de la acumulación del capital y con un número dado de trabajadores, la plusvalía solo puede aumentarse prolongando el tiempo de trabajo que los trabajadores trabajan para los capitalistas y reduciendo el tiempo que les corresponde a ellos mismos. Ambas posibilidades topan con límites objetivos infranqueables, ya que la jornada laboral no puede prolongarse hasta las 24 horas y el salario de los trabajadores tampoco puede reducirse a cero. La acumulación de capital posible en esas condiciones, lo mismo que la acumulación de medios de producción, requiere fuerza de trabajo adicional e incrementa consiguientemente la masa de plusvalía. Pero para que la acumulación siga progresando ha de incrementarse la productividad del trabajo, para lo cual se desarrollan las técnicas de producción y se implementan métodos nuevos de organización empresarial. Ambas cosas dependen de la acumulación, pero la estimulan al mismo tiempo, transformando

así las relaciones de valor que constituyen la composición orgánica del capital.

Suponiendo una acumulación continua de capital –supuesto que concuerda perfectamente con lo que ocurre en realidad–, la productividad creciente del trabajo se manifiesta en una modificación de la composición orgánica del capital a favor de su componente constante. El capital variable también crece, por supuesto, pero se queda atrás en comparación con el crecimiento del capital materializado en medios de producción. A pesar del menor número de trabajadores en relación a los medios de producción en los que se materializa el capital, la plusvalía aumenta mientras la productividad creciente del trabajo hace disminuir en el grado necesario el tiempo de trabajo que exige la reproducción de los asalariados. Así, a pesar de una composición orgánica del capital cambiante, puede llevarse a cabo la valorización del capital y su ulterior acumulación.

Mientras que la tasa de plusvalía aumenta con la composición orgánica del capital, esta última ejerce una influencia contradictoria sobre la tasa de ganancia. La tasa de plusvalía solo tiene que ver con el capital variable, mientras que la tasa de ganancia relaciona la plusvalía con las dos partes del capital, constante y variable. Con un capital constante creciendo más rápidamente que el capital variable, una tasa de plusvalía dada ha de conducir a una tasa de ganancia descendente. Para que esto no ocurra, la tasa de plusvalía ha de aumentar, y si aumenta muy rápidamente, la tasa de ganancia puede incluso llegar a incrementarse. Como la tasa de plusvalía en general solo puede aumentar cuando se eleva la composición orgánica del capital que acompaña a la acumulación, el proceso de acumulación se presenta

como un proceso determinado por la tasa general de ganancia, de cuyo movimiento depende toda la dinámica del capital.

Suponiendo una acumulación de capital que mantiene su ritmo, hay que concluir que los movimientos contradictorios de la tasa de plusvalía y de la tasa de ganancia han de conducir en último término a una situación en la que no sea posible que continúe la acumulación. La tasa de plusvalía ha de incrementarse enormemente para que no caiga la tasa de ganancia, el capital variable continúa disminuyendo en relación con el capital constante y la fuerza de trabajo generadora de plusvalía disminuye en comparación con el capital a valorizar. Cada vez menos trabajadores han de generar una plusvalía cada vez mayor para producir la ganancia que exige el capital preexistente, si este ha de continuar expandiéndose. Ha de llegarse inevitablemente a un punto en el que la máxima plusvalía extraíble de un número de trabajadores reducido ya no es suficiente para seguir valorizando el capital acumulado.

Lo anterior es un razonamiento lógico que parte de un desarrollo capitalista hipotético, en el que la producción y la acumulación de capital tienen lugar en un sistema imaginario en el que el conjunto del capital se enfrenta al conjunto de los trabajadores. Se trata entonces de un mecanismo puro de producción de plusvalía y de la dinámica del proceso de acumulación. El propósito de Marx es demostrar la existencia de una tendencia inherente al desarrollo capitalista, que ejerce un papel dominante en su dinámica y que permite explicar el movimiento real del capital. Marx demuestra así que todas las dificultades del capital se derivan, en última instancia, de la naturaleza del mismo, de la producción de

plusvalía y del desarrollo de la productividad social del trabajo en el marco del modo de producción capitalista.

La ley del valor no puede observarse directamente en los procesos reales del mercado pero actúa por medio de estos procesos para imponer las necesidades de la producción capitalista. Del mismo modo, la tendencia al descenso de la tasa de ganancia (y así el efecto de la ley del valor que en el proceso de acumulación) tampoco es directamente perceptible sino como impulso a acumular que se manifiesta por medio de los fenómenos del mercado y cuyos resultados llevan al modo de producción capitalista a una contradicción cada vez mayor con las necesidades sociales reales. Según Marx,

> El *verdadero límite* de la producción capitalista *es el mismo capital*, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción solo es producción para el *capital* y no, a la inversa, los medios de producción simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la *sociedad* de productores. De aquí que los límites dentro de los cuales tiene que moverse la conservación y la valorización del valor-capital –que a su vez dependen de la expropiación y la depauperación de las grandes masas de los productores– choquen constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, al desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado –desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas– choca cons-

tantemente con el fin perseguido, que es un fin limitado: la valoración del capital existente. Por consiguiente, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, implica a la vez una contradicción constante entre esa misión histórica y las condiciones sociales de producción propias de este régimen[8].

Este análisis de la acumulación capitalista referido exclusivamente al proceso de producción revela la tendencia de la tasa de ganancia a disminuir y sugiere la existencia de límites históricos de este modo de producción, aunque no permita determinar el momento de su consumación. Pero dado que esa tendencia acompaña al sistema desde sus comienzos y es la que le da su dinámica, ha de manifestarse en todo momento en los procesos reales del mercado, aunque sea de forma modificada. No se revela como tal, sino en las medidas tomadas para contrarrestarla, en los procesos que Marx enumera como contratendencias o causas contrarrestantes[9] de la caída de la tasa de ganancia. Todas estas contratendencias –el aumento del grado de explotación del trabajo, la reducción del salario por debajo de su valor, el abaratamiento de los componentes del capital constante, la sobrepoblación relativa, el comercio exterior y el aumento del capital en acciones– son fenómenos reales cuya finalidad es mejorar la rentabilidad del capital, es decir, frenar o revertir la tendencia de la tasa de ganan-

8 *El Capital*, III, cap. XV, p. 248.
9 *El Capital*, III, cap. XIV.

cia a hacerse menor. En la medida en que estas contratendencias actúan haciendo posible la valorización del capital, la tendencia al descenso de la tasa de ganancia no se observa y *de hecho* no tiene efectos reales, a pesar de que sigue siendo la causa de las actividades del capital destinadas a contrarrestarla. Solo en las crisis que ocurren cada cierto tiempo la caída de la tasa de ganancia se manifiesta con todas sus características, ya que los fenómenos que la contrarrestan no son suficientes para garantizar la ulterior valorización del capital.

La teoría de la acumulación de Marx es así también una teoría de la crisis, ya que las crisis tienen su causa en una insuficiente valorización del capital, resultado de la irrupción de la tendencia descendente de la tasa de ganancia. Este tipo de crisis surge directamente de la acumulación de capital determinada por la ley del valor y solo puede ser superada mediante la renovación de la valorización, es decir, mediante el restablecimiento de una tasa de ganancia adecuada para que continúe la acumulación. En la base de la crisis hay una falta de plusvalía para valorizar el capital acumulado, lo que transforma la tendencia latente de la tasa de ganancia a caer en una escasez real de ganancia. La interrupción de la acumulación así determinada es lo que constituye la crisis, que Marx caracteriza como situación de sobreacumulación:

> Sobreproducción de capital no significa otra cosa que sobreproducción de medios de producción –medios de trabajo y de subsistencia– susceptibles de funcionar como capital, es decir, de ser empleados para explotar el trabajo hasta un cierto grado de explotación; hasta cierto grado, ya que si la tasa de explotación cae por debajo de cierto límite se producen perturbaciones y

> paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital. No constituye ninguna contradicción el que esta sobreproducción vaya acompañada de una sobrepoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos-mercancías, que extienden los mercados, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a masa como en cuanto a valor, y que hacen bajar la tasa de ganancia, han creado y crean constantemente una sobrepoblación relativa, una sobrepoblación de trabajadores que el capital sobrante no emplea por el bajo grado de explotación del trabajo en que tendría que emplearlos o, al menos, por la baja tasa de ganancia que se obtendría con ese grado de explotación[10].

Para ilustrar el concepto de sobreacumulación, Marx recurre a otro ejemplo, no demasiado afortunado:

> Para comprender lo que es esta sobreacumulación [...] basta enfocarla en términos absolutos. ¿Cuándo sería absoluta la superproducción del capital? Más exactamente, ¿cuándo sería absoluta una sobreproducción que no afecte a uno o dos sectores importantes de la producción, sino que sea absoluta en todos los ámbitos, es decir que englobe todos los sectores productivos?
> Existirá una sobreproducción absoluta de capital en el momento en que no sea posible usar capital adicional para la producción capitalista. Pero el fin de la producción capitalista es la producción de plusvalía, de ganancia. Por consiguiente, tan pronto como el capital haya llegado a aumentar en relación a la población trabajadora hasta tal punto que ya no sea posible extender el tiempo absoluto trabajado por esta población, ni el tiempo relativo de trabajo excedente (además, esto último no es factible cuando la demanda de trabajo es igualmente fuerte, es decir, cuando predominase la tendencia al aumento de los salarios), es decir, tan pronto como el capital acrecentado produzca la misma masa de plusvalía o incluso menos que antes de su aumento, se presenta una sobreproducción absoluta de capital; es decir cuando el capital incrementado $C + \Delta C$ no produzca mayor ganancia, o incluso produzca menos, que el capital C. En ambos casos habrá un desplome de la tasa general de ganancia, pero en este caso por una modificación de la composición del capital debida no al desarrollo de la capacidad productiva, sino al aumento del valor monetario del capital variable (a causa del aumento salarial) y al correspondiente descenso de la relación entre trabajo excedente y trabajo necesario[11].

10 *El Capital*, III, cap. XV, p. 253.

Dado que este ejemplo ha suscitado muchos malentendidos, hay que considerarlo brevemente. Partiendo de él, Martin Trottmann le reprocha a Henryk Grossmann que al explicar la sobreacumulación como una valorización insuficiente del capital identifica, como si fueran una sola, dos tendencias inherentes al proceso de acumulación que son diferentes y contrarias. En la visión de Marx, dice Trottman, en la sobreacumulación *absoluta* no hay sobreproducción como consecuencia

11 *El Capital*, III, cap. XV, pp. 249-250.

de una valorización insuficiente del capital, sino como efecto de la escasez de fuerza de trabajo, lo que empuja los salarios al alza y la plusvalía a la baja[12]. Se le escapa sin embargo a Trottmann el que en ambos casos el efecto final es el mismo, a saber, la interrupción de la acumulación como consecuencia de la falta de ganancia. Esto era lo que quería resaltar Marx, pero su ejemplo no es bueno porque contradice la experiencia y su teoría de la acumulación incluso.

Partiendo de la teoría de la plusvalía, el límite con que tropieza el modo de producción capitalista se manifiesta en que «con la ley de la caída de la tasa de ganancia el progreso de la capacidad productiva del trabajo implica que al llegar ese progreso a cierto punto se opone de la manera más drástica a sí mismo y ha de ser superado por medio de una crisis»[13]. Sin embargo, esto no agota las leyes de la crisis. La crisis se presenta, por una parte, como interrupción de una acumulación de capital que se desarrolla continuamente pero que, por la tendencia intrínseca a la caída de la rentabilidad, avanza hacia su propio colapso. Por otra parte, en la crisis también aparecen numerosas contradicciones adicionales surgidas en el mercado y que, por supuesto, dependen en última instancia y se agravan por las contradicciones sociales a

12 Véase Henryk Grossman, *Das Akkumulationsund Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, 1929. En castellano, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista: Una teoría de la crisis* (trad. J. Behrend, J. Tula, I. del Carril), México, Siglo XXI, 1979. La crítica de Martin Trottmann en *Zur Interpretation und Kritik der Zusammenbruchstheorie von Henryk Grossmann* (Zurich, Polygraphischer, 1956).

13 *El Capital*, III, cap. XV, p. 255.

las que dan fundamento las relaciones de producción. Estas crisis parciales no pueden entenderse aparte de la crisis general generada por la relación entre capital y trabajo, del mismo modo que no pueden entenderse los movimientos del mercado sin recurrir a las relaciones de producción.

Para comprender la tendencia a la crisis intrínseca al sistema es imprescindible considerar en todo momento al sistema en su dinámica que, por supuesto, excluye todo tipo de equilibrio. Los teóricos del equilibrio de la economía clásica confundían el proceso de circulación con el trueque directo y sostenían que el equilibrio depende de que toda compra implica una venta y toda venta una compra. Marx retrucaba que eso no es «particularmente consolador para los poseedores de mercancías que no logran vender ni, por consiguiente, comprar»[14]. Mientras que en el trueque un producto se intercambia por otro, cuando el valor de cambio asume una forma independiente al materializarse en el dinero, la venta de una mercancía concreta es un acto distinto a la compra de *otra* mercancía. Con esta separación aparece la posibilidad de la crisis. Esa posibilidad «que aparece ya en la *metamorfosis misma* de la mercancía, se demuestra una vez más y se desarrolla ulteriormente en el desdoblamiento de los procesos de producción y de circulación»[15]. Así, la demanda y la oferta pueden ir cada una por su parte. Según Marx, «no coinciden nunca, en realidad, o si coinciden es de un modo casual,

14 C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política* (trad. M. Kuznetsov), Moscú, Progreso, 1989, p. 64. En la ed. de Alberto Corazón, Madrid, 1970 (no consta trad.), p. 133.

15 C. Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. XVII, p. 467.

que, por tanto, debemos considerar científicamente = 0, como si tal coincidencia no existiese»[16]. De este modo, hay un elemento de crisis ya en la misma producción de mercancías, en la contradicción, inherente a la mercancía, entre valor de cambio y valor de uso. De todas formas, las contradicciones inherentes a la circulación de mercancías y de dinero en las que se fundamenta la posibilidad de crisis, han de explicarse a partir de las formas específicamente capitalistas de la circulación de mercancías y dinero. Las crisis reales «solo pueden deducirse a partir del movimiento real de la producción, la competencia y el crédito capitalistas»[17], es decir, a partir de las especificidades de estos en el capitalismo y no como podría deducirse de la mera existencia de mercancías y dinero en otro sistema social.

En el proceso de producción inmediato esos elementos de crisis no aparecen. Aunque estén contenidos en él, el proceso de producción es producción y apropiación de plusvalía. La posibilidad de crisis surge en el proceso de realización, en la circulación, que es implícita y explícitamente un proceso de reproducción, en concreto de reproducción de las relaciones de producción que generan plusvalía.

> Considerado en su aspecto más general, el proceso de circulación del capital, que es lo mismo que su reproducción, es la unidad de las fases de producción y de circulación y comprende ambas. Ahí reside el desarrollo ulterior de la posibilidad de crisis, o la forma más abstracta de la crisis. Los economistas que niegan la crisis afirman únicamente la unidad de estas dos fases. Si producción y circulación estuvieran separadas sin formar una unidad, no sería posible restablecer violentamente su unidad, no sería posible la crisis. Si constituyeran una unidad, si no hubiera separación entre ellas tampoco sería posible separarlas violentamente en una crisis. La crisis es el restablecimiento violento de la unidad entre instancias independizadas y la independización violenta de instancias que, en esencia, forman una unidad[18].

16 *El Capital*, III, cap. X, p. 193.
17 *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. 17, p. 472.

A pesar de que aparece primero en el proceso de circulación, la crisis no puede entenderse como un problema de circulación o de realización, ya que es una ruptura del proceso global de reproducción del capital, que comprende tanto la producción como la circulación. Y como el proceso de reproducción depende de la acumulación del capital y con ello de la masa de plusvalía que hace posible esa acumulación, lo que acontece en la esfera de la producción es el factor decisivo (aunque no el único) de que la posibilidad de crisis se convierta en realidad. La crisis típica del capitalismo no resulta ni del proceso de producción ni del proceso de circulación por separado, sino de las dificultades que surgen de la tendencia descendente de la rentabilidad que es inherente a la acumulación y que depende de la ley del valor.

Claro que, según Marx,

> Las condiciones directas de la explotación directa y las de realización no son idénticas. No solo no coinciden en

18 *Teorías sobre la plusvalía*, II, p. 472.

> lo que se refiere al tiempo y al espacio, sino tampoco en el plano conceptual. Unas están limitadas solamente por la fuerza productiva de la sociedad, las otras por la proporcionalidad de las diversas ramas de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad[19].

Estas contradicciones entrañan la posibilidad de crisis, que es la ruptura de la unidad de producción y circulación y la necesidad de su restablecimiento violento. Este restablecimiento no se refiere simplemente a la eliminación de la desproporcionalidad y a un fortalecimiento de la capacidad de consumo, sino a la adaptación de ambos a las necesidades de reproducción de la producción capitalista y con ello a las necesidades de valorización del capital. No es que la falta de proporcionalidad entre producción y consumo conduzca a la crisis, sino que la crisis como manifestación de la interrupción del proceso de acumulación se manifiesta en las desproporciones y en el debilitamiento de la capacidad de consumo. Esas desproporciones y esa capacidad insuficiente de consumo son características constantes del capitalismo. Tampoco se trata a este respecto de una cuestión de más o menos, de que en la crisis las desproporciones sean demasiado grandes y el consumo demasiado pequeño, ya que las desproporciones y la insuficiencia de la capacidad de consumo son condición y resultado de la acumulación en general y están determinadas por ella. Si no fuera así, las crisis podrían superarse por medio de la elevación de la capacidad de consumo y por la eliminación de las desproporciones, aunque esto

19 *El Capital*, III, cap. 15, p. 243.

tuviera que efectuarse por los medios violentos de la crisis, dentro del marco de las relaciones de mercado. Sin embargo, hasta ahora cada crisis que se ha presentado se ha superado sin que se eliminen las desproporciones de la producción y sin un aumento de la capacidad de consumo en relación a la producción. Por el contrario, las desproporciones se reproducen como parte de la producción capitalista y la capacidad de consumo social se reduce en comparación con el capital acumulado.

La crítica de Marx al capitalismo y a sus teorías económicas es siempre doble: por una parte, se sitúa en el terreno de esas teorías para mostrar sus inconsistencias a la luz de la teoría del valor; por otra parte, toma un punto de vista situado fuera de la sociedad capitalista para demostrar el carácter históricamente limitado de esta. En la crítica de Marx la producción no es simplemente producción de medios de producción y de bienes de consumo, ya que estos procesos tienen lugar en el marco de la producción de capital (o sea, valor en expansión) y están determinados y limitados por ella. La capacidad de consumo de la sociedad no es simplemente la capacidad de la gente para consumir, sino esa capacidad tal como resulta determinada y necesariamente limitada por la producción de plusvalía. La economía capitalista es así deficiente por sus propios estándares y está además jalonada de crisis. Pero también es un orden social que contemplado desde un punto de vista contrario a esa sociedad resulta antagónico a la satisfacción de las necesidades sociales reales y potenciales. En el marco de la producción capitalista la sobreproducción de capital genera crisis, pero desde el punto de vista de las necesidades sociales reales no existe tal sobreproducción, ya que realmente los medios de producción existentes no son sufi-

cientes para satisfacer las necesidades y las aspiraciones del género humano. La capacidad de consumo de la sociedad está limitada por la producción de plusvalía y solo en otras condiciones sociales podría ser satisfecha. Así, Marx rechaza el capitalismo no solo sobre la base de las deficiencias que le son propias, sino también desde el punto de vista de una sociedad distinta todavía inexistente que sea capaz, aboliendo la producción de valor, de adaptar la producción social a las necesidades sociales.

La crítica doble del capital que hizo Marx fue expuesta, por así decirlo, de una tirada, método de exposición que ha llevado a malentendidos y a interpretaciones de la acumulación que, o bien hacen derivar la crisis de las desproporciones (o anarquía) de la producción capitalista, o bien la hacen deberse al subconsumo. Según estas interpretaciones, el capital tendría que encontrarse permanentemente en estado de crisis, ya que la producción de plusvalía presupone el subconsumo, porque «la mayor parte de la población, la población trabajadora, solo puede ampliar su consumo dentro de límites muy estrechos» y además, con el desarrollo del capitalismo «decrece *relativamente* la demanda de trabajo, aunque aumente en términos *absolutos*»[20]. Si se dice que no hay sobreproducción general, sino desproporción entre las distintas ramas de la producción, «esto significa simplemente que dentro de la producción capitalista la proporcionalidad de las distintas ramas de la producción aparece como un proceso constante derivado de la desproporcionalidad, desde el momento en que la trabazón de la producción en su conjunto se impone aquí a los agentes de la

20 *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. XVII, p. 454.

producción como una ley ciega y no como una ley comprendida y, por tanto, dominada por su inteligencia colectiva, que someta a su control común el proceso de producción»[21]. Además, la proporcionalidad de la que habla Marx no se refiere a la relación entre producción y consumo, sino a la proporción que debe mantener la plusvalía con la acumulación para que se reproduzca el capital, es decir, a la falta creciente de proporción en las relaciones capitalistas, que aparece abiertamente en las crisis.

Claro que Marx escribió también que cuanto más «se desarrolla la capacidad productiva, más choca con la angosta base sobre la que descansan las condiciones del consumo», con lo que «se acentúa la contradicción entre las condiciones en que la plusvalía se produce y las condiciones en que se realiza»[22]. Así la «razón última de toda verdadera crisis es siempre la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad»[23]. De estas observaciones, sin embargo, no puede deducirse una teoría de la crisis basada en el subconsumo ni se puede inferir que la realización de la plusvalía constituya el problema fundamental del modo de producción capitalista. Es evidente que la crisis tiene su causa en la insuficiente producción de plusvalía y que ha de manifestarse como un problema de realización de la plusvalía y de falta de capacidad adquisitiva de la población trabajado-

21 *El Capital*, III, cap. XV, p. 254.
22 *El Capital*, III, cap. XV, pp. 243-244.
23 *El Capital*, III, cap. XXX, p. 455.

ra. Porque las mismas circunstancias conducentes a la caída de la tasa de ganancia y con ello al freno del proceso de acumulación en el ámbito del mercado aparecen como una demanda insuficiente y una dificultad creciente para convertir las mercancías en dinero, es decir, en una interrupción del circuito del capital que está en la base del proceso general de reproducción.

Cuando la acumulación capitalista estaba en sus comienzos y la composición orgánica del capital era menor, la contradicción entre producción y consumo era menos marcada que en un estadio de desarrollo superior en el que la situación es otra. En estadios anteriores la miseria general puede ser mucho peor que en un estadio de la acumulación superior, porque con una baja tasa de acumulación el capital constante se desarrolla más lentamente. Entonces la realización de la plusvalía por medio de la acumulación de capital presenta menos dificultades que en el caso de un estadio más elevado de la expansión capitalista. Esas dificultades se irán multiplicando junto con las dificultades para la acumulación que surgen de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia y que topan con la cada vez más amplia discrepancia entre la producción y la realización de la plusvalía, entre la producción y el consumo social.

Si bien esta discrepancia es la que posibilita el progreso capitalista, también pone trabas a su avance, dado que entra en conflicto con las necesidades de reproducción del capital en su conjunto, gobernadas por la ley del valor, cuando la producción de plusvalía deja de ser suficiente para mantener el ritmo de la acumulación. Solo con un aumento de la plusvalía generada por medio del restablecimiento de la tasa de ganancia requerida para la continuación de la acumulación puede el capital remontar la interrupción del proceso de reproducción. Pero esto no acaba con la discrepancia entre la producción y la realización de la plusvalía. Por el contrario, la superación de la crisis mediante la realización de plusvalía gracias a la ulterior acumulación también conduce a una ulterior divergencia entre la producción y la realización de la plusvalía, entre producción y consumo en cuanto a satisfacción de las verdaderas necesidades sociales.

El capital realiza la plusvalía por medio del consumo improductivo de los capitalistas y por medio de la acumulación capitalista. Mientras no se interponga ningún obstáculo en el camino de la acumulación no existe problema de realización. No lo hay porque la tendencia al descenso de la tasa de ganancia exige el aumento constante de la plusvalía generada y, con ello, el crecimiento de la tasa de acumulación. La producción capitalista sirve exclusivamente a la acumulación de capital. Pero este modo de producción dominado por la producción de valor no puede librarse del carácter de valor de uso de la producción social que, por supuesto, bajo condiciones capitalistas, significa que no puede librarse de las restricciones que le impone el valor de uso de la fuerza de trabajo.

La plusvalía no es otra cosa que plustrabajo, es decir, una parte del trabajo total, lo que establece limitaciones a la acumulación. Así, a pesar de la «acumulación por la acumulación» del capital, no puede haber una ilimitada «producción en aras de la producción misma». La tasa de plusvalía dada en cada momento y la fuerza de trabajo en cada caso susceptible de ser explotada lucrativamente determinan los límites de la acumulación que solo pueden superarse mediante una producción acrecentada de plusvalía. Así, toda sobreproducción tempo-

ral de capital ha de aparecer como una crisis que tiene que frenar esa sobreproducción. Esto solo puede ocurrir en la medida en que se restablezca la proporción entre la plusvalía y la producción de capital, con respecto a relaciones de valor que son al mismo tiempo relaciones de valor de uso, aunque a este último aspecto no se le preste atención consciente. Una parte mayor del trabajo social ha de corresponder al capital y una parte menor a los trabajadores.

Este proceso se consuma por medio de la crisis de dos maneras: por una parte, por la destrucción de capital, por otra, por el incremento de la plusvalía producida. Ambas cosas se llevan a cabo hasta que el resultado es una nueva relación entre la tasa de ganancia y la cantidad de plusvalía necesaria para la acumulación ulterior. Comienza entonces un nuevo ciclo de acumulación. Como todos los que le precedieron, acabará con una sobreproducción de capital, ya que la sed incontrolable de plusvalía lleva la acumulación nuevamente más allá de los límites en los que la valorización del capital es posible. En la crisis, gran parte «del capital nominal de la sociedad, es decir, del *valor de cambio* del capital existente, queda destruido para siempre, aunque precisamente esa destrucción, toda vez que no afecta al valor de uso, pueda fomentar la nueva reproducción»[24]. El valor de cambio disminuido reduce la composición orgánica del capital y eleva la tasa de ganancia aunque no cambie la tasa de plusvalía. Pero la crisis agudiza la competencia y estimula a los capitalistas a cortar costos de producción introduciendo cambios en la producción que elevan la tasa de plusvalía. Así la crisis crea otra vez las condiciones que permiten reanudar la acumulación aumentando las posibilidades de realización de plusvalía mediante la expansión capitalista.

24 *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. 17, p. 457.

Si no existiese esa posibilidad, la crisis no podría superarse de ninguna manera, ya que ni el mantenimiento de proporciones adecuadas entre las diferentes ramas de la producción ni la superación de la divergencia entre producción y consumo son, como ya vimos, posibilidades reales en el capitalismo. La proporcionalidad de las diferentes ramas de la producción se determina por la acumulación y se consigue por los mismos procesos que forman la tasa de ganancia media. Ahora bien, el límite cuantitativo

> de las partes alícuotas de trabajo social que ha de invertirse en las diversas ramas especiales de la producción no es sino una expresión más desarrollada de la ley del valor en general, si bien el tiempo de trabajo necesario adquiere aquí un sentido distinto. Solo se necesita tal o cual cantidad de él para satisfacer la necesidad social. Es el valor de uso lo que establece el límite. Bajo las condiciones dadas de producción, la sociedad solo puede invertir tanto o cuanto de su tiempo total de trabajo en esa clase concreta de productos[25].

Esa adaptación, que es en la práctica una adaptación a la demanda del mercado, se realiza espontáneamente, como la formación de la tasa media de ganancia, «como una tendencia predominante de un modo muy

25 *El Capital*, III, cap. XXXVII, p. 593.

complicado y aproximativo, como un promedio de oscilaciones que nunca cesan»[26], pero se lleva a cabo tanto en las fases de expansión como en las fases de depresión, por lo que no puede aducirse como explicación de la crisis. La divergencia entre producción y consumo, que supuestamente desembocaría en la crisis, no solo persiste durante la crisis, sino que se manifiesta en ella de forma más aguda, a pesar de lo cual la situación da lugar a un nuevo periodo de expansión. La crisis no puede entonces explicarse por el subconsumo.

Una teoría de la crisis ha de explicar tanto las fases expansivas, de prosperidad, como las de estancamiento o depresión. Pero la prosperidad sería inexplicable si el subconsumo y las desproporciones fueran las causas de la crisis. Si lo fueran, la primera crisis del capitalismo habría sido también la última. Pero el capitalismo se ha desarrollado pasando una y otra vez por crisis. Ello fue posible por el aumento de la productividad del trabajo, que hace aumentar la plusvalía al reducir el valor de la fuerza de trabajo, sin por ello impedir la mejora del nivel de vida de los asalariados, porque un valor de cambio menor puede corresponder a la vez a una cantidad mayor de bienes de consumo. La crisis, entonces, no ha de explicarse a partir de los fenómenos aparentes en el mercado, sino por las leyes de la producción de plusvalía que, aunque no directamente observables, constituyen la base de la economía capitalista. También en esto es válida la frase de Marx: «toda ciencia estaría de más si la formas de manifestarse las cosas y la esencia de estas coincidiesen directamente»[27].

26 *El Capital*, III, cap IX, p. 167.

La plusvalía se crea en la producción, pero la transformación de la plusvalía en ganancia depende «tanto del proceso de circulación como del proceso de producción»[28]. Este hecho que por una parte lleva a la crisis, es también lo que permite al capital salir de ella. La destrucción de capital que tiene lugar en las crisis, concentrada en un periodo relativamente corto, es lo que posibilita la transformación estructural del capital que constituye la premisa del proceso de acumulación ulterior. La destrucción de capital acompaña siempre a la formación de capital, pero en épocas de prosperidad es mucho más moderada. En la crisis se acelera enormemente la destrucción de capital y se acentúa la tendencia siempre presente, dada por la competencia, a la concentración y la centralización del capital. Estos procesos, junto con el aumento de la extracción de plusvalía y la desvalorización del capital, y a pesar del ulterior crecimiento de la composición orgánica del capital, llevan a la recuperación de la tasa de ganancia.

La crisis se manifiesta de inmediato como situación de exceso de producción y falta de capacidad adquisitiva. Como el capital «está formado por mercancías (...) la sobreproducción de capital implica también el exceso de producción de mercancías»[29]. No es difícil concluir, a partir de esta idea, que la causa última de la crisis es el subconsumo, sobre todo cuando, según Marx, la «producción de capital constante no se realiza nunca por la producción misma, sino simplemente porque hay

27 *El Capital*, III, cap. XLVIII, p. 757.
28 *El Capital*, III, cap. XLVIII, p. 766.
29 *El Capital*, III, cap. XV, p. 254.

más demanda de él en las distintas ramas de producción cuyos productos entran en el consumo individual»[30]. Pero si la capacidad adquisitiva social es insuficiente, no puede llevarse a cabo ni la conversión del dinero en mercancías ni la reconversión de la mercancía en dinero y esto limita tanto la producción de mercancías como la de capital constante.

Aunque esto es lo que ocurre en realidad, no explica de qué manera el capital sale de ese trance, dado que la crisis no puede sino empeorar ese estado de cosas. Si se tratase realmente de subconsumo, y aquí Marx parece afirmarlo, la crisis no podría superarse expandiendo la producción de mercancías y capital constante más allá del punto en el que el periodo de prosperidad anterior dio paso a la crisis. Pero la realidad es que la producción de mercancías y de medios de producción durante la prosperidad que ocurre tras cada crisis sobrepasa con mucho la máxima producción de mercancías y de medios de producción a la que se llegó en la prosperidad previa a la crisis. Si no, no habría habido desarrollo capitalista, no se habría producido la acumulación continua del capital.

Esa afirmación de Marx parece entonces o un juicio equivocado o una falta de claridad en la expresión. Esto parece tanto más cierto por el hecho de que las desproporciones entre sectores productivos y entre producción y consumo no son negadas por la economía burguesa. Claro que en la perspectiva de los economistas burgueses las tendencias del mercado al equilibrio conducen a la superación de tales irregularidades. Es decir,

30 *El Capital*, III, cap. XVIII, p. 297.

se postula que la contracción de la producción de mercancías y de capital restablece la proporcionalidad perdida entre producción y consumo. Pero si la producción de capital constante «no se realiza nunca por la producción misma, sino simplemente porque hay más demanda de él en las distintas ramas de producción cuyos productos entran en el consumo individual», entonces la teoría marxiana de la crisis no es fundamentalmente distinta de las teorías burguesas del ciclo, sería igual que estas una teoría del mercado en la que las relaciones entre oferta y demanda determinan la expansión o a la contracción de la producción.

En contra de esto, sin embargo, la teoría de Marx presenta la acumulación como el factor que agrava las contradicciones del capitalismo hasta el punto de ruptura. La teoría subconsumista que se atribuye a Marx –y que de hecho puede derivarse de algunas de sus afirmaciones– puede refutarse convincentemente a partir de su doble crítica del capital. Por una parte, la sobreproducción de mercancías y la falta de capacidad adquisitiva son características de la sobreacumulación de capital; por otra parte, desde un punto de vista opuesto al capitalismo, la acumulación del capital se basa en una divergencia cada vez más pronunciada entre producción y consumo, de manera que la causa última de las crisis está en la miseria y en el consumo limitado de las masas, aunque decir esto no sea otra cosa que afirmar que la crisis es consustancial al capitalismo.

Los capitalistas viven la crisis como falta de demanda para las mercancías, los trabajadores como falta de demanda de su fuerza de trabajo. La solución para ambos es el aumento de la demanda general mediante la recuperación de la acumulación de capital.

Pero, ¿cómo va a encontrar mercado una expansión ulterior de la producción si ya la producción actual excede la demanda? La respuesta es que el capitalismo no produce lo adecuado a la demanda de consumo, sino más, hasta el límite dado por la creación de plusvalía, límite que no puede conocerse en el momento de la producción y del que solo el mercado da cuenta. Cada crisis no puede entenderse entonces sino a partir del periodo previo de expansión, que no depende de la capacidad de consumo de la sociedad sino de las necesidades de acumulación de los capitales individuales que resultan de la competencia entre los capitales, los cuales no crecen produciendo para el mercado *existente*, sino para el mercado *esperado*. Todo esto depende del desarrollo social general y de la eliminación de los capitales menos competitivos, que dejan a los capitales más competitivos un mercado de mayores dimensiones y la posibilidad de acumular.

La producción siempre precede al consumo, pero en el capitalismo la producción avanza a ciegas para ganar la máxima participación posible en un mercado dado y, además, para incrementar esa participación si es posible y evitar siempre que disminuya y se pierda cuota de mercado. La premisa para ello es el rápido aumento de la productividad, o sea, la disminución de los costos y con ello la acumulación de capital en forma de medios de producción con el consiguiente cambio de la composición orgánica del capital. La competencia general hace así que el capital constante crezca más rápido que el variable y esto se aplica a los capitales individuales y al capital social en conjunto. Es este mismo proceso el que posibilita la realización de la plusvalía a través de la acumulación, aunque pueda

implicar restricciones del consumo. La plusvalía se transforma en capital nuevo que, a su vez, produce capital. Este proceso, siendo como es absurdo, no es sino el resultado de un modo de producción orientado exclusivamente a la producción de plusvalía. Sin embargo, todo lo bueno se acaba y el proceso encuentra su Némesis en la tendencia al descenso de la tasa de ganancia. En un punto determinado cesa la realización de la plusvalía a través de la acumulación, porque el proceso de acumulación deja de proporcionar la plusvalía necesaria. Es entonces cuando se pone de manifiesto que sin la realización de la plusvalía a través de la acumulación hay una parte de la plusvalía que no puede realizarse, que la demanda basada en el consumo no es suficiente para transformar en ganancia la plusvalía contenida en las mercancías.

Considerando el proceso de acumulación, Marx se preguntaba por qué a pesar del enorme desarrollo de las fuerzas productivas la tasa de ganancia no cae más rápidamente de lo que lo hace. Su respuesta hacía referencia a las causas que contrarrestan la tendencia de la tasa de ganancia a caer[31]. También podríamos preguntarnos, en vez de por qué surgen las crisis, cómo ha sido posible que el capital haya continuado el proceso de acumulación a través de todas ellas. La crisis puede explicarse más fácilmente que la expansión, ya que las manifestaciones de sobreproducción que aparecen en el mercado son evidentes para cualquiera. Solo hace falta una mirada para notar que el consumo no puede absorber todo lo que se produce. Pero lo que no es ni mucho menos evi-

31 *El Capital*, III, cap. XIV, p. 232.

dente es cómo el capital puede pasar, a pesar de sus contradicciones internas, por largos períodos de expansión en los que la demanda a menudo excede a la oferta. Esto se hace comprensible por el hecho históricamente demostrado de que el mercado que se forma por medio de la acumulación no es otra cosa que el desarrollo de la sociedad capitalista misma.

Este desarrollo comprende no solo la acumulación del capital existente, sino también la creación de capital nuevo que lleva las relaciones de producción capitalistas a ámbitos cada vez mayores. La explotación de una población trabajadora cada vez más numerosa precisa medios de producción adicionales que hay que producir antes de que sea posible su utilización productiva. Una parte de la plusvalía que se transforma en capital entra directamente en la acumulación por medio de una circulación continua entre capital constante y capital constante. Mientras que ciertas fracciones del capital constante pasan a producir mercancías, otras sustraen mercancías a la circulación sin producir simultáneamente otras mercancías. Este proceso ininterrumpido y su aceleración permiten que la cantidad de mercancías que va multiplicándose encuentre mercados, ya que estos se amplían continuamente como consecuencia del proceso de acumulación.

La aceleración de la acumulación por las reinversiones constantes hace que la creciente producción de bienes finales (que van al consumo) encuentre salida en la circulación general. En esas condiciones en las que unos capitales ponen en movimiento a otros, los capitalistas pueden consumir más y también los trabajadores plenamente ocupados pueden aumentar su gasto. Sin embargo, la acumulación de capital no resulta estimulada por ese incremento de la cantidad de mercancías, más bien resulta obstaculizada por ella y la coyuntura expansiva que se deriva de esa situación ya lleva en sí el germen de la crisis. La producción se desplaza hacia las industrias de bienes de consumo, perjudicando de este modo la rentabilidad del capital total. Esto acentúa el descenso de la tasa media de ganancia, lo que conduce al agotamiento de la expansión y, finalmente, a la crisis.

Sin embargo, lo que esto pone de manifiesto no es simplemente un consumo desproporcionado (demasiado grande) en relación con las necesidades de acumulación, sino una escasez de plusvalía que resulta de la acumulación misma y que demanda una restricción del consumo para que se pueda mantener el ritmo de acumulación. Cuando la plusvalía generada en la producción es suficiente para acelerar ulteriormente la acumulación, el incremento del consumo no es un obstáculo para que prosiga la acumulación y puede ir a la par con ella. Pero el que se reduzca la tasa de acumulación muestra que las cambiantes relaciones de valor, que implican un descenso de la tasa de ganancia, no permiten ya que se mantenga el nivel de consumo previamente alcanzado. La composición orgánica del capital llega a un nivel en el que la plusvalía producida no es suficiente ya para que tanto la acumulación como el consumo sigan creciendo a la vez. En el mercado, el descenso de la tasa de acumulación significa la reducción de las inversiones nuevas y los efectos consiguientes sobre la producción en conjunto. El mismo proceso que desencadenó la expansión cambia ahora su curso extendiéndose más o menos a todos los sectores de la producción.

La relación entre producción y consumo no se altera en las fases expansivas del capitalismo, aunque la

producción de artículos de consumo queda por detrás de la de medios de producción. Por una parte, la productividad creciente del trabajo permite la reducción de los costos de los bienes de subsistencia, por otra parte la rápida industrialización hace que se multipliquen continuamente los bienes manufacturados que entran en el consumo, mejorando así el nivel de vida general. A pesar de que la acumulación requiere un aumento constante de los medios de producción, la simultánea introducción de valores de uso nuevos hace que los mercados de mercancías experimenten una ampliación continua. La producción de plusvalía permite que se desarrolle una infraestructura que implica masas humanas de dimensiones crecientes en el proceso global de circulación del capital. El mercado mundial fue una condición previa de la producción capitalista, pero la acumulación conduce a una capitalización cada vez más acelerada de la producción mundial, lo que no está en contradicción con la concentración del capital en unos pocos países cuya producción está integrada con la producción mundial. La acumulación de capital no es solo la prosaica producción de ganancia sino la conquista del mundo por el capital, una empresa cuyas exigencias son tan grandes que cualquier masa de ganancia, no importa lo grande que sea, siempre resulta insuficiente.

El capital siempre quiere más ganancia, tanto en las fases de depresión como en las de prosperidad. Todo capital ha de acumular continuamente para no ser desplazado en la competencia y la acumulación depende del suministro de capital procedente bien de las propias ganancias o de la ganancia de otros capitalistas. El mercado crece junto con las empresas que lo abastecen y así el crecimiento del mercado ha de ser también el de cada

empresa que no quiere ser eliminada por la competencia. Todavía no ha habido ninguna empresa que se haya ahogado en sus propias ganancias y el capital «en general» jamás se ha quejado de un exceso de plusvalía. El que de un período expansivo surja la depresión no puede significar desde el punto de vista del capital sino que la ganancia es insuficiente, que la ampliación de la producción no se justifica desde el punto de vista de la rentabilidad. Claro que para los capitalistas esta situación aparece simplemente como un fenómeno de mercado, ya que no son conscientes de que su ganancia individual está determinada por la plusvalía social. Aunque lo fueran, de nada les serviría, ya que la única respuesta con la que cuentan es seguir intentando asegurar o restablecer las ganancias de su empresa por los medios que estén a su alcance.

La prosperidad capitalista depende de la aceleración continua de la acumulación y esta a su vez de la expansión de la masa de plusvalía. La expansión del capital no puede detenerse sin desencadenar la crisis. Toda situación de equilibrio, es decir, toda situación en la que la producción no sobrepase al consumo es una situación de crisis o de estancamiento que tiene que superarse mediante el incremento de la plusvalía para que el sistema no se venga abajo. Del mismo modo que la tendencia al descenso de la tasa de ganancia está latente incluso cuando la tasa de ganancia está realmente en aumento, la crisis está implícita, aunque sea invisible, en cualquier fase de prosperidad. Pero igual que las demás desproporciones del sistema, también la desproporción entre plusvalía y acumulación solo puede modificarse según las necesidades de la acumulación, mediante procesos anárquicos en el mercado, a través de

la violencia de la crisis. De lo que se trata no es de que se restablezca un equilibrio perdido entre producción y consumo, sino de que vuelva a establecerse *la* desproporción cuyo contenido es que la plusvalía sea «proporcional» a la acumulación.

Si, como dice Marx, la crisis real ha de explicarse a partir de las esferas de la producción, la competencia y el crédito capitalistas, habrá que explicarla a partir del proceso de acumulación del capital, que es lo que da significado real a la producción. La producción resulta estimulada por medio de la competencia y del crédito, pero ambos inducen también un mayor riesgo de crisis, ya que imponen la necesidad de un volumen de plusvalía que puede exceder en mucho el que se requeriría simplemente por la tendencia de la tasa de ganancia a caer a pesar del aumento de la productividad del trabajo. Si al alcanzarse ese estadio de sobreacumulación la plusvalía no puede seguir creciendo, sobrevendrá la situación que en el análisis abstracto de Marx se plantea solamente en términos referentes al proceso de producción y que lleva al desplome del sistema. Dado que este es un proceso de reproducción de un capital social integrado por muchos capitales individuales, la plusvalía se acumula a partir de ese momento solo parcialmente, el proceso de acumulación se hace más lento y se estimula una transformación estructural que ajusta la acumulación ulterior a la plusvalía existente a costa de la desaparición de muchos capitales individuales y mediante el aumento de las tasas de explotación. En este sentido, la sobreproducción de capital solo es temporal, aun cuando la tendencia a la sobreacumulación sea permanente.

La prosperidad capitalista depende así, por una parte, de la aceleración de la acumulación; pero, por otra

parte, esa aceleración conduce a la crisis de sobreacumulación. Es por eso que el desarrollo del capitalismo se presenta como un proceso jalonado por crisis e inseparable de ellas, ya que es mediante las crisis como se imponen violentamente las condiciones necesarias para la reproducción del modo de producción capitalista. Que las crisis son una realidad no requiere demostración, ya que se experimentan directamente. La única cuestión es si surgen del sistema mismo, siendo de este modo inevitables, o si dependen de causas exógenas al sistema, de forma que puedan ser consideradas fenómenos accidentales, imperfecciones del sistema susceptibles de ser eliminadas. Para Marx una acumulación sin crisis era inimaginable. Por una parte, las crisis pueden verse como fenómeno social que suprime los obstáculos que la misma acumulación del capital crea; por otra parte, son también el síntoma más claro del final ineludible de la sociedad capitalista.

Según Marx, las crisis del mercado mundial, «deben concebirse como la concatenación real y la compensación por la fuerza de todas las contradicciones de la economía burguesa»[32]. Incluso los aspectos de la crisis que no pueden derivarse directamente de las relaciones de producción capitalistas adquieren como efecto de tales relaciones un carácter especial, específico del capitalismo. Como las crisis del mercado mundial afectan a todos los países, aunque con intensidad desigual, y la causa última de esas crisis –la escasez de plusvalía– aparece en el mercado trasfigurada como exceso de mercancías invendibles, las condiciones que llevan a la crisis

32 *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. XVII, p. 469.

o que posibilitan su superación son tan complejas que no es posible investigarlas empíricamente. El momento en que la crisis se manifestará, su amplitud y su duración no pueden predecirse. Lo único que puede esperarse con certeza es que la crisis misma tendrá lugar. A pesar de esto, Marx intentó poner en relación la periodicidad de la crisis con la reproducción del capital o, más exactamente, con la sustitución del capital fijo. Como la acumulación de capital implica principalmente el incremento de los medios de producción, la sustitución y la multiplicación del capital fijo debía ser, al menos, un elemento codeterminante de la periodicidad de las crisis.

El valor invertido en capital fijo se transfiere a lo largo del tiempo a las mercancías producidas y luego se transforma por medio de estas en dinero. La reconversión del dinero en capital fijo (la sustitución de medios de producción desgastados por el uso) depende de la duración de este que, a su vez, está determinada por las particularidades de las diferentes ramas de la producción. La sustitución del capital fijo es al mismo tiempo, por el desarrollo de la técnica, su mejora, lo que fuerza a los capitalistas, si quieren seguir siendo competitivos, a renovar su capital fijo antes de que deje de ser utilizable por desgaste. Esta «depreciación moral» del capital fijo, así como el esfuerzo más o menos general por participar en el desarrollo técnico estimulan el interés capitalista en acortar el período de rotación del capital fijo. Cuanto más corto sea este tanto más prontamente podrán participar las nuevas inversiones en la productividad acrecentada por la transformación de los medios de producción y tanto menores serán los costos de la «devaluación moral» que precede al final físico del capital. Como en su tiempo la duración del capital fijo era por término

medio diez años, Marx se preguntó si habría alguna relación entre este periodo y la periodicidad decenal del ciclo de crisis.

Claro que el período de vida del capital fijo puede alargarse o reducirse. No se trata, según Marx, de que su duración sea un número determinado de años. Lo que para Marx era evidente es que

> este ciclo de rotaciones encadenadas que abarca una serie de años y que el capital se halla obligado a recorrer por sus elementos fijos, sienta las bases materiales para el ciclo de crisis periódicas, en que los negocios recorren fases sucesivas de depresión, animación media, exaltación y crisis. Los periodos en los que se invierte capital son, en realidad, muy distintos y dispares. Sin embargo, la crisis constituye siempre el punto de partida de una nueva gran inversión. Y también, por tanto –desde el punto de vista de la sociedad en conjunto– brinda siempre, más o menos, una nueva base material para la siguiente rotación del ciclo[33].

Esta vaga hipótesis no fue desarrollada por Marx. Aunque la crisis produce una concentración de inversiones simultáneas y constituye, por tanto, una especie de «base material para la siguiente rotación del ciclo», eso es a la postre lo mismo que decir que la crisis «constituye siempre el punto de partida de una nueva gran inversión», sin que ello explique ni la crisis, ni su periodici-

33 *El Capital*, II, cap. IX, p. 165. Según el prólogo de Engels al tomo II de *El Capital*, Marx habría escrito el manuscrito del que procede lo que Engels incluyó en el capítulo IX del tomo II hacia 1870 (J. A. T.).

dad. Y aunque es cierto que en el período intermedio el capital que se convierte en mercancías se acumula en forma de dinero[34], eso no significa que deba permanecer en esa forma hasta que el capital fijo finalmente se renueve. Como las duraciones de los diversos elementos del capital fijo son diferentes y estos elementos se renuevan dependiendo de cuándo comenzaron a usarse, el proceso de rotación del capital fijo se realiza durante todo el período de expansión junto con las nuevas inversiones en las que se materializa la acumulación. Todo este proceso revierte en la crisis, cuando el capital ni se renueva ni se reinvierte. Solo cuando la crisis se prolonga se hacen inversiones adicionales para incrementar la productividad del trabajo. De esos intentos se deriva la nueva fase expansiva que se basa no solo en la renovación del capital fijo, sino en una acumulación ulterior de capital.

El período de rotación del capital fijo puede contribuir en alguna medida a determinar el proceso de reproducción global del capital, pero esto no basta para explicar una periodicidad determinada de las crisis. Dado que la crisis es, según Marx, el nodo donde se da «la concatenación real y la compensación por la fuerza» de todas las contradicciones de la economía burguesa –contradicciones cuya contribución específica a cada crisis es imposible determinar–, la periodicidad con la que vuelve a presentarse el fenómeno no puede explicarse tampoco a partir de un fenómeno particular del pro-

34 Esto es una referencia al fondo de amortización que casi todas las empresas crean para estar en disposición de adquirir nueva maquinaria cuando la que está en uso queda obsoleta (J.A.T.).

ceso general. Del ciclo decenal de crisis que Marx observó no puede deducirse otra cosa que las dificultades inherentes al proceso de desarrollo en aquella época no podían sostener la prosperidad capitalista por más de diez años y no que el capital esté condenado a un ciclo decenal de prosperidad y crisis.

Friedrich Engels escribió más tarde que

> la forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de depresión sin solución alguna. Aunque tal vez se trate simplemente de una mayor duración del ciclo. En la infancia del comercio mundial, de 1815 a 1847, pueden observarse poco más o menos ciclos de cinco años; de 1847 a 1867, los ciclos son, resueltamente, de diez años; ¿estaremos tal vez en la fase preparatoria de un nuevo *crack* mundial de una vehemencia inaudita? Hay algunos indicios de ello. Desde la última crisis general de 1867, se han producido grandes cambios. El gigantesco desarrollo de los medios de comunicación –navegación transoceánica de vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, canal de Suez– ha creado por primera vez un verdadero mercado mundial. Inglaterra, país que antes monopolizaba la industria, tiene hoy a su lado una serie de países industriales competidores; en todos los continentes se han abierto zonas infinitamente más extensas y variadas a la inversión del capital europeo sobrante, lo que le permite distribuirse mucho más y hacer frente con más facilidad a la superespeculación local. Todo esto contribuye a eliminar o amortiguar fuertemente la mayoría de los anti-

> guos focos de crisis y las ocasiones de crisis. Al mismo tiempo, la competencia del mercado interior cede ante los carteles y los *trusts* y en el mercado exterior se ve limitada por los aranceles protectores de que se rodean todos los grandes países con excepción de Inglaterra. Pero, a su vez, estos aranceles protectores no son otra cosa que los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá la hegemonía en el mercado mundial. Así, cada uno de los factores que tienden a evitar la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta[35].

Lo que esto viene a decir es que la periodicidad de las crisis también tiene su historia y depende de las circunstancias históricas. La causa última de todas las crisis es el capitalismo, pero el cambio continuo a que está sometido el mercado mundial y la estructura cambiante del capital hace que cada crisis particular se distinga de las anteriores. En estas condiciones es imposible determinar a priori ni la aparición de la crisis ni su duración ni su intensidad y esto es tanto más cierto en la medida que los síntomas de las crisis son posteriores a la crisis misma y no hacen más que ponerla de manifiesto. Por otra parte, la crisis no se puede reducir a fenómenos «puramente económicos», aunque tenga causas «puramente económicas», a saber, las relaciones sociales de producción revestidas de formas económicas. La lucha competitiva internacional –en la que se emplean también medios políticos y militares– influye sobre el desarrollo económico y este, por su parte, configura las diversas formas de la competencia. Así cada crisis solo puede ser entendida en el contexto más amplio de desarrollo social global.

35 Nota de F. Engels en *El Capital*, III, cap. XXX, pp. 459-460.

3

LOS EPÍGONOS

Las crisis del siglo XIX tenían particularidades relacionadas tanto con el estadio del desarrollo capitalista como con los acontecimientos políticos de la época. Así, la crisis de 1816 estuvo sin duda estrechamente relacionada con los largos años de guerra que precedieron la caída de Napoleón[1]. El capital inglés específicamente, a pesar de la mecanización creciente del trabajo, había crecido en relación con sus necesidades de valorización demasiado rápidamente para que la crisis pudiera eludirse por la vía de una ulterior expansión. El estancamiento de la vida económica que se impuso aparecía como una sobreproducción imposible de superar por la vía del comercio exterior a causa del empobrecimiento de la Europa continental. El resultado fue una violenta caída de los precios que afectó sobre todo a la agricultura y a la industria textil y condujo a la introducción de aranceles proteccionistas para estabilizar la producción todavía predominantemente agrícola. Hubo muchas empresas y bancos que quebraron. Los salarios sufrieron una reducción radical y el desempleo creciente produjo miseria generalizada,

1 Una exposición empírica, breve pero bastante completa de las crisis desde 1816 se encuentra en el libro *Modern Economic Crises and Recessions* de Maurice Flamant y Jeanne SingerKirel, Nueva York, Harper-Row, 1970. En castellano, *Crisis y recesiones económicas* (trad. F. Minguella Rubio), Vilassar de Mar, Barcelona, Oikos-Tau, 1971.

malestar social, destrucciones de maquinaria llevadas a cabos por los obreros luditas e, incluso, las teorías críticas del capitalismo de Sismondi y de Robert Owen. La caída (deflación) general de precios durante todo este período de depresión, seguido diez años después por una nueva crisis, solo cesó en 1819.

La crisis de 1836 se inició en Inglaterra y Estados Unidos. En ambos países el desarrollo industrial había conducido a un considerable aumento de la especulación y a una situación en la que la producción de ganancia no crecía a la par con las exigencias de ganancia. La crisis se manifestó predominantemente como una crisis financiera y bursátil, pero se extendió a toda la economía y fue punto de partida de una prolongada depresión que pronto se extendió a toda Europa. La situación de crisis aparentemente inacabable condujo a los acontecimientos revolucionarios de 1848 y a los inicios del movimiento obrero anticapitalista. Incluso en los periodos de auge coyuntural que tuvieron lugar en todo el largo periodo de depresión las condiciones de vida de los trabajadores mejoraban muy escasamente y solo para derrumbarse tanto más en cuanto la economía volvía a tener un bajón.

Los bajos salarios que predominaban eran expresión de la baja productividad del trabajo. La plusvalía relativamente reducida y la dureza de la competencia impulsaban la acumulación, pero esta llegaba pronto al límite de la explotación dado por la estrechez de las relaciones de producción capitalistas. El desarrollo autónomo del capital no había alcanzado el nivel necesario para que por sí mismo ampliara decisivamente los mercados. Las crisis aparecían como crisis comerciales y se manifestaban en caídas ruinosas de los precios de

las mercancías que no permitían ulteriores inversiones productivas. En esas condiciones acontecimientos casuales como el descubrimiento de minas de oro en California podían desencadenar un alza de precios y un cambio de la coyuntura. La guerra civil en Estados Unidos, que en un principio fue un factor de crisis, luego se convirtió en un estímulo para que el desarrollo de la industria y del capitalismo en general se aceleraran. Con la expansión geográfica de la producción capitalista las crisis se hicieron cada vez en mayor medida internacionales; a la vez, se intensificaban los periodos de auge económico. Sin embargo, el desarrollo real del capital no permitía otro pronóstico que el que había formulado Marx; su teoría se veía directamente verificada en la realidad y esto reforzaba las expectativas revolucionarias que de ella se derivaban. Cada crisis tenía un carácter peculiar, que solo podían explicar las circunstancias históricas dadas, pero en todas las crisis había interrupción de la acumulación y sobreproducción, con la consiguiente miseria generalizada. Y aunque el ciclo de crisis no fuera regular, su existencia se evidenciaba como proceso irregular. Sin embargo, hacia finales del siglo XIX, tal como había señalado Engels, pareció que las crisis se debilitaban y que los períodos de prosperidad se hacían más prolongados, con lo que la situación económica de los trabajadores experimentó también una mejora. La productividad del trabajo había aumentado lo suficiente para mantener por periodos más extensos la rentabilidad del capital y su proceso de acumulación. De esa situación se derivó el reformismo socialdemócrata y el abandono de la teoría de la acumulación de Marx como teoría de las crisis y del colapso del sistema capitalista.

Mientras Engels veía en el debilitamiento de las crisis el germen de crisis futuras todavía más violentas, Eduard Bernstein afirmaba en 1899:

> No se ven signos de un *crack* económico mundial de vehemencia inusitada, ni tampoco es posible decir que la mejora de la actividad económica entre crisis y crisis sea cada vez más corta. Lo que se plantea es (...) si por una parte la enorme expansión del mercado mundial, junto con la extraordinaria reducción del tiempo necesario para la transmisión de noticias y el transporte que multiplican los posibilidades de compensación de las perturbaciones, y si, por otra parte, la riqueza enormemente acrecentada de los Estados industriales europeos, junto con la elasticidad del sistema de crédito moderno y el surgimiento de los *cartels* industriales, no reducen de tal modo la repercusión de las perturbaciones locales o parciales sobre la situación económica general que, al menos durante un periodo prolongado, haya que considerar en general improbables crisis económicas al estilo de las que había antes[2].

Bernstein contestaba estos interrogantes afirmando que «el esquema de las crisis en Marx o para Marx no era una imagen del futuro sino un cuadro del presente»[3], de tal modo que en la situación actual «si no provocan

2 *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Stuttgart, Dietz, 1904, p. 99. En castellano: *El socialismo evolucionista* (trad. E. Díaz-Retg y J. L. Monereo), Granada, Comares, 2011.

3 *Die Voraussetzungen...*, p. 104.

una crisis acontecimientos exteriores imprevistos, no hay ninguna causa imperiosa para que aparezca pronto una crisis tal por motivos puramente económicos»[4]. Para Bernstein y para el reformismo en general había quedado superada cualquier teoría de la lucha de clases que se apoyase en una tendencia a la crisis, ya que una situación revolucionaria provocada por el colapso del sistema capitalista no era algo que pudiera esperarse.

En su respuesta al revisionismo de Bernstein, Karl Kautsky afirmaba que en Marx no había ninguna teoría del colapso del sistema capitalista y que esta era una invención polémica de Bernstein. Según Kautsky

> Las crisis actúan a favor del socialismo en el sentido de que aceleran la concentración del capital y aumentan la inseguridad de las condiciones de vida de los proletarios, es decir, agudizan el estímulo que los impulsa en brazos del socialismo (...) La necesidad constante de ampliación del mercado contiene además otro elemento; es evidente que el modo de producción capitalista se convierte en una imposibilidad a partir del momento histórico en el que se pone de manifiesto que el mercado no puede ampliarse al mismo ritmo que la producción, es decir, en cuanto la sobreproducción se hace crónica. Bernstein entiende por necesidad histórica una situación en la que existen límites forzosos. Aquí nos encontramos con una que, en cuanto sobreviene, lleva inevitablemente al socialismo[5].

4 *Die Voraussetzungen...*, p. 110.

5 Protocolo del Congreso de Hannover (citado según L. Woltman, «Die wirtschaftlichen und politischen Grundlagen des Klassenkampfes», *Sozialistische Monatshefte*, febrero 1901, p. 128).

Así, según Kautsky la conclusión de la teoría de Marx es el hundimiento del capitalismo, aunque Marx no hubiera elaborado ninguna teoría del hundimiento del sistema. Esa contradicción intentaba superarse diciendo que la sobreproducción crónica podría producirse mediante un proceso lento y prolongado, de manera que no habría ningún colapso económico. La lucha de clases podría así acabar con el capitalismo mucho antes de que el sistema se hundiera por sí mismo.

Heinrich Cunow puso esta teoría más en relación con la teoría de la acumulación de Marx. En su contribución a la discusión del tema del derrumbe del capitalismo, Cunow decía que Marx y Engels habían puesto en claro que el colapso del sistema derivaría

> por una parte de la acumulación capitalista y por otra parte de la escisión entre el modo de producción capitalista y la forma de intercambio correspondiente, que obstaculiza el pleno aprovechamiento de las fuerzas productivas existentes (...) La riqueza materializada en capital con que hoy se cuenta ya no se revaloriza adecuadamente ni en el proceso de producción ni en la circulación de las mercancías; la fuerza expansiva de la industria entra en conflicto cada vez más violento con el mecanismo de la forma capitalista de la economía, hasta que finalmente hace saltar a esta[6].

Por supuesto, este colapso se postergaba a un futuro lejano, ya que el capital había aprendido a superar sus contradicciones yendo más allá de la producción de mercancías por medio de la expansión de los mercados de capital y de la industria a escala mundial. En último término, no obstante, la contradicción entre la producción social y su distribución seguía siendo decisiva y acabaría por poner término a la producción capitalista.

6 *Die Neue Zeit*, 18981899, Vol. I, p. 358.

Así, la atención seguía centrada en el desarrollo contradictorio de la producción y de la distribución, en la dificultad creciente para que se realice la plusvalía como consecuencia de las limitaciones al consumo que impone el capitalismo. Para demostrar la viabilidad del capital era preciso negarle a esta desproporción la capacidad de poner en peligro al capital. Tugan-Baranovsky hizo suya esta tarea[7]. En su libro sobre las crisis comerciales describe el ciclo de crisis como los demás autores que derivaban la crisis de una desproporción entre la oferta y la demanda. La desproporción, que también puede entenderse como desproporción en la distribución del capital entre las diversas ramas de la producción, era para TuganBaranovsky la causa única de la crisis. Con una distribución del capital adecuada a la verdadera demanda de mercancías, las crisis se superarían. Para Tugan las crisis están determinadas por la falta de planificación que es inherente a la competencia capitalista. Por tanto, la causa de la crisis podría amortiguarse aumentando el control sobre la economía lo que, en principio, podría eliminar las crisis mismas.

7 M. Tugan-Baranovsky, *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen*, 1901. Hay una edición en castellano, que fue traducida sin embargo a partir de una edición alemana posterior: M. Tougan-Baranowski, *Las crisis industriales en Inglaterra* (trad. J. Moreno Barutell), Madrid, La España Moderna, 1912.

Para Tugan-Baranovsky la causa de la crisis no está en la distribución del producto social entre el trabajo y el capital sino en la distribución desproporcionada del capital. La limitación del consumo no constituye para él ningún límite para la acumulación o para la realización de la plusvalía, ya que la limitación de la demanda de bienes de consumo en modo alguno puede hacerse coincidir con la demanda de mercancías como tal. «La acumulación del capital social conduce a una limitación de la demanda social de medios de consumo y al mismo tiempo a un aumento de la demanda social general de mercancías»[8]. De este modo, «la acumulación de capital puede venir acompañada por un retroceso absoluto del consumo social. En cualquier caso, un retroceso relativo del consumo social –en relación con el total general del producto social– es inevitable»[9].

Tugan-Baranovsky se remitía a Marx en dos aspectos. Como Marx, veía la contradicción fundamental «entre la producción en tanto que medio para la satisfacción de las necesidades humanas y la producción como aspecto técnico de la creación de capital, es decir, *como fin en sí misma*»[10]. Admitía también que la «pobreza de las masas populares, la pobreza no en sentido absoluto sino relativo, en el sentido de la limitación de la parte que le corresponde al trabajo en el producto social global, es una de las condiciones para que haya crisis comerciales»; pero sería erróneo suponer «que la miseria de los trabajadores (...) hace imposible la realización de la cada vez

8 Tugan-Baranovsky, *Studien..*, p. 649.
9 Tugan-Baranovsky, *Studien...*, p. 651.
10 Tugan-Baranovsky, *Studien..*, p. 652.

más extensa producción capitalista como resultado de la insuficiencia de la demanda, (...) ya que la producción capitalista se crea a sí misma su mercado». Por el contrario, «cuanto más pequeña sea la parte que les corresponda a los trabajadores, tanto mayor será la parte de los capitalistas y, por consiguiente, tanto más rápidamente se realizará la acumulación de capital, acompañada necesariamente de periodos de estancamiento y de crisis»[11].

Con el fin de demostrar la posibilidad de una acumulación ilimitada, Tugan-Baranovsky recurría a los esquemas de la reproducción del tomo II de *El Capital*, esquemas que, en su opinión, demostraban la posibilidad de una reproducción general del capital progresiva y exenta de crisis, siempre que se mantuviesen las proporciones necesarias en cada una de las esferas y ramas de la producción. Dado que estas proporciones son violadas por la anarquía de la economía, se producen crisis, pero de ello no cabe concluir la imposibilidad objetiva de una acumulación continuada. Por lo tanto, era preciso rechazar cualquier teoría del hundimiento del sistema y reducir la superación de la sociedad capitalista a una cuestión de desarrollo de la consciencia socialista.

Sin embargo, al remitirse a Marx, Tugan-Baranovsky olvidaba la teoría del valor que está en la base de la teoría marxiana de la acumulación. O, mejor, se basaba en Marx, pero sin tomar para nada en cuenta su teoría, ya que como Bernstein y otros reformistas ya había hecho suya la teoría subjetiva del valor de la economía burguesa. Así, no utilizaba, como él mismo dice, «la terminología marxiana usual (capital constante, capital

11 Tugan-Baranovsky, *Studien..*, p. 657.

variable, plusvalía)», ya que, en su opinión, «en la creación del plusproducto –o sea, de las rentas e ingresos– no hay que hacer absolutamente ninguna distinción entre la fuerza de trabajo humana y los medios de trabajo inertes. Se puede considerar a la máquina capital variable con el mismo derecho que a la fuerza de trabajo humana porque ambas producen plusvalías»[12]. Por consiguiente, hizo suya, con algunas reservas, la teoría del equilibrio que se deriva de la ley de Say –de tal forma que suponiendo un reparto proporcional de la producción social, la oferta coincidirá con la demanda e interpretó los esquemas marxianos de la reproducción en este sentido. Así desapareció de su análisis la contradicción de la acumulación que se deriva de la caída de la tasa de ganancia y con ello toda limitación a la producción capitalista.

Curiosamente, en la discusión que se suscitó en la socialdemocracia contra Tugan-Baranovsky no se le prestó ninguna atención a este aspecto. Kautsky aceptaba que «una desproporción en la producción puede provocar una crisis», pero se ratificaba en la idea de que «la causa última de las crisis periódicas se encuentra en el subconsumo». Atacaba la equiparación de la fuerza de trabajo humana con los medios de producción inertes, pero solo para subrayar que «en última instancia es siempre el trabajo humano el único factor creador de valor y, por tanto, a fin de cuentas la expansión del consumo humano es también la que determina la expansión de la producción»[13]. De este modo, la acumulación

12 Tugan-Baranovsky, *Studien..*, p. 642.

13 K. Kautsky, «Krisentheorien», *Die Neue Zeit*, Vol. 29, No. 2, 1901, pp. 112 y 117.

dependía del consumo de los trabajadores –ya que el consumo capitalista nunca falta– y la expansión del capital queda vinculada a las necesidades humanas, ya que «el consumo de medios de producción no es otra cosa que la producción de medios de consumo»[14].

También para Conrad Schmidt el consumo era el factor determinante del volumen de la producción, siendo la sobreproducción efecto de las limitaciones al consumo de la población trabajadora.

> La competencia capitalista, con dificultades crecientes para dar salida a la producción y dadas sus tendencias, ha de manifestarse en una creciente presión hacia la baja de los precios y con ella en un descenso de la rentabilidad o de la *tasa de ganancia media*, descenso por el cual la economía de tipo capitalista se hace cada vez menos rentable y cada vez más arriesgada incluso para la mayor parte de los empresarios privados, mientras que simultáneamente también empeora progresivamente el mercado de trabajo para los trabajadores, engrosándose cada vez más terriblemente las filas del ejército industrial de reserva[15].

Schmidt no mencionaba siquiera la teoría de la acumulación de Marx y rechazaba la teoría laboral del valor. Como en su tiempo Adam Smith, Conrad Schmidt hacía depender la caída de la tasa de ganancia de la agudización de la competencia. Aunque para él la crisis era resultado

14 K. Kautsky, «Krisentheorien», p. 118.

15 C. Schmidt, «Zur Theorie der Handelskrisen und der überproduktion», *Sozialistische Monatshefte*, septiembre 1901, p. 675.

de la falta de consumo, coincidía con Tugan-Baranovsky en que de las crisis no se podía concluir la necesidad de un colapso del capitalismo, ya que la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores obtenida a partir de las luchas sociales actuaría sobre la causa de las crisis –las limitaciones al consumo– si no suprimiéndolas, sí al menos moderándolas.

En esa extensa discusión en torno a la crisis y el derrumbe del capitalismo –que no consideraremos aquí en más detalle– se reflejaban las ambivalencias de lo que Marx había escrito sobre las crisis. Como ya se ha dicho, para Marx la crisis es resultado, por una parte, de la caída de la tasa de ganancia inherente a la acumulación, independientemente de todos los fenómenos vinculados a la crisis que aparecen en la superficie de la sociedad; por otra parte, sin embargo, es también consecuencia del subconsumo de los trabajadores. Así, Kautsky podía afirmar estar siguiendo a Marx con tanto derecho como Schmidt o Tugan-Baranovsky. La confusión se hacía todavía mayor dado que a partir de la teoría del subconsumo también podría llegarse a concluir la necesidad del colapso del capitalismo; pero también podría negarse la posibilidad de ese colapso precisamente porque el subconsumo no parece determinarlo. Las ambigüedades de la exposición de Marx han dado pié hasta el día de hoy a las polémicas sobre las crisis y el colapso del capitalismo, a pesar de que esas ambigüedades pueden no expresar otra cosa que la propia inseguridad de Marx, ya que se hallan en manuscritos elaborados muchos años antes de la publicación del tomo I de *El Capital* y es muy probable que en un momento posterior Marx hubiese adoptado formulaciones menos contradictorias.

Sea como fuere, el desarrollo real del capitalismo y el análisis de la acumulación en términos de valor y plusvalía muestran que la acumulación progresiva del capital va acompañada de la desproporción entre producción y consumo correspondiente a la valorización del capital y que solo el mantenimiento de esa desproporción hace posible que se superen las crisis que surgen. Por supuesto, si la crisis no puede superarse por los mecanismos propios del capitalismo, la permanencia de la depresión se manifestará en un empobrecimiento absoluto tanto de los trabajadores como de la masa de desempleados. En esas circunstancias, las contradicciones del capital aparecerían como un conflicto entre el modo de producción capitalista y las necesidades sociales de consumo.

Con la referencia de Tugan-Baranovsky a los esquemas de la reproducción del tomo II de *El Capital* la discusión de la crisis adquirió un nuevo carácter. El problema de la crisis dejó de ser una cuestión de sobreacumulación del capital o de subconsumo para convertirse en un problema de equilibrio social o de proporcionalidad del proceso de reproducción. Es necesario entonces considerar brevemente los esquemas de reproducción del tomo II de *El Capital*. El proceso de producción es al mismo tiempo un proceso de reproducción que se realiza a través de la circulación. Con fines teóricos y para ilustrar ese proceso, basta dividir la producción social total en dos sectores para representar las condiciones de un intercambio imaginario, sin fricciones. Aun cuando la producción capitalista es producción de valor de cambio, sigue ligada al valor de uso. Cada capitalista busca incrementar su capital en tanto que capital, pero solo puede hacerlo en el marco de la producción social, que es al mismo tiempo un metabolismo social vinculado al valor

de uso de las mercancías. En el marco de la reproducción social, un equilibrio del intercambio capitalista en teoría posible presupone un equilibrio de los valores de uso necesarios para la reproducción.

De la misma forma que la competencia no puede explicarse a partir de los procesos competitivos, tampoco la circulación puede explicarse a partir de los procesos de la circulación. Para hacer posible la reproducción, el proceso de la circulación presupone unas determinadas relaciones de tiempo de trabajo, en tanto que relaciones de valor, y una cierta proporción de los valores de uso producidos. Es obvio que los esquemas de reproducción de Marx no se refieren al proceso real de reproducción, sino a lo que exige de la reproducción capitalista que está en la base del proceso real, exigencias que si bien son desatendidas en el capitalismo, han de imponerse, sin embargo, de un modo u otro para hacer posible la acumulación del capital. La función de los esquemas es mostrar que tanto la producción como la acumulación requieren que la producción de ciertos tipos de mercancías tenga lugar en determinadas proporciones que han de establecerse vía mercado. Los esquemas están formulados de tal modo que tanto en la reproducción simple como en la reproducción ampliada hay un equilibrio del intercambio entre las dos esferas. Con esto, sin embargo, no se quiere decir que el proceso real de reproducción capitalista discurra o pueda discurrir, tanto en lo relativo a la reproducción simple como a la reproducción ampliada, tal como aparece en los esquemas de la reproducción.

Esta función ilustrativa y explicativa de los esquemas de reproducción se malinterpretó en su momento. Los esquemas se entendieron como si estuvieran representando un proceso que efectivamente tiene lugar en la realidad y las relaciones de intercambio que se deducían de ellos se usaron como ejemplos para demostrar o para refutar las tendencias del sistema al equilibrio. Para Tugan-Baranovsky los esquemas demostraban la posibilidad de una acumulación ilimitada de capital siempre que se guardasen las proporciones requeridas para ello. Esta idea fue atacada por Rudolf Hilferding, quien por otra parte coincidía con Tugan-Baranovsky y con Marx en que la producción capitalista no depende del consumo, sino de las necesidades de valorización del capital. Pero Hilferding también quería de alguna manera hacer justicia a las ideas del subconsumo y subrayaba para ello que «las condiciones de la valorización del capital se oponen a la ampliación del consumo y, como son las decisivas, la contradicción se agudiza hasta desembocar en la crisis»[16]. Sin embargo, rápidamente retira lo dicho, ya que «el carácter periódico de las crisis (...) no puede explicarse en general por un fenómeno constante»[17] (es decir, el subconsumo). La crisis es para Hilferding «en general una perturbación de la circulación» que viola las necesarias condiciones de equilibrio del proceso de la reproducción social. También para él los esquemas de Marx muestran que

> en la producción capitalista tanto la reproducción simple como la ampliada pueden discurrir sin perturbaciones siempre que se mantenga la necesaria proporciona-

16 R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, 1909. En castellano, *El capital financiero* (trad. V. Romano Garcia), Tecnos, Madrid, 1963, p. 272.

17 Hilferding, *El capital financiero*, pp. 272-273.

lidad. Por el contrario, la crisis puede tener lugar incluso en la reproducción simple si por ejemplo se viola la proporcionalidad entre capital consumido y nueva inversión. Por tanto, no se sigue en absoluto que la crisis haya de tener su causa en el subconsumo de las masas inmanente a la producción capitalista. Una expansión demasiado rápida del consumo llevaría a la crisis de la misma manera que una estabilización o una contracción de la producción de medios de producción. De los esquemas también es difícil deducir la posibilidad de una sobreproducción general de mercancías; más bien podría decirse que los esquemas son compatibles con cualquier expansión de la producción a partir de las fuerzas productivas existentes[18].

Según Hilferding la tendencia del capital a la crisis, derivada de las desproporciones, se modifica al restringirse la competencia por la formación de carteles y acuerdos monopolistas para repartirse el mercado («cartelización»). Aunque la sobreproducción de mercancías puede resolverse parcialmente mediante una mejor adaptación a la demanda, en la crisis lo que hay no es una sobreproducción de mercancías, sino de capital. Esto significa simplemente «que el capital se ha invertido en la producción hasta un punto en que sus condiciones de valorización entran en conflicto con sus condiciones de realización, de manera que la venta de los productos no arroja ya la ganancia necesaria para una ulterior expansión, para una ulterior acumulación. Las ventas dejan de crecer porque se interrumpe la expansión

18 Hilferding, *El capital financiero*, p. 286.

de la producción»[19]. Como para Hilferding la crisis es una «perturbación de la circulación», su explicación no tiene nada que ver con la caída de la tasa de ganancia que resulta del aumento de la composición orgánica del capital y sí con una escasez de ventas en relación a la producción que ha aumentado demasiado rápidamente o con una contradicción entre las «condiciones de valorización y las condiciones de realización» del capital; se trataría a la postre de una divergencia entre oferta y demanda, eso sí, independiente de un consumo restringido de los trabajadores. Tales «perturbaciones de la circulación», dice Hilferding, no se reducen, más bien se agudizan con la cartelización, sin que tampoco conduzcan a un derrumbe del sistema, ya que un derrumbe económico «no es en general una idea concebible»[20].

La abolición de la sociedad capitalista solo puede tener lugar mediante un proceso político, proceso que de todos modos es facilitado más y más por la formación de carteles capitalistas y la absorción del capital industrial por parte del capital bancario, proceso que para Hilferding da lugar a la formación del capital financiero. «El capital financiero implica de por sí una tendencia al establecimiento de un control social sobre la producción. Pero es una socialización bajo una forma antagónica; el control de la producción social permanece en manos de una oligarquía. La lucha por la desposesión de esa oligarquía constituye la última fase de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado»[21]. En esas

19 Hilferding, *El capital financiero*, p. 330.
20 Hilferding, *El capital financiero*, p. 415.
21 Hilferding, *El capital financiero*, p. 416.

condiciones basta «que la sociedad se apodere del capital financiero a través de su órgano ejecutivo consciente, el Estado conquistado por el proletariado, para inmediatamente obtener el control de los sectores más importantes de la producción»[22].

Hilferding no veía trabas de naturaleza económica para la acumulación del capital, pero a su juicio el proceso de acumulación se caracteriza por la presencia de crisis con las que solo podría acabar la socialización de la producción en el socialismo. Bajo dirección capitalista, la acumulación fuerza con la progresiva expansión de la producción la exportación de capital y empuja a la lucha por los mercados y las fuentes de materias primas para incrementar la plusvalía del capital organizado a escala nacional. El imperialismo se deriva entonces directamente de la transformación capitalista de la economía mundial y constituye así tanto un elemento de crisis como un elemento de superación de la crisis. El imperialismo, inseparable del capitalismo, había adoptado formas particularmente amenazantes en los años en torno al final del siglo XIX, cuando las potencias imperialistas se aprestaban a nuevas confrontaciones. La política imperialista y el colonialismo hallaron entonces simpatizantes y enemigos incluso en el campo socialdemócrata, como refleja la obra de Rosa Luxemburg sobre la acumulación del capital[23].

Basandose en la teoría de las crisis de Heinrich Cunow, pero sin tomar para nada en consideración la

22 Hilferding, *El capital financiero*, p. 417.
23 *Die Akkumulation des Kapitals*, Berlin, Vorwärts, 1913. En castellano, Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Edicions Internacionais Sedov (no consta trad. ni lugar de ed.), disponible en Internet.

teoría de Hilferding, Rosa Luxemburg veía en el imperialismo una consecuencia directa del capitalismo. Pero esta tesis tenía que ser demostrada científicamente. «La rigurosa demostración económica» de la necesidad del imperialismo condujo a Luxemburg, según sus propias palabras, «a los esquemas de Marx al final del tomo II de *El Capital*, que desde hacía tiempo me parecían raros y en los cada vez encuentro más cosas sin fundamento»[24]. Lo que Rosa Luxemburg consideraba sin fundamento era el modelo de equilibrio de la reproducción capitalista que ella creía ver en Marx. El análisis que Rosa Luxemburg hacia de los esquemas marxianos de reproducción ampliada llevaba precisamente a la conclusión contraria, a saber, a la imposibilidad del equilibrio. Si se toma el esquema literalmente, tal como se desarrolla al final del segundo tomo –escribía Rosa Luxemburg–, «parece que la producción capitalista realizase exclusivamente, ella misma, la totalidad de su plusvalía y dedicase a sus necesidades propias la plusvalía capitalizada»[25]. Sin embargo, esto, para Rosa Luxemburg, significaría que los capitalistas «son, pues, fanáticos de la ampliación de la producción por la ampliación de la producción misma. Hacen construir constantemente nuevas máquinas para construir con ellas a su vez, nuevas máquinas»[26]. Es decir, no acumulan su plusvalía como capital, sino en forma de una producción sin objeto de medios de producción. En estas condiciones, la plusvalía «viene aquí de antemano, al mundo, en una forma natural adecuada a las necesida-

24 Carta a Constantin Zetkin, 16-IX-1911, en *Briefe an Leon Jogiches*, Frankfurt a. M., Europäische Verlagsanstalt, 1971.
25 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 157.
26 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 160.

des de la acumulación»[27]. Sin embargo, esto no corresponde a la realidad, ya que el capital antes de poder acumular ha de vender. Pero, ¿dónde encontrarán los capitalistas a los compradores que permitan que se realice la plusvalía? La acumulación capitalista es, según Rosa Luxemburg, «acumulación de capital-dinero», cosa que presupone la realización de la plusvalía producida. ¿Cómo puede realizarse este proceso?

> Si llegamos a la conclusión de que los capitalistas, considerados como clase, son siempre los consumidores de sus propias mercancías, de su masa global de mercancías (prescindiendo de la parte que necesariamente tienen que asignar a la clase obrera para su conservación), si son ellos siempre los que se compran a sí mismos las mercancías producidas con su propio dinero y los que tienen que convertir en oro de este modo la plusvalía que encierran aquellas, ello equivaldría a reconocer que el incremento de las ganancias, la acumulación por parte de la clase capitalista es un hecho imposible[28].

Rosa Luxemburg halló la respuesta a sus interrogantes «en la contradicción dialéctica» de que la acumulación capitalista «necesita, para su desarrollo, un medio ambiente de formaciones sociales no capitalistas; va avanzando en constante intercambio material con ellas y solo puede subsistir mientras dispone de este medio ambiente»[29]. En el comercio capitalista interior, decía, «en el mejor caso solo pueden realizarse determinadas partes del producto social total: el capital constante gastado, el capital variable y la parte consumida de la plusvalía; en cambio, la parte de la plusvalía que se destina a la capitalización ha de ser realizada «fuera»[30]. De este modo,

> mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la competencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones[31].

27 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 311.

28 Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals oder Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben: Eine Antikritik*, 1921, p. 17. En castellano, *La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx: Crítica de las críticas*, Edicions Internacionals Sedov (no consta trad. ni lugar de ed.), p. 9. Denominaremos *Anticrítica* a este folleto, que fue publicado en 1921, tras el asesinato de Rosa Luxemburg, para evitar confusiones con el

libro *Die Akkumulation des Kapitals*, citado en las notas anteriores y que fue originalmente publicado en 1913. De hecho, *Eine Antikritik* ha aparecido como «Anticrítica» en otras traducciones al castellano.

29 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 177

30 Luxemburg, *La acumulación del capital*, pp. 178-179.

31 Luxemburg, *Anticrítica*, p. 11.

Pero el imperialismo puede explicarse también sin la demostración «rigurosamente económica» de Rosa Luxemburg. El imperialismo puede derivarse de la acumulación, sin recurrir a la necesidad de zonas no capitalistas que sirvan de mercados para la realización de la plusvalía, como hace la teoría de Hilferding. Lo que importa de la obra de Rosa Luxemburg no es tanto su explicación del imperialismo como la demostración de que el capitalismo se enfrenta con límites absolutos, insuperables, y que cuanto más se aproxima a esos límites más agudas son las convulsiones sociales. La idea de Tugan-Baranovsky y de Hilferding de que la acumulación no encuentra objetivamente ningún obstáculo a su progreso, establecida a partir de los esquemas de reproducción de Marx, fue lo que indujo a Rosa Luxemburg a examinar con detenimiento las condiciones de equilibrio de los esquemas. Fue así como concluyó que de la imposibilidad de realizar la plusvalía en el marco de la relación capital-trabajo se deriva un desequilibrio permanente, que se expresa en concreto por un resto de mercancías invendibles, que solo es posible realizar fuera del sistema. Así, según Rosa Luxemburg el problema de la producción de plusvalía y las dificultades con que esa producción se enfrenta en el curso de la acumulación no es el asunto decisivo para el futuro del capitalismo. El problema clave es la realización de la plusvalía. Las crisis periódicas son para ella crisis de superproducción, caracterizadas por la existencia de mercancías invendibles, y no pueden superarse en el marco del sistema. Esta idea tenía cierta plausibilidad, ya que el capitalismo, de hecho, se había expandido geográficamente incorporando un país tras otro en la economía mundial; no tenía nada que ver, sin embargo, con la teoría de la acumulación de Marx. Así, la teoría de Rosa Luxemburg chocó con un considerable rechazo, no solo del ala derecha, sino también de la izquierda del movimiento socialdemócrata.

De la discusión en torno a la teoría marxiana de la acumulación y de la crisis resultaron dos posiciones enfrentadas, cada una de las cuales comprendía a su vez diversas variantes. Un sector afirmaba que la acumulación del capital se enfrenta con límites absolutos y por ello es inevitable el derrumbe económico del sistema. El otro sector afirmaba que esta idea era absurda y que el sistema no desaparecería por causas de naturaleza económica. Por supuesto, los reformistas, aunque solo fuera por justificar sus posiciones, formaban parte del segundo sector. Pero también desde una perspectiva radical de izquierda, como por ejemplo la de Anton Pannekoek, se consideraba que el derrumbe en tanto que proceso «puramente económico» era una falsificación de la teoría del materialismo histórico. Para Pannekoek el planteamiento mismo era erróneo, tanto si llevaba a la acumulación ilimitada de Tugan-Baranovsky como si de él se deducía la teoría del colapso de Rosa Luxemburg. Para Pannekoek las disfuncionalidades del sistema capitalista expuestas por Marx y las manifestaciones concretas de la crisis derivadas de la anarquía de la economía capitalista serían suficientes para inducir un desarrollo revolucionario de la consciencia del proletariado, llevando así a la revolución.

Oponiéndose a la interpretación armonicista de los esquemas marxianos de la reproducción que hacía Tugan-Baranovsky, Anton Pannekoek alegaba que la circulación del capital es realmente un proceso lleno de crisis y que los esquemas de Marx solo sirven como des-

cripción provisional simplificada con fines de análisis teórico[32]. Pero también consideraba que la crítica de Rosa Luxemburg se basaba en un malentendido, ya que él pensaba que el capital puede realizar la plusvalía sin necesidad de mercados no capitalistas[33]. En cuanto al imperialismo, siendo un hecho evidente, no es un presupuesto de la producción capitalista. En conjunto, la hipótesis de un derrumbe final y automático del capital era para Pannekoek contradictoria con la concepción de Marx, según la cual en la revolución se da la coincidencia de condiciones objetivas y subjetivas. La revolución depende de la voluntad de la clase trabajadora, por más que esa voluntad surja como respuesta a condicionamientos económicos. Así, el proletariado no se encontrará ante una crisis final, sino que pasará por la experiencia de muchas crisis, hasta que el elemento decisivo, la consciencia revolucionaria, sea suficiente para que ponga punto final al sistema capitalista.

Entre los teóricos de la socialdemocracia *La acumulación del capital* de Rosa Luxemburg chocó con un rechazo casi general, no tanto porque la autora se hubiese atrevido a criticar a Marx o porque derivara la realidad imperialista de las dificultades de realización de la acumulación del capital, sino porque invocaba el final ineludible del capitalismo y llamaba, por tanto, a una política proletaria de lucha de clases, cosa que estaba en oposición diametral con las posiciones reformistas dominantes. Por otra parte, la insistencia en el final

32 Herrn Tugan-Baranowskys Marx-Kritik, *Die Neue Zeit*, Vol. 26, No. 1, 1909.

33 *Bremer Bürger Zeitung*, 29-30-I-1913.

inevitable del capital hizo que la posición de Luxemburg encontrara apoyo entre los trabajadores de la izquierda socialdemócrata, a los que no les preocupaba mucho el cómo y el por qué del colapso del capital por estas o aquellas razones, en tanto que el hundimiento mismo del sistema quedase asegurado por las causas que fuere.

Entre los muchos teóricos que entraron en disputa con Rosa Luxemburg, Otto Bauer y Nikolai Bujarin requieren especial atención. La crítica tardía de Bujarin en 1924 estuvo motivada no solo por interés teórico, sino también por la lucha que en esos años lanzó el bolchevismo contra el «luxemburguismo» para acabar con las tradiciones ligadas a la tradición de Rosa Luxemburg en el seno de los partidos comunistas[34]. Bujarin no tenía nada que objetar a los esquemas de reproducción de Marx y en ese sentido rechazaba las críticas de Rosa Luxemburg. De todos modos, decía, la circulación del capital está representada en ellos en un plano de abstracción muy elevado y ha de complementarse a un nivel de abstracción más bajo y más concreto. En cualquier caso, los esquemas de reproducción serian incompatibles con las interpretaciones de Tugan-Baranovksy y de Rosa Luxemburg. Según Marx y Lenin ningún obstáculo se opone ni al curso de la acumulación ni a la realización de la plusvalía incluso en un sistema capitalista «puro». Para Bujarin la raíz del error en la teoría de Rosa Luxemburg era identificar la acumulación del capital con la acumulación de capital-dinero. Luxemburg pen-

34 N. Bukharin, *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, Viena/Berlín, 1924. En castellano, *El imperialismo y la acumulación del capital*, Córdoba, Pasado y Presente, 1975.

saba que la parte de la plusvalía que ha de acumularse como capital adicional se tiene que convertir primero en dinero existente dentro del sistema. Solo entonces se realizaría la plusvalía y se efectuaría la reproducción ampliada requerida por la acumulación. Sin esta transformación de la plusvalía de la forma mercancía a la forma dinero la acumulación no podrá llevarse a cabo. Pero Bujarin subrayaba que igual que el capital, también la plusvalía aparece bajo formas diversas: como mercancía, como dinero, como medio de producción y como fuerza de trabajo. Por esta razón, la plusvalía en su forma dinero no puede identificarse con la plusvalía en conjunto, en sus diferentes formas. La plusvalía ha de atravesar la fase monetaria, pero no toda al mismo tiempo, sino poco a poco, a través de innumerables procesos que tienen lugar en la vida comercial en los que una misma suma de dinero puede vehiculizar muchas veces la transformación de la mercancía en dinero y la del dinero en mercancía. No es necesario que haya una suma de dinero adecuada para enfrentar a la plusvalía en su totalidad a pesar de que toda mercancía, para ser realizada ha de transformarse en dinero. Que el capital crezca a la vez que crece la masa de dinero no significa que la acumulación de capital tenga que ir a la par de la de capital-dinero. El capital se materializa en muchas formas, de las que el dinero es una forma mediadora, pero no es la forma exclusiva, funcional, de la plusvalía realizada.

Por supuesto, la crítica bujariniana de la teoría de Rosa Luxemburg se apoyaba en la teoría de la crisis del mismo Bujarin, basada en Lenin, y que no se distinguía esencialmente de las teorías de la desproporcionalidad de Tugan-Baranovsky y Hilferding, aun cuando Bujarin intentaba situarse en oposición a Tugan-Baranovsky.

Esta oposición consistía en incluir el subconsumo en la desproporción entre la producción de medios de producción y la de medios de consumo. Esto parece una tautología, pero para Bujarin era el elemento decisivo que separa la teoría de Marx de la de Tugan-Baranovksy. Nos encontramos de nuevo ante la cuestión que ya vimos, de si Marx desarrolló dos teorías de la crisis: la que deriva la crisis de la teoría del valor vía caída de la tasa de ganancia y la que se caracteriza por el consumo insuficiente de los trabajadores. Ni Lenin ni Bujarin ven contradicción aquí. Para estos autores, por una parte la producción de medios de producción se lleva a cabo con total independencia de la de medios de consumo; pero por otra parte, es el consumo insuficiente de los trabajadores lo que pone límites al proceso de acumulación, ya que Marx puso de manifiesto que en último término la producción de medios de producción no tiene más fin que servir al consumo. Consiguientemente, les parecía errónea la idea de Tugan-Baranovsky de que el capital pudiese desarrollarse ilimitadamente, aunque no negaban la posibilidad de que se dieran proporciones equilibradas entre la producción de medios de producción y la de medios de consumo.

Así pues, lo que Lenin y Bujarin oponían a la fantasía de Tugan-Baranovsky de una expansión sin límites del capital no era la tasa de ganancia cayendo como resultado de la acumulación, sino el subconsumo de los trabajadores, el cual, en el contexto de todas las otras desproporciones, ejercería una especial acción obstaculizadora de la acumulación. De este modo, el incremento del consumo de los trabajadores contribuiría a hacer posible la realización de la plusvalía. Bujarin sugería que con el crecimiento del capital constante también

aumenta el capital variable, de modo que una parte mayor de la plusvalía puede realizarse. A efectos prácticos, esto solo puede significar que los capitalistas restituyen a los trabajadores una parte de la plusvalía que previamente han obtenido de ellos; podrían haberse ahorrado las molestias si de entrada hubieran extraído de los trabajadores una cantidad menor de plusvalía. Aunque a veces (pero no siempre), medios de producción adicionales requieren fuerza de trabajo adicional, eso no cambia en ningún sentido el que la razón capital constante a capital variable, *c/v*, se desplaza en el curso de la acumulación a favor del capital constante. A pesar de que en términos absolutos aumenta el número de trabajadores, en términos relativos, en comparación con el capital constante creciente, el número de trabajadores disminuye y así aumenta la plusvalía que se les extrae. El problema de la realización de esa plusvalía, en caso de que exista, no solo no se resolverá sino que se agravará.

Toda la teoría de la acumulación de Marx está construida en base al supuesto de que los trabajadores son remunerados según su valor, medido por sus costos de producción y reproducción. Por lo tanto, solo los capitalistas pueden percibir plusvalía y tienen que realizarla por medio de su propio consumo o por medio de la acumulación. Marx parte del supuesto provisional de que nada obstaculiza la realización y demuestra que, incluso en esas condiciones favorables, la acumulación hace disminuir la tasa de ganancia hasta que, finalmente, se detiene por la falta de ganancia. Esto no significa que el proceso de realización discurra tan sin fricciones como se supone en la teoría general de la acumulación de capital, pero sí significa que, independientemente de cualquier dificultad que pueda presentarse en la realización de la plusvalía, el capital encuentra limitaciones en la producción misma de la plusvalía. Si es posible exponer el proceso de acumulación sin hacer referencia al proceso de circulación, para explicar lo que se entiende por circulación del capital puede exponerse el proceso de reproducción sin hacer referencia a las dificultades de realización que se dan en la realidad. Esto puede considerarse acertado o no, pero Marx estaba convencido de que este modelo abstracto del proceso de circulación del capital podía servir para comprender mejor la realidad, aunque no corresponda exactamente a la misma. Pero igual que no se pueden extraer de los esquemas de reproducción las conclusiones de Tugan-Baranovsky, tampoco es posible contradecir estas con la afirmación absurda de que los trabajadores realizan una parte de la plusvalía y que ha de producirse una crisis en el caso de que esto no ocurra en la medida suficiente.

Para Bujarin la crisis resultaba de un conflicto entre la producción y el consumo o, lo que es lo mismo, de la sobreproducción. La anarquía de la producción capitalista comprende entre sus diversas desproporciones la que existe entre producción y consumo. De esto se seguiría que en ausencia de esas desproporciones el proceso de reproducción capitalista podría desarrollarse sin fricciones. Y dado que la crisis solo aparece cada cierto tiempo, habría que inferir que las coyunturas expansivas son el resultado de la existencia de proporciones adecuadas en el sistema. Así se llega al resultado de que con proporciones adecuadas el proceso de reproducción discurriría tal como lo presentan los esquemas de reproducción de Marx. Se comprende entonces por qué en el debate entre Rosa Luxemburg y Otto Bauer, que ahora veremos, Lenin se puso de parte

de Otto Bauer[35]. Que ni a Lenin ni a Bujarin se les había ocurrido abordar el problema de la crisis desde el punto de vista de la teoría del valor ya se infiere de que Bujarin estuviera de acuerdo con Rosa Luxemburg en que, si hubiese que atribuir el derrumbe del capitalismo a la caída de la tasa de ganancia, habría que esperar casi tanto como para presenciar «la extinción del sol»[36]. No obstante, Bujarin volvió la idea contra su autora, ya que la teoría de esta última también depende de la caída de la tasa de ganancia, en este caso debida a la desaparición de los mercados no capitalistas.

Como la polémica sobre los esquemas de reproducción de Marx puede seguirse en los trabajos originales de los participantes en ella y no interesa aquí entrar en las cifras arbitrarias que los participantes en esos debates escogieron para desarrollar los esquemas, baste repetir aquí lo siguiente: Marx intentó mostrar que manteniendo unas determinadas proporciones de intercambio entre los dos sectores o departamentos de la producción, el de medios de producción y el de medios de consumo, no solo puede renovarse el capital constante y el capital variable, sino que también pueden ampliarse ambos sectores mediante la capitalización de la plusvalía. Marx planteó este proceso primero como un circuito estacionario, como «reproducción simple» de un estado

35 En un artículo sobre Marx para la enciclopedia rusa Granats (1914), escribió Lenin: «R. Luxemburg ha discutido en un libro reciente la teoría de la acumulación del capital de Marx. En el artículo de O. Bauer en *Neue Zeit*, 1913 y en las recensiones de Eckstein en *Vorwärts* y de Pannekoek en el *Bremer Bürger-Zeitung* se encuentran análisis de sus erróneas interpretaciones de la teoría de Marx».

36 *Anticrítica*, nota 9 a pie de p. 20».

concreto de la economía, y luego como un proceso de expansión, como «reproducción ampliada» en la que la reproducción simple forma parte del proceso global. Todos los participantes en el debate convenían en la plausibilidad del estado estacionario, las discrepancias surgían al considerar la reproducción ampliada. Porque al tomar en consideración la acumulación, el movimiento circular se transforma «en una espiral que continúa ascendiendo cada vez más, como bajo la presión de una ley natural susceptible de medida matemática»[37].

Según Marx –decía Rosa Luxemburg–, la ampliación de la reproducción se realiza

> observando estrictamente las leyes de la circulación: el mutuo suministro de ambas secciones de la producción con medios de producción y medios de subsistencia adicionales, se verifica por la vía del intercambio de equivalentes, de mercancías, posibilitando y condicionando la acumulación de una sección la acumulación de la otra. El complicado problema de la acumulación se ha transformado así en una progresión cuyo esquema es de asombrosa sencillez[38]

Justamente por eso, habría que preguntarse:

> ¿no habremos llegado a resultados tan asombrosamente sencillos porque nos hemos limitado a hacer meros ejercicios matemáticos de adición y sustracción que no pue-

37 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 48.

38 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 49.

den darnos sorpresas? ¿No habremos comprobado que la acumulación puede prolongarse hasta el infinito sin traba alguna porque el papel permite, paciente, que se le llene de ecuaciones matemáticas?[39]

Acto seguido, Rosa Luxemburg examinaba con mucho detenimiento esas ecuaciones para acabar concluyendo que los cálculos de Marx no eran correctos, que la plusvalía no puede realizarse según los supuestos del modelo. El modelo de reproducción ampliada que había expuesto Marx quedaba así cuestionado. Otto Bauer, en su réplica, se dispuso a refutar este ataque a Marx. En primer lugar planteó que toda sociedad en la que la población crece ha de ampliar su aparato productivo, por lo que la acumulación es ineludible.

> De la plusvalía, una parte se convierte en capital; concretamente una parte de la plusvalía acumulada se transforma en capital variable y otra en capital constante. Los capitalistas llevan a efecto esta acumulación con el fin de aumentar su ganancia, pero la consecuencia social de esta acumulación es proveer los medios de consumo y los medios de producción necesarios para el incremento de la población[40].

Según Bauer al aumentar su capital en función de su interés los capitalistas actúan en correspondencia con

39 Luxemburg, *La acumulación del capital*, p. 49.

40 O. Bauer, «Die Akkumulation des Kapitals», *Die Neue Zeit*, 1912-1913, Vol. 31, no. 1, p. 834. Existe una versión en inglés «Accumulation of Capital» (trad. J. E. King), *History of Political Economy*, Vol. 18, No. 1, 1986, pp. 87-111.

las necesidades sociales, pero a causa del carácter anárquico de la producción sigue presente el peligro de que la acumulación quede por detrás del crecimiento de la población, o que se adelante a él. Así, lo primero que ha de investigarse es «cómo tendría que realizarse la acumulación del capital para que guarde equilibrio con el crecimiento de la población»[41]. Partiendo de diversos supuestos (un crecimiento demográfico anual de 5%, igual crecimiento del capital variable y una tasa de plusvalía constante), Bauer calculó una serie de fases por las que iría pasando el sistema económico. De sus tablas se deduce que con una composición orgánica del capital creciente, para que se mantenga el equilibrio entre acumulación y población, la tasa de acumulación ha de aumentar cada año.

Bauer comenzó considerando el capital total, diferenciando luego los dos sectores de la producción. La creciente composición orgánica del capital implica la transferencia de una parte de la plusvalía acumulada en la producción de medios de consumo al sector de producción de medios de producción. En opinión de Bauer, nada se opone a esto, ya que se deriva naturalmente de las necesidades de la producción y de las relaciones de intercambio. Las arbitrariedades que Rosa Luxemburg censuraba en los esquemas de Marx no eran negadas por Bauer. Pero pensaba que a pesar de ellas el razonamiento de Marx era correcto e intentaba responder a las críticas de Rosa aportando un esquema mejor. En su propio esquema solo eran arbitrarios los supuestos que constituyen el punto de partida de la acumulación;

41 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 835

todas las demás magnitudes se deducen con necesidad matemática. El resultado que interesa aquí es que la masa de mercancías producidas en ambos sectores encuentra salida en el mercado, o sea, que se vende y se realiza.

Bauer se pregunta entonces cómo es posible que Rosa Luxemburg llegue a la conclusión contraria y cree poder atribuirlo a un malentendido de ella, que habría supuesto que, siguiendo el esquema, la plusvalía anual ha de realizarse cada año. Esto, sin embargo, no es sino una hipótesis simplificadora hecha por razones heurísticas, ya que en realidad, decía, la plusvalía producida en un año puede realizarse a lo largo de muchos años. El carácter no realizable de una parte de la plusvalía es «solamente una fase pasajera en el conjunto de la circulación que se extiende a muchos años»[42]. Una vez que se comprende esto y se extiende el periodo temporal incluido en el esquema, el resultado es un proceso de acumulación armónico.

> La capacidad adquisitiva de los trabajadores crece al mismo ritmo que su número. La capacidad adquisitiva de los capitalistas crece al principio a la misma velocidad, ya que la masa de plusvalía aumenta a la par con el número de trabajadores. La capacidad adquisitiva de la sociedad en su conjunto crece así al mismo ritmo que el valor del producto. La acumulación no cambia nada en todo esto; solo significa que se requieren menos bienes de consumo y más bienes de capital que en la reproducción simple. La ampliación del ámbito de la producción,

42 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 748.

> que constituye una premisa de la acumulación, está dada aquí por el crecimiento de la población[43].

¿Cómo puede sobrevenir entonces la crisis en estas condiciones tan armónicas? El equilibrio entre acumulación y crecimiento demográfico solo puede mantenerse según Bauer «si la tasa de acumulación crece lo suficientemente rápido para que a pesar de la composición orgánica del capital en aumento, el capital variable crezca en la misma proporción que la población»[44]. De lo contrario sobreviene una situación de *subacumulación* de la que se derivan desempleo y presión a la baja sobre los salarios, pero también un alza de la tasa de plusvalía. Si suponemos constante la tasa de acumulación, con el aumento de la tasa de plusvalía se incrementará también la parte de la plusvalía destinada a ser acumulada. «Crece así también la masa de la plusvalía que aumenta el capital variable. Y seguirá aumentando hasta que se restablezca el *equilibrio* entre el crecimiento del capital variable y el crecimiento demográfico»[45]. De este modo, la subacumulación se supera siempre y la crisis periódica constituye una fase pasajera del ciclo industrial. La subacumulación es la otra cara de la medalla de la sobreacumulación descrita por Marx.

> Prosperidad significa sobreacumulación. La crisis es su propia fuerza contrarrestante. La depresión que sigue es una fase de subacumulación. Esta se resuelve por sí

43 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 786.
44 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 787.
45 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 788.

misma generando a partir de sí misma las condiciones para la vuelta a la prosperidad. Que periódicamente retorne la prosperidad, la crisis y la depresión es la expresión empírica de que los mecanismos del modo de producción capitalista superan automáticamente la sobreacumulación y la subacumulación, adaptando la acumulación del capital al crecimiento demográfico[46].

Rosa Luxemburg tuvo la oportunidad de responder a sus críticos. Frente a los teóricos armonicistas sostuvo que al aceptar la hipótesis de una acumulación capitalista libre de obstáculos «se le hunde al socialismo el suelo de granito de la necesidad histórica objetiva. Nos perdemos en las nebulosidades de los sistemas y escuelas premarxistas, que querían deducir el socialismo únicamente de la injusticia y la maldad del mundo actual o de la pura decisión revolucionaria de las clases trabajadoras»[47]. Rosa Luxemburg no podía imaginar que la necesidad objetiva del socialismo pudiera tener otros fundamentos. Por consiguiente no halló en su teoría nada que fuera necesario revisar. A pesar de haber intuido que los «esquemas matemáticos no prueban nada en materia de acumulación»[48], su empecinamiento en su interpretación de los esquemas de reproducción no le permitió hallar una base diferente a su teoría del imperialismo.

Habiéndose centrado en la crítica de Bauer, aunque sin entrar a discutir sus cálculos, Rosa Luxemburg

46 Bauer, «Die Akkumulation...», p. 790.
47 Luxemburg, *Anticrítica*, p . 20.
48 Luxemburg, *Anticrítica*, p. 14.

atacó su teoría de la población rechazándola por absurda. En este aspecto su posición concordaba plenamente con la teoría de Marx en la que son los mecanismos de la producción y de la acumulación los que adecuan el número de trabajadores empleados a las necesidades de valorización del capital, no la acumulación la que se adapta al crecimiento de la población. También rechazó la especulación de Bauer de que ella había interpretado los esquemas de Marx como referidos a años naturales, aunque no entró en las implicaciones de este tema. Llamó la atención también sobre la necesidad de distinguir la realización de la plusvalía de los capitales individuales y la del capital total, pero sin mencionar que la realización de la plusvalía total solo puede efectuarse mediante la realización de las plusvalías respectivas de los capitales individuales, ya que no existe un capital total que actúe como tal y es solo la suma de capitales individuales la que integra el capital total. Las magnitudes concretas propuestas por Marx en sus esquemas de reproducción eran para Luxemburg «una ficción científica», operaciones y supuestos teóricos con el capital total y con la plusvalía total que solo pueden tener funciones heurísticas, como métodos para la comprensión de la realidad, sin ser la realidad misma.

En general, Rosa Luxemburg no tuvo una idea clara de la función de los esquemas de reproducción, como se infiere de su afirmación de que los esquemas «anticipan la verdadera tendencia del desarrollo capitalista»[49]. El

49 Luxemburg, *Anticrítica*, p. 107 en la ed. alemana que cita Mattick. Fue imposible hallar el pasaje correspondiente en la ed. en castellano que usamos para cotejar las citas (J. A. T.).

supuesto del que parte Marx, escribía Luxemburg, es que ya existe una situación «de dominio general absoluto del capitalismo sobre la Tierra entera, esa extensión máxima del mercado mundial y la economía mundial hacia la que, *de hecho*, evoluciona la situación económica y política actual»[50]. Pero si eso fuera cierto, no iría a favor de la tesis de Luxemburg sino en contra de ella, puesto que los esquemas de reproducción muestran que, incluso bajo los supuestos de los que parten, la circulación del capital a escala ampliada es posible. Por lo demás, como en la visión luxemburguiana esa situación de predominio absoluto del capitalismo a escala mundial no podría darse en la realidad, Marx se habría inventado una situación simplemente imposible. En realidad, lo que Marx quería era considerar

> el proceso de reproducción en su forma fundamental –prescindiendo de todas las circunstancias que solo sirven para oscurecerlo– para evitar los subterfugios que aparentemente proporcionan una explicación «científica» cuando el análisis recae inmediatamente sobre el proceso social de reproducción social con todas las complicaciones de su forma concreta[51].

Marx estaba pues investigando no un estadio ulterior del capitalismo, sino las conexiones internas fundamentales de la reproducción del modo de producción capitalista; conexiones que no son observables en la superficie de los fenómenos.

50 Luxemburg, *Anticrítica*, p. 56.
51 *El Capital*, II, cap. XXII, p. 406.

Rosa Luxemburg no prestó mucha atención a los cálculos de Otto Bauer, pero Henryk Grossmann sí lo hizo. Grossmann rechazó de plano la teoría de Rosa Luxemburg, pero también rechazó la crítica de Bauer. La interpretación de Grossmann de la teoría de la acumulación parte de la teoría del valor de Marx y considera el problema de la acumulación como problema de valorización que tiene su base en la producción capitalista, aunque aparece en el proceso de circulación. Pero Grossmann no pudo resistir la tentación de entrar en la discusión sobre la acumulación, sobre la aportación de Bauer en particular. Grossmann subrayó que Bauer había conseguido «construir un esquema de reproducción, que (...) da respuesta a todas las exigencias formales que en general puedan planteársele a un esquema de este tipo y no presenta ninguna de las deficiencias que Rosa Luxemburg imputó al esquema de Marx»[52]. Claro que la teoría de la población de Bauer es «una renuncia evidente y descarada de la teoría marxiana de la población», pero también es cierto que «de por sí el esquema de reproducción de Bauer «no tiene nada que ver» con su teoría de la población y puede considerarse independientemente de aquella»[53]. Partiendo de los supuestos de Bauer, Grossmann extendió el esquema, que en la versión de Bauer se limitaba a un desarrollo de 4 años, llegando hasta el año 35. El esquema así expandido por

52 Henryk Grossmann, *Das Akkumulationsund Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, 1929. En castellano, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista: Una teoría de la crisis* (trad. J. Tula, J. Behrend, I. del Carril, J. Aricó), México, Siglo XXI, 1979, p. 68.
53 Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe...*, p. 71.

Grossmann revelaba resultados completamente opuestos a los de Bauer.

Bauer sabía, claro, que una composición orgánica del capital en aumento implica una tasa de ganancia descendente, proceso este que, de todos modos, puede ser atajado por un aumento más rápido de la tasa de plusvalía. Sin embargo, en su esquema la tasa de plusvalía permanece constante, en vez de crecer con la composición orgánica del capital. Rosa Luxemburg ya había mencionado esta incoherencia en su *Anticrítica*[54]. Según Bauer, esa contradicción podría eliminarse introduciendo posteriormente en el esquema una tasa de plusvalía creciente, aunque él mismo no llevó a cabo la tarea. En su esquema, en el que el capital constante crece a una velocidad doble que el capital variable, la tasa de ganancia disminuye. Pero esa caída no frena el crecimiento del capital y el aumento del consumo capitalista. En el esquema de reproducción de Bauer ampliado por Grossmann se llega a un momento en el que la plusvalía producida ya no es suficiente ni siquiera para proseguir la acumulación. El esquema de reproducción de Bauer se convirtió así para Grossmann en una prueba más de que el sistema encuentra límites objetivos determinados por la tendencia, inmanente al mismo, de la tasa de ganancia a caer.

Sin embargo, la ley de la caída de la tasa de ganancia no tiene que ver con los esquemas de reproducción, sean de Marx o de Otto Bauer, sino con la composición orgánica creciente del capital total, independientemente de las relaciones de intercambio de los dos sectores de la

54 Luxemburg, *Anticrítica*, p. 33.

producción. Según Marx las crisis pueden también provenir de desproporciones en la producción y la circulación. Como esas desproporciones, que no serían otra cosa que distribuciones anómalas del capital entre las distintas ramas de la producción– pueden ser resueltas por la misma crisis, el proceso de reproducción puede representarse como un proceso exento de crisis, igual que es posible imaginar un equilibrio de la oferta y la demanda que en la realidad es inexistente. Las crisis originadas en desproporciones del sistema son solo expresión de la anarquía del capitalismo y no del carácter explotador de las relaciones de producción que subyacen a esa anarquía; se resuelven así mediante la redistribución de la plusvalía, sin producción de plusvalía adicional. En cambio, las crisis que resultan de la propia naturaleza de la producción capitalista no pueden superarse por sí mismas, tienen que ser contrarrestadas por la adaptación de la producción de plusvalía a las necesidades de valorización de una estructura de capital modificada; es decir, solo pueden superarse por el incremento de la explotación.

Otto Bauer no se ocupó de las crisis resultantes de las relaciones de producción y de la producción de capital. Las crisis son para Bauer resultado de una desproporción. Pero no en el sentido de Tugan-Baranovsky y Hilferding, sino debida a una acumulación desproporcionada al crecimiento demográfico. En este sentido Bauer mostró que los esquemas de reproducción de Marx pueden usarse para demostrar la posibilidad de acumulación en un capitalismo «puro». Grossmann estaba de acuerdo con Bauer en esto, pero al mismo tiempo Grossmann demostró que la crisis no quedaba descartada. Que la acumulación sea posible en un capitalismo «puro» no significa que se haya

resuelto el problema de valorización intrínseco a la acumulación.

Grossmann tuvo que considerar los esquemas de reproducción de Marx porque todo el debate acerca de la crisis giraba en torno a ellos. Además, toda la atención que se había prestado previamente a esos esquemas había suscitado la impresión de que en ellos estaba la verdadera teoría de la crisis de Marx y que la teoría del hundimiento del capitalismo resultante de la acumulación que está en el primer tomo de *El Capital* sería una concepción posteriormente abandonada por Marx. Si este fuera el caso, la crisis podría limitarse a un problema de desproporciones en el sistema y la conclusión sería que cada crisis puede superarse restableciendo las proporciones perdidas e incluso que las crisis en general podrán eliminarse del todo mediante una mejor organización de la economía. Fueron esos puntos de vista los que hicieron que Rosa Luxemburg atacara las interpretaciones armonicistas de los esquemas de reproducción y que, a la postre, negara todo valor heurístico a esos esquemas.

Para Grossmann, de los esquemas de la reproducción no puede inferirse nada que se refiera directamente a la realidad. Tal como Marx los formuló, los esquemas no indican ni condiciones de equilibrio ni de desequilibrio de la economía. Como solo se ocupan del aspecto del valor del proceso de producción, no pueden «representar el proceso real de acumulación en lo que se refiere a *valores y valores de uso*»[55]. Grossmann pensaba que los esquemas deben entenderse a la luz del

55 Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe*, nota 61 al pie de p. 71.

método de aproximación sucesiva de Marx, que requiere modificaciones y extensiones ulteriores para que el modelo dé una imagen completa de la realidad. Si Marx quería incluir en los esquemas de reproducción «el intercambio de mercancías como supuesto necesario del modo capitalista de producción, debía forzosamente representar no *un* capitalista sino, por lo menos dos productores o grupos de productores de mercancías independientes»[56], de lo que resulta la partición en dos sectores de los esquemas de reproducción. Pero el esquema de reproducción «no pretende ser por sí mismo una imagen de la realidad capitalista concreta, no es más que una escala en el procedimiento de aproximación de Marx y forma un todo indisoluble con los supuestos simplificadores que están en la base del esquema y con las modificaciones ulteriores en el sentido de una concretización progresiva»[57].

Este paso en un proceso de aproximaciones sucesivas que lleva a una comprensión del capital como proceso global era sin embargo de especial importancia para Grossmann, ya que, en su opinión, constituía el elemento central de la estructura de *El Capital*. Indicando que en 1863 Marx cambió el plan de su obra, Grossmann sostenía como muy probable que esa modificación estuviese relacionada con el descubrimiento del esquema de reproducción, que Marx hizo en la misma época. Esa

56 Henryk Grossman, «Die Änderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxschen Kapital und ihre Ursachen». En castellano, «Modificación del plan originario de la estructura de El Capital de Marx y sus causas», en *Ensayos sobre la teoría de las crisis* (trad. A. García Ruiz), México, Pasado y Presente, 1979, p. 61.

57 Grossmann, «Modificación del plan...».

interpretación encuentra apoyo en la perspectiva metodológica que realmente siguió la redacción final de *El Capital*, en la que el material empírico se articula «de acuerdo con las funciones del ciclo del capital»[58].

Sin embargo, ya en 1857, en sus cuadernos que luego se publicaron como *Grundrisse*, Marx había esbozado un esquema de reproducción que, aun siendo más simple que los posteriores, ilustra la circulación entre los diferentes sectores de la producción[59]. Grossmann no podía saber esto cuando escribió sobre este tema, ya que los *Grundrisse* no se habían publicado. Pero lo cierto es que la idea de los esquemas de reproducción es anterior al descubrimiento de 1863. Aun cuando este pueda haber influido en la forma definitiva de dichos esquemas, no fue determinante del plan estructural de *El Capital*. Y lo que importa al respecto es que, ya en los *Grundrisse*, Marx subordinaba los problemas del intercambio a la valorización del capital. En este proceso que Marx denominó de reproducción simple,

> al llegar a un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (nivel que determina la relación entre trabajo necesario y plustrabajo) el producto se divide en proporciones fijas en una parte que corresponde a las materias primas, máquinas, trabajo necesario y plustrabajo, y el plustrabajo, a su vez, se divide en una parte destinada al consumo y otra que se convierte nuevamente en capital. Esta división interna, inherente al concepto de capital, se presenta en el intercambio de tal modo que el intercam-

58 Grossmann, «Modificacion del plan...», p. 47.
59 *Grundrisse*, I, p. 310 y ss.

> bio de los capitales entre sí se da en proporciones determinadas y restringidas, aunque siempre cambiantes en el transcurso de la producción (...) De por sí *el intercambio* da a estos elementos mutuamente determinados un carácter en apariencia indiferente, ya que existen independiente uno del otro; sin embargo, su necesidad interna *se revela* en las crisis, que ponen violentamente fin a esta apariencia de mutua indiferencia[60].

Para Marx la valorización del capital es «producción acrecentada de nuevos valores»[61] de modo que la reproducción del capital solamente puede entenderse en tanto que acumulación. Toda revolución en las fuerzas productivas modifica las relaciones de intercambio, que «desde el punto de vista del capital y, por tanto, de la valorización mediante el intercambio, tienen *siempre como base la relación entre el trabajo necesario y el plustrabajo* o (...) entre los diversos elementos del trabajo objetivado y el trabajo vivo»[62]. Comoquiera que esto afecte al intercambio, este habrá de efectuarse de tal manera que «se mantenga la proporción entre plustrabajo y trabajo necesario, lo que equivale a la constancia de la valorización del capital»[63]. La crisis aparece para «restablecer la proporción adecuada entre el trabajo necesario y el plustrabajo, que es, en definitiva, la base sobre la que todo se fundamenta»[64]. El intercambio, prosigue Marx,

60 *Grundrisse*, I, pp. 310-311.
61 *Grundrisse*, I, p. 310.
62 *Grundrisse*, I, p. 311.
63 *Grundrisse*, I, p. 311.
64 *Grundrisse*, I, p. 313.

no altera las condiciones internas propias de la valorización. Lo que hace es proyectarlas hacia afuera y darles forma independiente, haciendo que su unidad exista como necesidad interna que en las crisis se manifiesta violentamente al exterior. En la esencia del capital van implícitas por tanto ambas tendencias, la de la desvalorización del capital en el el proceso de producción y la que lleva a la anulación de esa desvalorización y restablece las condiciones para la valorización del capital»[65].

La crisis no aparece aquí como resultado de la aparición de una desproporcionalidad en la relación entre producción y consumo, sino como algo que fuerza el restablecimiento de la «proporción» entre trabajo necesario y plustrabajo que se habría perdido en el desarrollo independiente, descoordinado, del intercambio y la producción. Dicho de otra forma, a pesar de la necesaria unidad de producción y circulación, la unidad del proceso se pierde y se recupera temporalmente por medio de la crisis. Esta regulación no implica en esencia sino el restablecimiento de la valorización que, por supuesto, ha de manifestarse también en desplazamientos de las relaciones entre las esferas de la producción y de la circulación. Los cambios del proceso global del capital están determinados por tanto por los movimientos de la ganancia y de la acumulación. Las *formas concretas* en las que estos procesos tienen lugar solo pueden desarrollarse, según Marx, una vez que se introducen en el análisis la competencia y el capital real.

Los títulos de los tres tomos de *El Capital* –«El proceso de producción», «El proceso de circulación», «El proceso de producción capitalista en su conjunto»– ilustran la estructura de la obra. El proceso en su conjunto, en tanto que unidad del proceso de producción y circulación, corresponde al proceso de reproducción capitalista real. Ese proceso se presupone al analizar separadamente la producción y la circulación, que es lo mismo que decir que los tomos I y II, basados en la teoría del valor y dedicados a los procesos de producción y de circulación, se refieren a fenómenos que en la realidad aparecen de otra manera. Esto no significa que el análisis de la producción en términos de valor o el análisis de la circulación en términos de intercambio de valores no sean análisis del mundo real. Lo son, pero sus categorías representan el mundo como experimentado de manera modificada. De la misma manera que «el capital en general, en tanto que se diferencia de los capitales individuales concretos, tiene también una existencia real»[66], también la tienen el intercambio en términos de valor y el valor en tiempo de trabajo de una mercancía, aunque solo puedan manifestarse en la sujeción de la economía capitalista a las leyes del valor que le son intrínsecas. La transformación de los valores en precios de producción no convierte en ficciones al valor o a los esquemas de reproducción basados en relaciones de valor, porque el fundamento de los precios de producción que se hallan en la realidad son los valores determinados por el tiempo de trabajo.

Así al estudiar aisladamente la circulación no es necesario entrar en las relaciones de intercambio que tienen lugar en la realidad del proceso de reproducción. Incluso en el contexto abstracto de los esquemas de

65 *Grundrisse*, I. p. 313-314.

66 *Grundrisse*, I, p. 315-316.

reproducción, el proceso de reproducción requiere determinadas proporciones de las relaciones de intercambio. Marx desarrolló los esquemas de la reproducción precisamente para dar cuenta de esas relaciones proporcionadas. Los esquemas no pretenden describir la realidad excepto en la medida que representan un proceso que ha de llevarse a cabo en la reproducción real, aunque en formas diferentes a las del modelo abstracto. La acumulación solo puede proceder cuando el trabajo guarda una relación proporcionada, adecuada, con el plustrabajo y también ha de haber relaciones proporcionadas entre los dos sectores de la producción y los intercambios entre ellos. Cuando no se da esa proporcionalidad sobreviene la crisis para imponer las proporciones adecuadas para la continuación de la acumulación. Si se quisiera hablar de la proporcionalidad necesaria entre ganancia y acumulación como si se tratara de un estado de «equilibrio» –que ciertamente no es– la falta de esa proporcionalidad podría considerarse entonces un estado de «desequilibrio». En ambos casos no se trata más que de la presencia de una tasa de ganancia suficiente o insuficiente para que haya acumulación.

Grossmann explica que los esquemas de reproducción no están pensados para «exponer el proceso de acumulación real en términos de valor y de valor de uso» y a eso habría que añadir que Marx no hizo mediante los esquemas una representación del «proceso de acumulación real»; de todas formas, los esquemas sí que se refieren tanto a valores como a valores de uso. Precisamente, la función de los esquemas es poner de relieve que cuando se consideran los capitales individuales, la forma natural del producto, el carácter o tipo de mercancía, no tienen ninguna importancia.

Pero este método puramente formal de exposición no basta ya cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase capitalista y de la clase obrera constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; y este movimiento no es solamente reposición de valor, sino también reposición de materia, por cuya razón se halla condicionado tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su forma material[67].

Para Marx el análisis de la producción en términos de valor es la premisa indispensable para comprender el capital y sus leyes de movimiento, a pesar de que no son valores sino precios de producción los que gobiernan el mercado y solo al considerar teóricamente el capital en su conjunto vuelven a coincidir precios y valores. De la misma forma, el análisis del proceso de circulación en términos de valor es el primer paso para la comprensión científica de la reproducción capitalista, aunque aquí también el intercambio está regulado por precios de producción que de entrada reflejan el valor de uso de las mercancías. Lo que Marx intenta poner en claro es que, independientemente de las modificaciones de las relaciones de valor que se originan en las relaciones de mercado, las mismas relaciones de valor llevan ya en su seno el germen de la crisis. Resulta así que la reproducción del capital

67 *El Capital*, II, cap. XX, pp. 351-352.

simplemente por basarse en un intercambio regulado por valores, que es al mismo tiempo intercambio de valores de uso, es un proceso jalonado de crisis.

> El hecho de que la producción de mercancías sea la forma general de la producción capitalista lleva ya implícita la función que desempeña en ella el dinero, no solo como medio de circulación, sino también como capital-dinero, y engendra ciertas condiciones del intercambio normal que son peculiares de este modo de producción y por tanto condiciones del desarrollo normal de la reproducción, lo mismo en escala simple que en escala ampliada; y que se truecan en otras tantas condiciones de desarrollo anormal, en otras tantas posibilidades de crisis, puesto que el mismo equilibrio constituye algo fortuito dentro de la estructura elemental de este régimen de producción[68].

Marx muestra entonces cómo el equilibrio aparente de la reproducción simple se convierte en desequilibrio a causa del carácter doble de la mercancía como valor y como valor de uso. Así, por ejemplo, el desgaste y la necesidad de reposición del capital fijo trastornan las condiciones de intercambio según los valores de tal forma que se imposibilita una reproducción equilibrada[69]. Sin entrar en detalle en los ejemplos que muestra Marx de las desproporciones que aparecen en la reproducción simple, lo que sí interesa señalar aquí es que tales ejemplos se refieren únicamente a la reproducción

68 *El Capital*, II, cap. XXI, p. 440.
69 *El Capital*, II, cap. XXI, p. 463.

capitalista. Tal como explica Marx, si se eliminara el capitalismo, todo lo que concierne a

> la reproducción el problema quedará reducido al hecho de que la magnitud de la parte del capital fijo que se agota y que, por tanto, debe reponerse en especie (...) varíe en años sucesivos, compensándose así. Si un año es muy grande (...) al año siguiente será, indudablemente, menor. La masa de materias primas, artículos a medio fabricar y materias auxiliares necesaria para la producción anual de artículos de consumo (...) no disminuirá, por tanto; la producción global de medios de producción deberá, por consiguiente, aumentar en unos casos y disminuir en otros. Solo se podrá hacer frente a esto mediante una continua superproducción relativa; por una parte, una cierta cantidad de capital fijo que produzca más de lo directamente necesario; por otra parte, y muy concretamente, existencias de materias primas, etc., que excedan de las necesidades inmediatas anuales (...) Este tipo de superproducción equivale al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción. Pero dentro de la sociedad capitalista es un elemento de anarquía[70].

Así pues, lo que pretenden los esquemas de reproducción simple y ampliada no es demostrar un intercambio sin fricciones que haga que las dos esferas de la producción estén en equilibrio, sino demostrar que una hipotética situación de ese tipo sería imposible tanto en el capitalismo como en una sociedad socialista. Además,

70 *El Capital*, II, cap. XX, p. 416-417.

mientras que en el socialismo sería necesaria la superproducción para asegurar que se satisfacen las necesidades sociales y sería por tanto una situación normal, la misma situación en el capitalismo, en donde se presenta como reproducción excesiva o deficitaria, supone un problema de desorganización y crisis. A Marx no podría habérsele ocurrido que de sus esquemas de reproducción se pudiera deducir un desarrollo armónico de la acumulación ya que antes de los esquemas estaba el primer tomo de *El Capital*, en el que se predecía sin ambigüedades el hundimiento del capitalismo.

Quizá hubiese sido mejor, con el fin de prevenir cualquier interpretación armonicista, no investigar el proceso de circulación partiendo de intercambios en términos de valor, ya que el cálculo en términos de valor solo tiene sentido cuando se refiere al capital en su conjunto. La explicación de Grossmann que justifica los esquemas de reproducción por la circunstancia de que el intercambio de mercancías presupone la presencia de al menos dos entes sociales intercambiantes no parece convincente, ya que eso es una evidencia que no necesita demostración; además el intercambio realmente se realiza en términos de precios, no de valores, por lo cual la partición del sistema en dos sectores puede hacerse directamente en términos de precios de producción sin una descripción preliminar en términos de valor.

Las objeciones de Rosa Luxemburg se dirigían a los esquemas de reproducción construidos por Marx en términos de valor, a partir de esa base ella mostraba que el equilibrio supuesto por Marx era insostenible (cosa que el mismo Marx había demostrado, aunque con otros argumentos). Grossmann corrigió a Rosa Luxemburg con el argumento de que el desequilibrio en los esquemas de reproducción basados en valores podría convertirse en equilibrio en un esquema basado en precios de producción. O sea, que la fracción de plusvalía que según Rosa Luxemburg era invendible dentro del sistema podría absorberse totalmente en él por la formación de una tasa media de ganancia a través de la competencia y la distribución subsiguiente de la plusvalía total.

Sin embargo, según Grossmann, los esquemas de reproducción de Marx representan

> la línea media de la acumulación, vale decir, el curso ideal normal en el que la acumulación se lleva a efecto equilibradamente en las dos esferas de la producción. En realidad, se presentan desviaciones de esa línea media, pero son desviaciones que resultan inteligibles a partir de aquella línea media ideal. El error de Rosa Luxemburg consiste precisamente en considerar como exposición exacta del desarrollo real lo que no es sino un simple curso normal ideal entre otros muchos casos posibles[71].

Con esta explicación volvemos a situarnos en el terreno teórico de Tugan-Baranovsky, Hilferding y Otto Bauer, que se referían también solamente a un «curso ideal normal» sometido en realidad a interrupciones determinadas por todo tipo de desproporciones o «desviaciones» respecto de esa «trayectoria promedio». También en estos autores hay un «curso normal» de la acumulación teóricamente pensable en el que las «desviaciones» de la «trayectoria promedio» revierten siempre hacia ella, de manera que tendencialmente se impone el equilibrio,

71 Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe...*, p. 161.

con lo que se justifica la idea de que el sistema no se enfrenta a límites objetivos. De este modo, el intento de Grossmann de oponer al desequilibrio luxemburguiano un equilibrio marxiano (por una parte como «trayectoria promedio» de una reproducción ficticia en términos de valor, por otra como solución del desequilibrio por medio de la transformación vía competencia de los valores en precios) conduce a una concesión completamente innecesaria de que los esquemas de reproducción, de una forma u otra, demuestran la posibilidad de un intercambio sin fricciones entre los sectores de la producción.

Para Marx, las dificultades esenciales del capitalismo no se derivan de las relaciones de intercambio de los diversos capitales –aunque estas también existen– sino de las relaciones de producción que *aparecen* como relaciones de intercambio. La realización de la plusvalía es un problema que el capital ha de resolver por sí mismo y que resulta de la relación de explotación que está en su base, en la producción. Si el capital no pudiera realizar la plusvalía, tampoco podría existir, ya que no es otra cosa que plusvalía. Su mera existencia demuestra que el capital está en condiciones de transformar la plusvalía en capital. La acumulación creciente aporta la prueba de que el capital es capaz de realizar una masa creciente de plusvalía. La realización de la plusvalía no tiene en realidad nada que ver con los trabajadores, ya que estos producen tanto su propio valor como la plusvalía y realizan su propio valor mediante su consumo. La plusvalía se realiza mediante la acumulación y el consumo capitalista (que incluye los costos improductivos de la sociedad).

Lo que para Rosa Luxemburg importaba no era la realización misma de la plusvalía, que no puede ponerse en duda, sino el mecanismo a través del cual esa realiza-

ción se llevaría a cabo. Ese mecanismo no es observable en los esquemas de reproducción, ya que se halla implícito en el supuesto de que la plusvalía encuentra su realización en la circulación del capital. Marx podría haber desarrollado un esquema de la reproducción sin ese supuesto, pero eso no habría tenido sentido, ya que la acumulación del capital presupone tanto teórica como prácticamente la realización de la plusvalía. Rosa Luxemburg consideró que tal supuesto no era mantenible en un sistema cerrado. Aun prescindiendo por completo de los esquemas de reproducción, a su juicio era incomprensible la transformación en dinero de la plusvalía a acumular.

Para ella estaba claro que el comercio exterior entre naciones capitalistas no soluciona nada a este respecto, pues solo traslada el problema a un ámbito mayor. Lo que hace falta son compradores que no vendan, que lo único que hagan sea cambiar por dinero la plusvalía producida en los países capitalistas bajo la forma de mercancías. De dónde sacarían esos compradores el dinero necesario para actuar del modo citado no queda claro en su exposición, pero tendría que surgir de relaciones de explotación no capitalistas, que, por consiguiente, habrían de ser lo suficientemente fructíferas para absorber toda la plusvalía producida en los países capitalistas y destinada a la acumulación. De esta manera, la producción de plusvalía depende de la explotación de los asalariados en los países capitalistas, pero esto no garantiza la acumulación, con lo que a la postre la acumulación del capital tiene como condición última la explotación de países no capitalistas.

Esta fantástica idea implica que todo el capital acumulado en el mundo capitalista es posible solo por la

explotación del mundo no capitalista y que este último ha de absorber un volumen de mercancías adecuado a la acumulación, de un valor tal que una vez realizado como dinero, permitiría que la acumulación continuara. Si eso fuera posible, y no lo es, sería un ejemplo de lo que suele ser válido para los intercambios exteriores en general, a saber, que tener en cuenta el comercio exterior «cuando se trata de analizar el valor del producto reproducido anualmente solo sirve para mover a confusión sin aportar ningún criterio nuevo ni en cuanto a los términos del problema ni en cuanto a su solución»[72].

El dinero es también una mercancía y el intercambio de mercancías por dinero, se efectúe en el ámbito capitalista o en el mercado mundial, sigue siendo intercambio de mercancías y en él la forma dinero de la mercancía solo es una fase del proceso de circulación.

Marx también se había dado cuenta de que hay un problema de realización. Pero para él se trataba de un problema específico del mundo capitalista que no podía resolver la existencia de países no capitalistas. La anarquía de la producción y la acumulación capitalistas excluye *permanentemente* la realización de una parte de la plusvalía producida, por lo que la plusvalía realizada es siempre diferente a la plusvalía producida. Que haya exceso o falta de mercancías respecto al mercado solo se descubre a posteriori, después de la producción. El valor y la plusvalía incorporados en las mercancías invendibles se pierden y consiguientemente no pueden capitalizarse. Cuando la producción destinada a la expansión alcanza un punto tal que pone en cuestión su valoriza-

72 *El Capital*, II, cap. XX, sección XII, p. 418.

ción, la producción se frena y aparecen mercancías invendibles cuyo valor no puede realizarse por medio de la acumulación, con lo cual no puede realizarse de ninguna manera. Así la interrupción de la acumulación aparece como un problema de realización porque, de hecho, hay mercancías que no se venden. La sobreproducción, en tanto que manifestación en el mercado de la sobreacumulación de capital, aparece solo en forma de dificultades crecientes para la realización y por ello se atribuye a estas, a pesar de que su verdadero origen se halla en la divergencia (inobservable) entre la producción y la valoración. Así, para Marx existen dos tipos de problemas de realización, uno el que depende y es expresión de la anarquía capitalista; otro, el que depende de la crisis y aparece como divergencia manifiesta en el mercado entre la ganancia producida y las exigencias de plusvalía de la acumulación ampliada.

De lo anterior se deduce que la acumulación del capital no depende de la realización de la plusvalía, sino que es la realización de la plusvalía la que depende de la acumulación. Pero esto no basta para explicar el mecanismo del proceso de realización. Para cada capital la suma de dinero resultante de la venta de sus mercancías ha de exceder el total de capital avanzado. De la misma forma, comparada con ese capital total expresado en dinero, la plusvalía total expresada en dinero ha de ser una cantidad mayor. Pero, ¿de dónde proviene ese dinero adicional? Para Marx eso no era problemático. La solución, provisional, pero completamente suficiente a efectos de análisis abstractos del proceso de la circulación, estaba, para él, en la producción de oro y en el crédito. Solo en el tratamiento de las relaciones mercantiles concretas era necesario, desde su punto de vista, inves-

tigar más a fondo la función del dinero en el proceso de circulación[73].

En la discusión anterior de las respuestas de Bujarin y de Otto Bauer a la pregunta de Rosa Luxemburg acerca de la procedencia del dinero necesario para convertir los valores de las mercancías en capital adicional ya encontramos la contestación de Marx a esta pregunta. Por lo demás, para Marx el asunto no es tanto si la producción de oro puede suministrar un flujo monetario suficiente y en constante aumento, sino más bien lo contrario, ya que Marx veía como importante para el capital la restricción de la producción de oro para uso monetario en interés de la acumulación.

> La suma total de la fuerza de trabajo y de los medios sociales de producción invertidos como medios de circulación en la producción anual de oro y plata representa una partida importante de los *faux frais*[74] del régimen capitalista de producción y de todo régimen basado en la producción de mercancías. Sustrae al empleo social una suma proporcional de posibles medios adicionales de producción y de consumo, es decir, una parte proporcional de la riqueza efectiva. En la medida en que, partiendo de una escala dada e invariable de la producción o de un determinado grado de extensión, se reducen los gastos de esta maquinaria tan cara de circulación, aumenta la fuerza productiva del trabajo social. Por consiguiente, en la medida en que los recursos que se van perfeccionando con el régimen de crédito surten este efecto, aumenta directamente la riqueza capitalista, bien porque de este modo se efectúe sin intervención alguna de dinero real una gran parte del proceso social de producción y de trabajo, bien porque se eleve así la capacidad de funcionamiento de la masa de dinero que se halla realmente en funciones[75].

73 *El Capital*, II, cap. XVII.

74 Gastos añadidos, suplementarios o imprevistos (J.A.T.).

En tanto que medio de circulación, el oro y la plata como mercancías-dinero representan un gasto excesivo e innecesario. Por esta razón el capital siempre ha buscado sustituir el dinero-mercancía por instrumentos monetarios simbólicos. Con el desarrollo de la banca y del sistema crediticio, el dinero-mercancía perdió su primitiva importancia. Como el concepto de mercancía implica el de dinero, la moneda-oro fue un fenómeno histórico pero no necesario en la circulación de mercancías. Dado que todas las mercancías representan potencialmente dinero y que este tiene a su disposición todas las mercancías en el ámbito nacional y cada vez más en el ámbito internacional, cualquier medio de pago puede servir como medio de intercambio. El dinero se crea en el sistema bancario. El volumen de crédito ofrecido por el sistema bancario depende de la creación de dinero por parte del Estado –mediante la impresión de papel moneda y certificados del Tesoro– y de los coeficientes de reserva del total de depósitos[76] de los bancos, que fija el Estado. El crédito no esta cubierto más que parcialmente por las reservas bancarias, pero en general está asegurado por las disponibilidades de capital del prestatario. Donde

75 *El Capital*, II, cap. XVII, pp. 309-310.

76 Que se denominan de forma diversa, por ej. coeficiente de caja, encaje bancario (J.A.T.).

no hay equivalente de capital a mano, tampoco hay crédito. Este por tanto no se relaciona con el *dinero*, sino con el *capital* de que se dispone.

En el proceso de circulación el capital acumulado toma unas veces la forma de mercancía y otras veces la forma de dinero. Los medios de producción y las mercancías pueden convertirse en dinero y viceversa y así la disponibilidad de capital puede manifestarse como posesión de dinero. Aunque «capital» significa dinero, también comprende todas las mercancías, cualquiera de ellas tiene la facultad de ocupar el lugar del dinero. Ciertamente las mercancías lanzadas al mercado han de ser cambiadas por dinero, pero en esas mercancías solo está materializada una parte del capital existente, de forma que en un momento dado solo una parte del capital existente adopta la forma de dinero. En general el volumen monetario que se necesita está determinado por los precios de las mercancías que entran en la circulación y por la velocidad de circulación del dinero, modificada por los pagos que se compensan recíprocamente o que se postergan.

Obviando por el momento el que el dinero se ha acumulado desde hace siglos en forma de dinero-mercancía (cuyo volumen ha aumentado continuamente con el progreso de la producción de metales preciosos) que puede intercambiarse directamente contra otras mercancías, lo cierto es que la acumulación capitalista se ha liberado de estas limitaciones por medio del mecanismo crediticio, basado en el capital ya acumulado. La transformación de la plusvalía en capital adicional puede llevarse a cabo sin necesidad de dineromercancía adicional, el capital puede acumularse en forma de capital-mercancía. Cuando ello ocurre, frente al dinero crediticio necesario no existe ningún dinero-mercancía, se trata de la «forma simbólica» de un dinero adicional que no existe contemporáneamente pero que basta para que el valor-mercancía se convierta en capital adicional que a su vez determina una nueva expansión del crédito. Así la misma acumulación del capital soluciona el problema de las necesidades de dinero adicional y hace desaparecer por medio de las técnicas financieras las dificultades de la realización.

Para que el dinero pueda actuar como capital ha de dejar de ser dinero, es decir, ha de invertirse en medios de producción y en fuerza de trabajo. La transformación de la plusvalía en dinero no es más que una etapa dada por el mercado en su transformación en capital adicional. Es completamente indiferente que intervenga aquí el dinero-mercancía o el dinero simbólico. Sin embargo, este último puede incrementarse a voluntad y adaptarse así a las exigencias de la acumulación, ya que se expande con el capital que se acumula y que también le pone límites. Así se llega a la situación que para Rosa Luxemburg era tan inverosímil, a saber, la producción por la producción misma, que ella creía imposible en un sistema cerrado por no hallar explicación para el dinero adicional que sería necesario.

Si el capital puede realizar su plusvalía mediante la acumulación, los capitales incrementados tendrán su representación en mayores sumas de capital-dinero. Sin embargo, la acumulación no depende del dinero o del crédito, sino de la tasa de ganancia, de la rentabilidad. Cuando disminuye la ganancia y con ella la tasa de acumulación, descienden tanto la demanda agregada como la demanda de crédito. La falta de demanda aparece como una falta de dinero y la crisis de la producción

como crisis financiera. Por eso le parecía a Marx importante «partir siempre [...] de la circulación metálica en su forma más simple y primitiva, ya que con ello el flujo y el reflujo, la compensación de saldos, en una palabra, todos los aspectos que en el sistema de crédito aparecen como procesos conscientemente regulados, se presentan aquí como fenómenos independientes del sistema de crédito, bajo su forma elemental y no, como ocurre luego, de forma reflejada»[77].

Por otra parte, en la época en que Marx estaba escribiendo *El Capital* la expansión de la producción y la formación de nuevos capitales monetarios estaban condicionadas por un sistema de crédito todavía basado en la circulación de metales preciosos[78], circunstancia que no corresponde al funcionamiento del sistema crediticio actual. Pero el surgimiento constante de métodos nuevos para realizar la plusvalía convirtiéndola en capital adicional tiene tan solo interés histórico y lo que refleja es simplemente el peso creciente del capital que entra al proceso de acumulación. El sistema de crédito basado en el dinero metálico cumple las mismas funciones que el que no tiene esa base. En ambos el crédito está regulado por el movimiento del capital. No puede hacerse autónomo porque tiene significado en relación a los procesos productivos reales que están en su base. Lo mismo que el dinero, el crédito no puede producir nada, solo puede proporcionar el medio para que la plusvalía que surge de la producción fluya hacia la acumulación. Si el volumen de plusvalía realmente producido es insuficiente para ser valorizado y capitalizado, el crédito no podrá remediarlo y fracasará como medio facilitador de la acumulación del capital.

77 *El Capital*, II, cap. XXI, p. 445.

78 *El Capital*, II, cap. XXI, especialmente pp. 444-445.

La acumulación por la acumulación misma –es decir, sin consideración ni para las necesidades sociales ni tampoco para las necesidades de valorización del capital mismo– es precisamente lo característico de la producción de plusvalía y no debería suscitar extrañeza. La competencia sobre la base de la producción de valor fuerza a todos los capitales a acumular por motivos de supervivencia. O se crece o se desaparece. El resultado final de todo ese esfuerzo es el crecimiento del capital en su conjunto y los cambios en las relaciones de valor que esto comporta y que llevan a la caída de la tasa de ganancia, en cuanto el impulso ciego a acumular va más allá del nivel alcanzado por la productividad del trabajo.

Cuando la plusvalía no es suficiente para que el proceso de acumulación pueda continuar dando ganancia suficiente, tampoco puede ser realizada en la acumulación; surge así la plusvalía no realizada de la sobreproducción. Si no existe plusvalía que pueda transformarse en capital adicional, no habrá dinero adicional ni crédito que puedan transformar la plusvalía en capital. Para no verse en esa situación de crisis, el capital ha de acumular ininterrumpidamente, pero eso solo es posible con un crecimiento continuado de la productividad del trabajo que mantenga latente la tendencia de la tasa de ganancia a descender. Pero el fracaso de la coordinación entre la producción material y las exigencias en términos de valor de la acumulación de capital se pone de manifiesto en las crisis, cuya función es recomponer desde fuera las conexiones internas de la producción de capital, para así hacer posible una ulterior expansión.

El elemento decisivo de la producción capitalista es la plusvalía. Por la tendencia de la tasa de ganancia a caer, la plusvalía puede hacerse muy pequeña, pero nunca es demasiado grande, ni para el capital social en conjunto ni para cada capital individual. La producción capitalista siempre se enfoca al aumento de la plusvalía para asegurar su supervivencia. El capital siempre ve la plusvalía como insuficiente, aunque esté en aumento. Si en una rama de la producción el capital se encuentra con que el mercado le pone limitaciones, se traslada a otras ramas o a ramas de nueva creación hasta que encuentra otros límites del mercado. Así, en el curso de la acumulación se modifica el aspecto material de las relaciones de mercado y con ello aparecen nuevas necesidades como expresión de la expansión de las fuerzas productivas de la sociedad y su aplicación a mayor escala y en ámbitos más amplios. La riqueza material crece también con el despliegue en términos de valor de la acumulación. El consumo de los capitalistas puede desarrollarse enormemente, puede crecer la masa de las capas improductivas de la sociedad e incluso los trabajadores pueden mejorar su situación por la disminución del valor de los bienes de consumo. Todo ello gravita sobre la plusvalía y hace que permanentemente haya intentos para aumentarla de forma que se sostenga el proceso. En esas condiciones no puede haber nunca un exceso de plusvalía, pero sí una insuficiencia, que antes o después llegará, manifestándose en el mercado como sobreproducción e insuficiente demanda. El capitalismo ha de acumular porque en caso contrario entra en crisis. Cualquier equilibrio es realmente una situación de crisis que en el dinamismo de la economía solo puede llevar a su desmoronamiento o a un nuevo proceso expansivo. Cualquier concepto de equilibrio contradice así la realidad de la economía capitalista. Si sirve para algo, será como hipótesis metodológica para investigar aspectos concretos de la dinámica económica. Pero los marxistas han hecho coro más de una vez con los economistas burgueses invocando supuestas tendencias al equilibrio de la economía capitalista y de su desarrollo. Uno fue Bujarin, según el cual toda la elaboración de *El Capital*

> comienza con el análisis de un sistema en equilibrio completamente estable. Posteriormente se van añadiendo elementos cada vez más complejos. El sistema fluctúa, sufre oscilaciones, se hace dinámico. Pero esas fluctuaciones no dejan de estar reguladas por leyes y a pesar de que aparecen perturbaciones abruptas del equilibrio (crisis), el sistema, como un todo, se mantiene. La perturbación del equilibrio lleva a un nuevo equilibrio de un orden superior, podríamos decir. Solo a partir de las leyes del equilibrio puede irse más allá para plantear los vaivenes del sistema. Las crisis mismas no se consideran como una eliminación del equilibrio sino como perturbaciones del mismo; Marx consideraba necesario descubrir la ley de ese movimiento y comprender cómo se perturba el equilibrio y, también, cómo se restablece[79].

79 N. I. Bukharin, *Economics of the Transformation Period* [1922], Nueva York, Bergman, 1971, p. 139. En castellano, N. Bujarin, *Teoría económica del período de transición*, Córdoba, Pasado y Presente, 1972.

Bujarin resume su concepción del equilibrio de la siguiente manera:

> La ley del valor es la ley del equilibrio del sistema de producción simple de mercancías. La ley de los precios de producción es la ley que gobierna el equilibrio del sistema de producción de mercancías modificado, el sistema capitalista. La ley de los precios de mercado gobierna a su vez las oscilaciones de este sistema. La ley de la competencia gobierna el restablecimiento continuo del equilibrio perturbado. La ley de las crisis gobierna las necesarias perturbaciones periódicas del equilibrio del sistema y su restablecimiento[80].

Este postulado del equilibrio es el punto de partida de todas las teorías de las desproporciones y del subconsumo según las cuales las crisis han de verse como perturbaciones del equilibrio y su superación como restablecimiento del mismo. Sin embargo, el uso de la idea del equilibrio por parte de Marx es solo una hipótesis metodológica provisional que usa para elaborar una teoría abstracta sin pretensión de representar procesos de la realidad. A menudo se trata de una mera tautología, como por ejemplo cuando se supone el equilibrio de la oferta y la demanda que de todas formas no juega papel alguno ni en el análisis del capital en su conjunto ni en el del proceso de producción aislado. A menudo el concepto de equilibrio es *un punto de partida* para describir el desarrollo del capital y en el contexto de ese desarrollo no tiene significado alguno. Para Marx lo que domina la

80 Bujarin, *Economics of the Transformation Period*, p. 139.

economía no son las tendencias al equilibrio, sino la ley del valor, que se impone «al modo como se impone la ley de la gravedad cuando se le cae a uno la casa encima»[81].

Las crisis no suponen una perturbación insuperable del equilibrio, sino la interrupción temporal del proceso de valorización del capital, que ni antes ni después de la crisis se caracteriza por equilibrio alguno. Que la crisis se supere no indica ningún restablecimiento de algún equilibrio que se hubiera perdido. Lo que indica es que el sistema, a pesar de su ininterrumpida dinámica, consigue incrementar la plusvalía lo suficiente para que se produzca una fase ulterior de expansión. «En cuanto al volumen de la producción no existe un equilibrio al que el sistema vuelve cuando se producen desviaciones (...). El ciclo industrial no es una oscilación en torno a una situación media determinada por alguna necesidad»[82]. Ciertamente Marx escribió una vez que no hay crisis permanentes[83], pero lo que eso quiere decir no es como pretende Bujarin que la crisis sea la perturbación del equilibrio que «lleva a un nuevo equilibrio de un orden, por así decirlo, superior», sino que la acumulación interrumpida a un determinado nivel de la producción capitalista puede proseguir a otro nivel. Del análisis abstracto de la acumulación en términos de valor se deduce que esto no será siempre posible. Pero mientras el capital sea capaz de adaptar la plusvalía, mediante la crisis, a las exigencias de la acumulación, cada crisis será de naturaleza temporal.

81 *El Capital*, I, cap. I, p. 40.

82 A. Pannekoek, «Theoretisches zur Ursache der Krise», *Die Neue Zeit*, 1913, No. 22, pp. 783792.

83 *Teorías sobre la plusvalía*, II, cap. XVII, nota al pie de p. 457.

Ahora bien, incluso una teoría de la crisis que prescinda de toda consideración de equilibrio ha plantearse el problema de cómo va a derrumbarse el capitalismo si es posible que supere cada una de sus crisis. Así, por ejemplo Otto Benedikt le preguntaba a Henryk Grossmann, para quien el derrumbe del sistema sería una crisis insuperable, «¿En qué se distingue ese "punto económico final" de las crisis superables, por qué ya no es superable esa crisis última?»[84]. Siguiendo la teoría de la desproporcionalidad de Lenin, Benedikt llegaba a la conclusión de que, independientemente de que sea o no válida, la teoría de la crisis de Grossmann es simplemente una teoría de la crisis, no una teoría del hundimiento del capitalismo. Según Benedikt, en la cuestión de la crisis no se trata de la posibilidad o de la imposibilidad de una acumulación continuada, «sino de un proceso dialéctico, creciente e inevitable, de perturbaciones, contradicciones y crisis, no una imposibilidad absoluta, puramente económica, de que prosiga la acumulación, sino una constante alternancia entre la superación de la crisis y su reproducción a un nivel más alto hasta la destrucción del sistema por el proletariado»[85]. Grossmann podría haber dado la misma respuesta que Benedikt y que dieron también todos los participantes en la discusión del problema de las crisis, en sus diversas variantes reformistas o revolucionarias. A la postre no puede haber un derrumbe «puramente económico» o «automático». Para Tugan-Baranovsky, Hilferding y Otto Bauer son los movimientos sociales ética y

84 O. Benedikt, «Die Akkumulation des Kapitals bei wachsender organischer Zusammensetzung», *Unter dem Banner des Marxismus*, No. 4, diciembre 1929, p. 887.

85 O. Benedikt, op. cit. p. 911.

políticamente conscientes los que están llamados a transformar el orden social defectuoso en uno mejor; para Rosa Luxemburg y Anton Pannekoek es la clase trabajadora consciente la que, mucho antes de la llegada de un hipotético punto final de la expansión capitalista, pondrá fin al capitalismo. También Henryk Grossmann afirmaba que «ningún sistema económico, no importa en qué medida esté debilitado, se derrumba por sí mismo; ha de ser "derribado" (...). La llamada "necesidad histórica" no se consuma automáticamente, sino que requiere la participación consciente de la clase trabajadora»[86]. Pero eso es ya asunto de la lucha de clases, no de teoría económica. Esta lo único que puede hacer es clarificar la consciencia acerca de las condiciones objetivas en las que se desarrolla la lucha de clases y que determinan su orientación general.

Es sorprendente que se hayan ofrecido análisis tan dispares de la crisis con el mismo objetivo, a saber, explicar la inevitabilidad del declive y el hundimiento del capitalismo a ser llevada a cabo por los movimientos políticos suscitados por ese declive. Ya vimos los ejemplos de Rosa Luxemburg y de Henryk Grossmann. Pero también teóricos de la desproporcionalidad como Bujarin ponían de relieve que

> el proceso de decadencia del capitalismo se pone en marcha en cuanto la reproducción ampliada negativa se

86 H. Grossmann, «The Evolutionist Revolt Against Classical Economics: II. In England—James Steuart, Richard Jones, Karl Marx», *Journal of Political Economy*, Vol. 51, No. 6 (Dec., 1943), pp. 506-522, (p. 520)

traga la plusvalía social. La investigación teórica no puede determinar con certeza cuándo exactamente dio comienzo el periodo de decadencia y qué cifras concretas lo caracterizan. Esto es ya una *questio facti*. La situación concreta de la economía europea en los años 1918-1920 muestra claramente que ese período de decadencia ya ha empezado y que no hay indicios de restablecimiento del *viejo sistema* de relaciones de producción[87].

También con una aplicación consecuente de la teoría del subconsumo era posible llegar a la conclusión de la decadencia del capital. Así, por ejemplo Natalie Moszkowska escribía:

> Cuando la brecha entre producción y consumo alcanza cierta profundidad y el déficit del consumo llega a determinados niveles, el empobrecimiento relativo se torna absoluto. Se reduce la producción y los trabajadores van a la calle. Si el primer capitalismo estuvo caracterizado por el empobrecimiento relativo, el capitalismo tardío lo está por el absoluto. Y este empobrecimiento absoluto, insoportable a la larga, es la causa de la decadencia del capitalismo[88].

87 Bukharin, *Economics of the Transformation Period*, p. 54. Habría que aclarar que según Bujarin la reproducción ampliada negativa se daría en una economía capitalista en situación de guerra, en la que por la producción de armamentos, la demanda de medios de consumo del ejército y la destrucción debida a la guerra misma la reproducción no es reproducción ampliada, ni tan siquiera simple; véanse pp. 44-46 de la obra citada (J.A.T.).

88 *Zur Kritik der modernen Krisentheorien*, Praga, 1936, p. 106.

No puede sorprender que la situación económica reinante durante la primera guerra mundial y después de ella suscitase la idea de decadencia del capitalismo. Incluso en el campo de la burguesía se dio un profundo pesimismo y la antigua convicción de que la sociedad dominaría sus crisis acabó por desmoronarse. Adolf Löwe decía que «las crisis económicas intrínsecas al sistema son menos virulentas, pero si se considera la destrucción internacional de valor debida a la guerra mundial como la forma moderna de crisis en la era imperialista, idea que tiene mucho en su favor, serían escasas las razones para tener mucha esperanza en una "estabilización" automática»[89]. En esa situación no tenía mucho sentido afirmar que para el capital «no hay situaciones absolutamente sin salida», ni tampoco suponer lo contrario. En las condiciones dadas, ambas cosas eran imaginables. Como para el marxismo no es la economía la que determina las relaciones de clase dadas, sino que son las relaciones de producción capitalistas –en tanto que relaciones de clase– las que, en las condiciones de la economía de mercado, adoptan la forma fetichista de relaciones económicas, toda consideración «puramente económica» del capital y de sus leyes de movimiento es de entrada incorrecta. A pesar de todo y de haber dicho que «toda la basura económica acaba en la lucha de clases», Marx se esforzó durante décadas en demostrar el carácter transitorio del capitalismo también en base a sus categorías propiamente económicas.

La tendencia de la acumulación capitalista hacia su abolición solo puede demostrarse a partir de un

89 *Die Wirtschaftswissenschaft nach dem Kriege*, 1925, Vol. 2, p. 371.

modelo que dé cuenta de los fundamentos esenciales del sistema. En la construcción de Marx, el capital ha de desaparecer víctima de sus contradicciones; y como la historia no hace nada por sí misma, ya que son los seres humanos los que la hacen, la consecuencia es que el límite objetivo del capital es la revolución proletaria. A su vez, esa revolución presupone la desintegración del capitalismo. Por medio de la acumulación el capital produce sus propios enterradores, y por lo tanto en el proceso de acumulación está inscrito su final. Puede así hablarse con justicia de la teoría de la acumulación como una teoría del hundimiento del capitalismo sin por ello adoptar una teoría «puramente económica» o «automática» del hundimiento del sistema.

La interpretación de la gran crisis que tuvo lugar entre las dos guerras mundiales como posible crisis final del capitalismo tuvo mucho de pensamiento desiderativo. Pero esto solo pudo saberse a posteriori. En principio, en el capitalismo desarrollado toda gran crisis puede ser una crisis final. Si no lo es, sirve de punto de partida de la acumulación ulterior. Sin embargo, eso no quiere decir que no pueda darse una situación de crisis «permanente», aunque el concepto ha de entenderse referido no a una eternidad, sino sino solamente como opuesto al de crisis temporal, rápidamente superable. En este sentido, la crisis «permanente» es exactamente tan concebible en el marco del sistema de Marx como las crisis temporales superables. Cuando Marx afirmaba que no hay crisis permanentes se estaba refiriendo solamente al ciclo coyuntural del siglo pasado y a la teoría de la acumulación de Adam Smith, en la que la tasa de ganancia ha de descender constantemente. Que en las condiciones actuales del capitalismo mundial pueda darse una

situación de crisis económica y política persistente es perfectamente posible, igual que lo es que cada crisis le dé al capital la posibilidad de iniciar una nueva expansión.

4

ESPLENDOR Y MISERIA DE LA ECONOMÍA MIXTA

La provocación de la competencia imperialista transformó la segunda crisis económica general del siglo XX en la primera guerra mundial. A la desvalorización usual del capital propia de las crisis y a su concentración y centralización se añadió la destrucción física de medios de producción y fuerza de trabajo. El consiguiente desplazamiento del centro de gravedad económico de los países europeos a Norteamérica hizo que Estados Unidos se convirtiera en el mayor país exportador y acreedor del mundo. Los cambios territoriales motivados por la guerra, la exclusión de Rusia de la economía mundial, la política capitalista de reparaciones y el hundimiento de las monedas nacionales y del mercado mundial dificultaron la reconstrucción en un grado mucho mayor de lo que habría sido normal en el caso de una crisis «puramente económica». La reactivación de las economías europeas se llevó a cabo con tanta lentitud que, salvo en Estados Unidos, la crisis que desembocó en la primera conflagración mundial se prolongó hasta la segunda. La posición particular de Estados Unidos tenía por tanto los días contados y el periodo de gracia se agotó en 1929. El derrumbe de la economía estadounidense llevó al conjunto de la economía mundial a un declive general.

El capital pugnó por salir de la crisis por medio de los créditos estadounidenses, la cartelización, la raciona-

lización de la producción y la inflación, pero todo fue inútil. Mencionando solamente los dos países capitalistas más pobre y más rico de la época, digamos que en Alemania entre 1929 y 1932 la producción industrial se redujo a la mitad, la renta nacional se contrajo de 73.000 a 42.000 millones de marcos y el número de desempleados ascendió a 7 millones. En Estados Unidos la renta nacional también se redujo a la mitad, de 87.000 a 42.000 millones de dólares, y los 16 millones de desempleados que se registraron en 1932 ilustraban la contracción de la producción industrial en un 50%. Una crisis económica mundial de esas dimensiones superaba todas las experiencias anteriores y no podía ser atribuida, como la crisis de posguerra, a los efectos de la guerra mundial.

Los partidarios de la teoría de la crisis de Marx en todas sus variantes vieron en la crisis persistente la confirmación de su crítica del capital y buscaron superar la crisis bien mediante las reformas, bien mediante la eliminación del sistema capitalista. La teoría estática del equilibrio general era incapaz de explicar la crisis, ya que los mecanismos de restablecimiento del equilibrio postulados por ella no aparecían por ninguna parte. Y como los gobiernos de los países capitalistas confiaron inicialmente en los efectos de la deflación para resolver la crisis sin interferir en la economía, la situación no podía atribuirse a políticas económicas equivocadas y lo que quedaba era echar la culpa de la crisis a la negativa de los trabajadores a aceptar salarios más bajos. La persistencia de la crisis y el continuo crecimiento del desempleo forzaron finalmente a la teoría económica burguesa a emprender su revisión, que entró en la historia bajo el nombre de «revolución keynesiana»[1].

Sin oponerse a la teoría neoclásica en general, Keynes reconocía la evidencia de que la teoría tradicional no era coherente con la situación real. El pleno empleo presupuesto por la teoría era para Keynes una posibilidad, pero no un presupuesto necesario del equilibrio económico. La ley de Say según la cual la oferta ha de ser igual a la demanda fue declarada errónea –con un siglo de retraso–, dado que «el ahorro» no tiene por qué producir necesariamente nueva inversión. Para Keynes la producción sirve al consumo, pero este disminuye a medida que aumenta el grado en que se satisfacen las necesidades sociales, de forma que necesariamente ha de frenarse la expansión de la producción y con ella la del mercado de trabajo. Consiguientemente, en una sociedad capitalista madura las oportunidades de nuevas inversiones rentables se reducen cada vez más, incluso aunque bajen drásticamente los salarios. Y aun siendo cierto que salarios bajos dan como resultado ganancias elevadas que estimulan la inversión, no solo es equivocado sino peligroso dejar evolucionar por sí misma a la economía, dadas las dificultades con las que tropieza la caída de los salarios y el inevitable descenso a largo plazo de la tasa de acumulación. Según Keynes hay que combatir la depresión por medio de una política económica expansiva, impulsada desde el Estado, basada por una parte en medidas monetarias inflacionistas y por otra en obras públicas financiadas mediante deuda pública.

Keynes intentó explicar los movimientos cíclicos del capitalismo a partir de la rentabilidad variable del

1 Paul Mattick, *Marx y Keynes: Límites de la economía mixta* (trad. A. M. Palos), México, DF, Era, 1975. Véase cap. 1 y siguientes.

capital, pero en realidad no desarrolló una teoría de la crisis. Desde su punto de vista, lo que hace descender la tasa de acumulación y motiva a los capitalistas a no transformar su dinero en capital es la disminución de la propensión al consumo que se origina en el enriquecimiento progresivo de la sociedad. Si los capitalistas siguiesen invirtiendo, solo obtendrían una rentabilidad cada vez menor que tendría su límite inferior en el tipo de interés existente. Para salir de la depresión habría que combinar los métodos clásicos de lucha contra la crisis con nuevos medios. Los salarios han de reducirse por medio de la inflación, la rentabilidad ha de favorecerse bajando el tipo de interés y el desempleo restante tendrá que ser absorbido por medio de obras públicas, hasta que gracias a estas medidas se recupere la coyuntura expansiva a partir de la cual se pueda confiar de nuevo en el automatismo del mercado. Como Keynes estaba fundamentalmente interesado en superar la crisis de su época, las tendencias de desarrollo a largo plazo descritas en su teoría no pasaron de ser adornos filosóficos a los que no se hizo mucho caso. La teoría de Keynes era una teoría restringida al ámbito del equilibrio estacionario y no podía dar cuenta de la dinámica del sistema.

La teoría keynesiana tiene que tomar como marco de referencia la economía nacional, no la economía capitalista mundial, puesto que las intervenciones gubernamentales que recomienda solamente pueden llevarse a efecto en un marco nacional. De todas formas junto al keynesianismo se difundió la esperanza de que el crecimiento de la producción en cada país influyera favorablemente sobre el comercio mundial, con lo que la competencia internacional se haría menos dura. Las

medidas propuestas para eliminar el desempleo iban en la dirección de la macroeconomía clásica, que se ocupaba de la sociedad en conjunto y los agregados económicos, en oposición a la microeconomía –que era casi lo único en lo que entonces se ocupaban los economistas– enfrascada en análisis parciales de fenómenos económicos aislados. Las propuestas prácticas, del tipo que fueran, no eran descubrimientos sino recuperaciones de medidas que durante la época de apogeo del *laissez faire* habían quedado en un plano secundario. A pesar de un enorme despliegue de una jerga económica de nueva creación, tras las proclamas de la «nueva economía» solo se escondía el principio capitalista ordinario de incrementar las ganancias mediante la intervención estatal en las relaciones de mercado.

Los teóricos no tardaron en hacer de la necesidad virtud y de la intervención económica del Estado dictada por la crisis se pasó a cantar las alabanzas de la dirección económica estatal. El punto de vista tradicional según el cual todo gasto público es de carácter improductivo fue declarado erróneo y se afirmó que el gasto público, exactamente igual que la inversión privada, tiene un efecto estimulante de la producción y el ingreso. Por ejemplo, según Alvin Hansen,

> La creación de parques públicos, piscinas, terrenos de juego o auditorios genera un flujo de ingreso no menos real que la construcción de una fábrica de electrodomésticos (...) los gastos públicos incrementan la renta nacional y la ocupación (...) incluso la guerra no solo promueve el empleo durante su transcurso, sino que puede también estimular la inversión privada en la posguerra al crear escasez en el mercado de viviendas y en otras áreas

de inversión. De hecho, cuando declina la inversión privada solo el gobierno está en condiciones de incrementar la renta nacional aumentando sus gastos[2].

Como los economistas no distinguen entre economía en general y economía capitalista, tampoco se dan cuenta de que lo que es «productivo» y lo «productivo en el sentido capitalista» son dos cosas diferentes y que tanto los gastos públicos como los privados solo son productivos si generan plusvalía y no porque produzcan bienes materiales o cosas que puedan disfrutarse.

Desde la perspectiva de los economistas contemporáneos el capital privado y el gobierno contribuyen igualmente a la renta nacional ya que ambos aportan al gran «flujo» de los ingresos. La contribución gubernamental se basa en los impuestos y en el endeudamiento, pero el aumento del ingreso conseguido por medio del gasto público sería suficiente para cubrir el servicio de la deuda. Las consecuencias inflacionarias no serían de temer mientras sea posible compensar la creciente masa monetaria mediante un adecuado incremento de la producción y del ingreso real. Para demostrar todo esto los economistas keynesianos invocan dos mecanismos, que ellos denominan «el acelerador» y «el multiplicador», o una combinación de ambos cuyos efectos pueden estimarse matemáticamente a partir de determinados supuestos imaginarios. Si estos mecanismos funcionan de esa forma en la realidad es algo indemostrable dada la complejidad empírica inherente a los procesos económicos. Como deducción teórica no se trata sino de la constatación no demasiado difícil de que, como todos los demás gastos, los gastos estatales pueden inducir nuevos gastos privados, de manera que la nueva capacidad adquisitiva sobrepasa la cuantía del gasto estatal inicial.

2 A. H. Hansen, *Fiscal Policy and Business Cycle*, 1941, p. 150. En castellano, *Política fiscal y ciclo económico* (trad. R. Fernández Maza y C. Lara), México, DF, FCE, 1945.

Alvin Hansen negaba que su teoría fuera parte de las teorías subconsumistas habituales. Desde su punto de vista las crisis no se producen por falta de demanda de bienes de consumo, sino por un exceso de inversiones generado espontáneamente. Como la dinámica del sistema impulsa la producción de medios de producción con mayor rapidez que el consumo social, el estímulo del consumo ha de elevarse a principio económico básico para evitar la sobreproducción. En las sociedades capitalistas modernas, las inversiones ya no están determinadas por el consumo y las teorías de la circulación de los economistas clásicos y neoclásicos con su equilibrio entre oferta y demanda están en contradicción con la situación real. El consumo no es sino una función de la acumulación, por lo que el ciclo de crisis es resultado inevitable de la expansión capitalista. Para sustraerse al desempleo y a la sobreproducción, hay que incrementar el *consumo público* por medio del gasto público, en una especie de economía mixta en la que las relaciones de precios estarán tan integradas con las políticas monetarias y fiscales que la economía seguirá desarrollándose progresivamente.

En realidad, esa «revolución» en la teoría económica había sido precedida por una práctica correspondiente que había surgido de la necesidad. Esa práctica adoptó formas diferentes según los países. Mientras que, por ejemplo, en Estados Unidos la ayuda por medio de subsidios de desempleo para los parados, pagados con fon-

dos públicos, hizo frente a una perceptible radicalización de la población trabajadora, en Alemania las medidas para crear puestos de trabajo tomaron la forma de industria militar para revertir los resultados de la primera guerra mundial y superar la crisis por la vía imperialista, a costa de otros países. De este modo, la integración de la economía de mercado con la dirección económica del Estado servía para defender el *status quo* existente y también para intentar alterarlo. En la crisis general los intereses capitalistas contrapuestos mezclaron la lucha contra la crisis con diversas aventuras imperialistas y confrontaciones sociales en casi todos los países. Todo ello desembocó finalmente en la segunda guerra mundial, que dio un fuerte impulso a la integración del Estado y la economía. La economía mixta plenamente desarrollada hizo así su aparición como economía de guerra, poniendo término a la anterior situación de crisis, al parecer permanente, por medio de la destrucción de enormes cantidades de valor del capital y por el exterminio mutuo de los productores.

Solo después de la guerra se convirtió la «nueva economía» en ideología de las clases dominantes, ya que la intervención estatal en la economía no podía obviarse en el caos de la posguerra. Con la excepción de Estados Unidos, el mundo se encontraba a ojos de la burguesía en una situación de profundo desgarramiento interno y era necesaria la intervención política y militar para que no evolucionara hacia una anarquía total. Las funciones económicas asumidas durante la crisis y la guerra por el Estado podrían modificarse, pero no suprimirse. En la situación de posguerra la confrontación entre las potencias vencedoras por el reparto del botín –confrontación que salió inmediatamente a la luz– y la creación de nuevas esferas de influencia dieron a las instituciones estatales una gran influencia sobre la vida económica. Las fronteras recién establecidas tenían que ser protegidas y la reconstrucción de la economía capitalista mundial tenía que ser encarrilada por medio de acciones de los Estados. Una parte creciente de la producción social se dedicó a esos fines y los presupuestos nacionales se hincharon más y más gracias a los impuestos y el endeudamiento.

La idea de que el capitalismo «maduro» tiende inevitablemente al estancamiento y al desempleo creciente, superables únicamente mediante el gasto público, se convirtió en idea clave de la «nueva economía». La realidad del pleno empleo durante la guerra se hizo valer en calidad de prueba suficiente para afirmar que la intervención del Estado puede suscitar siempre, en cualquier circunstancia, los mismos efectos; la economía estatalmente integrada podría así acabar con el ciclo de crisis e inaugurar una expansión ininterrumpida de la economía. La incorporación del problema del crecimiento económico al análisis económico exigía el desarrollo de una teoría dinámica que pudiera añadirse a la teoría del equilibrio estático. Diversos autores entre los que puede mencionarse a R. F. Harrod y E. D. Domar intentaron probar teóricamente la posibilidad de un crecimiento equilibrado de la economía, mediante una dinamización del modelo keynesiano de determinación del ingreso, modelo al que se incorporaron los mecanismos del acelerador y el multiplicador[3].

3 R. F. Harrod, «An essay in dynamic theory», *Economic Journal*, Vol. 49, pp. 14–33, 1939. E. D. Domar, *Essays in the theory of economic growth*, Nueva York, Oxford University Press, 1957.

La tasa de crecimiento equilibrado estaría determinada, por una parte, por la propensión al ahorro y, por otra, por el capital necesario y la rentabilidad que rinde. De todas formas, el crecimiento partiendo de una posición de equilibrio tendería a progresar en una cierta dirección y cualquier divergencia lo llevaría a separarse cada vez más de la senda de equilibrio estable[4]. Como las nuevas inversiones tienen un doble carácter al aumentar por una parte el ingreso y por otra la capacidad productiva, que representarían respectivamente la demanda y la oferta, una tasa de crecimiento que garantice la estabilidad económica tendría que equilibrar una capacidad productiva creciente con una demanda también en aumento. Para hacer eso posible no bastaría conseguir un equilibrio entre el ahorro y la inversión, esta tendría que exceder al ahorro para evitar el desempleo. Así el crecimiento económico sería un medio para hacer frente al desempleo, pero también una causa de desempleo, que surgiría en cuanto el crecimiento se separara de la senda de desarrollo equilibrado.

Si se parte de reconocer el equilibrio estático como ilusorio, menos confianza incluso inspirará la idea de una tasa de crecimiento equilibrado. Ahora bien, lo que un proceso autónomo de crecimiento no podría conseguir, podría conseguirlo una dirección consciente del mismo. La economía y su desarrollo podrían compararse, según Paul Samuelson, con una «bicicleta que ella sola pierde el equilibrio, pero que con la guía de la mano humana puede mantenerse estable». De la misma manera el filo de la senda de crecimiento de Harrod-Domar, que en condiciones de *laissezfaire* sería inestable, podrá estabilizarse por medio de una política monetaria y fiscal compensadora y equilibradora en una economía mixta»[5]. Ciertamente, decía Samuelson, «en una ciencia inexacta como la nuestra nada es imposible», pero actualmente «la probabilidad de que se produzca una gran crisis –un bajón de la economía prolongado, acumulativo y crónico, como el de las décadas de 1930, 1890 y 1870– es tan reducida que es casi cero»[6].

Esta confianza parecía encontrar justificación en la realidad del desarrollo económico y tenía además «el mérito de haber demostrado que entre otras posibilidades, el desarrollo puede también llevarse a cabo mediante un crecimiento sin perturbaciones de su equilibrio, cosa que anteriormente fue negada por diversos investigadores (entre otros por Marx, con su teoría del hundimiento del capitalismo)»[7]. De esta manera, la economía burguesa podía plantear satisfactoriamente el problema de la dinámica capitalista sin abandonar el punto de vista del equilibrio. Así se desarrolló la teoría neo-neoclásica en la que el análisis estático se combinaba con el dinámico.

4 El modelo de Harrod y Domar se denominó «modelo de crecimiento sobre el filo del cuchillo». La «senda de crecimiento equilibrado» es el filo del cuchillo y cualquier desviación de la misma hace que el sistema «se caiga» hacia un lado u otro, por lo que la senda de equilibrio en este modelo sería en realidad un equilibrio inestable (J.A.T.).

5 Paul A. Samuelson, *Economics—An introductory analysis*, 9ª ed., Nueva York, McGraw-Hill, 1973, p. 757. En castellano, *Curso de economía moderna* (trad. J. L. Sampedro), Madrid, Aguilar, 1962.

6 Samuelson, op. cit., p. 266.

7 H. Rittershausen, *Das Fischer Lexikon: Wirtschaft*, Frankfurt a. M., Fischer-Taschenbuch-Verl., 1958, p. 259.

Sin embargo, las diversas teorías del crecimiento se ocupaban menos de los procesos económicos de los países desarrollados que de la cuestión del desarrollo capitalista de las naciones subdesarrolladas, que había quedado planteada al final de la segunda guerra mundial. Sobre el papel la respuesta era fácil, pero en la realidad la propuesta contenida en esa respuesta, es decir, la imitación del proceso seguido por los países desarrollados, chocó con dificultades insuperables. El estudio del subdesarrollo se ha constituido así en una nueva rama de la economía teórica cuyo objetivo es dejar claro ante el mundo el éxito de la economía mixta y aconsejar su imitación. Como esa teoría evolucionista del desarrollo económico no dice nada sobre el problema de las crisis, podemos no ocuparnos aquí de ella.

Desde el punto de vista de la teoría de la crisis de Marx, la prosperidad que se inició con algún retraso después de la guerra no supuso ninguna sorpresa, ya que la función de la crisis es precisamente crear las condiciones para un nuevo periodo de expansión. Eso no significa que cada crisis sea el inicio de un nuevo período de acumulación; puede ocurrir también que la crisis desemboque en una situación de estancamiento relativo –como el que se produjo en muchos países después de la primera guerra mundial– que dé paso a una nueva crisis. Con las crecientes fuerzas destructivas del capital, la guerra en tanto que crisis se convierte en un obstáculo para la pronta recuperación y solo lentamente puede transformarse en una nueva expansión. En tales condiciones, la intervención económica del Estado es una necesidad permanente y de hecho se convierte en un instrumento esencial de la nueva expansión.

Si el estancamiento de la economía capitalista lleva a intervenciones estatales destinadas a hacer que la economía se recupere y el desempleo se reduzca, ello no significa necesariamente que el periodo de auge económico que finalmente se produce se deba a esas intervenciones del Estado. Puede muy bien derivarse de que a la vez se restablezca la rentabilidad del capital de forma relativamente independiente de esas intervenciones, de la misma manera que ocurría en las crisis anteriores en las que el Estado con su política deflacionista agravaba la situación de crisis en vez de atenuarla. Los intentos de mejorar la rentabilidad del capital por medio de la reducción del presupuesto del Estado no habían sido exitosos, pero tampoco el aumento del gasto público garantizaba la recuperación y la salida de la crisis. En último término, que continúe la acumulación depende en ambos casos de la transformación de la estructura del capital y de una tasa de plusvalía capaz de valorizar al capital en expansión. Es indudable que la expansión del capital después de la segunda guerra mundial puede explicarse únicamente por la capacidad expansiva todavía viva o recuperada del capital, no por la producción inducida por el Estado. Pero si este es el caso, entonces es una certeza que llegará una nueva crisis de sobreacumulación y con ella se harán necesarias más intervenciones estatales.

Sin embargo, desde el punto de vista de la economía keynesiana no había que contar ya con la posibilidad de una expansión autónoma suficiente del capital, por lo que el desarrollo capitalista futuro solo podía concebirse en el contexto de una economía mixta. Claro que también hubo una minoría escéptica de economistas que se aferraron al principio del *laissez faire.* Para estos la economía mixta no era sino la disolución de la economía de

mercado que finalmente llevaría al fin del capitalismo privado. La prosperidad persistente en los países occidentales, que no podía explicarse directamente por las intervenciones estatales, hizo que las ideas keynesianas se desplazaran a un segundo plano y en el mundo académico la microeconomía volvió a ocupar el puesto dominante. La participación del Estado en la economía paso a considerarse no solo superflua sino entorpecedora del libre movimiento del capital y se la veía, consiguientemente, como un elemento obstaculizador del desarrollo. Claro que esta nueva confianza del capitalismo en sí mismo dependía enteramente de la prosperidad existente. De la misma forma que la economía keynesiana no pudo eliminar por completo la doctrina del *laissez faire*, tampoco esta fue capaz de forzar a la nueva economía keynesiana a desaparecer simplemente por la prosperidad existente. La economía mixta se había convertido ya en la forma duradera del capitalismo moderno, aunque la fórmula de la mezcla pudiera cambiarse. La intervención estatal podría incrementarse o restringirse en función de las necesidades del desarrollo económico, que seguía siendo incontrolado.

La expansión del capital occidental fue inesperadamente rápida y persistente. Los periodos en los que la economía reducía su ritmo de expansión eran lo suficientemente breves para inspirar la sustitución del concepto de depresión por el de recesión y el crecimiento de la producción inducida por el Estado era menor que el aumento general de la producción. Todo esto no solo transformó la teoría keynesiana sino también las concepciones económicas marxistas, llevando finalmente a nuevas revisiones de la teoría marxiana del capital y de la crisis. Basándose por lo general en la teoría keynesiana

de la insuficiencia de la demanda como causa del estancamiento, diversos autores defendieron el punto de vista de que las dificultades del capitalismo provienen no de una falta, sino de un exceso de plusvalía[8]. Como resultado de transformaciones estructurales favorables a la producción de capital –por ejemplo, el abaratamiento del capital constante como resultado de la tecnología moderna y la manipulación de los precios por los monopolios– habría una producción aumentada de plusvalía excesiva para las posibilidades de acumulación y que solo podría consumirse por medio de gasto público. Como el modo de producción capitalista excluye la posibilidad de una mejora del consumo de la población trabajadora paralelo a la creciente capacidad productiva, la economía oscilaría entre una situación de estancamiento y su superación por medio de políticas de despilfarro en investigación espacial, armamentos y aventuras imperialistas. Así el exceso de ganancias no excluiría la posibilidad de crisis, pero esta no surgiría de la tendencia de la tasa de ganancia a caer. Estos autores volvían así, aunque fuera por caminos diferentes, a las ideas de Tugan-Baranovsky y Hilferding, en particular a la idea de que no hay límites objetivos para el capital, ya que la pro-

8 Entre otras obras ilustrativas de esta tendencia las mas destacables son *The Falling Rate of Profit* (Londres, Dobson, 1957) y *Prosperity in Crisis* (Nueva York, Marzani & Munsell, 1965) de J. M. Gillman, y *Monopoly Capital* (Nueva York, MR Press, 1966) de Paul A. Baran y Paul M. Sweezy. Hay traducción castellana de las dos últimas: *Prosperidad en crisis: Crítica del Keynesianismo* (trad. A. Broggi, A. Flos y J. E. Marquillas, Anagrama, Barcelona, 1971) y *El capital monopolista* (trad. A. Chávez de Yáñez, Siglo XXI, México, 1968.)

ducción, a pesar de una distribución antagónica, puede ampliarse indefinidamente, aunque una parte de ella tenga que dilapidarse de manera «irracional».

No entraremos aquí en las contradicciones internas de estas teorías[9]. Pero sí hay que decir que los autores mencionados claramente reflejan en sus formulaciones la expansión manifiesta del capital occidental que abrió paso a una ulterior acumulación simultánea a la mejora de las condiciones de vida de la población trabajadora y que pudo resistir sin perturbaciones el incremento de los gastos públicos. Contrariamente a lo que se había dicho durante la depresión, para estos autores no eran los gastos públicos adicionales los que mantenían en marcha la economía sino las ganancias elevadas las que permitían el lujo de la producción para el despilfarro y, a partir de ahí, la transformación aparente del capitalismo en una «sociedad de la abundancia», o en una «sociedad de consumo».

Es evidente que el período de prosperidad de la posguerra reclama una explicación que solo puede

9 Que se tratan, por ejemplo, en U. Rödel, *Forschungsprioritäten und technologische Entwicklung*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1972; C. Braunmühl, K. Funken, M. Cogoy y J. Hirsch, *Probleme einer materialistischen Staatstheorie*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1973; R. Schmiede, *Grundprobleme der Marxschen Akkumulationsund Krisentheorie*, Frankfurt a. M., Athenäum, 1973; C. Deutschmann, *Der linke Keynesianismus*, Frankfurt a. M., Athenäum, 1973; F. Hermanin, M. Lauer, K. Marx, A. Schuermann, *Drei Beiträge zur Methode und Krisentheorie bei Marx, Giessen*, Achenbach, 1973; P. Mattick, *Kritik der Neomarxisten*, Frankfurt a. M., Fischer Taschenbuch, 1974. De esta última obra hay versión en castellano: *Crítica de los neomarxistas* (trad. G. Muñoz), Barcelona, Península, 1977.

hallarse en los procesos económicos reales. Para el marxismo la explicación general de la prosperidad es simplemente la existencia de ganancia suficiente para el proceso de acumulación, de la misma manera que la crisis y la depresión son solo el resultado de que no se da esa circunstancia. Aunque solo a posteriori, cada fluctuación coyuntural puede explicarse más específicamente a partir de los procesos económicos que en ella se expresan y se manifiestan.

El que la larga depresión de los años de preguerra se caracterizara por una falta generalizada de ganancias, desinversión y una tasa de acumulación extremadamente baja no se debía a que la productividad del trabajo se hubiese desplomado de pronto, sino a que la productividad entonces existente no bastaba para garantizar al capital una expansión ulterior rentable. La tasa media de ganancia que resultaba de la estructura del capital existente era demasiado baja para estimular a los capitales individuales a la expansión de su producción mediante la expansión del aparato productivo, aunque para las empresas capitalistas la caída de la tasa de ganancia no aparecía como tal, sino como una dificultad creciente para la venta de las mercancías. Las necesidades de ganancia para el capital – hipertrofiado en su valor por el capital ficticio y especulativo– no podían satisfacerse con la masa de ganancia disponible. El descenso de la ganancia para cada capital individual que resultó llevó a la interrupción de la expansión y a la situación de crisis general.

La salida de esa situación implica una vuelta a una estructura de capital y una masa de plusvalía que haga posible la continuación de la acumulación. Gracias a la destrucción continua de capital durante la larga depre-

sión y luego durante la guerra, el capital superviviente se encontró al final de la misma en un mundo distinto en el que la masa de ganancia dada correspondía a un capital considerablemente reducido, lo que obviamente aumentaba su rentabilidad. Simultáneamente, el progreso técnico forzado por la guerra permitió una importante elevación de la productividad del trabajo, todo lo cual junto con la transformación de la estructura del capital aumentó la rentabilidad lo suficiente para que se ampliara la producción y el aparato productivo.

El capital estadounidense no estuvo en condiciones de acumular durante la guerra porque aproximadamente la mitad de la producción nacional se usaba para fines bélicos. La época de posguerra constituyó un período de recuperación de la acumulación perdida, que no había tenido lugar en los años anteriores, y de la consiguiente renovación del aparato productivo. Todo ello hizo que el desempleo se redujera temporalmente al mínimo indispensable. Entre 1949 y 1968 «el capital empleado por unidad de trabajo creció un 50%». Esto fue en gran medida la causa de que «la productividad por hora-trabajador aumentara de un 2,3% a un 3,5% más que los salarios», con lo que la tasa de ganancia del capital se mantuvo estable aunque no demasiado alta[10]. La reconstrucción de las economías europeas y japonesa fue en parte iniciada y financiada mediante suministros y créditos de Estados Unidos, lo que estimuló la exportación de mercancías norteamericanas y procuró a la creciente producción estadounidense mercados que

10 *Monthly Economic Letter*, First National City Bank, febrero 1974, p. 15.

superaban en mucho los generados por su propia acumulación. En cuanto hubo indicios de buena rentabilidad a la exportación de capital estatal siguió la de capital privado, principalmente bajo la forma de inversiones directas que internacionalizaron la acumulación del capital norteamericano y facilitaron su valorización. El capital en formación en los países en reconstrucción pudo servirse de las técnicas más avanzadas a la vez que mantenía bajos salarios, ganando así posiciones competitivas en el mercado mundial en diversos sectores productivos.

En Alemania, por ejemplo, la productividad del trabajo creció 6% anualmente y una cuarta parte de la producción total se invirtió en capital adicional. Con excepción de Inglaterra, las cosas no fueron muy diferentes en los otros países europeos, mientras que en Estados Unidos la tasa de acumulación permanecía por debajo de su media histórica. Las tasas de plusvalía más altas de los países europeos, que acumulaban más rápidamente, aceleraron la exportación de capital norteamericano y esto, a su vez, estimuló el desarrollo económico general de los países importadores. Las condiciones de posguerra condujeron a una extraordinaria proliferación de compañías multinacionales, en su mayor parte de origen estadounidense, que aceleraron todavía más el proceso general de concentración del capital mediante fusiones y liquidaciones. Sin entrar a los detalles de esta historia conocida y celebrada ampliamente como «milagro económico», documentado casi hasta el exceso, puede decirse sin más que solo se trató de una acumulación acelerada que precisamente por esa aceleración, elevó la tasa de ganancia hasta tal nivel que la parte correspondiente al consumo pudo aumentar a la vez que la producción total.

Sin embargo, la «nueva economía» se había desarrollado como una respuesta a la situación anterior de crisis aparentemente inacabable. En el keynesianismo surgieron dos tendencias. Una contaba con la estimulación estatal para dar un empujón que superara la crisis, para dejar luego vía libre a la economía una vez que la expansión estuviera en marcha. Para la otra tendencia el capitalismo había alcanzado ya un estado estacionario y requería la intervención continua del Estado. El desarrollo real no confirmó ninguno de estos puntos de vista, sino que condujo a una situación de expansión en la que persistía la gestión estatal de la economía. En los países de Europa occidental se trató de una aceleración de la acumulación forzada desde el Estado, de manera que la «economía social de mercado» en nada se diferenció de la «economía mixta». En Estados Unidos siguió siendo necesario el gasto público para mantener estable el nivel de la producción, lo que condujo a un aumento lento pero inexorable del endeudamiento del Estado.

Esto se explica también por la política imperialista de Estados Unidos y luego por la guerra de Vietnam. Pero como la tasa de desempleo no descendió por debajo del 4% de la población activa y la capacidad productiva no se utilizaba a pleno rendimiento, es muy posible que sin el «consumo público» de los armamentos y sin la carnicería de seres humanos la tasa de desempleo hubiera llegado a un nivel mucho mayor. Y como aproximadamente la mitad de la producción mundial corresponde a Estados Unidos, a pesar del auge del Japón y de Europa occidental no se puede hablar de una superación completa de la crisis mundial, sobre todo si se consideran los países subdesarrollados en el análisis. Por muy brillante que fuera la época de prosperidad, se limitó

únicamente a algunas partes del capital mundial y no fue un relanzamiento general que afectara a toda la economía mundial.

De todas formas, lo que la «nueva economía» keynesiana defendía era la afirmación de que la crisis capitalista había perdido su inevitabilidad, ya que cualquier bajón de la economía podría ser contrarrestado mediante medidas de política económica. El ciclo de crisis pertenecería así al pasado, ya que cualquier retroceso de la producción privada podría compensarse mediante el incremento correspondiente de la producción inducida por el Estado. Se disponía de todo un arsenal de medidas para gestionar la economía y así garantizar el equilibrio económico y un desarrollo estable. La financiación vía déficit del gasto público sumada a una política monetaria expansiva para estimular las inversiones privadas, las modificaciones necesarias de la política fiscal y los estabilizadores automáticos como el seguro de desempleo garantizarían una economía regulada, con pleno empleo y estabilidad de precios. Y solo bastaría la decisión del gobierno para que todo eso fuera realidad.

Para demostrar el carácter ilusorio de la idea de una regulación estatal de la economía por medio de medidas compensadoras, la crítica marxista de la «ciencia económica» no tiene más que señalar el carácter de producción de ganancia que es consustancial a la producción capitalista. Pero eso no significa negar toda eficacia a los métodos keynesianos. De la misma forma que la expansión del crédito privado puede hacer que la actividad económica se expanda más allá del nivel al que habría llegado sin crédito, también el aumento del gasto público por medio del crédito puede tener inicialmente efectos estimulantes sobre la economía en su conjunto.

Ambas cosas tienen sus límites en el volumen de ganancia que realmente se produzca. Son precisamente esos límites los que hacen que en la teoría del desarrollo del capital se pueda abstraer la existencia del crédito sin por ello negar su función real. Cuando no hay posibilidades de ganancia no se solicita crédito y cuando la economía se halla en una depresión, raramente se dan préstamos. La producción capitalista es desde hace ya mucho tiempo una producción basada en el crédito y esto no ha modificado su susceptibilidad a las crisis. La ampliación del sistema crediticio puede ser un factor retardante de la crisis, pero una vez que la crisis se inicia se convierte en un elemento de agudización de la crisis, por el mayor volumen de capital que ha de desvalorizarse; aunque a la postre, esa desvalorización resulta útil para que se supere la crisis.

El que la producción inducida por el Estado se expanda por medio del crédito indica que la ampliación del crédito privado no ha sido capaz de impedir la crisis. Dado que una producción estatalmente inducida en competencia con el capital privado haría cada vez más difícil la posición del capital privado sin modificar la baja rentabilidad, la producción estatalmente inducida no va al mercado, donde se efectuaría la realización de su valor y su acumulación, sino que se destina al «consumo público». Este «consumo público» se paga siempre por medio de impuestos a los trabajadores y al capital productor de plusvalía y su finalidad es satisfacer las necesidades generales de la sociedad capitalista. La expansión del «consumo público» mediante la financiación deficitaria también implica una deducción de plusvalía y una reducción con cierto desfase del consumo privado, ya que su financiación no se logra mediante impuestos adicionales, sino mediante la aplicación a largo plazo de capital-dinero privado, es decir, mediante el endeudamiento estatal.

Todo se reduce en definitiva al hecho de que lo que se consume no puede acumularse, de manera que el aumento del «consumo público» no puede ser de ninguna manera un medio para que una tasa de acumulación en descenso deje de descender y aumente. Si la tasa de acumulación aumenta, no es por el gasto público, sino por el restablecimiento de la rentabilidad del capital, determinado por una crisis lo suficientemente intensa para reiniciar la expansión a pesar del gasto público aumentado. Esto no cambia por el hecho de que la reactivación de la economía generada por el gasto público pueda ser un impulso para una expansión ulterior, ya que *la expansión misma* solo puede ser resultado del aumento real de la plusvalía privada. Sin este aumento, la producción estatalmente inducida solo puede conducir a que siga disminuyendo la tasa de acumulación.

El concepto de «economía mixta» indica que una parte de la producción nacional es producción de ganancia para el capital privado, mientras que una parte más pequeña es producción estatalmente inducida que no genera plusvalía. Hay pues una masa de ganancia reducida disponible para el total de la producción. Como el Estado en general no dispone de medios de producción ni de materias primas, ha de servirse de capital inutilizado para poner en marcha la producción estatal, es decir, ha de proceder a encargos estatales a diversas empresas que venden el producto requerido al Estado. Esas empresas han de valorizar su capital y los trabajadores por ellas empleados deben producir plusvalía. Sin embargo, esta plusvalía no se realiza en el mer-

cado en intercambio con otras mercancías, sino mediante dinero tomado a préstamo por el gobierno. Los productos mismos, o bien se utilizan o bien se dejan en desuso.

Para los capitalistas que trabajan con encargos estatales los negocios resultan fáciles, ya que se liberan de todas las preocupaciones relacionadas con la producción y la realización. Sus ingresos figuran en el capítulo de impuestos del presupuesto, o en la deuda del Estado. La parte del capital que ha recibido la bendición de trabajar con encargos estatales realiza su ganancia igual que la realiza la parte del capital que produce para el mercado, pero los ingresos del capital que hace encargos estatales tienen su equivalente en los impuestos y en la deuda pública. En apariencia la producción inducida por el Estado habría aumentado la ganancia total, pero realmente solo la plusvalía realizada en el mercado es plusvalía nueva, mientras que la plusvalía «realizada» por medio de las adquisiciones estatales es plusvalía reciclada, producida en el pasado y materializada en capital-dinero.

Si la crisis eliminara del todo la rentabilidad del capital cesaría también la producción capitalista. Pero normalmente, incluso en el punto más profundo de la crisis, una parte del capital sigue siendo lo suficientemente rentable para que continúe la producción, aunque sea a menor escala. Otra parte del capital es destruida por la crisis y contribuye así a preservar la rentabilidad del capital restante. Si este proceso se desarrollase libremente, como ocurría en gran medida en las crisis del siglo XIX, tras un período más o menos largo de dificultades se abriría paso una situación en la que el capital, con una estructura transformada y una tasa de explota-

ción mayor, podría recomenzar la acumulación, yendo más allá del nivel alcanzado antes de la crisis. Pero en las condiciones actuales este «saneamiento curativo» es socialmente demasiado arriesgado y hace necesaria la intervención estatal para prevenir las perturbaciones sociales.

La elevada concentración del capital que se ha alcanzado hace que la desvalorización del capital por medio de la competencia y la mejora de la rentabilidad por medio de la concentración del capital hayan perdido gran parte de su eficacia a menos que se extiendan más allá del marco nacional, a la economía mundial, lo que ha de conducir a enfrentamientos bélicos. Como el capital concentrado no tiene para nada en cuenta las necesidades sociales, ni siquiera las de carácter capitalista, esas necesidades han de asegurarse por medios políticos, por ejemplo mediante subvenciones estatales para sostener ramas de la producción necesarias pero escasamente rentables. En pocas palabras, para que la sociedad pueda funcionar, el Estado ha de intervenir en la distribución de la ganancia social total.

La redistribución de la ganancia total a través de la producción estatalmente inducida no altera la magnitud de esa ganancia total. Como la producción adicional no genera ganancia adicional, no favorece la acumulación del capital. La crisis, como resultado de la insuficiente acumulación, no puede superarse mediante producción inducida por el Estado. Bajo el supuesto de un capitalismo incapaz de proseguir la acumulación, es decir, una situación de crisis permanente, lo que es una posibilidad real, la lucha contra la crisis mediante mayor gasto público financiado vía déficit y no generador de ganancia podría aparecer de esta forma: el Estado obtiene cré-

dito con el que adquiere productos que de otro modo no habrían sido producidos. Esta producción adicional tiene un inmediato efecto positivo sobre la actividad económica (aunque esto no puede atribuirse al llamado «multiplicador», mecanismo puramente especulativo basado en la insostenible teoría económica burguesa). Es evidente que toda nueva inversión, no importa de dónde venga, ha de incrementar la actividad económica, a menos que haya al mismo tiempo «desinversión» que elimine sus efectos. Se fabrican productos, se emplean trabajadores y la demanda global se incrementa necesariamente en función de las nuevas inversiones. Pero como la parte incrementada de la producción no rinde ganancias, nada cambia en lo relativo a las dificultades de acumulación con que se enfrenta el capital. *De entrada*, esas dificultades simplemente se mantienen, sin agravarse a causa de la producción inducida por el Estado.

Como bajo este supuesto el capital privado no acumula y la producción estatalmente inducida, en tanto que producción para el «consumo público», nada puede aportar a la acumulación, el mantenimiento del nivel de producción alcanzado fuerza a gastos estatales adicionales cada vez mayores, es decir, a un continuo aumento del endeudamiento estatal. Las obligaciones que comporta la deuda estatal –el pago de intereses– presionan para que se grave más al capital privado. Naturalmente, esos pagos de intereses son una fuente de ingreso para los acreedores del Estado y revierten al consumo de los rentistas o se invierten de nuevo en la economía privada o en valores del Estado. Pero se trata de una suma global de ganancia que en otro lugar adopta la forma de intereses. Como un capitalismo que no acumula no es simplemente un estado estacionario, ya que implica un estado regresivo, el declive económico habrá de llevar a intervenciones estatales de un alcance cada vez mayor, que, a su vez debilitan cada vez más la posibilidad de una expansión del capital privado. La producción compensadora estatalmente inducida se convierte así de lo que era inicialmente, un medio para solucionar la crisis, en un mecanismo para profundizarla, ya que arrebata a una parte creciente de la producción social su carácter capitalista, su capacidad de producir capital adicional.

El propósito de este esquema de crisis permanente es solo demostrar que, lejos de constituir un medio para la superación de la crisis, la producción estatalmente inducida no generadora de ganancia a la larga ha de poner en cuestión el sistema capitalista mismo. Sin embargo, como la crisis desarrolla por sí misma los elementos necesarios para resolverse, se reduce la necesidad de producción inducida por el Estado. Además, los gobiernos, como gobiernos capitalistas que son, reducirán por iniciativa propia la intervención del Estado desde el momento en que empiece a ser peligrosa para el sistema. Para mantener el sistema capitalista lo que hace falta no es producir, sino producir ganancia. Cuando la ganancia puede hacerse aumentar mediante producción adicional, el capitalismo ya se encarga de hacerlo por sí mismo y no es necesario que el Estado intervenga.

La «ciencia económica» burguesa no piensa con las categorías de la producción de valor y de plusvalía. Desde su punto de vista la ganancia no es el elemento determinante de la economía y de su desarrollo; es más, la economía burguesa niega incluso la existencia del ganancia. «Mucho de lo que suele llamarse ganancia –dice por

ejemplo Paul Samuelson– no es otra cosa que intereses, rentas y salarios bajo otro nombre»[11]. Si no se distingue entre el salario y la ganancia, la relación entre producción y producción de ganancia queda sumida en la oscuridad y cualquier actividad, no importa de qué clase sea, cuenta lo mismo para la renta nacional de la que cada individuo obtiene una parte conforme a su aportación. En la producción total expresada en dinero desaparece toda diferencia entre la producción que genera ganancia y la que no la genera y la producción estatalmente inducida se funde con la producción privada en una noche en la que todas las relaciones de precios son oscuras. El producto social total aparece como renta nacional en la que se esfuman los movimientos contrapuestos de la producción y de la producción de ganancia. Así, la economía burguesa no puede dar cuenta de las consecuencias de sus propias recomendaciones.

No obstante, la «nueva economía» keynesiana reclamó para sí el honor de haber descubierto la clave para resolver el problema de las crisis. Solo más tarde se puso claramente de relieve que su gloria era prestada y que la verdadera superación de las crisis nada tiene que ver con el esquema keynesiano que supuestamente explica por qué se superan las crisis. Eso no significa, como ya se dijo, que haya que negarle cualquier eficacia económica, ya que de hecho, su aplicación puede servir de desencadenante de una expansión económica cuando el potencial para esta está dado. La producción estatalmente inducida adicional no puede aumentar por sí misma la plusvalía social y si esa producción inducida

11 Samuelson, *Economics*, 9ª ed., 1973, p. 619.

por el Estado se desarrolla considerablemente, la plusvalía necesariamente disminuirá. Sin embargo, la expansión de la producción ligada a la intervención del Estado, como cualquier ampliación del crédito, puede hacer ceder la situación de crisis ya que sus efectos negativos sobre la ganancia total solamente se hacen perceptibles más tarde. *A corto plazo*, la producción inducida por el Estado amplía el campo de acción del capital privado y favorece sus acciones para escapar de la escasez de ganancia para la acumulación. Si el capital consigue entonces zafarse de la crisis, la situación puede parecer resultado de la intervención estatal, a pesar de que esa intervención no habría llevado a nada sin la mejora autónoma de las condiciones de valorización del capital.

No constituye pues contradicción alguna ver en las medidas de política fiscal del gobierno al mismo tiempo un elemento de atenuación y un elemento de agravación de la crisis. La producción adicional obtenida mediante financiación deficitaria se presenta como demanda adicional, pero es una demanda de un tipo especial, ya que resulta de una producción que no genera un aumento correlativo de la ganancia total. La demanda adicional está respaldada por el dinero desviado por el Estado a la economía, por el crédito gubernamental. En sentido inmediato es demanda adicional susceptible de reanimar la economía en su conjunto y de constituir el punto de partida para una nueva expansión, si frente a esta no se alzan barreras infranqueables. Pero solo en esas circunstancias puede la expansión sin ganancia de la producción abrir paso a la expansión ligada a la ganancia, sin perder por ello su carácter improductivo desde el punto de vista capitalista. Es la

naturaleza improductiva –hablando en lenguaje capitalista en el que es improductivo lo que no genera ganancia– de la producción inducida por el Estado la que pone limites a su utilización en la sociedad capitalista, límites que se alcanzan tanto más rápidamente cuanto más tiempo se prolonga la crisis.

En todo caso, la producción estatalmente inducida no el posible por el Estado mismo, sino por su capacidad de obtener crédito. Es el capital privado el que ha de pagar la cuenta, gastando el dinero que hace aumentar la demanda. El capital privado mismo es así el que financia el déficit o el que está dispuesto a ello, precisamente porque ni puede actuar ni siquiera pensar desde el punto de vista de la sociedad en general. El dinero puesto a disposición del gobierno rinde intereses y son esos intereses los que constituyen para un sector del capital motivación suficiente para prestar al Estado. Una vez en marcha ese proceso, de él se deriva una presión fiscal creciente sobre el capital que todavía produce con ganancia y que de este modo es arrastrado hacia la financiación del déficit. El Estado pone así en marcha un proceso que hace que todo el capital, tanto capital-dinero como capital productivo, quede vinculado a la producción sin ganancia. La parte del capital que, como ya se dijo, continúa dando ganancias durante la crisis sin transformarlas en capital adicional, ve su rentabilidad puesta en cuestión como consecuencia de la producción estatal en expansión y conforme pasa el tiempo, la falta de voluntad para invertir se convierte en imposibilidad de hacerlo. En este sentido, cuando no hay una reactivación autónoma de la acumulación ligada a la ganancia, la producción estatalmente inducida iniciada por la crisis se convertirá forzosamente en causa de su agravación ulterior.

El efecto estimulante de la intervención estatal en la economía es por tanto temporal y se convierte en su opuesto si la esperada reanimación de la producción con ganancia no se consuma o se hace esperar demasiado. Los representantes de la «nueva economía» tuvieron, como si dijéramos, una suerte loca cuando dio comienzo un periodo expansivo, *que ellos no esperaban*, al mismo tiempo que se producían las intervenciones estatales. Si ese periodo expansivo no hubiera ocurrido, la expansión estatal de la producción hubiera tenido seguramente efectos reanimadores iniciales que habrían ido disipándose con el paso del tiempo para convertirse finalmente incluso en un obstáculo para la superación de la crisis. El keynesianismo no es el responsable de la prosperidad, ni tampoco dispone de instrumentos para contrarrestar la crisis. Por lo tanto el sistema sigue bajo el control de las leyes de la crisis del capitalismo de la misma forma que lo estaba antes de la aparición de la «nueva economía».

Sin embargo, el largo período de expansión fue lo suficientemente impresionante como para dar lugar a la expectativa –igual que a comienzos del siglo XX– de que el ciclo coyuntural tendía a atemperarse, de manera que los períodos depresivos cada vez más moderados podrían atajarse eficazmente por medio de medidas gubernamentales de menor alcance. Las interrupciones de la expansión que de todos modos seguían teniendo lugar no eran sino «recesiones de crecimiento», que no ponían en peligro el estadio ya alcanzado por la producción, o bien eran simples pausas en un proceso ininterrumpido de expansión de la producción. Cuando tales pausas se presentaban, bastaba con la política monetaria y fiscal del Estado para corregir la incipiente divergencia entre

oferta y demanda y dejar así vía libre a la continuación del crecimiento.

El retroceso relativo de la financiación deficitaria del gasto público, hecho posible por el rápido desarrollo de la producción rentable, generadora de ganancia, reforzó la convicción de que la combinación de la economía de mercado con la dirección económica estatal había suprimido de una vez por todas el problema de la crisis. Los impuestos se llevaban una gran parte de la renta nacional, 32% en Estados Unidos y 35% en la República Federal de Alemania, pero también era verdad que los gastos del Estado no crecían a mayor ritmo que la producción total. El endeudamiento del Estado seguía aumentando, pero a un ritmo más lento. En Estados Unidos la deuda pública pasó de 279.000 a 493.000 millones de dólares entre 1945 y 1973. Aunque los intereses de la deuda aumentaron en el mismo periodo de 3.660 a 21.200 millones de dólares, el porcentaje que suponía el pago de esos intereses en el producto nacional permaneció constante a un nivel de 1,7%. Las cifras eran similares en otros países. Lo que importa aquí es que con una producción total rápidamente creciente, la carga de los intereses puede mantenerse estable a pesar de un endeudamiento progresivo del Estado.

La parte cada vez mayor del Estado en el producto nacional representa una detracción de la plusvalía total, absorbiendo una parte de la plusvalía que no puede ir a la acumulación del capital privado. Pero la acumulación de capital privado que de todos modos se realiza puede mantener *relativamente* estable esa parte de plusvalía, que, no obstante, aumenta lentamente *en términos absolutos*. El resultado puede ser que la relación entre producción inducida por el Estado y producción total y

entre el endeudamiento estatal y la renta nacional se conforme de tal modo que la producción vaya aumentando a una tasa constante de acumulación con una tasa de ganancia relativamente menor. Pero esa relación es muy frágil, precisamente por la baja tasa de ganancia que, además, se ve sometida en adelante a la influencia negativa de la acumulación. Por una parte, la acumulación eleva la productividad del trabajo, por otra, la mayor composición orgánica del capital deprime la tasa de ganancia. Cada nueva divergencia entre rentabilidad y acumulación convertirá la parte de la plusvalía correspondiente al Estado, que hasta entonces había sido soportable, en un obstáculo para la ulterior acumulación. Así, la primera reacción del capital privado cuando cae la ya escasa rentabilidad es la exigencia de que se recorte el gasto público o que se restablezca una relación aceptable entre la producción inducida por el Estado y la producción total que no perjudique la acumulación.

Con la acumulación del capital crece también su sensibilidad con respecto a la ganancia. Para sustraerse a la presión de una tasa media de ganancia que se desliza hacia abajo y para asegurar la valorización de un capital cada vez mayor, el capital en proceso de monopolización intenta adaptar sus precios de oferta a sus propias necesidades productivas, de forma que su propia acumulación se independice de los procesos que tienen lugar en el mercado. Claro que eso solo es posible dentro de ciertos límites. Como ni el producto social total ni la plusvalía total pueden aumentarse mediante manipulaciones de precios, la ganancia monopolista solo puede resultar de una menor ganancia de los capitales competitivos sometidos a la tasa media de ganancia. En la medida en que la ganancia monopolista se halla por

encima de la ganancia media, reduce esta última y erosiona progresivamente su propia base. De esta manera, la ganancia monopolista tiende a situarse al nivel de la ganancia media. Se trata de un proceso que, de todos modos, puede hacerse más lento por la expansión internacional de la monopolización. En cualquier caso, esa apropiación desigual de la plusvalía social total no puede influir sobre su magnitud, a no ser que la monopolización comprenda no solo la determinación de los precios, sino también el proceso de producción en el sentido de que la destrucción de capitales competitivos conduzca al aumento de la productividad del trabajo y con ella a un aumento de la plusvalía.

En la economía mixta y bajo la influencia de los monopolios el desarrollo del capital depende mucho más que en las condiciones del antiguo *laissez faire* del rápido aumento de la masa de plusvalía. La producción no puede crecer al mismo ritmo que la ganancia, ha de aumentar más rápido para que la ganancia se mantenga a un nivel adecuado a las exigencias de la acumulación; una disminución de la tasa de acumulación ha de llevar entonces a la crisis. Inversamente, la acumulación depende de la existencia de ganancia suficiente. Pero de la misma manera que durante periodos prolongados la ganancia monopolista puede obtenerse a costa de la ganancia general, también puede obtenerse la ganancia general durante períodos considerables a costa de la sociedad en su conjunto. Los medios adecuados a esta finalidad se encuentran en la política fiscal y monetaria del Estado.

La acumulación del capital no supone por sí misma ningún problema mientras no falten las ganancias requeridas y durante mucho tiempo la acumulación se

llevó a cabo independientemente de las intervenciones estatales. La utilización de la política fiscal y monetaria del Estado para actuar sobre la economía indica que existe una situación en la que la acumulación es un problema que ya no puede tratarse sin recurrir a la actuación consciente sobre los procesos económicos. Todo el problema se resume en una sola palabra, «ganancia». Cada capital ha de preocuparse por su propia ganancia, pero precisamente por actuar de esta manera se producen las crisis de sobreacumulación, cuya aparición periódica se hace socialmente cada vez menos soportable. Las consecuencias de la crisis –sobreproducción y desempleo– pueden atemperarse mediante gasto en obras públicas, pero la causa de la crisis, a saber, la insuficiencia de ganancia que obstaculiza la continuidad de la acumulación, no puede suprimirse de esta manera. Con o sin obras públicas es el capital el que ha de resolver la crisis. Para no plantearle más dificultades al capital, el gasto público incrementado se financia mediante déficit. La presión fiscal sobre el capital puede mantenerse de esta manera, en principio, a raya, con el fin de no limitar más la plusvalía necesaria para la acumulación. Ahora bien, de aquí se deriva un proceso inflacionista el cual, una vez en marcha, determina la evolución ulterior de la producción capitalista.

La inflación pertenece al arsenal del keynesianismo. Mediante el crecimiento más rápido de los precios que de los salarios, aumenta la ganancia necesaria para la expansión y por la creación acelerada de dinero se reduce el tipo de interés, lo que facilita la inversión. La inflación se ve entonces como un medio para acrecentar la plusvalía. La plusvalía que se gana mediante la inflación y que equivale a la reducción del valor de la fuerza

de trabajo más la transferencia de plusvalía del capital dinero al capital productivo, permite un aumento ulterior de la acumulación.

El dinero tomado a préstamo por el gobierno se inyecta en la economía a través de la producción sin ganancia. Aun cuando sus *productos finales* correspondan al ámbito del «consumo público» y no pasen por el mercado de mercancías, esta producción aumenta inmediatamente la demanda total. La suma de dinero aumentada que va a la circulación permite que se eleven los precios también en el caso de las mercancías destinadas al consumo privado. Durante las guerras, este proceso se ve a simple vista. Para evitar la inflación que resultaría de la existencia de una masa de mercancías decreciente o constante con unas rentas monetarias en aumento a causa de la producción bélica, los gobiernos acuden al ahorro forzoso y al racionamiento de los bienes de consumo. De una forma más suave, el aumento de la masa de dinero dado por la financiación deficitaria lleva a un proceso inflacionista ilimitado, ya que nada se opone al incremento de precios ocasionado por la mayor masa monetaria.

Frente a la suma incrementada de dinero que va a la circulación se encuentra en principio una masa de plusvalía inalterada en forma de una masa de mercancías. Los incrementos de precios posibilitados por el aumento de la masa monetaria mejoran la rentabilidad del capital. A la plusvalía obtenida en la producción se le añade una parte que proviene de las elevaciones de los precios o de la pérdida de capacidad adquisitiva del dinero. De esta manera se reduce el valor de la fuerza de trabajo por el rodeo de la circulación y se recortan también los ingresos de las capas de la población que dependen de la plusvalía, aumentando la parte que va al capital. Se trata entonces de un segundo reparto del producto social total favorable al capital, pero ese reparto no puede alterar el valor del producto social mismo. Solo si la masa de ganancia acrecentada extraída a través de la circulación se acumula transformándose de la forma dinero a la forma capital aumentará la productividad del trabajo y el producto social. Si no ocurre así, la rentabilidad mejorada solo conduce a que siga disminuyendo la demanda privada y a que aumente el capital inactivo.

La ganancia efectiva que la inflación le proporciona al capital no es más que otra forma de la desvalorización de la fuerza de trabajo que tiene lugar en cada crisis. Lo que tradicionalmente había tenido lugar por vía deflacionaria tiene ahora lugar por vía inflacionaria. Ya no se trata del descenso de los salarios, sino del aumento de los precios, o de una combinación de ambos. Sin embargo, el incremento de la ganancia vía inflación tropieza con barreras infranqueables, ya que la reducción del valor de la fuerza de trabajo tiene límites objetivos y estos ni siquiera pueden alcanzarse por la resistencia de los trabajadores. Además, el incremento de la demanda agregada trae consigo una mayor demanda de fuerza de trabajo, lo que ya de por sí constituye una limitación a la erosión de los salarios por la inflación de precios.

La crisis solamente puede darse por superada cuando se llega a una expansión del capital sin reducción del valor de la fuerza de trabajo de forma que la nueva coyuntura alcista va asociada con salarios en aumento. Esto no puede alcanzarse gracias al «gasto público» gubernamental, ya que este gasto, en definitiva lo único que puede hacer es enterrar una parte creciente de la plusvalía presente en forma de dinero en el «con-

sumo público». Si a pesar de todo se recurre a esa política, es porque no queda otra, a no ser que el capital quiera correr el riesgo de un desempleo de grandes dimensiones y de una destrucción de capital mayor que la que resulta del «consumo público». Este «consumo público» también representa destrucción de capital, negociada y regulada con la esperanza de que el sistema desarrolle a partir de sí mismo las condiciones para que se reanude la acumulación. Lo que se gestiona entonces no es la economía, sino la crisis.

Para que el gasto público creciente no se convierta en un factor de profundización de la crisis, el capital ha de conseguir, en primer lugar, mantener el endeudamiento del Estado dentro de los límites que le marca la producción de plusvalía en ese momento; en segundo lugar, ha de crear las condiciones para que continúe la acumulación, es decir, que la producción de ganancia aumente más rápidamente que el consumo de ganancia en la producción no generadora de ganancia. Aparte de la plusvalía que el Estado usa para reducir el desempleo mediante producción promovida por gasto público, una fracción de la plusvalía social total va siempre directamente al Estado, y esa fracción ha aumentado de forma mantenida. Pero es el aumento de la plusvalía insumida en la producción inducida por el Estado lo que interesa aquí, ya que, por una parte, al incrementarse constituye un nuevo obstáculo para la acumulación de capital, pero por otra parte, ese obstáculo puede suprimirse si el capital consigue mediante la acumulación eliminar el desempleo. Esto, sin embargo, requiere una tasa de acumulación tal que la cifra absoluta de trabajadores productores de plusvalía aumente de tal manera que compense el retroceso relativo del empleo ligado al incremento de la

composición orgánica del capital. Una tasa de acumulación tal se alcanzó en las épocas de auge económico en algunos países de Europa occidental que importaron fuerza de trabajo, lo cual, por otra parte, indicaba que en otros países subsistía el desempleo. En Estados Unidos el desempleo se estabilizó en un 4% de la población activa y este porcentaje fue sancionado oficialmente como desempleo «normal», aceptable y compatible con el concepto de «pleno empleo».

De entrada la producción estatalmente inducida, en la medida en que se manifiesta en la deuda del Estado, no representó sino una pequeña fracción de la producción total; por otra parte, sus costos se limitaban a los intereses de esa deuda y ascendían solamente a una fracción del capital que desaparece en el «consumo público». Todo ello hizo que el ajuste de cuentas del capital privado se pospusiera y no tuviera efectos negativos directos. El dinero prestado al gobierno adopta la forma de deuda pública, que no tiene otro respaldo que la promesa del gobierno de pagar algún día el principal y abonar mientras tanto a los acreedores los intereses correspondientes. El capital-dinero del que se sirve el gobierno no se invierte como capital, conservándose, sino que desaparece en el sumidero del «consumo público». Que alguna vez se pague la deuda pública –cosa que es perfectamente posible que nunca ocurra– solo sería posible utilizando plusvalía recién creada en la producción. En cualquier caso, lo que es un hecho es que la plusvalía representada por la deuda del Estado desaparece sin dejar rastro en vez de añadirse a la acumulación de capital.

De aquí se deriva que la lucha del Estado contra la crisis por medio de un mayor gasto público acaba al final consumiendo capital. Este consumo de capital aparece

como un incremento de la producción y de la ocupación, pero al no generar ganancia ya no es producción *capitalista* y viene a suponer una forma velada de expropiación del capital por parte del Estado. Con el dinero de un grupo de capitalistas el Estado compra la producción de otro grupo y pretende dar satisfacción a ambos asegurándoles a unos el pago de intereses y a los otros la rentabilidad de su capital. Pero estos ingresos que aparecen aquí como intereses y ganancias solo pueden liquidarse a partir del fondo de plusvalía social realmente producida, aunque el ajuste de cuentas pueda postergarse. Resulta entonces que desde el punto de vista del sistema como un todo, los rendimientos obtenidos de la producción estatalmente inducida han de contar como detracción de la ganancia total y, consiguientemente, como una merma de la plusvalía necesaria para la acumulación. Como la crisis es el resultado de la falta de plusvalía, en ningún caso puede superarse aumentando esa insuficiencia.

Es cierto, naturalmente, que la insuficiencia de ganancia que se manifiesta como surgimiento de una crisis ni aumenta ni disminuye directamente a causa de la producción inducida por el Estado, y que la producción, el volumen de empleo y los ingresos aumentan, porque se ponen en movimiento medios de producción y fuerza de trabajo, que estarían inactivos sin la intervención del Estado. Visto el proceso desde la perspectiva del capital en su conjunto, los medios de producción utilizados y los bienes de consumo que les corresponden a los trabajadores en esa parte de la producción no tienen carácter capitalista. Para los capitales individuales correspondientes, los pagos que sufragan los medios de producción y fuerza de trabajo rinden ganancia y por tanto funcionan

como capital. Pero la ganancia que les corresponde recorta la ganancia de todos los demás capitalistas y estimula el intento de transferir sus pérdidas al conjunto de la población mediante alzas de precios. Al distribuirse así a toda la sociedad la reducción de ganancias determinada por la producción inducida por el Estado, la situación se hace tolerable por periodos extensos sin que por ello deje de erosionar la ganancia total.

No es este el lugar para examinar otras implicaciones más generales de la producción inducida por el Estado. Lo que es importante es comprender que por estos medios es imposible superar la proclividad del capitalismo a las crisis. Sean los que fueren los efectos que pueda tener la producción inducida por el Estado en una crisis concreta, de ninguna forma puede incrementar la ganancia y, por lo tanto, no es un instrumento para superar la crisis. Lo único que puede conseguir su utilización continuada es ampliar la parte de la producción total no generadora de ganancia, destruyendo así progresivamente su carácter capitalista. Los verdaderos periodos de prosperidad se basan en cambio en el crecimiento de la plusvalía para la expansión ulterior del capital. Así, es preciso reconocerle al capital el honor de haber creado los periodos de auge económico del pasado reciente a partir de sus propios recursos. Pero al hacer esto, sentó también las premisas de una nueva crisis.

No obstante, lo anterior debe matizarse. De la misma manera que la última gran crisis fue diferente a la que la había precedido, y por su duración, extensión y vehemencia sacudió al mundo de manera extraordinaria, también el periodo expansivo tras la segunda guerra mundial tuvo un carácter distinto al de periodos de prosperidad anteriores. Desde un principio estuvo

acompañado por un enorme crecimiento del crédito y, por tanto, del dinero, que pronto dejaron atrás al crecimiento de la producción, impulsando así la expansión y manteniéndola por el medio de la inflación. El aumento del crédito es un fenómeno propio de toda prosperidad y su aceleración, según Marx, un síntoma de la crisis que se avecina. También la teoría económica burguesa ha considerado la rápida expansión del crédito y la inflación de precios a ella ligada como signos del agotamiento de la prosperidad y de aproximación de un periodo recesivo, ya que las reservas obligatorias de la banca ponen límites objetivos a la expansión del crédito. Cuando la situación se aproxima a esos límites se encarece el crédito y disminuye la demanda de préstamos, con lo que se pone fin a los efectos inflacionista de la expansión. Si la coyuntura expansiva no puede mantenerse por sí misma, mediante una tasa de ganancia suficiente para impulsar la acumulación, puede prolongarse mediante una política monetaria y crediticia del Estado más laxa, a costa de un aumento de la inflación.

Con una política de «dinero barato» que por una parte disminuye las deudas en general y aligera el servicio de los intereses de la deuda pública y por otra añade la demanda de crédito del Estado a la de la industria y los consumidores, la producción pudo avanzar con rapidez a costa de un endeudamiento y una inflación crecientes. En Estados Unidos, por ejemplo, la producción total aumentó entre los años 1946 y 1970 en términos reales un 139%, en términos nominales aumentó un 368%. El endeudamiento total, excluido el del gobierno, aumentó en el mismo periodo un 798%. Igual que la demanda estatal de crédito para financiar deficitariamente el gasto público, también la expansión del crédito privado lleva la

producción más allá de donde habría llegado por sí sola, sin alterar ni la productividad del trabajo ni la producción de plusvalía, que evolucionan independientemente de la expansión del crédito. Igual que la financiación deficitaria del Estado, la aceleración del endeudamiento privado se basa en la expectativa de que no habrá trabas al aumento de la producción y que esta podrá crecer proporcionalmente a la expansión del crédito.

No está nada claro, sin embargo, cuál es esa proporcionalidad. A partir de las expectativas de una producción que continuará creciendo y los ingresos mayores que generará, los capitales, impulsados por la necesidad de expandirse si quieren mantenerse, compiten también por medio del sistema crediticio, que corre así el riesgo de desarrollarse mucho más allá de lo que permite el nivel alcanzado por la producción social. Claro que los riesgos para los prestamistas no son tan graves, porque pueden fijar el precio del crédito y considerar las pérdidas al fijar los tipos de interés, lo que ya de por sí eleva los precios. Parte del riesgo crediticio se transfiere así al conjunto de la población en la medida en que se permite a los capitalistas endeudados deducir la deuda y la carga de los intereses de sus impuestos. Sin embargo, el crédito generador de inflación escapa del control de la política monetaria y crediticia del Estado, dado que es la inflación misma la que contrarresta el encarecimiento estatal del crédito, mediante aumento de los tipos de interés, y dado que la demanda de crédito puede aumentar incluso con tipos de interés elevados. Naturalmente, el gobierno puede estrangular la expansión del crédito aumentando el nivel de reservas bancarias. Esto, sin embargo, pondría en peligro la prosperidad de la que depende el gobierno mismo. Siempre que se ha intenta-

do poner freno a la inflación por ese procedimiento, la recesión resultante ha impuesto la reanudación de una política crediticia inflacionaria.

Si el extraordinario aumento del endeudamiento privado ha sido un medio para mantener la prosperidad y gracias a ese endeudamiento privado fue posible reducir el crecimiento del endeudamiento estatal, la inflación monetaria y crediticia fue al mismo tiempo causa y consecuencia de una prosperidad que cada vez más estaba basada en ganancias futuras y que, por lo tanto, se desmoronaría si esas ganancias no se presentaran. Como las ganancias se incrementan por el diferencial determinado por la inflación en la formación de los precios y los salarios, la presión de la acumulación sobre la tasa de ganancia fue menor. Pero lo que resultó de todo eso, al menos en Estados Unidos, como ya dijimos, fue una tasa de ganancia estabilizada a un nivel relativamente bajo y que por sí misma, sin la política inflacionista del Estado, no habría sostenido la expansión de la producción hasta el punto al que realmente llegó. Claro que, por otra parte, la inflación contiene sus propias contradicciones y de instrumento para reanimar la economía puede convertirse en medio para socavarla. Las contradicciones reales de la producción capitalista no pueden suprimirse mediante técnicas de ingeniería financiera. Cuando la expansión privada del crédito choca con las barreras que le impone la rentabilidad actual del capital, se acaba también la prosperidad que aquella había impulsado y se hace necesario que el Estado intervenga para estimular la producción y frenar el deshinchamiento de la economía, aunque no pueda evitarlo del todo.

Desde el punto de vista de la «nueva economía», las políticas monetarias y crediticias inflacionarias eran

un medio para superar la crisis y restablecer el pleno empleo. Sin embargo, la ilusión de que estas políticas podrían llevar a un nuevo equilibrio basado en la estabilidad de precios se esfumó pronto, si no por la comprensión teórica, sí por su contraste con la realidad de los hechos. En una investigación histórica acerca de la relación entre los salarios y niveles de empleo en Inglaterra, el economista A. W. Phillips hizo el descubrimiento no muy sorprendente de que salarios y precios en alza se asocian a un desempleo decreciente, y que salarios y precios decrecientes se asocian a un desempleo en aumento. Según la costumbre de los economistas estas observaciones se presentaron mediante una curva, la llamada curva de Phillips, que muestra las variaciones de salarios y precios en función del nivel de empleo. De esta curva se deduciría que el aumento del empleo implica siempre una inflación de salarios y precios, de manera que hay que elegir entre inflación y desempleo.

Sobre la base de la curva de Phillips se calculó, por ejemplo, que en Estados Unidos en la posguerra, sin inflación el desempleo habría llegado hasta el 6% o el 8% de la población activa, mientras que con una inflación de 3% o 4%, el desempleo pudo mantenerse a un nivel de entre 4% y 4,5%. Así, no solo sería posible optar entre desempleo e inflación, sino que se podría también establecer mediante la intervención del Estado el equilibrio entre desempleo e inflación necesario para el mantenimiento de la prosperidad. Cualquier aumento excesivo del desempleo podría corregirse mediante el aumento de la inflación hasta donde fuera necesario, lo que a los ojos de los economistas, no constituía un precio excesivamente alto para el mantenimiento de un crecimiento

permanente. De hecho, para los representantes de la llamada «hacienda funcional»

> la inflación en modo alguno perjudica la capacidad adquisitiva de la población. Sería falso suponer que la merma de capacidad adquisitiva que la inflación conlleva para el comprador individual es también una merma a nivel social, ya que es evidente que lo que uno pierde, otro lo gana. La pérdida del comprador es la ganancia del vendedor. Como el comprador y el vendedor pertenecen a la misma sociedad, la sociedad no experimenta ni pérdidas ni ganancias. Y como la mayoría de las personas son a la vez compradores y vendedores, las pérdidas y las ganancias se equilibran para ellas en su mayor parte. En la medida en que por la inflación se produzcan cambios en la distribución de la renta, se tratará de modificaciones en gran parte neutrales y en ningún caso superiores a lo que habría sido en ausencia de inflación[12].

Este falseamiento cínico de la verdadera función de la inflación permitió que los representantes de la «nueva economía» keynesiana vieran confirmada su teoría en las expansiones con inflación con un nivel de desempleo estable, hasta que llegó el día en que junto con una inflación creciente se notó que el desempleo era cada vez mayor y la teoría probó ser falsa. Con ello, la teoría económica burguesa entró en una segunda crisis, si se quiere ver la primera en la confusión general que precedió al keynesianismo y que fue aparentemente superada por este. Lo que ahora se ponía de manifiesto era que las

12 Abba P. *Lerner, Flation*, Londres, Penguin, 1973, p. 59.

medidas de control desarrolladas a partir de las teorías keynesianas no solo son limitadas y de doble filo, sino que están subordinadas a las contradicciones inmanentes al sistema capitalista. La teoría económica que, según Paul Samuelson, gracias al keynesianismo había dejado de ser una ciencia ominosa para convertirse en «una ciencia alegre», recayó en su tristeza original.

> En la era posterior a Keynes –decía Samuelson– disponemos de los instrumentos que nos proporciona la política monetaria y fiscal para crear la capacidad adquisitiva necesaria para evitar las grandes crisis. Nadie que esté bien informado sigue preocupándose por la deuda pública: mientras el Producto Nacional Bruto y la capacidad impositiva de la nación vayan a la par con el crecimiento de los pagos de intereses por la deuda pública, este problema se reduce a una preocupación de séptimo orden; nadie tiene que perder el sueño preocupado por la creciente introducción de maquinaria que automatiza el trabajo o por los ciclos de prosperidad y depresión. Pero en nuestra satisfacción por nuestros propios triunfos sigue habiendo un espectro, la posibilidad de inflación galopante. Es el nuevo azote del que los teóricos anteriores a 1914 no sabían nada (...). Con lo que hoy sabemos podemos evitar perfectamente una recesión crónica o poner en marcha una política de gasto público cuando es necesaria. Pero lo que no sabemos es cómo hacer frente a una inflación debida al aumento de los costos sin que el tratamiento introduzca en la economía casi tanto daño como la enfermedad[13].

13 P. A. Samuelson, «Inflation—der Preis des Wohlstandes», *Der Spiegel*, No. 35, 1971, p. 104.

Samuelson no se da cuenta de que el temido espectro de la inflación y la «triunfante» política monetaria y fiscal son la misma cosa, a la inflación no se le puede hacer frente con inflación. Claro que él distingue dos tipos de inflación, una resultado de una demanda demasiado grande, que hace subir a los precios y que se puede dominar fácilmente restringiendo el ingreso, y otra que es la inflación de oferta de los tiempos recientes y que resulta «de la presión de los costos salariales así como de los intentos de las empresas gigantes de mantener intocados los márgenes de ganancia»[14]. Para esta última todavía no se habría encontrado solución, ya que la experiencia enseña que los controles de salarios y de precios establecidos por el Estado solamente son efectivos a corto plazo.

Como la crisis capitalista supuestamente tiene su causa en una insuficiente demanda, que se domina precisamente mediante una política monetaria y fiscal «triunfante», no se entiende cómo ese triunfo sobre la crisis ha mutado en una situación de crisis con inflación y en la que se presenta, nuevamente, un desempleo creciente. Para acabar con este nuevo tipo de crisis, los salarios y las ganancias tendrían ahora, según Samuelson, que limitarse, de lo que resultaría indudablemente una insuficiente demanda que habría que dominar de nuevo mediante «la triunfante política» monetaria y fiscal.

Para Samuelson es «una perogrullada decir que el nivel de precios tiene que subir si todos los elementos de los costos crecen más rápido que el volumen de la producción»[15]. Pero, ¿por qué no aumenta el volumen de la

14 Samuelson, «Inflation—der Preis...».

producción? Porque «los salarios suben más rápido que la productividad media del trabajo», contesta Samuelson. Pero, ¿por qué no aumenta la productividad del trabajo más rápido que el salario? Como el aumento de la productividad del trabajo depende del progreso técnico y este a su vez de la acumulación del capital, evidentemente es porque el capital no se acumula suficientemente deprisa. Pero ¿por qué no, si «las empresas gigantes mantienen intactos sus márgenes de ganancia?» Bueno, la verdad es que eso no lo sabemos. «Un buen científico –dice Samuelson– ha de saber aceptar su ignorancia»[16]. La ignorancia del buen científico le llevó a obtener el premio Nobel.

Otro premio Nobel, Kenneth Arrow, afirma resignado que

> la solución de un problema comporta siempre, desgraciadamente, la aparición de un nuevo problema. Desde el comienzo de la era de Keynes siempre se ha temido que el pleno empleo condujera a la inflación. La teoría económica se basa en la idea del equilibrio entre la oferta y la demanda en todos los mercados, incluido el mercado de trabajo, e implica la estabilidad de los precios. Una oferta excesiva presionaría a la baja de precios. El desempleo tendría que conducir a un descenso de los salarios. No ha sido esto lo ocurrido, de ninguna manera, en los últimos años. La existencia simultánea de desempleo e inflación es un enigma y un hecho incómodo[17].

15 Samuelson, «Inflation—der Preis...».
16 Samuelson, «Inflation—der Preis...».
17 K. J. Arrow, «Somehow, It has Overcome», *New York Times*, 25-III-1973.

No obstante, hasta que se resuelva ese enigma, lo que eliminará también ese hecho incómodo, hay que tener presente que

> las tasas de inflación a que se ha llegado hasta ahora no han comportado problemas insuperables ni dificultades extraordinarias susceptibles de comparación con las grandes depresiones del pasado. Los hombres aprenderán o han aprendido ya a contar con la inflación y a establecer sus planes en función de ella[18].

La ignorancia confesada por Samuelson y el enigma no resuelto de Arrow no encuentran solución en el ámbito de la teoría económica burguesa. Pero no puede abandonarse esta teoría sin arrebatarle a la sociedad capitalista un componente importante de la ideología necesaria para esa sociedad. Sin embargo, el «enigma» de la inflación con desempleo creciente no solo proclama la bancarrota de la teoría keynesiana del pleno empleo en su versión neoclásica; a la vista de las condiciones presentes, todo el acervo teórico de la economía burguesa ha perdido incluso la apariencia de relevancia para explicar la realidad a la que está ligada su función ideológica. Hay incluso ideólogos economistas para los que se hace insoportable la carga de la teoría neoclásica de los precios y del equilibrio y elaboran intentos de liberarse de ella desarrollando teorías que choquen menos abiertamente con la realidad[19]. De todos modos, la denominada crisis de la

18 Arrow, «Somehow...».

19 En un artículo notable, Oskar Morgenstern ha discutido los principales errores de la teoría económica actual que, en su opinión, impiden sacar de ella algo útil para la solución de los problemas

economía académica no es un fenómeno general. La mayor parte de los economistas teóricos siguen sin enterarse de la divergencia entre teoría y realidad, lo que no es sorprendente, ya que este fenómeno puede observarse también en otros ámbitos ideológicos. Por ejemplo, aunque no hay Dios, hay teólogos a cientos de miles.

Para otro sector de la economía teórica, la «segunda crisis» de la «ciencia económica» no tiene que ver con el misterio del fracaso de la política monetaria y fiscal para mantener el pleno empleo, sino con el problema de la distribución, desatendido por los neoclásicos. Los neomarxistas tipo Baran y Sweezy aceptaron, sin más, que con los métodos keynesianos es posible aumentar la producción hasta el pleno empleo y el keynesianismo «de izquierda» sustenta la misma convicción[20]. A diferencia de los neomarxistas, los keynesianos «de izquierda» sostienen que la producción inútil que hasta ahora se ha dado no es inevitable. El pleno empleo podría conseguirse también vía un aumento del consumo de la población. La teoría de la productividad marginal en tanto que prin-

económicos. Después de mostrar que la teoría no tiene nada que ver con la realidad, Morgenstern procede a una crítica interna de sus postulados para acabar con una demostración palmaria de que de las premisas de la teoría no se pueden extraer las conclusiones que se pretenden. De todos modos, Morgenstern se limita a la crítica de la teoría neoclásica, sin oponer a esta otra cosa que la teoría de juegos desarrollada por él mismo y por von Neumann, teoría esta que tampoco tiene mucho que ver con la realidad («Thirteen critical points in contemporary economic theory: An interpretation», *Journal of Economic Literature*, Vol. X, No. 4, 1972).

20 El keynesianismo «de izquierda» y su sucesora, la «economía poskeynesiana» están representados sobre todo por Joan Robinson y el ya fallecido Michael Kalecki.

cipio explicativo de la distribución de la renta es teóricamente insostenible para los keynesianos de izquierda y no supone sino una apología de la injusta distribución dominante. La economía sería un problema de distribución del producto social, tal como había pensado David Ricardo. Los métodos keynesianos de estímulo de la producción mediante intervención estatal deberían acompañarse de una adecuada distribución, políticamente determinada. Llevar a cabo este programa supondría volver desde «la ciencia económica» a la economía política de los tiempos de Ricardo.

Mientras que la situación actual es para los representantes de la «nueva economía» un misterio no resuelto, el keynesianismo «de izquierda» sigue todavía embarrado en la hipótesis ya superada de un capitalismo sin crisis en el que el problema sería asegurar a la sociedad en su conjunto su participación en los venturosos beneficios determinados por el constante incremento de la producción. Esto no solo requeriría un principio de distribución diferente al hoy establecido, sino un reparto distinto del trabajo social, con el objeto de pasar de la producción despilfarradora inútil a la producción para el consumo privado. Como esto exigiría que la producción gestionada por el Estado compitiera directamente con la producción de la economía privada, lo que no haría sino acorralar al sector privado de la economía subordinándolo al sector estatal, este programa no se puede llevar a la práctica si no es mediante la lucha contra el capitalismo privado. Y, de hecho, el keynesianismo «de izquierda» se mueve en dirección hacia el capitalismo de Estado, coincidiendo en este sentido con el neomarxismo, sin por ello perder su falta de vinculación con la realidad.

El «enigma» no resuelto del estancamiento económico con desempleo creciente y con una tasa de inflación en aumento, convertido en concepto bajo el nombre de «estanflación», no es en realidad ningún misterio. Se trata simplemente de un hecho conocido desde hace mucho, utilizado ahora para intentar obtener mayores ganancias en condiciones desfavorables para la producción de plusvalía. La inflación y el desempleo acompañaron a la inflación «clásica» alemana que siguió a la primera guerra mundial. Actualmente ambos acompañan a la acumulación forzada que tiene lugar en los países pobres en capital. La inflación larvada como fenómeno permanente en los países capitalistas desarrollados indica la existencia en esos países de una rentabilidad que es insuficiente para las necesidades de acumulación del capital y que se oculta tras los aumentos de la producción, pero que no puede eliminarse. La inflación no es un fenómeno natural sino el resultado de medidas de política fiscal y monetaria que también podrían no implementarse. Cuando los gobiernos se niegan a abandonar la vía inflacionaria es por miedo al estancamiento económico resultante, tan nefasto para sus propósitos como para el capital mismo. Toda medida deflacionista, todo retroceso económico, disminuye también la parte de la plusvalía que va al Estado.

No es posible investigar empíricamente ni las necesidades del capital para su acumulación ni la masa de plusvalía que la acumulación requiere. Que en la relación entre ambas «falla algo» solo se pone de manifiesto indirectamente, a través de los fenómenos del mercado. Si la intervención del Estado por medio de la política monetaria y fiscal está en condiciones (o no) de restablecer provisionalmente la relación necesaria entre ganancia y acumulación, solo puede determinarse a posteriori, por los fenómenos

del mercado. Así el Estado solo puede reaccionar a ciegas a oscilaciones económicas que no entiende y que el gobierno toma como punto de referencia para intervenir, con la doble finalidad de estimular la economía y asegurar la rentabilidad del capital facilitando su acumulación. Pero lo primero niega lo segundo, aunque eso solo se hace evidente con un desfase, en los fenómenos que aparecen en el mercado como inflación con desempleo creciente.

Siendo la política monetaria y crediticia inflacionaria un medio para aumentar la producción, el nuevo desempleo debería ser eliminado por un aumento ulterior de la inflación. Pero esta utilización consecuente de su teoría, que habría llevado de la inflación larvada a la inflación galopante, asustó incluso a los teóricos de la inflación. No puede abusarse de la financiación deficitaria del gasto público y de la política monetaria y crediticia, ya que esto pondría en cuestión la misma existencia del sistema. Con esto se admite también, claro, que la inflación larvada solo puede brindar ganancias al capital en la medida que permite aumentar la ganancia a costa de la sociedad en su conjunto. Pero eso no significa que el aumento de la ganancia conseguido por medios inflacionarios conduzca a una tasa de acumulación que pueda considerarse propia de una prosperidad capitalista. El desempleo creciente con inflación larvada indica que la ganancia no puede incrementarse por vía inflacionaria lo suficiente para hacer revertir el estancamiento incipiente.

La inflación es un fenómeno mundial. Esto no solo tiene que ver con la interdependencia y la articulación de los diferentes componentes de la economía mundial, sino también con la competencia internacional cada vez más aguda, en la que se lucha también con las armas de la política monetaria. El hambre de ganancia es universal y la aspiración a más capital no puede encontrar satisfacción en un mundo en el que masas de capital cada vez mayores compiten unas con otras no solo para crecer sino también para sustraerse a un estancamiento que de otro modo tomaría grandes vuelos. Es cierto que incluso en condiciones de estancamiento los monopolios pueden obtener e incluso aumentar sus ganancias, pero solo a costa de un estancamiento todavía mayor y de un desmoronamiento imparable de la economía. De aquí se deriva la necesidad de nuevas intervenciones estatales, las cuales, sin embargo, no hacen sino contribuir a desintegrar todavía más el sistema. El futuro del capital sigue así ligado a la acumulación, aunque tampoco esta le garantice ningún futuro.

Del mismo modo que la prosperidad que imperó durante años no afectó homogéneamente a todos los países capitalistas, tampoco las crisis se manifiestan por igual en unos y otros. Sin embargo, el paso de la expansión al estancamiento es ya tangible en todo el mundo capitalista y al temor de que continúe la inflación se une ahora el pánico ante una nueva crisis. No es posible determinar teóricamente si resultará factible contener una vez más la crisis que ahora avanza, por medio de intervenciones estatales que atajen las dificultades actuales a costa de la duración de la vida del capital. Sin duda se intentará, pero el resultado podrá muy bien llevar solamente a la consolidación provisional de la degradada situación actual y, consiguientemente, a una decadencia prolongada del sistema capitalista. Sin embargo, lo que antes o después tendrá que aparecer diariamente a simple vista será la verificación empírica de la teoría de la acumulación de Marx: el carácter inevitable de las crisis en el capitalismo y la tendencia del capitalismo a su decadencia.

ÍNDICE ANALÍTICO

ÍNDICE

En *Crisis económica y teorías de la crisis* —que en esta edición se ha subtitulado *Un ensayo sobre Marx y la «ciencia económica»*—, Paul Mattick presenta una revisión general de las teorías que se han propuesto en los dos últimos siglos para explicar las crisis económicas. La perspectiva general de la que parte Mattick es la teoría de Marx. La reedición de este libro no podría ser más oportuna, ahora que el capitalismo hace agua por muchos flancos y suenan cada vez más huecas las afirmaciones sobre su carácter estable, acorde con la naturaleza humana y creador de abundancia para todos. En los cuatro capítulos de este ensayo, Mattick realiza una labor admirable de sistematización de la enorme maraña conceptual de ideas sobre las crisis, tanto de Marx y de sus seguidores como de los economistas clásicos, neoclásicos y keynesianos. El libro será de gran interés para quienes quieran profundizar en el funcionamiento del capitalismo, sobre todo si tienen ya algún conocimiento de la obra de Marx.

Paul Mattick (1904-1981) ha sido considerado uno de los teóricos económicos más clarividentes del periodo posterior a la segunda guerra mundial. De formación autodidacta, su bibliografía pasa de 500 artículos y libros, que han sido traducidos a más de una docena de idiomas. Gracias a esfuerzos aislados como los de Mattick se mantuvo en alguna medida la tradición económica marxista en Estados Unidos. La dinámica capitalista de ciclos de prosperidad y crisis, la posición de la teoría de Marx frente a la «ciencia económica», la relación entre organizaciones de los trabajadores y movimientos espontáneos de los asalariados, y la historia del marxismo son los temas principales en la obra de Mattick.

José A. Tapia, que preparó esta edición, es docente en la Drexel University de Filadelfia. Trabajó como investigador de temas económicos y sanitarios en el Instituto para la Investigación Social de la Universidad de Michigan y es coautor con Rolando Astarita del libro *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI* (Madrid, Libros de la Catarata, 2011).



IBIC: KCX